



CENIT

Lizbeth Azconia

Cenit

Lizbeth Azconia

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Cenit

Lizbeth Azconia 9781790875818

Primera edición: Junio 2019

ISBN: 9781790875818

Del texto Lizbeth Azconia

De la portada: Lizbeth Azconia

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos dentro de la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler, o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A todas las mujeres maravillosas de este mundo.

Hay mujeres que abren tus ojos con un soplo de magia, y en el siguiente truco desaparecen, como la suerte.

UNA CIEN VECES, ELVIRA SASTRE.

Prefacio

Febrero 2015.

Aferré mis dedos a su espalda. Pude percibir el deseo que emanaba gracias al calor en su cuerpo; tenía la piel suave y los músculos definidos, aunque no eran prominentes. Su abdomen se me antojó hermoso, terso y los movimientos que ejercía encima del mío, desnudo ya, mi cuerpo los absorbió como una droga.

La habitación estaba iluminada solo por una lámpara en la mesa de noche. Nos limitamos a sentir las caricias del otro, aún con la poca nitidez, apenas desprendernos de la ropa interior; él no hizo ademán de quitar las sábanas de la cama ni yo mostré interés porque lo hiciera. Lo deseé tanto, tenerlo en mí, que, tras recostarnos en el colchón, tiré con fuerza de sus caderas en cuanto se colocó entre mis piernas, torturándome.

Había *algo* en sus ojos que me relajaba. Una hora antes, nos habíamos quedado de ver en el bar de aquel hotel en donde él estaba hospedado (le había dicho a Vinnie, mi jefe, que me esperaría a las siete en la barra). Luego de charlar durante varios minutos, al escuchar las razones por las que había pagado por una acompañante, me encontré con la determinación más absurda de mi vida: nunca había tenido sexo solo porque así hubiera sido mi deseo.

En realidad, desde mi primera vez, todo había sido mecánico, redundante y, debía admitir, patético.

Justo en ese momento, interrumpiendo mis cavilaciones, él me besó los labios y descendió con caricias húmedas hasta el hueco de mis senos. Me acarició las cimas, y con las manos me apretó la cintura; sus dedos suaves me decían que era un hombre que nunca había conocido el trabajo duro y manual. Incluso la forma en la que me tocaba era una señal espeluznante de que era muy diferente de los hombres que había conocido.

—¿Te gusta así? —preguntó, en un susurro.

De inmediato, después de ver cómo yo asentía de manera torpe y callada, entró en mí con una embestida fuerte, firme y profunda. Abrí la boca esperando tomar el aire que me faltó al saborear el placer que me había sido negado —por mí misma— a lo largo de cinco años. Cinco años siendo Gloria.

Arqueé la espalda para recibirlo, tratando de olvidar los detalles de nuestra *cita*. Las dos palmas de él se colocaron a los lados de mi rostro, como para no dejarme escapar. Me observó unos instantes y cerró los ojos, que eran de un bonito color café claro. Puse la mano derecha en su nuca y enredé mis dedos en las hebras de su cabello oscuro; él hundió la cara en mi cuello y repartió besos tiernos sobre mi piel sensibilizada.

Nuestras piernas estaban intrincadas, y casi podría jurar que mi corazón y el suyo latían al mismo ritmo. Me sentí conectada con él, como si perteneciera allí, a sus brazos.

—¿Me dices tu nombre? —preguntó.

Yo sabía que había terminado y, sin embargo, dejé que se quedara aquí. Seguía sobre mí, en medio y adentro, pero al parecer no quería que el momento acabara del todo; yo tampoco.

Evadí su mirada unos instantes, y luego respondí—: No puedo. Es...

—Complicado —se rio él—. Ya me lo dijiste antes.

—Eres periodista —aduje—, creo que deberías entender mi postura...

—¿Y cuál es tu postura? —insistió, luego de pensarlo unos segundos—. Yo pagué para cenar con *alguien*. No para...

Al escucharlo, la bandeja de realidad se derramó sobre mi cabeza. Le palmeé los hombros delicadamente y esperé a que entendiera lo que quería; por fortuna lo hizo. Así que de un solo movimiento se recorrió, desnudo y sin miedo, hacia atrás, quedando sentado en la cama sobre sus tobillos.

Se puso las manos en la cadera y echó la cabeza hacia atrás, suspirando.

—Escucha... —intentó decir, pero yo ya me había levantado de la cama y había, rápido, comenzado a juntar mis prendas del suelo.

Él se agachó para agarrar su bóxer y se lo puso.

—No hay ningún problema —dije, mientras adoptaba la máscara de la *escort* que esa noche había sido dispuesta para él—. Cortesía de la casa.

Me coloqué la blusa con la misma presteza de siempre, asegurándome de no mirarlo a los ojos al tiempo que me metía en mis bragas. De pronto, sus manos tiraron de mí hasta que pude sentir de lleno cómo me rodeaba, aprisionándome contra su pecho, que era ancho y bello, muy bello. El tono apiñonado de su tez quedaba a la perfección con el resto de su cuerpo; supuse que hacía ejercicio, que se cuidaba mucho y que llevaba una vida de príncipe en alguna colonia cara de la capital.

Todo él daba la impresión de haber nacido en cuna de oro. Y yo... Yo era Gloria.

—Me enoja mucho que no tengas opción de abandonar esto —musitó. Trató de que lo mirara: me agarró el mentón con dos dedos de sus manos, y se agachó un poquito (era bastante alto, mucho más que yo, que apenas atisbaba el metro sesenta y cinco)—. Ojalá...

—Está bien —lo interrumpí—. No es tu culpa que yo me haya estancado aquí.

Entonces, sí, me atreví a verlo. La expresión dulce de su mirada me derritió por dentro. Me hizo sentir oscura, febril, *viva*.

Levanté una mano y se la puse sobre la boca. Al sentir mis dedos, él cerró los ojos.

—Si tú quisieras, podrías dejarlo —dijo.

Sonreí, sin ganas de burlarme de lo que había dicho. Sin embargo, la sola posibilidad de comenzar de cero, hacía que mi interior ardiera en llamas.

—Lo sé —confesé.

Él frunció el ceño, contrariado.

—¿Entonces por qué no lo haces? —inquirió.

Permanecí unos instantes de pie junto a él, hasta que tuve la necesidad de tomar más espacio para mí. Él lo supo. Lo supo porque me miró mientras negaba con la cabeza y daba unos pasos hacia atrás.

—Aunque lo dejara —volví a hablar, lo más bajo que pude, con la vista clavada en la alfombra de la habitación—. Lo que sucedió hoy te convierte en un fragmento más de *Gloria*. ¿Comprendes?

Ladeó la cabeza, y se inclinó para recoger sus pantalones del suelo.

—Quizá deberías intentarlo —apuntó. No me pasó desapercibido el tono iracundo de su voz, antes grave y acorde a su personalidad, que era toda modales pulcros, sonrisas sinceras y movimientos tiernos—. Aquí te tratan como si fueras un objeto. Y no lo eres. Que no se te olvide.

Abandonó la habitación y se encerró en el baño.

Mientras recogía el resto de mis cosas, antes de salir de su cuarto en el hotel, eché un vistazo a la cama. Las sábanas estaban tendidas pero arrugadas. Sonreí; no solo en el exterior. Muy en el fondo de mí sabía que después de esta noche, no iba a aceptar que ningún otro hombre me tocara a menos de que fuera por mis propios deseos.

No quise mentir, así que me dije a mí misma que dejaría a aquel joven — el encuentro con él— en mis recuerdos, a donde nadie, ni siquiera Vinnie o su hermana Valeria, pudieran corromperlo.

Diciembre 2015.

Me congelé. Nicolás arqueó una ceja en mi dirección, pero yo no podía dejar de ver la fotografía que me estaba mostrando. Era él. Era aquel hombre de hacía meses, en el bar, en su habitación, *en mí*; lo podría haber reconocido donde fuera. Y allí estaba: enmarcado en un recuerdo. Era hermano de la persona que acababa de contratarme como recepcionista de un periódico.

¿Por qué? ¿Por qué yo?

Intenté tragar saliva; pero mi tráquea estaba paralizada por el miedo. A mi lado, Nicolás esbozó una sonrisa temblorosa. Parecía estar avergonzado por mi ensimismamiento; sin embargo, meforcé a levantar la mirada y estirar en mis labios un gesto torcido, a modo de disculpa.

—Sí —musitó el muchacho, sujetando el marco de la fotografía y dejándolo otra vez encima de la cómoda—. La mayoría de chicas lo prefieren: alto, moreno, ojos castaños y pelo negrísimo. Un mexicano hermoso, según dicen.

No había molestia en su voz, sino todo lo contrario. Noté que aquella era su forma de decir que se había dado cuenta del escrutinio tan severo que yo había mostrado en la fotografía de su familia, en la que aparecía el tipo. *Su nombre era Javier Guízar Robledo*. Nico acababa de contarme que trabajaba para su padre como periodista, y era bastante bueno en su tarea de llevar a cabo las más polémicas investigaciones sobre corrupción en el gobierno.

Acomodé un par de mis cabellos sueltos detrás de mi oreja izquierda. Nico se volvió hacia mí con gesto dubitativo.

—Es un buen hombre —dijo—. Y no lo digo porque sea mi hermano.

—Claro —susurré.

Mientras esperaba que mi voz no me traicionara o que las piernas no me flaquearan, fingí observar en derredor de la oficina; los muebles estaban acomodados de manera matemática, fría y distante. En el escritorio, que era de tamaño medio y de una madera pintada y barnizada en colores oscuros, había una pila de carpetas amarillas. Una PC. Plumas por doquier. Una cámara profesional y dos libros de tapa dura, que se hallaban junto al teclado.

En la pared al frente había distintos títulos profesionales. Una fotografía de

graduación con la imagen de un Javier deslumbrante. Allí seguramente habría tenido algunos veintiún años. Cuando yo le vi por primera vez no parecía mayor de los treinta. De cualquier manera, su cara tenía facciones suaves, labios delgados y una mirada noble: sentí que estaba viendo el interior de una sacristía.

Incluso en la habitación que conformaba su espacio personal se podía sentir su presencia. O era que me había comenzado a imaginar muchas cosas. Sí: me imaginé que era una persona decente, aunque bien podría negarlo porque me había... Había pagado por compañía. Pero, aun así, la compañía por la que había pagado no tenía nada que ver con el sexo, sino con simple compañía; de esas compañías que alejan de la soledad, o que intentan mentirte.

Respiré profundo al tiempo que me guardaba las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—¿Quieres ver el resto del piso? —preguntó Nicolás.

Sacudí la cabeza lentamente y miré de nuevo a mi alrededor.

—Vamos —apuntó el hombre a mi lado—. Tienes que ver el desayunador. Mi padre lo hizo poner porque le molesta mucho que la gente coma sobre los escritorios. Han ocurrido muchísimos accidentes.

Quise reírme, pero no pude y gracias al cielo Nicolás estaba muy entretenido contándome cómo estaban organizados los cubículos de los periodistas, los correctores, los fotógrafos, etc., como para percatarse de ello. Mi silencio era muy externo, porque en mi interior, cientos de voces me gritaban miles de posibilidades.

Pensé en el cómo decirle a Nico que no podía aceptar el trabajo. Y pensé en el cómo por los mil demonios me pudo haber ocurrido esto a mí.

—Tu hermano, ¿viene mucho por acá? —inquirí, tratando de sonar casual.

—Pues... sí —respondió él—. Aunque últimamente mi padre le exige bastante un tema delicado que lo trae con la cabeza hecha un nudo. Tú me entiendes.

Negué con la cabeza y alcé mis dos cejas. Nico se echó a reír. Dos hundimientos se formaron en sus mejillas cuando sonrió. Se cruzó de brazos mientras caminábamos por un pasillo por donde se extendían puertas y más puertas a los lados; esas, por lo que supe minutos atrás, eran las oficinas de los periodistas más importantes.

La del fondo, en una puerta vaivén que rezaba dirección en letras grandes, era la de Joel Guízar. El padre de Javier y de Nicolás. El dueño del periódico;

o sea, mi jefe.

—Es que —se excusó mi acompañante, con voz adusta—, son cosas complicadas. La Ciudad de México está bajo la mirilla siempre. Somos la cuna de todos los males, ¿sabes? Como... la raíz del pecado.

Fruncí el ceño, dispuesta a refutar su aseveración.

—¿Qué me dices de Jalisco? —inquirí. Él entornó los ojos—. O Culiacán. O Guadalajara.

—No, no —se rio Nico. Dejó caer ambas manos a los costados de su cuerpo—. Nosotros no estamos enfocados en el narcotráfico. Sino en la corrupción gubernamental.

Fue mi turno de reír. Me asomé al interior de una habitación un poco más pequeña que el resto de las oficinas —ya habiendo bajado al primer piso—; aquella tenía en el interior una mesa redonda y sillas que la circundaban. Había, también, una mesa de café y una estantería con libros.

El cuarto que siguió, luego de que dejáramos las plantas superiores en paz, era el de las copias y los archivos; olía a tóner y al calor que emanaban aquellas máquinas. De antemano estaba ocupado solo por una persona.

—Ah, ella es Mireya —la presentó Nico. La chica, que tenía el cabello teñido en un rojo escandaloso, se aproximó a mí y me extendió la mano. Había en su rostro una de esas sonrisas transparentes, que dicen «sí, estoy cansada, pero puedo caerte bien»—. Es secretaria de Javier.

Nicolás era un tipo medianamente alto. Era más alto que yo, eso sí, pero no tanto como su hermano —al que recordé a la perfección—. En sus ojos había un dejo de felicidad perpetua, como brillante e inextinguible. Sus ojos eran del color de la madera de caoba y tenía la nariz respingadita. Se parecía mucho a Javier, salvo que el mentón del menor de los Guízar no era tan masculino ni sus facciones tan despiertas.

Se movió hacia las copiadoras con la intención de mostrarme qué hacía Mireya.

—Ya te vas a acostumbrar a trabajar con esta gente —murmuró la chica. Nico se encontraba arreglando algo en la bandeja del papel—. Son adictos al trabajo. Y una tiende a contagiarse de su pasión por joder al gobierno.

Entonces estiré la que yo sentí fue mi primera sonrisa sincera desde que había llegado a la ciudad, un mes antes.

—¿Tu jefe? —quise saber.

Mireya hizo una mueca de horror. Abrazaba carpetas de papeles a su pecho, así que de inmediato añadió—: No debe tardar. Me dijo que lo

esperara aquí.

De forma simultánea, Nicolás se puso de pie. Mireya asintió con poco entusiasmo y yo sentí que me hallaba arrastrando un recuerdo con los pies, a través de todo el país. Luego de tomar la decisión de dejar aquella vida de miseria, pensé que en este lugar, lejos de Monterrey, nadie iba a impedirme comenzar de cero.

Tonta...

Hice como que no había oído nada y me decanté por salir hacia el pasillo. Sin embargo, cuando me di la vuelta, el corazón se me cayó a los talones y mi pulso se aceleró a un ritmo inhumano. Había abejas zumbando en mis oídos y un síntoma parecido a la resaca se incrustó en la boca de mi estómago y en mi paladar.

Javier estaba de pie en el umbral. Vestía unos chinos camel y camisa de botones, manga completa. No obstante, la llevaba remangada a la altura de sus codos. De su hombro izquierdo colgaba un maletín, que yo supuse que era un estuche de laptop. Sus ojos me estudiaron unos instantes, hasta que tuvo que ver a su hermano o a Mireya, ávidamente confundido. Mientras tanto, yo miré hacia abajo, tratando de evadir su presencia. Iba con mocasines a juego.

Era un hombre extraño; desperezado, deslumbrante... inimaginable.

—¿Tienes todo listo? —preguntó hacia Mireya, que se limitó a asentir.

Su voz. Era su voz, sin lugar a dudas. Pero él parecía no haberme reconocido. Opté por mostrarme indiferente, siguiendo su misma apariencia despreocupada, mas en el fondo mis órganos estaban comiéndose unos con otros.

—Ésta es Cassandra —dijo Nicolás, adelantándose hasta su hermano—. Estará en la recepción.

Los ojos de Javier se posaron en mí con suavidad. Hizo ademán de acomodarse la cinta de su maletín, como si le incomodara y dio un paso al frente, con su pie derecho, al tiempo que estiraba esa misma mano para saludarme.

Titubeé unos momentos antes de poder corresponder su gesto. Sentí que fue mi peor error.

La piel fría de mi dorso fue señal suficiente; o al menos eso creí: porque tan pronto como nuestras palmas se unieron, él engurruñó los párpados y entreabrió la boca. No brotaron palabras por sus labios ni dio señal de querer decir otra cosa.

—Aquí tienes lo que me pediste —intervino Mireya.

Hasta entonces, Javier soltó mi mano, pero continuó mirándome.

—Déjalos en mi oficina —señaló, su voz parsimoniosa.

Me asustó que tuviera manías tan controladas. Pero aún más, estaba aterrada porque yo sabía que me había reconocido.

—¿La contrataste tú? —dijo.

Nicolás lo instó para que saliera detrás de Mireya. Lo hizo. Ambos se movieron hacia el pasillo, y yo me quedé unos segundos observando el cuarto de las copadoras. De pronto había comenzado a hacer calor, uno tremendo y absurdo para la época del año en la que nos encontrábamos.

Cuando reuní el valor para salir hacia el corredor, los dos estaban charlando en voz baja, a la mitad del tramo.

—*Te lo dije* —apuntó Nicolás. Javier hizo un encogimiento de hombros. Luego, se volvieron a verme.

—Si quieres yo le muestro el resto de las instalaciones —le espetó Javier, de modo que se quitó su maletín y lo extendió a su hermano menor—. Anda.

Nico dudó unos momentos, pero terminó por rendirse y aceptar lo que su hermano le ofrecía. Allí se estaba mostrando un poco más demandante. No obstante, me resultó una acción íntima, como si ellos tuvieran ese sistema de entendimiento mutuo. Era dulce y altanero a partes iguales.

Recordé que en mi familia nunca había existido la misma dependencia, y que mis padres habían sido todo lo cerrados conmigo siempre que podían. Javier y Nicolás, en cambio, expulsaban un aura de comunicación indescifrable. Parecían entenderse aunque sus comportamientos fueran tan diferentes.

En cuanto nos quedamos solos, él se guardó las manos en los bolsos de su pantalón. La camisa se le pegaba al torso, de modo que pude ver cuán ancho de hombros y pectorales era. Al menos por encima de la ropa, y gracias a lo que recordaba con precisión, su cuerpo era muy llamativo.

A mí me parecía uno a los que luego califican como de “hueso ancho”.

—Y bien —susurró—. ¿Qué te parece?

Trastabillé hasta que pude encontrar palabras para responder. Él no se inmutó ante mi silencio, ni ante mi cara fantasmagórica.

—Pacífico —dije. Javier sonrió.

—No. Este lugar puede ser todo lo que quieras, menos pacífico —me respondió.

Empezó a caminar todavía con las palmas escondidas en su pantalón, algunos dos metros alejados de mí. Me miró por encima del hombro,

deteniéndose antes de llegar a la puerta de servicio.

Yo observé a los lados sin saber qué hacer o qué decir.

Una ceja oscura, espesa y ajustada a sus muecas se arqueó en su rostro.

—No muerdo, Cassandra —sonrió—. Vamos, te voy a mostrar los archivos generales.

Tras la puerta había una escalera que descendía. Javier encendió una luz después de internarse en la oscuridad. Comenzó a bajar, lento y sin prisa, los peldaños de concreto.

Era un lugar con luces sepia, estantes altísimos que rozaban el techo y tres mesas rectangulares acomodadas en el centro de lo que parecía ser un viejo sótano. Lucía aterrador.

Javier caminó hasta una de las mesas y colocó sus manos a los lados de su cuerpo, en el filo de la mesa. Me observó un par de segundos y luego paseó la vista por el sitio que lo rodeaba. Me llegaba a la nariz un olor a humedad y a papel periódico viejo. Y también, acompañando aquel aroma a noticia de escándalo, había uno que flotaba en distinción.

Comprendí que era su perfume.

En ese momento, él se mesó el cabello, mientras escudriñaba mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza.

—¿Me seguiste hasta acá? —murmuró a modo de pregunta.

Me reí. Él ladeó la cabeza como para enfocar mi imagen.

—Perdón —dijo, riéndose—. Me parece demasiada coincidencia.

—Es solo una casualidad terrible —le aseguré.

No quería mirarlo, pero lo hice: porque la tentación era más fuerte que yo y porque necesitaba estar segura de que aquello no era un sueño —o una pesadilla.

—¿Tú crees en eso? —insistió él.

—Entonces, ¿qué debería decir?

—Que viniste a buscarme —sentenció—. Es lo más lógico.

—Pues no —volví a decir—. No vine a buscarte.

Me di la vuelta sobre mis talones y me apresuré a caminar hacia las escaleras.

Su mano, fuerte, grande y tibia tiró de mi antebrazo con energía bruta. Se quedó allí, de pie, esperando. No supe qué. Pero él parecía estar esperando algo.

—¿Vas a empezar de cero? —preguntó.

Maldita sea...

Él seguía sonriendo. Su tono al hablar era cálido y abrumador; tierno, pero rígido; sólido cual una roca, pero limpio y puro. Como un evento natural catastrófico.

—Esa es la intención —musité.

Sacudió la cabeza. No me había soltado todavía.

—¿Por qué aquí? —resopló.

—Parecía el lugar correcto —me excusé.

Sus cejas se elevaron, un gesto de extrañeza en su boca.

—¿Ya no lo es? —dijo.

Negué con la cabeza.

Empezar de cero no incluía a mi última cita. Empezar de cero no incluía mirar a la persona que me había tratado como a un igual y no como a un objeto. Había tenido con él una noche linda, placentera e inolvidable; pero verlo como algo más que un recuerdo me resultó una tortura, me enfureció la mera posibilidad de mantenerlo a mi alrededor.

No quería saber qué estaba pensando de mí en ese instante, así que cerré los ojos y dije—: Lo siento, Javier. En serio.

Me sorprendió que sonriera, que mostrara todos sus dientes en el mohín y que sus ojos conectaran con el gesto.

—Pues yo no —masculló—. Las casualidades no existen.

Las casualidades no existen ¿eh?

Renté un departamento en la colonia donde estaba ubicado el periódico. Aún no había comprado muebles, y estaba prácticamente acompañada de mis recuerdos. De hecho, me estaban torturando. En ellos, Vinnie me repetía que mi mejor opción era obedecer. Así no compartía con sus amigos —y con el resto del mundo— el video que había hecho mientras yo perdía mi virginidad en sus brazos.

Me obligó a terminar la universidad para asegurarse de que iba a invertir conmigo dinero que le sería devuelto. Y desde entonces no fui más que un par de cifras para su beneficio.

Luego comenzó a llamarle sueldo, y en una borrachera que organizó hace más de dos años, me di por enterada de que en el video ni siquiera se veía mi rostro. Me costó mucho entender que me había acostumbrado a las llamadas nocturnas, a las cenas llenas de mentiras con tipos que pedían cosas ridículas para satisfacer sus más bajos placeres, y desgraciadamente también a las comodidades.

Justo cuando creía que estaría condenada de por vida a ese mundo, alguien —Javier— me dijo «no eres un objeto, que no se te olvide». Sus palabras habían taladrado mi consciencia por varias semanas; hasta que encontré el valor suficiente. Y renuncié. *Hasta aquí*, les dije. Lo cual no les agradó para nada a Vicente y a su hermana Valeria.

Ambos me amenazaron con tantas cosas que si intentase hacer una lista me quedaría demasiado larga.

Pero nada de eso me impidió hacer las maletas por la mañana, hacía más de un mes; escogí la Ciudad de México por la cantidad de personas que habitaban aquí y, de hecho, lo hice confiando en que no habría ningún impedimento para comenzar a pisar firme. Sin embargo, aquí estaba yo, mirando a través de la ventana, la calle atestada de autos, la gente que corría al trabajo; escuché los ruidos con atención, y me perdí en la encrucijada que trataba de resolver con empeño.

Tenía una taza de café entre las manos, y el humo del mismo llegaba hasta mis fosas nasales.

La táctica de despejarme no estaba funcionando, no obstante, porque aún no sabía si renunciar o no. De cualquier manera, no iba a iniciar en mi puesto hasta la semana entrante, el lunes, y mi corazón ya latía como si el percance hubiera pasado a mayores.

No podía olvidar el cómo Javier me había hablado ayer, ni cómo su ligereza al respecto —su petulancia, mejor dicho— me había puesto en bandeja de plata, casi dejándome avergonzada como si hubiera hecho algo terrible. Y no era así, pero... no lo quería aquí (¿o sí?), en mi vida, en lo que se suponía tenía que ser mi nuevo inicio, mi hoja en blanco, mi segundo borrador.

Alcé las cejas mientras tiraba del hilo para hacer caer las persianas de la ventana. La luz solar se escapó por en medio de las rendijas; anduve hacia la cocina, y deposité la taza, con casi todo el café dentro, en el lavadero. Con dos dedos de las manos me masajeeé la sien derecha, al tiempo que cerraba los ojos. Y tomé una decisión sin dar más rodeos.

Voy a declinar.

Tras parpadear, vi que nada pasaba a mi alrededor como para indicarme que estaba optando por la peor de mis opciones; aunque la verdad no sabía qué esperar de Javier, lo cierto era que el imaginar estar todo el tiempo en su entorno me provocó algo en la garganta, como alergia, tos o náuseas. Había dicho que sería solo un recuerdo y no tenía por qué amedrentarme que fuera... el hijo del dueño del periódico.

Sin embargo, lo hacía. Me ponía enojada, eufórica; en mi interior resonaban sus palabras, eso de que las casualidades no existían. Pero yo no lo consideraba así.

Y me negué rotundamente a aceptar que Javier estuviera otorgándole a aquel encuentro el calificativo de «señal divina». Me pareció ridícula la idea; a pesar de ello no conseguí dejar de preguntarme por qué de todos los lugares del mundo, e incluso de México, él había tenido que estar allí, en ese sitio al que había visto en la bolsa de trabajo el lunes por la mañana.

Casualidad o no me tenía de muy mal humor. Así que fui a la habitación, tomé mi bolsa y salí del departamento con la decisión aun repitiéndose en mi cabeza. Quería que fuera una determinación coherente, pero se sentía como si, en lugar de ser una elección madura, la hubiera tomado al azar.

Afuera hacía mucho frío. Me abracé a mí misma para buscar un calor que era imposible guardar con la temperatura descendiendo. Todavía me estaba acostumbrando al clima, y a la gente, que lucía apurada al grado de hacerme

creer que siempre llegaban tarde a algún sitio.

El complejo habitacional no quedaba ni siquiera a cuatro calles de distancia del periódico, por lo que me tomó cerca de diez minutos llegar hasta allí caminando; todo el tramo desde el departamento hacia el edificio de tonalidades azules y grises lo invertí en parafrasear una y otra vez la excusa que le daría a Nicolás apenas verlo.

Ninguna frase en mi cabeza, ni en mi boca, parecía ser lo suficientemente buena como para que él comprendiera que no podía quedarme. Pero algo en mí me decía que la única forma en la que me vería el tipo sería como si fuera una malagradecida, o una persona poco profesional, poco seria, sin aspiraciones.

No necesitaba el trabajo por la comodidad, porque el salario no era impresionante, pero sí lo hacía por el horario, que era máximo a las tres de la tarde; según lo que yo sabía los correctores eran los que trabajaban hasta bien entrada la noche, y algunos que mantenían contacto con la imprenta daban órdenes desde sus casas. La recepción, para mí, era solo una manera de empezar con el pie derecho.

Vaya circunstancias.

La construcción tenía solo cinco pisos, y estaba ubicada en una de las avenidas de mayor longitud y tráfico en la ciudad. De modo que, en comparación con los otros edificios circundantes, el edificio de la familia Guízar era mucho más modesto.

Las puertas estaban abiertas, así que no me molesté en mirar hacia los lados ni me detuve a examinar la enorme estancia; la aparatosa recepción se hallaba inundada de personas, de todos los tamaños y formas. Yo, sin esperar a que nadie tomara aprecio de mí, me fui directo hacia el elevador, que estaba en el centro de la concurrencia y de todo el alboroto laboral que se podía sentir incluso.

Después de pulsar el número cuatro en el marcador, y cuando las puertas estuvieron por fin cerradas, respiré tan profundo que me percaté de la sensación aprehensiva que mis pulmones les causaban a mis costillas. Llevaba puesta una blusa de lana, de manga larga y en color azul petróleo. Encima me había puesto una chaqueta de piel, de color camel.

El resto de mi atuendo lo tuve que ajustar al frío, y a la ropa ligera que traía arriba. El pantalón era de mezclilla y permitía a la perfección que el clima me calara los huesos.

Por un momento, creí que lo que hacía iba a ser sencillo, que no me tomaría más que cinco minutos, tal vez menos, renunciar y pedirle disculpas a

Nico. Tuve la leve impresión de que podía salir bien librada de aquella situación tan bochornosa, y que tampoco me costaría demasiado ir a otra ciudad a buscar...

El pitido del ascensor lo cambió todo. Tanto mis energías como mi repentino valor.

Sentí fenecer mi voluntad, y sentí que me abandonaba el vigor del poco café que había ingerido. Di un paso al frente, hacia el pasillo y caminé al principio lento, luego instada por la pena de que los presentes vieran mi cara lívida, mis pasos atrabancados y la forma en la que evitaba mirar el pasillo de frente, por miedo a toparme asimismo con Javier.

A medio corredor una mano delgada y suave rodeó mi brazo, e hizo que me detuviera. Me paré en seco y miré hacia atrás, a donde una bien arreglada Mireya me observaba con una sonrisa dibujada en los labios. Levantó una mano a modo de interrogante; yo me limité a pensar en cómo debía responder.

—Estoy buscando a Nico —me excusé, mientras me frotaba el brazo izquierdo con la mano. Mi bolsa pesaba más, de pronto—. ¿Crees que lo pueda ver?

—Está en su oficina —dijo ella—. Te acompaño.

El corredor parecía más largo y más angosto; Mireya contaba, a mi lado, sin dejar de avanzar, que tenía muchísimo trabajo, y que Javier le había cargado la mano todo ese fin de semana; nos detuvimos frente a la puerta de la oficina de Nico. La chica, que no parecía ser mayor que yo, abrió la puerta sin tocar.

Desde mi postura alcancé a ver Nico, arrellanado con pereza en su silla reclinable. Tenía el teléfono local en el oído, y la mano derecha sobre el ratón de la PC. Hablaba con voz recta y fina, como si quisiera convencer de algo turbio a su interlocutor; Mireya y yo dimos un par de pasos al interior del pequeño espacio, que era muy diferente al de Javier.

Éste se encontraba todo ordenado; no había un solo libro fuera de su lugar e inclusive los cuadros en las paredes se veían acomodados con cuidado máximo.

Nico colgó el teléfono al mismo tiempo que se ponía de pie. Elevó una de sus cejas castañas y rodeó, con lentitud, el escritorio detrás del que había estado antes. Al ver que me ponía toda la atención, Mireya se despidió de mí, no sin preguntarme cuándo iniciaba. Le dije que por eso estaba allí, de manera que, dado que la fecha de mi ingreso había sido dispuesta ayer, Nicolás me miró, circunspecto y concentrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sentándose en el filo del escritorio.

—Nada grave. Es solo que... —Me hizo una seña con la mano izquierda, apuntando la silla frente a él y junto a mí. Acepté el ofrecimiento y dejé la bolsa a un lado, colgada del apoyabrazos. Nico tenía una expresión expectante en la cara, y se cruzó de brazos al observarme con mayor detenimiento—. Vine para agradecerte que me hayas dado la oportunidad a mí.

Se pasó una mano por el cuello, como si se estuviera dando un masaje; la mueca de su rostro era confusa, pero firme.

—¿Y eso? —se interesó.

No era un repentino interés nacido de la cortesía, eso pude notarlo. De hecho, pude ver que la máscara de anonadamiento de sus facciones era sincera, o bien que fingía de maravilla.

Me inventé una excusa tonta; mientras le narraba por qué había cambiado de residencia (le conté que había tenido una mala relación, que no era del todo mentira), él iba mostrándose más impactado por mi actitud serena y mis manías indecisas a pesar de ello. Lo vi carraspear en más de una ocasión, por lo que deduje que no me creía.

Para variar...

—¿Sabes qué dice mi tío sobre las decisiones inseguras? —inquirió; con el gesto de un niño que pregunta cómo se hacen los bebés. Él, por lo visto, supuso de inmediato que yo no iba a responder nada en lo absoluto, así que añadió, con voz engolada—: Que salen demasiado caras. Mira, no sé qué haya ocurrido de ayer a hoy para que decidas, así como así volver a un sitio en el que dices que no te sentías a salvo, pero lo que sí puedo decirte es que nada vale tanto la pena como para permanecer oculta. ¿Acaso lo quieres hacer para siempre?

Me pregunté, tras oírlo, cuál era la posibilidad de que, en una ciudad como esta, y en una época como esta, una persona, casi la primera con la que entablaba una conversación que no tuviera que ver con el dinero y el sexo, me dijera ese tipo de cosas; o Nicolás era un muchacho bien educado, demasiado bien educado, o yo tenía, por alguna extraña razón, mucha suerte.

Permanecí en silencio varios minutos, y él me miró con una sonrisa estirada en sus labios.

—Soy pésimo para dar discursos de superación —se carcajeó. Yo lo imité—. ¿Segura que no puedo hacerte cambiar de parecer?

Estaba a punto de negar, pero luego, de la nada, la voz de Javier me ayudó a enmudecer totalmente—: ¿Acerca de qué?

Se puso al lado de su hermano. Llevaba una cámara profesional (la que yo había visto en su escritorio) entre las manos, y me miró tan pronto como se posicionó junto a Nicolás, que le ofreció una mirada reprobatoria, pero se recompuso de inmediato. Yo, por otro lado, estaba inerte en la silla, como si mi alma hubiera escapado de mi cuerpo.

Ella sí podía correr, al menos.

—Cassandra quiere renunciar. ¿Le hiciste algo ayer? —dijo Nico. A pesar de que sentí que lo había dicho para bromear con su hermano, y alivianar un poco la tensión del momento, el semblante de Javier cambió de estar iluminado como el sol, a ser aquella máscara que usan las personas para un funeral—. Con esa costumbre terrible que tienes de intimidar demasiado a las personas.

Un aguijón de incomodidad me atravesó el pecho. Mi primer impulso fue ponerme de pie y abandonar la oficina. Después de agradecer de nuevo y decir que no, que no podía quedarme de ninguna manera. Pero no podía ni siquiera respirar con normalidad. No supe, en un principio, si aquello que me quitaba el habla por completo era vergüenza o miedo.

Vergüenza por venir a penetrar el mundo de Javier, o miedo de que éste le dijera a las personas en el periódico lo que yo era. Sin embargo, algo en mi mente, como una voz enajenada, me gritó desde lo más profundo lo que había sentido tras estar con él; y también recordé sus palabras, la ligera y a la vez pesada sensación de haberme sentido *segura* a su lado.

Hice un intento por espetar la misma mentira otra vez, pero Javier se me adelantó de nuevo.

—Si le dije algo que no le gustó, le ofrezco mis más sinceras disculpas —susurró. Se colocó en la misma postura que su hermano.

De esa manera los pude comparar con más detalle: el cabello de Javier era ondulado en partes y lacio en otras, o tal vez se veía de ese modo por el cómo se había peinado ese día. El de Nico era crespo, castaño y rebelde; de una espesura tan salvaje que se me antojó libérrima. No parecía estar preocupado por cuán despeinado estaba. Los ojos de ambos eran de color chocolate, pero desvaído.

Lo que los hacía parecer muy similares, sin embargo, dejando de lado sus físicos, eran sus personalidades. Ambos gritaban «vida perfecta» a todas luces. Sus caras eran dos máscaras de tranquilidad, a pesar de que tenían rostros víctimas del cansancio laboral, y miradas que a veces te dejaban temblando.

Alguien tocó a la puerta en ese instante. Es decir a la madera porque la puerta seguía abierta como Mireya la había dejado.

—¿No deberían estar trabajando? —El timbre era hosco y abrupto; demasiado rígido para lo que yo podía tolerar.

Sin que nadie me lo dijera, gracias a las reacciones de los dos hermanos Guízar frente a mí (ambos abrieron los ojos como platos y luego agacharon la cabeza, para mirarse con un gesto de complicidad), supe que se trataba de Joel. Su padre.

—Tratamos de convencer a Cassandra de no renunciar antes de tiempo — aludió Nico. Javier me miró y esbozó una sonrisa que palideció en el acto.

—¿Le hiciste algo? —Joel le preguntó a Javier.

El hombre era igual de alto que este último. Cuerpo delgado, cabello entrecano y arrugas en las comisuras de los ojos. Tenía la envergadura de un tipo con muchos años de experiencia en la corrupción, y lucía como lucen las personas cuando han recorrido un camino pedregoso solo para intentar cambiar algo en el mundo.

Estiró su mano hacia mí mientras me decía su nombre.

—Y siguen bastos —se quejó Javier, mirando el techo con fastidio—. ¿Saben qué? —les preguntó. Joel, que traía puesta una chamarra de piel, se guardó las manos en ella—. Tengo hambre. Y cero ganas de discutir sobre renunciadas inútiles. Como Cassandra viene de Monterrey y no conoce la ciudad, podemos ir, almorzar y luego vemos.

Nicolás y Joel se volvieron a verme en cuanto la retahíla de Javier se apagó. El primero atónito, el segundo con el ceño fruncido.

Entendí, más rápido de lo que hubiera querido, que acababan de notar algo raro en el comportamiento de Javier. Lo primero que me imaginé fue que ellos supieran de la aventura del susodicho y que, gracias a su comunicación familiar, habían supuesto de inmediato que era yo la mujer de su relato.

—Pues andando —dijo Nico. Se irguió, y fue a por un abrigo colgado de un perchero en la esquina,

—¿Nos dan unos minutos? —preguntó Javier.

Joel alzó ambas cejas, y dijo—: Quiero la nota del congreso para hoy. — Había levantado un dedo hacia su hijo, y luego me sonrió como despedida para retirarse con la petulancia pegada a su frente, como un anuncio espectacular.

Javier continuaba mirándome.

—Los espero abajo ¿está bien? —murmuró Nicolás, antes de dejarnos en

la oficina.

Apenas quedarnos a solas, Javier espetó—: ¿Te vas por lo que te dije ayer sobre las casualidades?

—Te das demasiada importancia —refunfuñé, inclinándome para agarrar mi bolsa. Él observó el movimiento con mucha atención—. Me voy porque me resulta incómodo estar en tu presencia.

—¿Y si te juro que no le voy a contar a nadie sobre ti? —preguntó, el mentón elevado y estudiando cada rasgo de mi rostro.

Negué con la cabeza y con la mano derecha me pasé los dedos por el fleco del cabello. Los labios de Javier estaban tan fruncidos que eran apenas una línea de carnosidad de color rojizo suave. Sus ojos, entornados ahora, me seguían escrutando.

Lo vi suspirar, y escuché cómo expulsaba el aire de forma pesada.

—Tengo el presentimiento de que Nico ya sabe —musité.

Javier se encogió de hombros. Cambió de postura y enderezó el cuerpo en su totalidad. Evité mirarlo en ese momento: porque la imponentia que emanaba me erizó al instante los vellos de la nuca. Agradecí al cielo que no pudiera ver eso en mí.

La camisa negra de estilo polo que traía puesta hacía que los músculos de sus hombros fueran muy perceptibles... Miré en otra dirección, nerviosa sin importar mis esfuerzos por no parecerlo.

—Es algo así como mi mejor amigo —sonrió; se lo formaron dos hoyitos en las mejillas—. Cuando te conocí... Bueno, aquella vez, le conté que había conocido a una mujer impresionante. Ellos saben que fue en Monterrey así que no debió haberles costado mucho suponerlo.

—¿Ellos? —me asusté—. ¿Tu padre también lo sabe?

Él asintió, y se movió hacia la puerta; verificó que nadie estuviera en el corredor y se volvió hacia mí de nuevo, recargado en contra del marco. Se puso las dos manos en la pretina del pantalón, con sus dedos pulgares sujetos de allí.

Parpadeó un par de veces y dijo—: Cassandra, ellos saben que una mujer me impresionó allá, pero no saben...

Cuando se detuvo al final de la oración, y cuando vi que me miraba sin saber cómo proseguir, entendí que se refería a lo que yo era entonces.

—No les conté *lo íntimo* —declaró. No supe por qué, pero le creí—. Y de verdad: no pienso que hayas venido a buscarme. Es solo que... —Enarcó una ceja, y miró hacia un lado, a ningún punto en concreto—. Tienes que reconocer

que esto es demasiada coincidencia.

—Es cierto.

—Si esta es la forma en la que te vas a alejar de ese mundo sórdido — continuó—, yo no quiero ser quien te lo impida. No voy a contarle a nadie sobre *lo otro*. Te lo prometo.

—No es solo *lo otro* —le confesé, mientras me ponía frente a él. Mi calzado tenía tacón de cuña, pero ni eso me bastó para estar a su nivel. Sin embargo, me bastó para que una línea de electricidad me recorriera la espina dorsal; su seguridad me espabiló—. Tú...

—Tengo palabra. Sé cumplir mis promesas —refutó—. Al menos inténtalo. Trata de encajar aquí. Es más, para cuando te des cuenta de lo que hago para ganarme la vida, nos habremos visto un par de veces a la semana si tengo suerte.

Volvió a sonreír. Y luego ladeó la cabeza para indicarme que saliera. Fue él quien cerró la puerta de la oficina y quien le pidió a Mireya que cancelara la cita que Nico tenía con no sé qué fotógrafo. Mi corazón latía muy rápido en el momento en el que entramos en el elevador; «solo... inténtalo», me dije.

Él presionó el botón del vestíbulo, y hundió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Tu padre parece un tipo rudo —le dije para romper el hielo.

Los nervios iniciales habían comenzado a difuminarse; también la petulancia en Javier. Aunque en el fondo yo la sabía nula, como una careta.

Me sentí identificada.

—La regla número uno respecto a mi padre —murmuró, sonriendo como sabía hacer y mirándome de la misma manera; ni siquiera podía disimular el interés filtrado en sus pupilas—, es que aquí, en el periódico, no somos sus hijos, sino sus empleados.

Recordé la impresión que me había dado aquella noche; en el bar, su plática me había parecido de lo más interesante. Durante casi dos horas me habló de cómo los funcionarios de gobierno del país realizaban transacciones ilícitas para llevar vidas que ni por asomo serían capaces con el sueldo mínimo de los trabajadores. También recordé la pasión que le imprimía a sus palabras, como si estuviera viviendo para probar su punto.

Eso mismo sentí cuando el elevador se abrió y me dijo, la vista clavada hacia el frente—: ¿Te vas a quedar?

Yo tragué saliva, y cerré los ojos.

Busqué la respuesta en mis deseos; en los propios, no en los de nadie más.

—Voy a tratar.

En sus labios se formó una sonrisa, y tras ver a Nicolás hablando con otros dos tipos en el vestíbulo, el gesto de Javier se tornó meditabundo, como si estuviera planeando algo.

Me moría por saber qué...

3

Mauricio Guízar era el nombre del primo de este par; hacían un trío tan particular que me sentí incómoda desde que dejamos el periódico. Me lo había presentado Nico cuando Javier y yo salimos del elevador, y había dicho que era el encargado de la imprenta en general.

Era un tipo casi tan alto como Javier, pero con el pelo castaño claro, el mentón afilado y la piel de un moreno un poco más tostado. Aun así, debía reconocer que era muy atractivo; un hombre apuesto del estándar de las novelas televisivas. Su forma de hablar también era similar a la de Javier, solo que Mauri, como escuché que le llamaban los otros dos, tenía un acento capitalino más marcado.

Para mi suerte, Mireya había venido a desayunar con nosotros, y ahora me iba platicando desde cuándo trabajaba para los Guízar.

—Mi padre trabajó treinta años con el abuelo de Javier —me dijo, mientras nos sentábamos a la mesa en el restaurante al que habíamos venido sin necesidad de tomar un taxi; se encontraba a pocas calles de distancia, así que habíamos venido caminando—. Y si Joel Guízar te pareció un roble, aquel anciano hubiera sido tu terror personal.

Me reí, y alcé con una mano la carta del menú.

—No estoy acostumbrada a tratar con tantas variantes de personas —dije, sin darme cuenta de lo que salía a través de mis labios—. O sea... —intenté corregirme.

La chica me estudió un momento, y enarcó una ceja tras hacerlo por más de dos minutos. Gracias a su silencio, y por encima de los ruidos en el establecimiento, pude oír la música que emitían los cubiertos en los platos, la charla de la gente que se encontraba allí y el ajetreo de la vida común en aquella ciudad. Deglutí saliva con la preocupación subiendo por mi garganta a modo de vergüenza.

Mireya ladeó la cabeza y dejó la carta sobre la mesa, mientras sonreía.

—¿En qué trabajabas antes? —preguntó.

A pesar de mis intentos por no hacerlo, mi mirada se posicionó en Javier; que parecía entretenido con los comentarios que su primo le hacía. No entendí

muchas de las cosas que Mauricio estaba diciendo, pero lo poco que alcancé a oír con suficiente claridad me permitió ver que tenían problemas con cierta censura en una noticia que saldría la semana entrante.

Me mordí el labio inferior, todavía escudriñándolo; él estaba sentado a un lado de Mireya, con los ojos clavados en su primo. Nico se había sentado frente a mí, en el extremo opuesto de la mesa.

—Acabo de terminar un posgrado —dije: porque era verdad—, y solo tuve un empleo que ayudaba un poco. En un bufete jurídico.

Ella asintió como creyéndose mi mentira final, pero un dejo de asombro en su mirada me permitió entrever sus verdaderos sentimientos.

Agaché la mirada y la escondí de la del resto; minutos antes de llegar, antes de que Javier y yo saliéramos del ascensor, sus palabras —y su forma de hablar— me habían dejado en claro que estaba pensando cosas respecto a mi aparición allí, en su ciudad, en el periódico de su familia. Y, por lo tanto, mi curiosidad ya no iba solo de ver qué clase de trabajos realizaba, sino de ver qué tan en serio había hablado tras decir que guardaría mi secreto.

En parte, es nuestro secreto, me dije.

En ese instante, un mesero se aproximó a la mesa que habíamos ocupado en la terraza, donde la luz solar alcanzaba a dejar al descubierto cada uno de los rostros allí. No había demasiada gente y eso me hizo sentir un poco más a gusto. Javier, atendiendo a la voz del muchacho que vestía con un delantal negro y camisa blanca, le extendió su carta menú, y entonces me lanzó una mirada inquisitiva.

Le sonreí, e imité su acción; le pedí panqueques al mesero, y un licuado de frutas del que tuve que especificar exactamente la cantidad de azúcar que quería en él.

—Comes como un pajarito, Cass —dijo Mauricio, riéndose—. Si quieres ser mi amiga, tienes que aprender a comer como la gente —se mofó en seguida.

Nico rompió a reír en un tono bajo, y sacudió la cabeza.

—Ya se acostumbrará —aludió Javier.

Ellos pidieron comida como si fuera a ser la última de sus vidas; aunque, tras el comentario de Mauri, la realidad es que ya no me sorprendió tanto. Incluso Mireya me enseñó que, comer esa cantidad de carbohidratos a tan temprana hora del día, no solo era cosa de hombres.

Fue gracias a ella que entendí el porqué de que Javier insinuara que luego comería del mismo modo. Pero, lo cierto era que yo no ingería alimentos en

porciones pequeñas solo por mantener un peso en concreto; no. Lo hacía porque estaba programada desde hacía mucho ya para enlistar mis alimentos como si fuera un militar en medio de una guerra.

—Entonces —Nico alzó su voz cantarina, y me miró con decisión alumbrando en sus ojos—, ¿te vas a quedar?

—¿Cómo? —inquirió Mauricio, mirándonos a Javier y a mí de hito en hito—. ¿Ya habías renunciado? ¡Já! Este es un récord. Incluso para ellos. —Señaló a Nico con su dedo índice, y se volvió hacia mí con un gesto de niñería en la cara—. No les vendas tu alma; una vez que se las entregas, ya no hay vuelta atrás.

—Me hacen creer que son acosadores o algo por el estilo —dije, mirando a ninguno con precisión. Mireya se rio por lo bajo y Nico emitió lo que yo interpreté fue como un tono de burla hacia su primo—. ¿Lo son?

Javier esbozó una sonrisa delgada, y mesó su cabello, volviéndolo desprolijo por un breve instante. De todos modos, cuando lo volví a mirar, sus hebras oscuras estaban en la misma posición controlada que antes.

Se aclaró la garganta, como preparándose para dar un discurso.

—Somos catalogados como adictos al trabajo, Cassandra —señaló él, sin mirarme—. Y a veces...

—Como mandones —puntualizó Nicolás, interrumpiendo a su hermano mayor—. La cosa es que, en lo que hacemos, no nos queda de otra más que estar al día.

—En las campañas electorales es peor —añadió Mireya—. Los que estamos en política pasamos una terrible etapa de desvelos por esas fechas.

Comprendí un poco de lo que hablaban; ellos continuaron tratando de que lo hiciera, y por ese sencillo detalle conseguí decidir que al menos me iba a dar un mes para intentarlo.

Cuando el mesero nos trajo el almuerzo, sus charlas se desviaron por un camino menos estrecho, donde yo pude responder a varias de sus preguntas; algunas de ellas, en especial las de Mauricio, me dejaban en silencio, sin saber cómo responder realmente: no porque se relacionasen con mi anterior empleo, sino porque eran acerca de mi familia, de mis padres.

Y no los había visto desde hacía cinco años.

Sin embargo, gracias a Nico y su habilidad de acaparar toda la atención, luego el foco dejó de estar sobre mí. De pronto ya no estaban interesados en saber si mis padres habían estado de acuerdo en que yo viviera tan lejos, o si no me había costado mucho rentar un departamento en la zona —que, según

ellos, por ser céntrica, era muy cara— o, incluso, si el trabajo de recepcionista no se me hacía ligero con un posgrado.

—Somos una familia normal —se excusó Javier, cuando cruzábamos la calle hacia el periódico luego de acabar de almorzar—. Solo que, a veces, también nos metemos demasiado al ojo del huracán.

—¿Del periodismo? —le pregunté.

Nico le hizo una seña a su hermano, y antes de que se acercara a nosotros, Javier me dijo—: Tratar de sacar los trapos sucios del gobierno es difícil y, por desgracia, peligroso.

—Te están esperando —dijo Nicolás—. Es tarde.

Javier frunció el ceño al volverse, mientras observaba su reloj de pulsera. Torció un gesto para demostrar que le caía mal su compromiso, y después se despidió de mí esbozando una sonrisa, al tiempo que sacaba su teléfono del bolsillo trasero de su pantalón.

Lo vi doblar en la esquina del edificio —seguido por Mauri—, y luego perderse de nuestra vista.

—¿Por qué tengo la impresión de que ya se conocen? —analizó Mireya, con los brazos cruzados en el pecho.

Tenía una ceja enarcada y cada una de sus facciones anunciaba curiosidad; la curiosidad esa que luego mata a tantos gatos.

—Porque lo hacen. Cassandra y Javier se conocieron en Monterrey —dijo Nicolás, poniéndose a mi lado—. ¿No, Cass?

Hasta que no vi sus muecas no me atreví a sonreír, pero me aseguré de grabar en mi mente muy bien la máscara de altruismo que Nico había puesto en la cara. Su asombro iba más allá de lo interpretativo. Se parecía, más bien, a la impresión que provoca suponer una cosa y después de reunir el valor necesario para sacarla a la luz, estar en lo correcto.

Como periodistas, seguro que valoraban mucho aquellas emociones.

—De película —se rio Mireya—. ¿Él te recomendó o algo parecido?

Sentí la energía en su voz, así que mi piel se erizó al instante.

—De hecho... —traté de espetarle.

—Escucha esto, Yeyé —dijo Nico, abrazando a la chica y llevándola al interior del edificio. Fue así como me percaté de que la concurrencia había aumentado muchísimo—. Es una casualidad. Una total, total casualidad.

No pude evitar sonreír; me costó horrores mantener mi postura estoica, como si aquello no me pusiera a temblar.

—Yo me voy —dije, evitando seguir su charla antes de llegar a la

recepción—. Tengo que comprar varias cosas para el departamento. Así que, ¿nos vemos el lunes?

Nico me dijo que sí con la cabeza, y se fue hacia el vestíbulo para detenerse en la mitad a charlar con dos mujeres que vestían al parecer uniformadas. Mireya, en cambio, me acompañó hasta la acera de la salida, y me contempló sin decir nada más.

Cuando por fin se despidió de mí, una sensación de amargura se había instalado en la parte trasera de mi garganta. Pero, a pesar de ella, una parte de mi mente, la parte soñadora, ilusa y romántica, estaba cien por ciento feliz de estar allí.

*

Mi primer día de trabajo fue de maravilla; estuve a punto de titularlo como el mejor día de mi nueva existencia, pero hoy, martes quince de diciembre, era el mejor día de mi nueva existencia: como él mismo dijo, apenas y había visto a Javier por aquí. Sí, por la mañana le había observado entrar en el edificio, pero no notó mi presencia. Fue como darme cuenta de que estaba exagerando la situación.

Lo único que me desbalanceó un poco había sido conocer a la exprometida del susodicho; que trabajaba también en el periódico, en un área que de inmediato olvidé. Se llamaba Marisol. Era una chica de curvas marcadas, más baja que yo, pelo castaño y ademanes rígidos: toda su vestimenta era una completa rúbrica al control exagerado, como los planos de un puente. Estaba hecha como para no cometer ni un solo error.

Aun así, algo en su cara y en su sonrisa, cuando nos dimos la mano al tiempo que Nico nos presentaba (había comido con él y Mireya), me hizo pensar que tal vez la suya era también una máscara de perfección, un intento de ocultar aquello que no le agradaba de sí misma. Por eso decidí que no tenía el derecho de sentir ningún tipo de recelo por ella.

Según Mireya, que me había acompañado hasta mi departamento y ahora me ayudaba a acomodar una enorme cortina de color melón, Javier había terminado con ella hacía como tres años.

—Y eso no fue lo peor —continuó.

Estaba parada en una silla de madera, mientras apuntalaba la brida del cortinero.

Yo me encontraba en posición contraria, sujetando el tubo en el que

habíamos metido la cortina.

—La dejó dos meses antes de la boda —me reí, dispuesta a ignorar el repentino hoyo que se me había formado en el estómago—, ¿qué cosa puede ser peor que eso?

—Pues que no hubiera explicación —ironizó Mireya—. Marisol no le contó a nadie por qué. Y, obviamente, nadie se atreve a cuestionar a Javi. Con el miedo que todo mundo le tiene...

Fruncí el ceño, poniéndome las manos en la cadera. Había terminado de ajustar mi lado del cortinero. Así que me permití inquirir con la mirada hacia ella, que por un momento permaneció tan callada que creí que no iba a terminar de contarme.

Por fortuna, suspiró, como cansada, e imitó mi postura.

—Javier es como Don Joel Guízar Márquez —dijo. Y como de seguro vio mi semblante sin entendimiento, se explicó—: Entregado *totalmente* a lo que hace. Se toma muy, *muy* en serio eso de la política y la corrupción.

—Claro. —Me bajé de la silla de un salto, y ella hizo lo mismo, sacudiéndose las palmas como si trajera polvo en ellas—. Entregado a sacar a la luz las injusticias, pero no a sacar las propias ¿eh?

—Por eso resulta extraño —recalcó—. Yo lo conozco desde que éramos pequeños. Siempre he tenido la impresión de que ahí ocurrió algo grave y nadie nos enteramos.

La miré un instante y rápido me volví hacia la cocina. Caminé hasta el refrigerador con la paciencia definitiva de no atreverme a sentir algo por ese secreto en la vida de Javier; es decir, me dije a mí misma que si él se había comportado como un patán con la chica, no era mi asunto: y que, de igual manera, si el motivo de su ruptura era una cosa fea como sospechaba Mireya, a mí no tenía por qué amedrentarme.

Abrí la puerta del refri ya con la cabeza un poco calmada de tanto pensar.

—La verdad es que Marisol parece una buena mujer —dije, sincerándome—. De Javier no sé qué pensar.

—Es un buen tipo —consideró ella, a mis espaldas. Le ofrecí una botella de agua. Tras agarrarla, se recargó contra la pared en la cocina, y yo en la puerta del refrigerador. Nos miramos durante un par de segundos, frente a frente—. Como todo: tiene sus momentos, en especial si se trata de relaciones amorosas.

Asentí, con ganas de no seguir con esa plática. Pero entendí que aquello era parte de introducirme al mundo del que estaba empezando a formar parte

—como prueba—. Mireya me contó que Javier, con sus modos chapados a la antigua, no había salido con ninguna otra mujer desde su rompimiento con Marisol. Lo cual sí se me antojó aceptable.

Quizás él había querido mucho a su ex y por eso ahora le costaba...

—Estoy segura de que no es porque esté enamorado de Marisol todavía —me espetó Mireya cuando le dije mi suposición. Habíamos vuelto a la sala y ahora trabajábamos con un librero que había adquirido el viernes pasado. Ella se dispuso a sacar libros de una caja y yo a irlos acomodando cada vez que me los extendía—. Lo hemos visto salir con chicas. Es más, el año pasado —Se puso de pie para entregarme una enciclopedia de la historia francesa que había ocupado para la clase de ese mismo idioma en la universidad—, en la fiesta charra del quince de septiembre, una chica que trabajó en la sección de sociales estuvo un tiempo con él. Pero, por lo que vi, no fue nada serio: claro que a ella eso no le gustó.

—¿Y eso cómo es? —sonreí.

—Bueno —dijo, volviendo a su tarea con la caja—; los hombres lidian mejor con los *acostones*. Ya sabes: el típico «amorío de una noche». Si eres lista, no te metes en la cama de un hombre con el que sabes que no tienes posibilidad.

—Eso es muy machista, Mireya —Me la quedé mirando, y ella chasqueó la lengua contra los dientes.

Noté que trastabillaba para seguir con sus historias, de modo que me acuclillé a su lado y le ayudé a organizar los libros. En realidad, lo que había dicho me parecía lógico; dado que la sociedad tenía ese estilo de pautas de conducta para las mujeres. Me entretuve admirando algunos de los títulos, mientras ella recuperaba el aliento.

Fue un alivio escucharle decir—: Suena horrible, ya lo sé. Pero, si Javier no le prometió una relación, ¿tenía la culpa de que la chica se obsesionara con él? Al principio ella juraba que había sido cosa de una noche, pero después, cuando vio que Javi no quería nada (y que para él de verdad solo había sido *esa* noche), cambió de opinión.

Resoplé aire, atragantándome con mi propia saliva.

No sabía qué decir sin que se me notara el conflicto de interés (yo había tenido mi «amorío de una noche» con él...).

—Se emborracharon y tuvieron sexo. Él no le prometió nada y ella, ¿qué? ¿Se enamoró? ¿Qué pasó después?

—Uff. —Se echó el cabello hacia atrás, al tiempo que se sentaba en sus

tobillos y se ponía las manos en el regazo—. Un montón de cosas. Algunas sin importancia, otras muy bárbaras. Aún para alguien tan intenso como lo era ella.

Esbocé una sonrisa ante la cara de circunstancias que había puesto. Estuve a punto de dar por terminada la charla, pero el gusanito de la curiosidad me mordió la lengua en ese instante.

—¿Renunció? —pregunté.

Mireya negó con la cabeza.

—Joaquín Guízar la despidió —dijo por fin. Supuse que le divirtió mi sorpresa al escuchar aquel nombre, porque agregó—: Es el co-propietario del periódico. El papá de Mauri.

Hice una mueca de extrañeza, mientras procesaba la información con mucha lentitud.

—¿Por qué...?

—¿La despidió? —atajó la chica. Moví la cabeza arriba y abajo. Entonces ella contestó—: Ella se vengó de Javier, por supuesto. Pobrecita. Estaba como... ¿despechada? —Abrí los ojos, casi atónita con el relato. En ese momento, terminamos de sacar los libros de la enorme caja y ambas nos pusimos de pie, así fue que ella prosiguió—: Es que fíjate: nosotros llevábamos como once meses trabajando en el rastro de un rumor acerca de este senador corrupto: Javier se movió por todo el país en busca de pruebas para sustentar la sospecha de los gustos personales del funcionario. El chisme terminó en Monterrey.

Al oír lo que decía, me quedé petrificada en mitad de la estancia; Mireya admiraba la extensión del lugar, y cuando se giró sobre los talones, me encontró mirándola a la espera de que explicara bien eso.

Yo comencé a sospechar algo, pero mantuve la compostura, y me juré en el interior que no. Me dije que estaba equivocada.

—Se sospechaba que el tipo tenía lazos con una red de prostitución muy poderosa en el país. De esas que prestan sus servicios a la élite —continuó. Mi corazón comenzó a latir con fuerza; me abracé a mí misma y dejé caer la mirada al suelo, fingiendo que observaba la alfombra y su color café—. Vicente Torales, se llama el fulano que resultó ser el dueño de la “empresa” —sonrió al decirlo—. Javier se inmiscuyó tanto en ese trabajo que, al ver la nota en El Excélsior, mucho antes de que nosotros terminásemos de redactar incluso, perdió los estribos. Le puso un par de puñetazos a Roberto, el reportero de la nota. Demandaron al periódico y otras tantas cosas más.

Conforme digería cada una de sus palabras, mis recuerdos se volvían, en la misma medida, cada vez más pesados. No me podía imaginar a un Javier iracundo, ni siquiera por aquel tipo de cosas; pero al hacer una evocación profunda, me vi embelesada frente a él en la barra del bar de aquel hotel en Monterrey, escuchando como una estúpida hipnotizada, cómo él me explicaba que hombres como Vinnie —Vicente Torales— se movían con libertad en el país gracias a las manos sucias de gente apoderada en el gobierno.

O sea, su senador corrupto. Tragué saliva, y me obligué a levantar la mirada hacia Mireya, que hojeaba una revista.

—Eso fue en febrero ¿verdad? —le espeté. Ella asintió y me observó también—. Y la chica esta, ¿le dio la información a Roberto? ¿Cómo fue posible?

—Pues ella solía quedarse hasta muy tarde —comentó, acercándose a mí y luego a la ventana—. Y los días después de que regresó, Javier estaba tan distraído que se dejaba la laptop en la oficina. Supongo que allí lo tenía todo.

Un atisbo de culpa me apretó el pecho. Parpadeé varias veces y seguí a Mireya, que estaba parada junto a mi nueva cortina. Le amarró el lazo a la mitad y así la luz del sol vespertino, con sus despuntes rojizos y naranjas, se adentró en mi sala.

—¿Cómo fue que lo conociste, por cierto? —me preguntó.

—En el bar de su hotel —dije, en voz baja.

Con una sonrisa en los labios, Mireya se giró para verme a los ojos, y dijo —: Puede que esta familia te vaya a parecer intensa, pero, si me dejas decírtelo, a los que tenemos claro qué queremos, nos va muy bien allí.

—Oye... —musité, tras corresponder a su sonrisa y recibir de buena gana su consejo—, ¿qué pasó con la demanda?

—¿Me estás preguntando si los Guízar movieron sus influencias para sacar del problema a Javi? —inquirió ella.

Me encogí de hombros a modo de confirmación.

—Pues no —suspiró—. Joel tiene la política de que cada quien asuma la culpa por sus actos. —Miró su reloj de pulsera y volvió a inhalar aire con fuerza—. Te lo digo porque soy su asistente y su amiga: a Javi le costó varios ceros de su bolsa y un careo frente al agente del ministerio público. Lo único en lo que Joel y Joaquín intervinieron, fue en investigar quién había robado la información. Cuando lo hicieron, firmaron un finiquito y ya está.

Y ya está... Esa era la manera, cruel y fría, en la que se resolvían las cosas en su mundo.

Mireya se despidió de mí argumentando que al día siguiente tenía que prepararle la agenda a Javier: porque se iba de viaje. Así que me quedé sola —mirando por la ventana— por largos minutos.

No quería permitirlo, pero lo único en lo que podía pensar, era en que Vinnie sería un fantasma persiguiéndome aún allí. En el fondo, juré que no iba a dejar que sucediera y, sin embargo, se sentía como si acabara de poner un pie en mi nueva existencia.

Soledad, ansiedad, miseria; esas eran tres cosas que, gracias a lo que decía Francisco Araujo, un reportero amarillista que trabajaba en la sección de sociales también, ahora yo sabía identificar en un famoso. Los chismes para mí eran información innecesaria, y no me consideraba una persona que perdiera el tiempo leyendo la noticia sobre con quién se había casado —de nuevo— tal o cual estrella en el país.

Me encontraba absorta admirando la pared detrás de Mireya, que, mientras sostenía un vaso con jugo de no sé qué, explicaba el cómo la fanfarronería de ciertos empleados los llevaba a tener puesta una etiqueta que rezaba «poco fiables». Ella decía que era muy difícil escuchar cosas serias de un tipo que se la pasaba escribiendo relatos sobre lo horroroso que había sido el vestido de novia de la famosa del momento.

En parte, tenía razón, pero se notaba que entre Paco —el reportero amarillista— y ella había confianza; así que supe que los comentarios de la chica no eran sino pura mofa.

El desayunador se hallaba ubicado en la parte trasera del edificio del periódico y no abarcaba más espacio que el del vestíbulo. En cambio, estaba bien distribuido con mesas y sillas.

Había conocido, a lo largo de aquellos días, a la mayoría de los reporteros; los de deportes en su mayoría eran hombres, pero me sorprendió —y me alegró a partes iguales— ver que Jessica y Minerva, un par de mujeres no tan mayores, laboraban en esa área del periódico.

Una hora atrás había terminado mi trabajo; Mireya había insistido con que me quedara un rato con ellos a pasarlo en el ocio. Las pláticas, a pesar de ser de cosas que todavía no alcanzaba a entender, me provocaron un poco de paz: porque mi interior, mi mente en realidad, no paraba de imaginar cosas, situaciones, errores y, sobre todo, no paraba de pensar en mis padres; no lo había hecho desde hacía tanto, el pensar en ellos, que cada día la curiosidad me rumiaba más la conciencia.

Miré mi reloj de pulsera, y pegué más la espalda a la silla, mientras adoptaba una posición cómoda frente a mis compañeros.

—Así que... —intervino en la conversación Minerva, mirándome desde el extremo de la mesa en el que se hallaba, con los codos apoyados sobre la superficie—. ¿Quién se piensa quedar para la navidad?

Sonrió, refiriéndose al convivio que realizaban en el periódico, y arqueó sus cejas castañas.

Al ver en derredor del lugar, me di cuenta de que solo estábamos nosotros, y que incluso las mujeres de la limpieza habían comenzado a recoger todo de las mesas. Permanecí quieta unos segundos, hasta que mi atención se desvió hacia la figura que se colocaba a un lado de Nicolás y Mireya.

Javier se inclinó hacia esta última, y le ofreció la cámara que le había visto en varias ocasiones. La chica arrugó la frente y negó con la cabeza. Su aspecto, casi siempre florido y alegre, cambió tanto que me pareció entrever cómo se contorsionaba el gesto de su cara. Su jefe-amigo, por toda contestación a su réplica, se irguió y volvió a mirar la cámara, pero esta vez con aspecto dubitativo.

Desde su lugar, Mireya me hizo una seña con la cabeza y, levantándose de la silla en la que estaba, se despidió de los otros empleados, que apenas se fijaron en nosotras —la seguí— cuando dejamos el comedor detrás. A nadie le resultó extraño que, en mitad del pasillo, el que le seguía al desayunador, Javier se detuviera y suspirara como si estuviera a punto de estallar.

El músculo de sus mandíbulas se veía tenso por el cómo las apretaba, haciendo que su boca se volviera delgada. Mireya también se había detenido, pero, por suerte, ni siquiera les dio tiempo de comenzar a discutir porque Nicolás se colocó junto a su hermano y le quitó la cámara.

Entonces Javi se percató de que yo miraba la escena con toda la incomodidad del mundo.

—Gajes del oficio —se disculpó, aunque yo no sabía qué se traían los tres entre manos—. ¿Ya comiste? —me preguntó.

Dejó que Mireya y Nicolás observaran no supe qué fotos que al parecer habían hecho de Javier un enorme amasijo de ira contenida (un amasijo que probablemente mediría un metro y noventa).

Sacudí la cabeza de un lado para otro como contestación, obligándome a no sonreír. Era cierto. Mientras había estado con los otros en el comedor, no me había apetecido probar un bocado; tan solo porque no podía dejar de pensar en cómo conseguiría averiguar algo sobre mis padres sin tener que presentarme ante ellos.

Antes de que Javier volviera a hablar, Mireya se puso frente a mí y dijo—:

Creo que no voy a poder hoy. Mi jefe me acaba de dar trabajo para una semana.

—No hay problema —le respondí, fingiendo que miraba otra vez mi reloj—. Entonces...

—Pero Javi sí que puede ir con ella ¿no? —terció Nico. No me pasó desapercibida la sonrisa ufana dibujada en sus labios. Agaché la mirada sin ganas de ver a los otros, o de sentir que aquello era un cuatro por su parte.

Me esforcé en decirme que Mireya no se prestaría para hacer algo así, y que Javier, para hacer honor a lo que yo creía de su personalidad, no se valdría de ese tipo de artimañas para poder estar a solas conmigo. Después de todo, las palabras se le daban demasiado bien y, aunque aquella quincena apenas nos hubiéramos visto, los pocos días que sí nos habíamos encontrado, no había desaprovechado la oportunidad de hacer plática conmigo.

Con toda la voluntad palpitando en mis oídos, abrí la boca para decir—: Yo creo que no... por...

—Pero si no tengo ningún problema —me interrumpió Javier. Él sí que miró su reloj en la muñeca izquierda, y sacó su móvil del bolsillo delantero en su pantalón de mezclilla—. Si me esperas quince minutos, puedo.

Me encogí de hombros, y cuando se retiró en dirección del elevador, me crucé de brazos y miré a Mireya. Nicolás me daba la espalda, así que no tuve oportunidad de mirarlo.

—¿Es plan con maña? —le pregunté a ella.

Se rio, sin dejar de mirar la cámara.

—Observa —dijo, acercándose a mí otra vez. Me extendió el artefacto y se quedó a la espera de mi reacción—. Yo te hablé de este tipo; tengo que investigar, por órdenes del jefe, qué carajo está haciendo en la ciudad.

Era Vinnie. El Vinnie que me causaba mareos.

Se lo veía hablando con un sujeto mucho mayor que él en la foto. Había en sus labios una sonrisa despreciable, como lo era todo en su persona.

Algo se removió en mi estómago. Sin embargo, no hice ningún movimiento mientras Mireya me explicaba que el acompañante de Vicente Torales era nada más y nada menos que nuestro senador corrupto. Ninguno parecía haberse dado cuenta de las fotos que Javier les había tomado, y, aun así, el rostro de Vinnie auguraba molestia.

Conocía aquel semblante inescrutable, como el hielo de frío y como el fuego de dañino. Le devolví la cámara a Mireya, y ahora sí pude mirar cómo Nico esbozaba una de sus sonrisas felices.

—¿Qué sucede? ¿Lo conoces? —inquirió.

Estaba a punto de decir que no, pero en ese momento Javier se puso a nuestro lado y comenzó a decirle a Mireya que le llamara a no sé qué tipos para que le dieran toda la información que necesitara.

Quería decirles que no tenía ganas de ir a comer y que el apetito había escapado de mi paladar, pero no pude. Por varias razones el habla se negó a salir por mi boca; una de ellas era que, si me mostraba amedrentada por la foto, por el tipo en la foto, ellos iban a darse cuenta. Aunque bien podrían haber notado mi ensimismamiento, porque le escuché decir a Javier:

—Seguro que está aquí por negocios con el senador. —Me miró con apremio. Sentí que lo que decía no era para su hermano ni para Mireya, sino para mí. Fue de ese modo que fui consciente de que mis mejillas ardían no solo por el clima, sino por la falta de sangre en ellas. Tenía más frío que por la mañana, antes de venir al trabajo y entrar en el calor del edificio, pero la forma en la que Javier había dicho aquello consiguió devolverme al hilo de la conversación—. Cuando se marche, hablo con Múgica.

Rigoberto Múgica era el senador que salía en la foto junto con Vinnie.

Para entonces no podía contener los nervios y la inseguridad que me provocó el ver a Vinnie y saber que se hallaba en la misma ciudad que yo; por eso sentí que la valentía que me había traído hasta acá se había esfumado apenas tomar la cámara. Y por eso sentí que en cualquier momento el fantasma más horrible de mi existencia se aparecería allí.

—Apenas acabe los alcanzo —se excusó Mireya, y se despidió de mí tan rápido que solo la vi cuando ella y Nico se perdieron detrás de las puertas del ascensor.

Javier metió los brazos en una chaqueta negra. El dejo de su mirada me hizo saber que conocía el porqué de mi silencio.

—No está aquí por ti si es lo que estás pensando —me espetó. El tono de su voz era agrio y distante—. Créeme.

Hizo un movimiento con la mano derecha para así indicarme que siguiera caminando. Pero lo hizo en dirección del comedor de nuevo, por lo que me mostré extrañada.

—Al estacionamiento, Cass —dijo él.

No comenté nada mientras caminaba hacia allá, pero en cambio mi mente había comenzado a crearse mil historias en la cabeza. Todas acababan mal. Todo cuanto podía relacionar con Vinnie tenía que ver con la vergüenza y la miseria. No encontré palabras más adecuadas que las que Paco había dicho

antes en el comedor, para describir a alguien, salvo que en esta ocasión la solitaria, la ansiosa y la miserable era yo.

Gracias al cielo, Javier no me preguntó nada en el trayecto hasta su coche, que era de color blanco.

Me abrió la puerta del copiloto y me invitó a entrar, aún sin emitir palabra.

Cuando me hube sentado, hice mi bolsa hacia un lado hasta dejarla sobre mi regazo, e incliné la cabeza en el respaldo del asiento. No fue sino hasta que oí el chasquido de la puerta del conductor siendo cerrada que sentí la presencia de Javier. Él, mientras tecleaba rápido en la pantalla de su teléfono, encendió la radio y prestó atención a lo que la locutora decía.

Hablaba algo acerca de un nuevo chisme en el gobierno; sobre que ciertos gobernadores habían hecho uso ilícito del dinero destinado para las campañas electorales.

El auto no se movió durante unos diez minutos; yo era perfectamente consciente de que Javier estaba ignorándome, y de que lo hacía porque estaba enojado con mi anterior actitud. No supe cómo reaccionar, ni cómo explicar algo que en realidad él no tenía derecho a saber. Solo me permití observarlo por el rabllo del ojo entretanto que fingía mirar a través de la ventanilla del coche.

Le oí hablar por teléfono después, y tras escuchar también el vibrar el motor cuando lo encendió, aún con la mano izquierda sujetando el teléfono, que tenía pegado al oído, vi cómo su cara no tenía un atisbo de la típica tranquilidad que solía ver en sus facciones aquellos días en los que se manifestaba a mi alrededor.

Me atreví a mirarlo en cuanto de su voz ronca salió un impropio; él se limitó a desviar la vista al sentir la mía. Con un suspiro hice uso de toda mi entereza y le dije, apenas él dejó de hablar, al parecer, con su padre—: ¿Día malo?

Alzó las cejas, y respondió, al tiempo que hacía maniobrar el volante del carro para sacarlo del estacionamiento—: Un ochenta por ciento de mis días son malos.

Fruncí los labios al quedarme sin palabras; antes, cuando le había escuchado decir que Vicente no estaba ahí por mí, yo me había dado cuenta de que, quizás, mi semblante le había dicho mucho acerca de lo que saber de Vinnie significaba en ese momento de mi vida. Pero no dejé que, allí, en su auto, al cruzar la primera calle y el primer semáforo, se me notara más

afectada de lo normal.

—No sabía que siguieras pisándole los talones a Vinnie —dije, sin pensarlo mucho.

—Así que Vinnie ¿eh? —murmuró él.

Tenía la vista clavada en el frente de la avenida por la que conducía.

—Se hace llamar así —susurré. Una parte de mí quería controlar la lengua, pero él parecía tan molesto que me sorprendí con ganas de hablar de ese rincón de mi vida solo para hacerle saber que Vicente Torales me afectaba con justa razón, no porque significara ser alguien—. Decía que le daba un aire europeo al negocio.

—El tipo es repugnante. —Las palabras le salieron de golpe, como si lo hubieran hecho de manera subrepticia sin que su voluntad lo supiera. Lo noté cuando apretó el volante tan fuerte que los nudillos de las manos se le marcaron hasta volverse blanquecinos.

Mientras se detenía en otro semáforo, hice acopio de todas mis fuerzas y volví a mirarlo, pero ahora con intención de que se diera cuenta de ello.

Para mi suerte, lo hizo.

—Jamás te harías ni la más remota de las ideas de cuán repugnante es, Javier. —Sus ojos me inspeccionaron unos segundos y, cuando el semáforo cambió al verde, suspiró; no podía saber si lo hacía porque estaba más irritado o porque comprendía mi punto. Por lo mismo, me obligué a continuar —: Y eso que tú solo ves la cuestión política. —Me removí en el asiento, preparada para que refutara lo que acababa de decir; para mi sorpresa, no se inmutó, ni me miró ni hizo movimiento alguno, sino que continuó viendo la calle, los autos y respirando con más normalidad—. Lo que hay debajo, la cuestión de los valores, de las chicas que trabajan para él... eso es lo grave.

Al principio, creí que lo que yo estaba diciendo le resultaría grotesco, que hablarle de lo que era estar al servicio de un tipo como Vinnie, a alguien como Javier, le caería como balde de agua fría. Sin embargo, fue como si, aquel relato de cómo hacía mi jefe para meter a una chica dentro de las paredes de sus secretos, rompiera la burbuja de enojo en la que le había visto desde el desayunador.

Javier condujo hasta un restaurante ubicado en un barrio cercano; cuando nos bajamos del auto, él le llamó a Nicolás y le explicó a dónde habíamos ido. Así entendí que los cuatro imaginarios eran eso nada más: producto de mi gastada imaginación. Ni él ni Mireya ni Nicolás habían fingido la aparición de Vinnie. De modo que la idea de comer en su compañía ya no resultó tan

desagradable ni incómoda.

Antes de cruzar el gran arco del establecimiento, él dejó de andar para guardar el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón. Se detuvo a medio camino, y espetó—: Si tú decidiste esto, él no puede obligarte a volver, Cassandra.

—Lo sé —asentí, al tiempo que sonreía—. Es solo que... *lo odio*.

Traté de lucir serena, mas al tragar saliva, comprendí que me era imposible hablar de Vinnie y no sentir asco de mí misma.

—Eso tampoco ayuda —sentenció, mientras ponía una de sus manos en mi hombro y me indicaba que me hiciera a un lado del marco. Por fortuna, no había nadie en la bonita entrada del lugar, así que me alivié de escucharlo decir—: Estás fuera de su alcance, ¿no? —Resoplé un poco de aire y alcé las cejas, buscando qué responder.

Como no dije nada —no pude—, Javier hizo un ademán apuntando al *hall*, donde se hallaba el tipo con las reservaciones.

Era un sujeto alto, vestido de manera formal, y se aproximó a nosotros cerca de la entrada; le preguntó a Javier en qué parte del interior quería la mesa, pero él le respondió que no deseaba sentarse en el interior sino en la terraza.

Mientras nos adentrábamos, recordé que en el primer desayuno que compartimos, nos habíamos sentado, por indicación suya también, en la terraza.

—¿Tienes algo con los lugares cerrados? —le dije, a modo de introducción, cuando me estaba sentado a su lado, a la mesa que nos había dispuesto un mesero.

Javier se quitó la chaqueta y la puso en uno de los tirantes de la silla. Dejó caer los antebrazos en la madera, escudriñando un bar-restaurante que se hallaba frente a este.

—Más bien con los lugares concurridos en exageración —se quejó—. Paso demasiado tiempo entre hipócritas. Me irrita.

Alcé la carta para leer el menú. Él se quedó en silencio varios segundos. Tras dejar la carta decidida a pedir arroz con pollo, me percaté de su escrutinio.

—¿Qué?

Él movió la cabeza de un lado a otro, pensativo.

—Entonces —dije, más bajo de lo que quería, pero aun así continué—: ¿Pasas el ochenta por ciento de tus días enojado?

—En teoría —se sinceró—. Sigo a muchos senadores, candidatos presidenciales y a gente poderosa que no conoce el concepto de la decencia. Ni mínimamente.

Nuestro mesero nos tomó el pedido, y se marchó por el mismo lugar. En la mesa contigua a la nuestra, un par de ejecutivos de TELMEX se había sentado. Aparte de ellos la terraza estaba vacía y pacífica.

—¿Cómo se llama aquí? —pregunté para desviar la plática a un rumbo que no incluyera al estrés—. Es muy ajetreado.

—La Única —se rio él—. A mi madre le gustaban mucho las terrazas.

Miré en derredor para admirar los colores ambarinos del lugar; tenía un exceso de tonalidades doradas, pero estas contrastaban con las plantas trepadoras que había en los marcos de los ventanales y en las columnas en las esquinas. Hice una inspiración profunda y volví la vista a él.

—La casa de mi padre está aquí, cerca —dijo.

Abrí los ojos e intenté procesar la información.

—Aquí —repetí. Él enarcó una ceja en mi dirección—. ¿Polanco no es una de las zonas más caras en esta parte de la ciudad?

A Javier le cambió el semblante, y algo en sus facciones se tornó sombrío. No me estaba mirando ni se lo veía conforme con el interés en mi pregunta, o con la curiosidad que le había imprimido.

—Depende de la sección —murmuró.

Me mordí un labio, el inferior.

—¿Y tú todavía vives con él? —pregunté.

—Lo dices como si fuera algo terrible.

Esbozó una sonrisa, pero no se lo veía divertido.

—En México es común, pero...

—Cassandra —me silenció—. ¿Por qué tengo la impresión de que piensas que soy una persona con la vida arreglada? —Me atraganté con la saliva y, mientras él arrugaba una servilleta, cabizbajo y con un brazo doblado encima de la mesa, supe que había herido una vena débil en él: que lo considerara un *junior*—. No lo soy. No dependo de mi padre. Vivo con él porque mi familia está chapada a la antigua. —Volvió a sonreír, menos tenso esta vez—. Sigo soltero así que...

La diversión que ahora sí había en su tono de voz me sacó una sonrisa a mí también, por lo que imité su gesto de distraerme con la punta de mi servilleta y suspiré.

Lo que iba a decir seguro que desbalanceaba el momento; pero no tenía

ninguna otra manera de explicar por qué su apariencia se me antojaba... soñadora, como si nunca hubiera sufrido ninguna dificultad en la vida.

De todos modos, me quería sacar aquella incomodidad de la garganta a como diera lugar.

—Cuando te vi por primera vez ¿sabes qué pensé? —le dije.

Él sacudió la cabeza, los ojos engurrñados. Evité mirarlo y adopté la que creí que era mi mejor máscara.

—Me dije: parece un príncipe. —Él soltó una risa que se ahogó de inmediato. El gesto de su rostro me dio la sensación de estar yendo por el camino correcto en la conversación—. Y resulta que Polanco sí tiene monarquía.

—Estás equivocada conmigo. En serio —carraspeó y echó la espalda en el respaldo de la silla, mirándome; había dejado las manos asidas del borde de la mesa. Las miré y recordé aquello que había sentido cuando me acarició la cintura, y otras partes del cuerpo.

—Tienes manos suaves —susurré.

Acomodé los codos en la mesa, y enderecé la columna lo más que pude. Hice de mis dos manos un nudo, para poder recargar el mentón allí. Javier continuó observándome, callado, quizás esperando a que yo dijera algo más.

Iba a quedarme en silencio, porque decir aquello («tienes manos suaves») había sido un tremendo error.

Él no me había tocado desde nuestro encuentro en Monterrey, por lo que le había dado paso libre para recordar también; le había dicho, implícitamente, lo vivo que era el recuerdo en mi memoria. Le acababa de dejar saber todo lo que pensaba en él desde entonces, y había sido por un breve impulso.

—No haces trabajo duro y se nota —aduje, sin mirarlo aún. Él se inclinó hacia adelante, como para escuchar mejor, y colocó los antebrazos en la mesa, uno encima del otro—. Eres *el príncipe de Polanco*, ¿no?

Lo miré con atención, y él hizo lo mismo conmigo. Salvo que vi que su quijada yacía tensa, y su boca cerrada como una caja fuerte.

—Te tengo envidia —concluí—. No me puedes culpar por ello.

Su mirada endurecida se suavizó, y cuando miró en otra dirección, vi que abría los labios para dejar pasar el aire a través. La tentación de mirarlos, tan delgados y al parecer más suaves que sus manos, pudo conmigo.

Apreté los ojos, regañándome en el interior por ser tan obvia y tan débil.

Pude haber dicho que no tenía hambre.

—No sé si te diste cuenta, pero mi familia es creyente devota —masculló,

sonriente, la mirada en la servilleta otra vez—, así que creo que Dios me está mandando una señal muy clara contigo.

Pude haber renunciado.

Pero ya es tarde para hacerlo porque ahora mis deseos...

—Creo que quiere que siente cabeza. —Su cara era toda seriedad, y cada centímetro de su rostro estaba enmascarado por la certeza o por la convicción de una idea—. Y también creo que tú ya lo sabes.

—¿El qué? —inquirí, con un hilo de voz.

Yo había desviado la vista otra vez, pero él permaneció atento a mis mohines.

—Que eres para mí, y que esto no es una casualidad.

Estaba a punto de decirle que muy en el fondo era consciente de que tal vez había un destino, de que quizás había un algo, más allá de lo que yo quisiera, acomodándolo todo, y que él y yo estábamos allí por alguna razón divina; una razón que nada tenía que ver con las coincidencias.

Aun así, me resistí a la idea de parecer una romántica a un nivel estratosférico.

—Tengo manos suaves porque he trabajado con una cámara y con el teclado de una computadora desde los quince años —relató él, luego de que el mesero dejara los platos delante de nosotros—. Pero comencé en el periódico desde abajo, como todos. Me gané mi puesto con, literalmente, el sudor de mi frente. Vivo con mi padre porque él es una roca que no aceptará, nunca, que la muerte de mi madre le afectó mucho y que una parte de él se murió con ella —dijo, más serio que nunca. Aquella me pareció una lista de recriminaciones para mí; o más bien una lista de aclaraciones para las cosas que yo creía mal en él—. Se siente solo, Cass —prosiguió. Le dio un trago a la bebida que le habían traído, alguna agua fresca que no sabía qué era—. Y no lo culpo. Debe de ser horrible perder al amor de tu vida ¿no?

Su forma de hablar era serena, apacible, muy diferente a lo que le había escuchado antes de venir. Aquel Javier había parecido estar gobernado por su altanería, pero yo había sido capaz de notar que conmigo se había mantenido al margen, que había guardado la compostura y que, a pesar del mal genio que le había provocado la presencia de Vinnie, había tomado la oportunidad de comer conmigo.

No dejó de contarme cosas sobre su vida; incluso, como si fuera la cosa más natural del mundo —lo era, pero no se sentía así—, me habló sobre Marisol. No obstante, tampoco acabó contándome todo respecto a ella, y eso

me alegró muchísimo porque aún tenía la duda de por qué había acabado con su compromiso.

Salíamos del restaurante cuando resentí que me rodeaba el brazo con sus dedos. Me paré con delicadeza a mirarlo, y él se pasó una mano por el cabello, alborotándolo. Ese día iba vestido más informal que de costumbre; cada poro de su piel contrastaba con los rayos del sol que le chocaban en la cara.

—Sigues pareciéndome un príncipe ¿sabes? —sonreí.

—¿Y tú qué eres? —preguntó. Dio un paso al frente para hacer como que devolvía una hebra de mi cabello a su lugar—. Todo tu cuerpo es suave. — Una nueva sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. Me permitió ver por completo un halo de alegría, como de entereza mental y una solidez emocional que yo, ni por asomo, soñaba con poseer un día—. Si yo soy un príncipe por tener más suaves, tú debes de ser una diosa reencarnada o algo parecido.

Me pasó la yema del pulgar derecho por la mejilla, y luego, después de sonreírme y decir que nos fuéramos ya, continuó la marcha; mientras se adelantaba siguiendo el camino hacia el estacionamiento, observé su andar confiado y la ligereza con la que se movía.

Javier iba por la calle de su ciudad con el favor del aire: no le debía nada a nadie y se le notaba en cada extremidad del cuerpo.

Él sabía perfectamente que eso, la fuerza que irradiaba, era lo que con precisión yo no tenía, y que estaba buscando con desesperación.

Hoy, veintitrés de diciembre, salió a la luz una noticia en la competencia del periódico de los Guízar. Nicolás y yo nos encontrábamos en el desayunador cuando el evento ocurrió; Javier y Mauricio pasaron toda la mañana yendo y viniendo del edificio para estar presentes en no sé cuántas ruedas de prensa. No me extrañó en lo absoluto que ambos tuvieran ese tipo de energía, ni me extrañó el que a Nico no le resultase menos contagioso el espíritu de escándalo que adoptó media cuadrilla de empleados.

Todos y cada uno hacían comentarios sobre lo furioso que estaba Joaquín Guízar por la mañana, tras leer los encabezados de sus queridos vecinos al cruzar la calle; hicieron pública las referencias sobre los contactos de Vicente Torales. Por eso no podía dejar de imaginar que en cualquier momento la buena racha de mi vida comenzaría a caer ladrillo por ladrillo. Sin embargo, aquí me hallaba, sentada detrás del enorme cubículo de la recepción, con ganas de irme corriendo al departamento y quedarme guardada debajo de las sábanas.

Me ayudó ver que Javier llevaba las cosas con toda la convicción posible, y que las pocas sonrisas que me dirigió resultaban ser consoladoras; de otro modo, no hubiera podido resistir el día entero, víctima del estrés. La gente subía y bajaba en el elevador, y de vez en cuando los ejecutivos salían de él, con caras de cementerio y muecas horribles en el rostro. Joel Guízar y su hermano mayor, sobre todo.

—Estoy que me muero de tensión —aludió Nico, sentándose junto a mí en mi sitio de trabajo.

—Vuelve a tu lugar o tu padre vendrá a sacarte —lo reñí, pero él puso los ojos en blanco y se dedicó a jugar con su teléfono—. Anda, muévete, que quiero irme ya.

Me levanté para acomodar un par de cosas en el escritorio. Nicolás, por supuesto, no obedeció mi petición, sino que realizó un aspaviento y se repantigó en la silla. Le observé escribir durante unos cuantos segundos, mientras respondía unas llamadas y las transfería con la extensión indicada.

Dadas las tres en punto, y como me había dicho Nico, dejé el teléfono y

apagué el conmutador manual para que cualquier llamada fuera recibida por el automático. De inmediato, un par de lucecitas se encendieron en las extensiones de los reporteros o empleados dispuestos a atender en tiempo fuera de labor.

Eché mi cabello hacia atrás con la esperanza de que la acción removiera mis células, que seguro iban adormiladas y pastosas a causa del día que había estado muy pesado. Cuando levanté la mirada hacia el vestíbulo, me percaté de que Mireya charlaba con un tipo en la entrada. Era mucho más alto que ella, claro, porque la chica quizás media lo mismo que yo. O menos, incluso.

Había, no obstante, un dejo de frustración en la manera en la que miraba al sujeto; la expresión de este, de hecho, era aberrante. Y me lo pareció porque la demanda en su ademán (apuntar a la cara de Yeyé con un dedo) se me antojó grotesca, mucho más en un lugar público: eso me daba a entender que, si el patán era así delante de un centenar de capitalinos, lo sería peor en privado.

No dejé de mirar hacia allá hasta que oí cómo Nico se ponía de pie.

—Tengo que ir a recoger la cámara de Javi. —Sonaba compungido, y no había dejado de ver su móvil, así que lo seguí con la vista, poniéndome de pie también y escudriñando el gesto de su rostro—. ¿Quieres ir? —Me tomó desprevenida la pregunta, y más porque era la víspera de navidad, una fecha ajetreada en la que las familias acostumbran a reunirse para planear tan famoso evento.

Quizás por no escuchar mi respuesta con una negativa ni con una positiva, Nico dejó de mirar la pantalla de su teléfono; yo estaba atenta al cómo Mireya negaba con la cabeza y se movía como si fuera un león enjaulado. El tipo junto a ella volvió a levantar la mano y a apuntar con el dedo índice la cara de la chica, que no hizo nada y dejó caer su mirada al suelo.

El aspecto de su cuerpo irradiaba indecisión, y lo peor de todo: se la veía como encerrada.

—¿Quién es? —quise saber.

Nico se lo pensó unos instantes, pero dijo al fin, después de alzar sus dos cejas—: Pues el novio.

Noté el desdén en sus palabras, y la incompreensión al respecto me quemó en las mejillas a causa de la vergüenza. Había sonado como si, por parte de Nicolás, decir aquello le causara una ironía fortísima y agotadora. Como si antes ya hubiera hablado del tema y mi intromisión fuera la gota que derrama el vaso.

Crucé mis brazos en el pecho, suspirando.

—¿Tienes algo que hacer? —insistió él—. Mira, es al otro lado de la ciudad...

—¿El qué? —preguntó Mireya. Me obligué a sonreír para que no viera la congoja de la que estaba siendo víctima gracias a mi curiosidad.

—Tengo que recoger la cámara de don «lo quiero para hoy sin falta» —se rio Nicolás, haciendo comillas con los dedos.

Esbocé una sonrisa ante su comentario. Pero no dije nada.

—Ah, sí —se lamentó Mireya. Me miró entonces, como si apenas hubiera reparado en mi presencia—. Espérenme, así no me voy sola.

La mirada de Mireya se notaba apagada, muy triste. Parecía un fantasma recién salido del cuerpo. Nicolás la miró hasta que se perdió tras las puertas del ascensor y volvió a clavar en mí su atención, salvo que ahora había irritación en ella.

No me atreví a preguntar nada más porque se veía que era un tema delicado. Cualquiera con dos dedos de frente se habría fijado en ello.

—Es algo que padecemos desde la universidad —se quejó el muchacho, luego de que yo recogiera mi bolsa bandolera en el cubículo de la recepción. Al ver mi cara de poco entendimiento, Nicolás agregó—: Lo de Mireya y su novio.

Al principio, no me fijé mucho en el tono furibundo que le había imprimido a su voz, pero cuando Mireya nos alcanzó en la acera, al ver cómo la evadía y se limitaba a ver su teléfono con gesto apreciativo, fue exactamente igual a lo que yo veía frente al espejo cada vez que me colocaba allí.

Nicolás caminó en silencio al lado de nosotras mientras nos dirigíamos hacia el metro más cercano (a él no le gustaba conducir cuando la congestión de autos estaba en pleno auge). Era Mireya el ama de la conversación durante todos esos minutos. Lo cual resultó bastante irónico ya que ella parecía no notar la forma en la que Nico la miraba de vez en cuando.

Hubiera querido irme, para darles espacio, pero ya era demasiado tarde porque justo cuando la charla comenzó a tornarse nula habíamos llegado al andén correspondiente.

—¿Y qué harás mañana? —me preguntó Yeyé dos horas después de que pasásemos con un ingeniero amigo de Javier, que le había reparado algo a la cámara de este.

Luego de suspirar me volví hacia ella intentando sonreír y parecer despreocupada al respecto; para mí no era grato saber que el día de mañana se celebraba Navidad y que muy probablemente tendría que pasarlo en mi sofá, con la frazada encima y una buena película dramática. La idea no parecía mala del todo, pero sí melancólica.

Yo no quería tocar el tema, y Mireya alcanzó a notarlo, porque agregó—: Yo tampoco haré nada. Mi novio se irá a Hidalgo con su familia así que...

—¿No vas con él? —la interrogué.

Ella se encogió de hombros, al parecer compungida.

A mí se me antojó una reacción importante (el fingir que no le importaba), de modo que consideré prudente anestesiarse ese pequeño exabrupto en la celebración de sus navidades.

—Podemos estar en mi casa, si quieres —dije, mirando hacia el frente mientras caminábamos por la avenida.

Nico nos había dejado en un sitio en el que yo quería comprar unas cosas íntimas para mi uso personal, y Mireya, claro estaba, no había querido quedarse a solas con el menor de los Guízar. Por eso había venido conmigo a pesar de que la distancia entre su casa y la colonia en la que trabajaba —y en la que yo vivía— era demasiado importante.

Estábamos por llegar al edificio del Excélsior, que se encontraba justo frente al nuestro.

—¿Cómo estará llevando Javier esto? —pregunté, al tiempo que me cruzaba de brazos y alzaba la mirada.

Mireya me imitó, e hizo una mueca despectiva que se esfumó de su cara como un relámpago, siendo reemplazada por una sonrisa forzada.

—Javier es un torbellino ¿sabes? —aludió; comenzó a sacar algo de su bolsa y después se detuvo, mirando al frente, al edificio Guízar—. Una vez que se lo mete algo en la cabeza... Dios nos libre de lo que sea que vaya a suceder estos días.

Hice como que me acomodaba la cinta de la bandolera. Entonces bajé la vista al suelo, observando mis zapatos, la tela de mi pantalón y ajustando con desgarbo y poco preocupada al respecto, las solapas de mi suéter.

Respiré hondo antes de poder espetarle—: Tal pareciera que se lo tomé personal. —Mireya ladeó la cabeza, guardó el teléfono que había sacado antes y asintió—. Pero ¿por qué? Ese tipo —Cerré los ojos, para fingir que no recordaba del todo el nombre—, Vicente Torales —continué—, ¿no es peligroso?

Yo sabía que Vinnie era peligroso. Sabía que, congraciado con ciertos clientes, tenía ases debajo de la manga. Y era un canalla completo, de esos que apuñalan por la espalda.

—Si está tan coludido como Javier piensa —susurró Mireya y ambas seguimos caminando; ahora nos dirigíamos hacia mi departamento, aunque ni ella ni yo habíamos dicho que iríamos para allá. No me importó, porque en realidad estaba muy interesada en conocer los aspectos de la noticia en la que estaban todos inmersos—, lo más probable es que tenga uno que otro contacto con el bajo mundo.

Apreté las quijadas, consciente de que con esas palabras Mireya se refería a personas metidas en el mundo del narcotráfico y otras perversidades (perversidades peores que el servicio de *escorts* que ofrecía Vinnie). La sola posibilidad de ver cómo la familia de Javier se metía con esa gente me heló la sangre por completo.

Me había sumergido en mis pensamientos, así que la chica a mi lado tuvo que apretarme el hombro para llamar mi atención—: ¿Estás bien? —me preguntó, con el ceño fruncido.

Mi departamento estaba cada vez más cercano, pero mi curiosidad había aumentado y mi preocupación estaba más tibia que antes.

—Un poco cansada —musité—. Oye... —Hice que se detuviera justo en la esquina que precedía al edificio. Ella bajó la mirada y vi cómo sus hombros se movían al ritmo de su respiración. Se sintió como si, su apariencia, hubiera cambiado de ser la mujer radiante e inteligente, a una persona fatigada y consumida por algo extraño. Algo como un sentimiento; de esos que no se pueden describir—. Tu novio y tú, ¿estaban peleando hace un rato?

—¿Hace un rato? —dijo ella; sonreía por extraño que pareciese. Sin embargo, su gesto era más bien de suficiencia—. Si un día *no* peleamos yo siento que a él le insertaron un chip o cosa parecida. ¡Todos los días peleamos! —Con una mano se echó el fleco hacia atrás de la coronilla de la cabeza, y con la otra me palmeó la espalda, ofreciéndome caminar de vuelta.

Lo hicimos. Pero esta vez ella dejó las pláticas que evadían cualquier fibra sensible sobre su pareja, y comenzó a hablar de cosas que no parecían ser tan típicas dentro de una relación.

Yo no tenía mucha experiencia en eso de las relaciones estables, porque nunca había tenido ninguna, pero estaba completamente segura de que lo que Mireya y Rubén, como me había dicho que se llamaba el hombre, tenían era todo menos una relación sana: para ser exacta, ella había descrito aquel

noviazgo como de esos que son un constante ir y venir. Un día terminaban y al otro volvían; un día se insultaban y el otro se sentían más conectados que nunca.

Lo peor del caso era que ella era consciente de lo tóxico que era eso, pero, según sus propias palabras, no parecía interesada en darle término.

—Él no era así y eso es lo que más me duele —dijo, mientras subíamos las escaleras. Me había dicho que no tenía ganas de ir a su casa, donde lo hallaría a él, furioso, y a una casa vacía porque no tenía más familia—. Creo que en parte es mi culpa.

Estaba abriendo la puerta cuando la escuché, de modo que la miré por sobre mi hombro y decidí limitarme a esbozar una sonrisa; Mireya observó con detenimiento mi manía, y frunció los labios, siguiéndome al interior del departamento. Aunque aún había rayos solares afuera, el lugar se encontraba sumergido en la penumbra. Por lo que encendí las luces y me quedé de pie en el umbral, mirando a mi compañera.

Ella tenía los ojos cristalizados, llorosos y como si no hubiera dormido en días.

—Cuando volvió de Monterrey —musitó—, Javi escribió algo acerca del negocio de Vicente Torales. Eso de las *escorts*.

Nos adentramos en el departamento, hacia la cocina. Ella se sentó en un banco alto junto al desayunador y yo fui directo a por un vaso para servirme agua. Le ofrecí, pero se negó. Y entonces me di cuenta de que, con los antebrazos apoyados en la superficie del desayunador, me veía como si estuviera buscando algo oculto en mis facciones.

Enarqué una ceja, y me coloqué frente a ella, pero sin sentarme.

—Todo lo que escribió, y que Roberto le robó —comentó ella—, es información que solo pudo haber obtenido desde adentro. —Su mirada se perdió unos instantes en el color blanquecino del acabado donde tenía las manos puestas, mas cuando se repuso, el brillo de su mirada había aumentado en consideración—: Es que él es tan obvio —se rio—. Y yo lo conozco demasiado bien. —Suspiró—. De allí se conocen, ¿no?

—Mireya... —intenté decir.

Ella negó con la cabeza, y la echó hacia atrás de inmediato.

—¿Por qué estar en algo así, Cassandra? —preguntó.

Por cobardía. Por costumbre. Por... idiotez. Y sí, por ambición.

No le podía dar una razón convincente, pero me sentí tan expuesta que no me costó mucho ignorar el hecho de que me seguía mirando, y de que ahora

sabía perfectamente que, como bien había supuesto, alguien de «adentro» del negocio le había proporcionado a Javier esa información.

Tampoco le iba a explicar con lujo de detalles que esa noche, además de la información, yo le había obsequiado otras tantas cosas a su jefe.

Volví a ser víctima del recuerdo, y volví a sentirme aprisionada en la culpa por nunca haber tenido las agallas para abandonar. Pensé en Valeria, la hermana de Vicente que hasta ahora parecía hallarse al margen de todo ese embrollo; pero ellos no sabían que, en realidad, era algo así como el cerebro de la operación, el contacto con la gente importante y la persona indicada a la hora de exprimir nombres.

Valiera Torales era peor que Vinnie. Tanto, que hacer memoria de su última amenaza me sacó un suspiro cargado de toda la frustración que aquel mes había venido acumulando.

—Tú sabes que se lo está tomando personal por ti ¿verdad? —insistió Mireya, poniendo un codo en la superficie y cerrando los ojos.

—El artículo —le espeté. Ella alzó la mirada, extrañada y quizás ofendida por mi cambio abrupto de conversación—, ¿qué escribió Javier sobre mí? —No me gustó la forma en la que miró hacia un lado, y luego hacia un punto ciego.

El dejo de su mirada era demasiado ausente como para no fijarme en que, detrás de esa evasión, había algo que me disgustaría más que su tardanza al responder.

Cuando por fin inhaló y exhaló aire, yo estaba con los nervios en punta.

—La verdad —dijo ella.

Asentí, no muy convencida.

Levanté el mentón, fingiendo una dignidad de la que no me creía merecedora.

—La verdad sobre mí ¿no? —dije, con tono demandante—. ¿Cómo le hago para leerlo?

De pronto, el semblante de Mireya se contorsionó. Asió las manos del borde del desayunador, y dio un paso hacia atrás; buscaba la manera de desviar mi atención, pero el efecto fue el contrario al que ella esperaba.

Arqueé ambas cejas, decidida a obtener lo que quería en ese momento.

—Cass —dijo. Se mordió el labio inferior y luego añadió—: Javier hacía su trabajo. Además —Se rascó una ceja, con aire de torpeza—, no estoy segura de que en el artículo se haya referido a ti.

Abrí los ojos más confundida todavía por su último comentario que por

todo lo demás.

En el interior, también quería dejar esa charla de lado; quería evitar sentirme juzgada, como si acabaran de arrojarme rocas en el rostro. Mi parte sensible, la soñadora, aquella en la que yacía la adolescente que se enamoró de Vinnie, gritaba con sonidos sordos; gritaba que dejara todo eso atrás, que enterrara a Valiera, a los clientes, las noches horrorosas aguantando un olor terrible.

Mi mente me exigía paz.

—O sea que habló con más mujeres —la tanteé.

La chica sacudió la cabeza como afirmación.

—Vaya —suspiré—. ¿Con cuántas?

—Tú fuiste la tercera y última —murmuró, con más pesadez.

La miré con desdén por unos segundos, pero recapacité en seguida; ella no tenía la culpa de nada en lo absoluto.

—¿Tendría sexo con todas? —inquirí.

Sentí el escozor previo a las lágrimas acumularse en mis ojos. No obstante, mantuve el nudo en la garganta a raya, segura de que llorar era la peor de mis opciones justo en ese momento.

—Javier no es así, Cassandra —refunfuñó Mireya—. Lo único que puedo decirte es que, por alguna razón, no quiso publicar ese artículo ¿lo comprendes? —Volvió a recargarse hacia adelante y se sentó de nuevo en la silla—. Yo me olí que tú tenías algo que ver con todo esto porque... es, quiero decir...

—No tienes que explicar nada —me reí, dándole la espalda—. Yo sé que esto es difícil de entender, pero solo es una *causalidad*.

—¿Una qué? —la escuché preguntar.

Me volví en el acto, presa de la zozobra.

—Casualidad. Es una casualidad —dije.

—No —se apuró a responder ella—. Dijiste «causalidad». No estoy sorda.

Se dibujó en sus labios una sonrisa, pero a mí el momento no se me apetecía como para hacer bromas.

Estaba confundida hasta la mierda gracias al dichoso artículo; a lo que Javier hubiera podido escribir sobre mí. Incluso me sentí acorralada porque sabía de los problemas que se me vendrían encima si lo de Vinnie se le salía a él de las manos. Si... se ensañaba por mi culpa, y si se metía en un lío más allá de sus posibilidades.

No quiero...

—Yo sé que piensas mal de Javi en este instante. Pero yo estoy cien por ciento segura de que lo que él quiere de ti, nada tiene que ver con la corrupción en el gobierno —volvió a reírse, y volvió a menear la cabeza.

No me tranquilizaban sus palabras: ya no.

Ahora tenía la terrible necesidad de leer el artículo, de ver con mis propios ojos lo que él había pensado de mí esa noche.

—Javier no es un niño, Cassandra —dijo después—. Y tú tienes que comenzar a creer que hay gente que no quiere solamente sacar provecho de ti. Bueno —se corrigió, resoplando—, ahora mismo sí que quiero sacar provecho de tus cualidades de cocinera.

Entorné los ojos, y me apoyé en el muro, consciente de que mi reticencia no se debía solo al miedo que le tenía a los hermanos Torales, sino a la horrible sensación que había comenzado a construirse en mi pecho: era decepción.

La niña de mi interior, la enamoradiza que creía en los príncipes azules, no quería decepcionarse de Javier.

No quiero...

6

De lejos, y vestido de esa manera, Javier parecía todo aquello que me resultaba catastrófico: se encontraba en el rincón opuesto en el que yo me hallaba en compañía de Paco y Mireya; ellos, por su lado, hablaban acerca de un evento que se llevaría a cabo en el zócalo como distracción por las fiestas navideñas; habría una pista de patinaje y quién sabe cuántas cosas más. Sin embargo, y a pesar de lo bonito que sonaba, mi atención estaba totalmente enfocada en la vestimenta de Javi.

A su lado, Mauricio lucía arrebatador, claro, porque era más alto, tenía barba de candado y se movía con altanería; pero a mí, Javier se me antojaba afrodisíaco. Su cuerpo entero era de complejión naturalmente robusta; hombros y espalda anchas, piernas de músculos definidos que se marcaban aún con la tela del pantalón, y manos tan grandes que seguro podrían cubrir la mitad de mi cara.

Era verdad: Javier Guízar encajaba perfectamente con el título de príncipe. Aún más cuando se lo veía con camisa de vestir y corbata, como en este momento. En vista de que llevaba puesto un pantalón de lino negro, yo supuse que tendría su saco por ahí, y que se había vestido de esa manera porque era veinticuatro de diciembre.

Agaché la mirada en el momento en el que él se dio la vuelta. No supe si lo hizo para mirarme, pero tampoco importó. Yo aún tenía la duda sobre el dichoso artículo; incluso había tenido un par de pesadillas en su honor, y aunque Mireya había prometido buscarlo sin que él se diese cuenta, en mi mente había un nerviosismo extraño; como una advertencia de que aquel era un terreno peligroso para mí.

Muy peligroso.

—¿Tú qué dices, Cass? —me preguntó Francisco, o Paco, como le llamaban todos—. ¿Mañana?

Abrí los ojos y resoplé todo el aire que traía en los pulmones pues no alcanzaba a entender su comentario. Mireya, para suerte mía, se echó a reír sin premeditaciones y me palmeó el hombro.

La perspicacia en su ademán no me pasó desapercibida, y por eso les

sonreí a los dos a modo de disculpa.

—El día de campo —dijo él, convencido de que decirlo en voz baja era la mejor idea. No lo era, porque las muchas voces en el comedor del periódico hacían de mis oídos dos ranuras inútiles en ese instante—. Mañana, el jefe organiza un día de campo para todos...

—¿Que no lo pasan con su familia?

El hombre frente a mí se inclinó un poco, sujetando con fuerza un vaso entre sus manos. Mireya hizo lo mismo, dándome la sensación de que ninguno quería que otro ajeno a la plática oyera lo que iba a decir a continuación.

En un acto reflejo, miré a mi alrededor y comprobé que de todos modos nadie nos estaba observando.

—Sucede que los Guízar, desde que la esposa de don Joel murió, hacen este tipo de cosas, ¿sabes? —Paco negó con la cabeza, y miró por encima de su hombro, justo a donde se hallaban los susodichos, sumergidos en sus propias charlas y sin cuidado alguno de que nosotros estuviésemos hablando sobre ellos—. Es como un ritual, porque la señora solía decir que, los muchos empleados a su cargo, también formaban parte de su familia.

Intenté esbozar una sonrisa, mas el sentimiento de melancolía me acalabró. Recordar lo que significaba la palabra «familia» hacía de mis intestinos un riel vibrante de tren. Mis dos compañeros continuaron contándome cosas acerca de la familia Guízar, de cómo se llevaban el uno con el otro.

Mencionaron también que Mauricio iba a ocupar el puesto de Joel Guízar cuando este se retirara por fin, lo cual me pareció entre asombroso y raro ya que era normal que familias de abolengo como lo parecían ser ellos, siempre heredaran a sus primogénitos. Dentro de mí, mi moral y mi orgullo, se debatieron en constantes ideas acerca de Javier; intenté imaginar qué pensaba él de que su padre dejara a otro y no a él en su sitio.

—¿Por qué Mauricio? —me animé a inquirir.

Una luz iluminó los rasgos de Mireya, como si hubiera entendido mejor que nadie el trasfondo de la pregunta que acababa de hacerles.

Por suerte no dijo nada para hacerme quedar como una tonta, y se decantó por cruzar los brazos y esperar a que Paco me contara eso también.

—Porque Javier no quiso el puesto —comentó, divertido, enarcando una de sus cejas oscuras—. Él es más...

—Es imparable. El trabajo de oficina solo acabaría con sus nervios —intervino Mireya—; pero yo creo que eso tú ya lo sabes ¿no?

Ella sonrió como si hubiera contado un chiste buenísimo. Por unos segundos, fijé la mirada en la espalda de Javier, que seguía en el mismo lugar junto a su tío y Nico. No obstante, en cuanto miré hacia Paco otra vez, me encontré con la extrañeza filtrada en sus facciones. Su ceño fruncido y sus ojos entornados, solo me confirmaron que había entendido muy bien las palabras de Mireya.

Alcancé mi vaso con soda de toronja y fingí que le daba un trago enorme; pero lo que de verdad quería era hacer que Francisco dejara de observarme con ese atisbo de confusión en el semblante. Durante minutos, muy largos minutos, toda su atención se centró en mí, y eso me provocó hastío, de modo que me puse de pie, les pedí una disculpa y seguí de largo hasta el pasillo que dirigía al estacionamiento.

Había un par de empleados que conocía de las áreas de corrección, así que les sonreí apenas y continué mi marcha a un sitio en el que el ruido no hiciera mella en mi pecho.

El sol había comenzado a ocultarse y varias personas se adentraban en sus autos con la intención de irse. De nuevo, al imaginar que tenían un lugar al cual ir, para abrazar a sus seres queridos, para estrujarlos y hablarles de cuánto amor se puede dar por una persona en una fecha como esta, comprendí que en determinado momento tendría que volver a casa.

O bueno, a ese lugar que una vez había sido mi casa.

Traté, sin conseguir mucho, y recargada en un pilar del *parking*, de imaginar cuál de todas las posibles sería la reacción inmediata de mi padre, y cómo tomaría mi madre el hecho de la terrible traición que cometí al desobedecer sus órdenes de quedarme con ellos, a seguir un curso que no deseaba para mí.

Solo para venir a caer en un círculo vicioso como lo era el convivir con Vinnie.

Algo se atoró en mi garganta, pero los pasos a un lado de mí me sorprendieron tanto, que no me quedó de otra que olvidar el amago de dolor anidado en mis recuerdos, y prestar atención a la figura horrendamente perfeccionada de Javier. Él colgó el teléfono tras disculparse con su interlocutor y, mientras se lo guardaba en la bolsa del interior de su saco negro, me abracé a mí misma y eché un vistazo en derredor.

Los distintos empleados esparcidos por el lugar se encontraban tan absortos en sus charlas que ni siquiera habían reparado en mi presencia. Sin embargo, me sentía el foco de un asunto prohibido, algo que no debería

suscitarse y que, de no seguir la línea de lo correcto, acabaría en una desgracia. Ese era el tipo de peligro que sentía si estaba tan cerca de Javi.

Él, con su apariencia de hombre impertérrito, incapaz de sentir miedo, frunció los labios e imitó mi acción de cruzar los brazos sobre el pecho.

—¿Te escondes? —sonrió.

Negué con la cabeza, sin poder responderle.

Su mirada penetrante me escudriñó hasta que no logré mantenerla. A lo lejos, las sombras comenzaban a gobernar cada rincón, y varias luces habían sido encendidas en los sitios que estaban ocupados por autos aún. Al mirar sobre mi hombro, me percaté de que, el coche blanco de Javier, se encontraba estacionado a mis espaldas, quizás diez metros detrás.

Un suspiro lleno de frustración me sobrecogió, mientras me daba cuenta de lo obvia que parecía.

—Me asfixian los ruidos —susurré.

A pesar de que ya no lo estaba mirando, todavía percibía sus ojos escrutándome.

Javier avanzó un par de pasos, hasta perfilarse conmigo, sus hombros sobrepasando los míos por varios centímetros. Para entonces, mi respiración había empezado a correr con velocidad, y mis nervios me estaban traicionando. Cuando me atreví a mirarlo, él esbozó esa sonrisa que le había visto en el restaurante.

Recordé, sin necesidad de evocar aquel pensamiento, lo que había dicho Mireya acerca de él.

—Estoy... —titubeó. La postura tembleque que mostró enseguida, como si, por primera vez desde que lo había vuelto a ver, no supiera qué decir, me tomó por sorpresa—. Quiero entender cuál es el problema que hay conmigo: porque junto a otras personas tú pareces estarte adaptando, y lo que veo en mi dirección, de tu parte, es nada más y nada menos que recelo.

Al principio, no quería responder, pero mi mente traicionó la poca dignidad que me quedaba y se puso en blanco; todo lo que deseaba hacer era contradecir lo que él estaba creyendo. El repelús que me provocaba su presencia no tenía relación alguna con sentimientos como el recelo; sino todo lo contrario.

Javier me daba miedo. Muchísimo. De ese miedo que sientes antes de disfrutar de la adrenalina de un juego mecánico.

Vi que adoptada una posición más rígida en todo el cuerpo, como si estuviera protegiéndose a sí mismo: y eso era, precisamente, lo que tenía que

hacer. En el fondo, y de manera inconsciente, tal vez, yo había venido aquí con la esperanza de encontrar a personas que no me hicieran sentir un objeto. Y Javier, tras nuestro encuentro en aquel hotel, había sido el primero en demostrarme el derecho divino que tenía a pelear por mis decisiones.

A lo mejor lo recordaba a él diciéndome que vivía en la capital y que la gente con la que él solía codearse y en la que decidía confiar, abundaba allí. Con Mireya y Nico, había comenzado a creer que era cierto. Pero luego estaba él; estaba él y la intriga que me causaba el no saber qué carajo había escrito sobre mí y por qué no había publicado ese artículo.

—No voy a insistir más si es lo que quieres —insistió, bajando los brazos y dejándolos laxos a los lados de su cuerpo.

—Esa noche —susurré. Él entornó la mirada y me miró con detenimiento;ladeó la cabeza para hacerme saber que me entendía—; ¿con cuántas chicas más dormiste después de la entrevista?

En sus labios delgados y mullidos, se formó una sonrisa altanera; de esas sonrisas que no se le salen a una persona a menos de que haya dado con el botón correcto para encender su ira. Yo, gracias a mis compañeros de trabajo, de Nico y Mireya especialmente, sabía que Javier Guízar tenía un temperamento con el que no se podía jugar.

Bajo su mirada de indignación, había una careta desilusionada. Eso. La sensación de desequilibrar en una mínima de proporción su mundo, fue como un golpe en el rostro para mí; como una dolorosa contusión o una caída libre.

No tenía idea de lo que acababa de hacer, y al escucharlo hablar con tanta determinación, me sentí la persona más estúpida del mundo—: ¿De verdad quieres saber? ¿No te contó Mireya eso también?

Apreté las mandíbulas y alcé el mentón. Él sonrió de nuevo, sacudiendo la cabeza en un acto más vehemente que antes.

—Quiero que dejes el tema de nosotros por la paz.

—O vas a renunciar, me imagino, ¿no? —se burló.

Di un paso atrás, a la defensiva. El semblante de Javier no se suavizó ni su expresión se tornó benevolente como la vez pasada en la que había dicho algo que a mí me hacía sentir terrible. Él sabía que sus palabras tenían mucho peso, pero en ese momento, no les dio la importancia que sí tenían.

Me lo pude imaginar enojado con el tal Roberto por haberle robado los datos acerca de Vinnie. Y todavía más, lo imaginé enojado como nunca con la mujer que había filtrado aquella información.

—No entiendo por qué quieres que cambie de opinión —dije.

—No es eso lo que quiero —musitó con aire aprensivo—. Me gustaría que aceptaras que sentiste lo mismo que yo aquella noche. —Se pasó una mano por el cabello, despeinándolo así y dejándolo alborotado de donde estaba más largo—. También me encantaría que supieras lo interesado que estoy en sacar a la luz toda la verdad de los negocios de la bazofia de Torales. —Suspiró—. Yo creí... —Su tono decayó tras mencionar a Vinnie, y con ello, mis neuronas comenzaron a trabajar a mil por hora.

Arrugué las cejas y solté los brazos, comprendiendo que mi miedo de hacía unos días, era correcto. Comprendiendo, además, de lo mala que era mi vida para la de él, que era todo limpieza y decisiones correctas, exceptuando la de incluirme en sus pensamientos.

Respiré profundo, dando un paso más cerca de él. Al percibir su olor a madera, mi corazón dio un vuelco y mis expectativas se aumentaron de una a mil.

—¿Qué creíste?

Sus ojos buscaron mi mirada y, al interceptarla, me flaquearon los ojos y las pesadillas. Me olvidé de si la gente nos estaba observando o si él se había percatado de lo cerca que nos hallábamos.

En menos de un segundo, lo único en lo que podía pensar era en lo que se sentiría vivir como él, siempre izando una bandera de lucha, siempre incansable, siempre reacio a renunciar a un objetivo. Pensé lo que hubiera sido de mi vida de haber tenido una pizca de su actitud.

—Pensé que, acabado el negocio de Vicente, tú serías libre —masculló por fin.

—No vale la pena desgastar tu energía así —sentenció.

Javier examinó mi rostro unos instantes, pero no se decantó por llevarme la contraria.

Estaría mintiendo si dijera que no me dolió eso. Pero, me dije, era lo que yo pedía: que se diera cuenta de lo ridículo que era imaginarnos como él pensaba, como él había pensado la noche en la que yo decidí ponerlo en mi caja fuerte de los recuerdos.

—Eso dice la gente cobarde —arguyó después, agachando un poco la cabeza para hablarme más bajo—. Pero, para tu mala suerte, podré ser cualquier cosa, menos un cobarde.

—Allá tú, entonces —dije, azorada por su expresión dura y su mirada llena de caos—. No pienso seguirte el juego.

—No estoy jugando, Cassandra...

—¡Pero es que tú no entiendes lo que es Vinnie! —exclamé. Me aseguré de imprimirle a mi voz el miedo que me daba recordar la advertencia de Valeria. No iba a reconocer que ellos tenían razón: no iba a reconocer que, lejos de ese mundo de inmundicia, yo no encajaba—. Puede destruir tu familia si continuas...

Una nueva sonrisa iluminó su rostro. Era otro de esos gestos adustos y distantes. No se lo veía divertido y eso me puso en guardia.

—Cassandra —me increpó, de pronto tirando de mi brazo derecho para pegarme a él—. ¿Piensas que has sido la única a la Vinnie le ha hecho la misma treta?

Mi saliva se hizo nudo en la parte trasera de mi garganta. El recuerdo más vomitivo que tenía encarcelado en el cerebro, se removió con tanta violencia que un espasmo se formó en mi pecho. Los labios me temblaron luego de que traté de responder, pero sin conseguirlo.

Entonces, como si hubiera sido un truco, la expresión de Javier se transformó en una totalmente gentil.

—Te enamora, te desvirga, y te vende ¿no?

Intenté zafarme de su agarre, pero él apretó aún más su palma. No me dolía y, aun así, quería correr o hacerlo callarse.

—*Basta* —le pedí.

—Es que no eres la única —continuó—. Fueron dos chicas aparte de ti y *no* dormí con ninguna. —Se relamió los labios antes de proseguir—. Todas dijeron exactamente lo mismo. Vinnie les aplica esta jugada y cuando las adentra en su negocio, se asegura de venderlas como un producto de calidad comprobada.

Bajé la vista al suelo. No resistía las ganas de taparme los oídos y fingir que, otra vez, mis decisiones no me habían llevado a vivir de la manera en la que lo había hecho durante cinco años. Desde los diecinueve.

—Las chicas reúnen sus requisitos, ¿sabes? —prosiguió Javier. Para cuando me soltó, yo estaba petrificada a su lado, recordando cómo había sido conmigo e imaginando si las demás se habían sentido tan sucias como yo—. Cumplen con un canon de belleza casi perfecto; altura, figura y coeficiente intelectual. Sin padres, o familia que pueda ayudarlas. Un gran porcentaje de las afectadas dejaron sus casas por abusos o...

Sentí cómo me miró. Sentí cómo el matiz de sus palabras se tornaba febril y cómo suspiraba para ahuyentar la impotencia.

Me obligué a levantar la mirada solo porque no podía seguir creyendo que

cada parte oscura de la vida, estaba relegada para mí. Después de oírlo hablar con tanta pasión acerca de ese tema, entendí que la repulsión que Javier sentía por Vinnie y su "negocio", iba más allá de un simple plan periodístico.

—¿Me investigaste?

—Profundamente —admitió—. Más de lo necesario.

Así, dándome cuenta de que sabía la historia de mi familia, el rubor de mis mejillas y la vergüenza de aceptarme una niña asustada en mitad de un océano lleno de tiburones, no demoraron.

—¿Por qué, Javier?

—Se sintió correcto —dijo—. Cuando te dije que podrías dejar ese mundo, de verdad lo creí. Y a mí me enseñaron que tú tienes aquello por lo que te esfuerzas. ¿O no?

Hice un asentimiento y sonreí, viendo con claridad el punto que acababa de palpar con su voz. Tenía razón: yo había decidido irme del yugo de Valeria e ignorar sus amenazas. Había decidido venir a la capital y había decidido empezar de cero.

Sin embargo, aún tenía miedo...

—¿Qué escribiste sobre mí?

—Yo no escribí nada sobre ti, Cassandra —murmuró. Se guardó las manos en las bolsas del pantalón y echó la cabeza hacia atrás. En cuanto estuvo mirándome otra vez, dijo—: Mi artículo habla sobre la joven que cenó conmigo en el Astoria. No de la mujer con la que hice el amor esa noche. —Volvió a agacharse para captar mi mirada y añadió, mientras sonreía—: Gloria y tú son dos personas totalmente diferentes.

Parpadeé, el escozor en los ojos. De un rápido oteo, Javi le echó una mirada a su reloj de pulsera y chasqueó la lengua contra los dientes. Sacó el teléfono del saco y tecleó algo rápido en él. Tras poner su atención en mí, me mordí el labio y meneé la cabeza de un lado a otro.

—Me tengo que ir —susurró. Parecía que le costaba decirlo. Aun así, se inclinó hasta mí y depositó un beso tibio en mi mejilla. Cuando se retiró, su mirada clavada en la mía, dijo—: Lo que yo escribí sobre Gloria no fue un artículo nada más. Fue el primer capítulo de un libro. —Alzó sus dos cejas oscuras, quizás para que no dudara de sus palabras; no lo hice—. Ninguna de tus facetas se asemeja a nada que yo haya visto antes. Sería estúpido de mi parte compararte con ella.

—Estás loco, Javier.

Froté mi rostro con las palmas de mis manos y escuché cómo él se reía.

—¿Cass? —preguntó para llamar mi atención. En el momento en el que lo miré y dejé caer las manos, dijo—: No tienes ni la menor idea.

Puse los ojos en blanco, entre divertida y amedrentada por lo que significaba aquella declaración. Aunque Mireya me lo había dicho —*Javier es imparable cuando se propone algo*—, escucharlo de sus propios labios causó un estallido en mi cerebro, una revolución de mariposas en mi estómago y un miedo trepidante en mis arterias.

Mientras él se metía en su auto, yo me encaminé hacia el interior de la cafetería, adonde quedaban pocos empleados.

Fue imposible que no me fijara en las miradas que reparaban en mí conforme avanzaba. Pero, de una manera u otra, con las cosas que tenía en la cabeza, ya no resultaron tan intimidantes.

La villa que era propiedad de los Guízar no se parecía en nada a algo que yo hubiera visto antes, salvo esas veces que ahora mismo no quería recordar. Mireya se había ofrecido para acompañarme hasta acá debido a que el enorme lugar se hallaba en las afueras de la ciudad; rodeada por hectáreas de árboles y una carretera que conducía a quién sabía dónde.

Aquí no solo se había organizado un día de campo para un centenar de empleados, sino que el número de personas que yo había atribuido al periódico, era nada más una fracción minúscula. Supuse que era porque no conocía a los que laboraban en la imprenta, y todas las caras desconocidas a mi alrededor, no hacían más que convencerme de que, los Guízar, poseían una lista muy larga de asalariados.

Cada quien estaba con un círculo particular de empleados; los reporteros no se involucraban para nada con los personajes taciturnos y serios que parecían ser los correctores, ni los diseñadores; a pesar de formar parte de la misma empresa, en verdad se veían años luz de ser semejantes, incluso amigos. Y los que más destacaban, en cuanto a actitud y apariencia, eran los ejecutivos.

Javier y Nico no estaban en ese rango de personas, pero se encontraban rodeados por ellos, quizás porque eran familia, quizás por ser hijos del director y sobrinos del subdirector, respectivamente. Lo mismo con Mauricio, que también había llegado para sentarse en esa mesa redonda, ubicada debajo del domo en el que se había dispuesto más o menos una cantidad justa para que todos se pudieran congregar.

Este sitio, a diferencia de otros que se le podían parecer, se encontraba rodeado de sencillez. El estilo de la campiña se había dispuesto como marco esencial, y los pocos adornos eran ridículamente opacados por las muchas plantas que, puestas en macetas artesanales, figuraban en las esquinas, en los pasillos de adoquín y las bastantes jardineras en distintas partes de la villa.

La casa, pequeña y colonial, se hallaba a una distancia considerable de la cúpula, a la que Paco y Mireya habían descrito como el vestigio de un invernadero; le había pertenecido a la madre de Javier, que adoraba las

plantas en todo su esplendor.

Después de escuchar las anécdotas de varios de los reporteros amarillistas que se habían sentado con nosotras, Mireya y yo nos levantamos para despegar un poco la atención de lo que implicaba estar en medio de hombres. Caminamos en dirección de un chalet al fondo de la jardinera más grande, donde había una fuente redonda cuyo centro era una simulación de El Ángel de la Independencia.

Allí Mireya me dijo que tenía la necesidad de entrar en el baño, así que la seguí mientras revisaba mi móvil solo para verificar que, como siempre, no tenía nada de qué preocuparme, nada de qué estar pendiente. Por el momento, la amenaza de Valeria seguía siendo solo un comentario hecho por una bravucona. Pero eso no le quitaba veneno ni magnitud de peligro a su voz.

Me paré frente al espejo del tocador, cuando Mireya se metió al cubículo. Mi reflejo me devolvió la imagen de siempre, aparte de que llevaba el cabello trenzado y una leve capa de maquillaje. El lunar arriba de mi labio seguía allí, y la mirada de expresión triste, no obstante, se había incrementado.

Una de las chicas que trabajaban con Vinnie, y que a veces acudía a mí para sentirse menos sola, me había dicho que la mirada de una persona delata sus verdaderos sentimientos. Nunca le puse tanta atención, pero ahora que no estaba teniendo miedo como casi siempre, allá en Monterrey, me di cuenta de que, en mis pupilas, había un dejo de nostalgia perpetua, y que mi rostro, en resumen de mi interior, era un amago de las emociones que me costaba mucho dejar salir.

Aquellos sentimientos que brotaban únicamente cuando me acordaba de Javier, o si lo tenía cerca, como era ya muy seguido estos días, me hacían creer que mi cuerpo se estaba convirtiendo en un hoyo negro; porque eso le pasa a la gente cuando se guarda todo para sí, ¿no? Los recuerdos te engullen desde adentro, sin misericordia, por no ser valiente ni un poquito.

—Qué frío, ¿verdad? —inquirió una voz femenina a mi lado.

Parpadeé dos o tres veces seguidas para devolverme a la realidad. Intenté esbozar una sonrisa como respuesta, pero se me quebró apenas vi a la chica que se lavaba las manos en ese instante, justo a un par de centímetros de distancia.

Marisol era una mujer de cabello castaño corto y de sonrisa luminosa; su piel, blanca de muerte, daba la impresión de que era de una muñeca de porcelana. Y su manera de vestir, elegante y sencilla, haría sentir insegura a la primera dama. Agaché la vista tras notar que me miraba con mucha atención, y

finjí que me limpiaba las manos con una toalla desechable.

—¿Qué tal tus primeros días? —insistió, con ese tono de voz apacible que me hizo pensar en Javier de inmediato.

—Concurridos —susurré, encogiéndome de hombros.

—Sí —volvió a decir ella, recargando su espalda en contra del lavabo—. Es un trabajo de esclavos. Pero vale la pena.

Asentí sin ánimo de decir nada; no porque me sintiera apenada frente a ella, sino porque despertaba en mí ciertos sentimientos de envidia. Como Javier, ella también tenía aspecto de princesa. Imaginé que sus manos eran suaves y que, muy probablemente, llevaba auestas una de las mejores educaciones.

No iba maquillada para nada y eso hacía de su rostro una fotografía de facciones perfectas; a pesar de ser más pequeña que yo, tanto en altura como en masa muscular, era muchísimo más bonita y refinada. Obviamente, sus gestos eran frescos, coloridos y llenos de luz.

—Odio tener que lavarm... —Mireya se interrumpió al llegar a nosotras.

Le lancé una mirada a través del espejo y esperé a que le sonriera a la chica. Pero, para mi total asombro, en cambio enarcó una ceja y, Marisol, amedrentada por el cómo la veía la asistente de Javi, me regaló una última sonrisa y se marchó con paso veloz, como si le hubiera bastado observar la expresión confusa de mi compañera.

Eso me valió a mí una nueva cuestionante, de modo que cerré la llave del agua y me volví a Mireya, que había comenzado a lavarse.

—¿Qué fue eso? —pregunté.

—¿El qué? —fingió ella.

Ladeé la cabeza, incapaz de decir nada.

—Es que... —suspiró, mientras sacaba una toalla para secar sus manos—. ¿Recuerdas que te dije que eso del compromiso roto me daba mala espina? —Dije que sí con la cabeza y ella continuó—: Bueno, pues Nico me contó algo la semana pasada. Y todavía lo estoy digiriendo. O sea, Marisol y Javi tuvieron una de esas relaciones largas, bonitas, rosadas hasta el fondo. Pero... me parece increíble. Incluso llegué a sentir pena por ella y enojo contra Javi luego de que rompieran.

No entendía nada. Me pareció que había cierta ira en las palabras de Mireya. Esperé a que comenzara a caminar para poder insistir con el tema. Pero, por desgracia, en cuanto ingresamos al camino de adoquín que circundaba el jardín, que la luz solar tenía cobijado, la imponente presencia

del trío de los Guízar evitó que siguiéramos con la charla.

Mireya se cruzó de brazos al tenerlos frente a frente, quizás confiando en su poder de persuasión para que le dijeran a dónde iban.

—Bonito día, ¿eh? —dijo Nico, adelantándose a su primo y a su hermano, que hasta ese momento tenía la mirada clavada en la pantalla de su teléfono—. Cassandra: ¿hay un día en el que no te propongas parecer como recién sacada de una revista de moda? Me haces sentir un holgazán con mi aspecto.

Iba a reírme, pero al escuchar mi nombre, Javier, que se había detenido detrás de ellos para seguir *texteando* en su celular, alzó la mirada y me encontró de pie frente a su hermano, con las mejillas coloradas y la boca titubeante.

—Mi madre diría que es una belleza clásica —sentenció Mireya, echándome una mano al hombro—. ¿Adónde van?

Fui inmensamente feliz de que cambiara de plástica, pero eso no disuadió a Javier para que guardara su teléfono y hundiera las manos en los bolsillos del pantalón. Traía uno de esos suéteres de cuello de tortuga, en color negro. Mauricio se cruzó de brazos y me observó con mucho, mucho detenimiento al notar el escrutinio al que su primo me sometió de pronto, sin pudor alguno.

Al final, fue Nicolás quien respondió—: Por tequila, y a un lugar en el que los viejos no puedan notarlo.

Eso sí me hizo reír. Me obligué a ignorar a Javier y elegí admirar las flores Nochebuena que abundaban en esta parte del jardín. Sin embargo, había un calor inusual en mis mejillas y me costaba tragar la saliva. Lo que empeoró cuando escuché que Mauricio decía, después de que Javier hiciera una breve alusión a la exigencia de su padre porque se comportaran como era debido, no como ellos solían cuando estaban en sus territorios:

—¿Nos acompañan?

La mujer a mi lado casi dio saltos de alegría.

—Así Cassandra se libra de la lapa que es Paco —adujo la muchacha. Si no hubiera sido víctima de una vergüenza tremenda, le habría dado un codazo; yo no sabía de qué estaba hablando.

—¿Paco? —preguntó Mauricio, que miró a Javier por encima de su hombro, y con mucha saña.

Ambos se miraron unos segundos y entonces Javi apretó la quijada, como respondiendo a su primo sin decir nada.

—Sí. De espectáculos —repuso Nico—. Una lapa ¿eh?

Comenzaron a caminar de nuevo. Mireya tiró de mi brazo y yo miré en otra

dirección. Javier caminaba un par de pasos adelante, junto a su hermano, que me miró volviéndose un instante y luego siguió platicando entre susurros con Javi.

Aunque algo en mí me decía que no era importante, hubiera querido negar lo que Mireya acababa de decir: y no había razón para ello. Yo podía hacer lo que quisiera con mi vida y a nadie —a Javier— debía de interesarle.

Ellos se dirigieron hacia la enorme casa que coronaba la pequeña inclinación formada en la villa. Desde aquí, la vista de los jardines y la imagen de la cúpula, ofrecían una calidez ensordecedora; aquella villa gritaba *familia unida* en letras grandes. Se respiraba un aroma a pino y a frío indescriptible. Y la sensación de hallarte en el mejor lugar del mundo, algo así como un santuario, te embargaba en el acto.

Había una sala en el porche enorme que daba la bienvenida a la casa; Mireya y yo nos sentamos allí, junto con Mauricio y Javier, y mientras tanto Nico se adentró en la construcción de tabique rojizo. Me aseguré de colocarme en un asiento que mirara al frente, para seguir bebiendo de los colores vivos que ejercían en mí una idea mágica.

Era bastante placentero mirar la tranquilidad desde aquí, adonde las cosas seguían inamovibles.

—¿Cass? —Escuché que Mauricio me llamaba y, disculpándome, arqueé mis dos cejas y él repitió, con una sonrisa en sus labios—: ¿Quieres un caballito o un vaso?

Le pedí un vaso. Pero ellos empezaron a beber, como si de agua se tratase, en caballitos de tamaño *jumbo*.

Para entonces, Javier había comenzado a escribir otra vez en su teléfono, lo cual me relajó un poco más. Los muchachos, acompañados por una acalorada Mireya, y mientras el tiempo transcurría, nos contaron historias acerca de la universidad, de sus padres, que eran muy mandones, y lo que tenían planeado hacer el año entrante.

Mauricio nos hizo saber que no estaba de acuerdo con la decisión de su tío de cederle la dirección en lugar de a Javier y, de hecho, culpaba a Javier por ello.

—Es de común acuerdo —se rio Javi, que ya iba por su sexto caballito, pero parecía ser el más ligero de todos—. A mí me encierras en la oficina de Joel y me voy a volver loco.

—Sí, pero mi tío no está cediéndome solo por eso y lo sabes —añadió Mauri y se sirvió, refunfuñando, otro caballito.

Yo ni siquiera me había terminado el primer trago, así que me limité a escucharlos y a tratar de interpretar lo que Mauricio Guízar quería decir con aquello.

Un silencio tenso se formó mientras ellos evitaban mirarse. Yo, por otro lado, y por primera vez sin miedo, miré a Javier hasta que él levantó sus ojos y los clavó en los míos. No temblé cuando entornó la mirada y se concentró más en mí, ni cuando recargó la espalda en el sofá de mimbre en el que estaba sentado; tampoco cambié mi posición mientras los ruidos cesaban y lo único que yo tenía en mente era el intentar comprenderlo.

No sabía qué cosa mala le podía encontrar su padre. Y luego recordé lo de Marisol y la propia voz de Javi diciéndome que su padre era un hombre tradicionalista. Con eso, acabé por entender a Joel Guízar y no a su hijo; porque, si había terminado con Marisol poco antes de su boda, seguro que le había roto el corazón.

Esa expectación no me gustó nada.

—Lo único que quiere es que sientes cabeza —se mofó Mireya. Ella, de todos, era la que había estado bebiendo con más entusiasmo, como si hubiera esperado por ello durante mucho tiempo—. Ya. Puedes hacerle caso ahora, ¿no?

Javier se encogió de hombros. Mauricio se levantó con el argumento de que debía ir al baño y se perdió en el interior de la casa segundos después. Luego, y empujado por el silencio, Nicolás se recorrió hacia Mireya, para comenzar a burlarse del descontento de su papá.

Como Mauricio había estado a mi lado y al lado de Javier, al mismo tiempo, había dejado un hueco entre nosotros. Pero yo no me moví ni él lo hizo, sino que siguió mirándome y yo continué mirándolo, con ganas de decirle que a lo mejor su padre le exigía algo para lo que él no estaba capacitado. Después de todo, pocos hombres entienden lo que significa la frase «sentar cabeza».

Para ellos, es decir, para su familia, aquella oración era nada más y nada menos la acumulación de un sinfín de valores tradicionales y conservadores; como fidelidad, como lucha interna, como respeto mutuo, como integridad personal. Cosas que, en el exterior, Javier, Nico y Mauricio, parecían tener, pero que, lo de Marisol, en particular, decía todo lo contrario del primero de los hijos Guízar.

—Yo me tengo que ir —dije, terminando lo poco que quedaba en mi vaso e incorporándome al instante—. Mireya, ¿te quedas?

—Ajá —repuso ésta y se levantó—. ¿Paco te iba a llevar?

—¿A mí nada más?

—Sí, ¿no? —Se mordió un labio, con aire juguetón.

Ella se echó a reír, y por mi cuenta me aseguré de no mirar a Javier. Fue así que entendí lo que Mireya hacía. Y no me gustó, así que, alejadas un poco del recibidor y escuchando la voz de Nico que me despedía a mis espaldas, me envolví en mis brazos y negué con la cabeza.

—No te enojas, Cassie —dijo la muchacha.

Rodeé los ojos y miré al frente. Había mucha gente todavía, pero el sol comenzaba a llegar al ocaso.

—Es que eres imposible —le espeté—. Quedamos en algo; vinimos juntas y nos vamos juntas. Es tarde y tú ya bebiste lo suficiente.

—Lo siento, mamá —sonrió otra vez.

Negó con la cabeza y se dio la vuelta. Regresó a la mesa para beberse el contenido de un nuevo caballito y les dijo a los Guízar que se iba conmigo, no sin antes aseverar un comentario acerca de que no quería dejarme sola con Paco.

Me planteé la idea de no volverme hacia ellos otra vez, pero no quise parecer una maleducada, así que les sonreí, por último, consciente del cómo Mauricio se estaba riendo de la situación y de cómo Javier me regaló una mirada llena de incompreensión.

Una parte de mí fingió que no sabía lo que estaba ocurriendo. Pero la otra, la otra quería sentirse orgullosa de poder alejarse de él sin sentir que le debía una explicación.

Habíamos dejado la bolsa y los abrigo en el coche de Paco, por lo que tuvimos que pedirle que los sacara. Le acababa de decir a Mireya que, en consecuencia a sus actos, nos íbamos en taxi, pero Paco no compartió mi idea e insistió que nos llevaba. Mientras caminábamos hacia su coche, me pregunté qué tan estúpido sería de mi parte dejar que Mireya se fuera con él e irme sola en un taxi.

El rumbo que debía de transcurrir hasta el centro de la ciudad debía ser de más de cuarenta minutos, quizás una hora. Por lo que terminé aceptando que más que una idea, aquello era un disparate. Sin embargo, no fue eso lo que me avergonzó del todo, ni el estado de ebriedad de Mireya, sino el repentino tirón en mi antebrazo, ya cubierto por una chaqueta calentita que había elegido a juego con mi ropa.

—Ven, ¿sí? —Javier susurró, atrayéndome a un costado.

Vi que Paco me miraba con aprensión, pero desvió la mirada tan rápido como Mireya exclamó algo que no entendí (por los nervios repentinos y por el ruido en el estacionamiento). Seguí a Javi un par de pasos lejos del coche de Paco, sin comprender a qué se debía el misterio de lo que quería decirme.

Y es que tarde me percaté de que él no quería decirme nada. Al menos no con palabras.

Tan pronto como me puso una mano en el cuello y otra en la cintura, su boca buscó la mía con la necesidad de quien tiene cosas que demostrar y ya ha agotado sus opciones. En un principio, me costó aceptar la caricia, pero no podía negar que el sabor a tequila, a limón y a cariño en sus labios terminó por vencer el miedo y la reticencia anidados en mi pecho.

Me alejé un instante, poniendo una mano en su pecho tibio y agaché la cabeza para no enfrentarme con su mirada.

—Ha sido el tequila —se excusó, hablando junto a mi oído.

Estuve a punto de reírme, pero ahogué un gemido y alcé la mirada, abochornada por saberme en mitad del estacionamiento, a la vista de muchos.

Luego, me fijé que lo importante era el latido desenfrenado de mi corazón mientras Javier me pegaba más a su cuerpo.

—No pensé que necesitaras un par de tragos para tomar valor —dije, con un tono de desconfianza en mi voz.

Como siempre, y con cero temores en sus palabras, Javier dijo—: Intento respetar tus decisiones, Cass. Es todo. —Me levantó la cara sujetando mi barbilla entre sus dedos; la visión de su mirada, y sus pupilas dilatadas, acrecentaron en mí las ganas de volver a tocar sus labios con los míos—. Sinceramente, si quieres que lo diga así, no tengo idea de a qué estás esperando. Pero lo respeto.

—Gracias, creo —me sinceré.

Escuché los pasos que se acercaban y al volverme vi que Mireya traía consigo una sonrisa extravagante. Quería desaparecer esa máscara de triunfo en su rostro, pero me contuve.

—Tú la llevas a ella, ¿verdad? —señaló, entregándome la bolsa. Javier hizo un ademán por toda contestación y entonces ella añadió—: Es que son tan obvios...

Regresó al coche de Paco y se metió en el lugar del acompañante.

Cuando Javier llamó mi atención de nuevo, ya tenía mi mano prensada en la suya, entrelazados nuestros dedos, y me guio en dirección contraria del lugar en el que había estado el coche de mi compañero.

Antes de llegar al extremo opuesto, en el que había menos coches y más luces, crucé una mirada avergonzada con Marisol, que se subía a otro carro junto con una chica a la que había visto en el área de diseño. Javier no la notó ni se percató tampoco de mi cambio de expresión, al recordar a la muchacha y su anterior compromiso con el hombre que acababa de besarme frente a un puñado de empleados.

Javi abrió la puerta del acompañante, me increpó, con sutileza, para que entrara y tras cerrar, rodeó el cofre de su coche y se metió en el lado del conductor, todo tan campante como si jamás en su vida hubiera cometido un pecado.

Parecía, mientras encendía el motor, que tenía la conciencia tranquila y que nada de su vida era incorrecto; lo que me obligó a dudar de él nuevamente: porque me di cuenta de que, aparte de todos sus atributos principescos, Javier era muy, muy soberbio

Cuando Javier aparcó el coche afuera del edificio donde se encontraba mi departamento, lo primero en lo que pensé fue en su apariencia inmutable. Todavía había dudas en mí, que comenzaban a volverse pesadas y fatigantes. Por eso, decidí mirarlo directamente a la cara sin miedo de que viera mis propios temores.

No estaba acostumbrada a ser auténtica, ni mucho menos a quitarme la coraza que, desde hacía años, utilizaba para que nadie me dañara el alma. Un día de hacía años había descubierto que quien hace trizas tu cuerpo realmente no puede pasar más allá, a menos que le des el poder de herirte a un nivel espiritual; allí es adonde tienen el control total sobre ti.

Yo nunca le di ese poder a Vinnie a pesar de mis circunstancias. Nunca le di el poder de bajar mi autoestima ni de hundirme más si eso hubiera sido posible; tal vez, con las citas, los clientes y los miles de veces que deambulé en ese mundo de ambiciones, había aprendido a enfundarme una máscara de mentiras, una sonrisa bonita, una palabra embustera: todo por ser capaz de evitarles la entrada en mi alma.

Con Javier, ese era mi mayor miedo. Si veía a través de mí, ¿qué iba a encontrarse? ¿Seguiría igual de interesado si viera que, luego de terminar la preparatoria, había dejado mi casa con la ilusa idea de buscar una vida diferente de la de mis padres?

—Si te pregunto algo, ¿me respondes? —dije, en voz tan baja que me costó entenderme.

Para mi suerte, quizás solo fue la sensación de miedo y de posible rechazo lo que me hacía estar aturdida, porque Javi frunció las cejas, pero asintió.

Me volví de nuevo al frente, a donde los coches pasaban cada tanto y las luces de los establecimientos iluminaban la calle lo suficiente como para no parecer dos personas locas en mitad de un vecindario ruidoso.

—Tu ex —susurré. No lo miré a la cara al decirlo. Ni tampoco lo hice cuando pronuncié el nombre—: Marisol. —Tragué saliva a la espera de sujetarme de aquel valor que me ponía cuando de esconder mis emociones se trataba—. ¿Por qué rompiste con ella?

Entonces, con la necesidad de encontrar entendimiento por su parte, me atreví a colocar mi atención sobre él. Sin embargo, su expresión distante, casi calculadora, activó tal sentimiento de zozobra en mi pecho que me sentí casi al borde de la vergüenza: una, porque quizás Javi era ese tipo de personas que se ponen a la defensiva con su pasado, dos, porque tal vez sí estaba siendo entrometida.

Contrario a mis pensamientos, en cuanto vi la sonrisa lúcida que esbozaba siempre, relajé los músculos y entorné la mirada.

—No te puedo decir —dijo, pero estaba sonriendo, lo cual contradecía el mero hecho de negarme aquella información—. Créeme. No es por mí ni por ti. Es por respeto, ¿sabes? Hay cosas que no me corresponde a mí contarlas. Marisol no es una mala persona, a pesar de todo.

A pesar de todo.

—Y, si no eres tú, ¿quién va a contarme? —pregunté.

—¿Es así de importante que lo sepas? —se interesó, mientras se repantigaba en su lugar. Se pasó una mano por el cabello y luego miró al frente.

Hice una inspiración pequeña, y volví a agachar la mirada. La mano de Javier sujetó la mía, e insistió para que le permitiera llevársela a los labios. Al hacerlo, al besar mis nudillos, me encontré reconsiderando mis dudas y sopesando sus palabras: ¿cómo era posible que dijera que su ruptura no le correspondía a él explicarla?

De un momento a otro, tras dejar en paz mi mano y arrellanarse en más de una ocasión, Javier se inclinó hacia un lado y estiró su mano para alcanzar un maletín que estaba en la parte trasera del auto. Sacó un sobre carta y, después de contemplarlo, me lo extendió.

En el acto regresó el maletín al asiento del pasajero.

—Tengo que salir de la ciudad para hacer unas cosas —musitó, con cara de no estar disfrutando el decirme aquello, pero, aun así, continuó—: Así que te voy a dar la oportunidad de leer esto e irte si es lo que deseas. Mientras no esté aquí, no habrá nada ni nadie que te lo impida.

Confundida, inquirí—: ¿Qué es?

Él suspiró y, con un gesto de amargura en el rostro, dijo—: El artículo. Querías saber qué escribí sobre Gloria. Así que...

Cerré los ojos para saborear la tranquilidad que me otorgaba el saber que no le causaba ningún tipo de recelo el que lo leyera; porque eso quería decir que estaba seguro de su contenido. Seguro de lo que había escrito sobre esa

faceta de oscuridad que aún me perseguía, como si fuera mi sombra, el otro lado de mi alma.

Eso era a lo que más le temía ahora que estaba intentando abandonar a Gloria en el pasado: que Javier estuviera confundiéndome con ella. Que sus palabras fueran falsas, que sus miradas, y su insistencia con las casualidades, resultaran ser una burla del destino en mi contra; o el karma.

—Eres tan extraño —suspiré.

Agarré el sobre entre mis manos. Lo miré, determinada a leerlo esa misma noche. Confié en dos cosas; confié en mi capacidad para ser imparcial, y confié en mi necesidad de entender por qué Javier hacía cosas como estas.

Además de lo obvio.

—¿Cass? —me llamó. Volteé para mirarlo. Apenas hacerlo, se acercó unos centímetros y, con su mano izquierda apoyada en mi mejilla, me atrajo hasta su rostro. Pero no se hizo camino hasta mi boca, como antes, sino que, con la punta de su nariz, acarició la mía. Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que le escuché decir—: De verdad espero que logres quedarte.

Alcé una mano y le puse las yemas de mis dedos en el labio inferior; verlos así, y sentirlos así, fríos por el clima y dispuestos por el momento, me ayudó a no retroceder. De modo que, retirando los dedos, apoyé mis propios labios allí y deposité un beso casto, corto y seguro sobre los de él.

Al contrario de mis intenciones por asegurarle que aquellos días tenía mucho en que pensar, él hizo que el espacio entre nosotros se convirtiera en una gran y torpe nada. Esta vez, su boca insistió con hurgar en la mía como si estuviera impulsándome a seguirle el paso: él marcaba un ritmo y yo no pude evitar no continuarlo.

Hasta que su mano tiró de mi hombro y sentí cómo se acercaba más, aún en la incomodidad del asiento. No fui capaz de comprender lo bien que se sentía el calor de sus palmas, la sensación de absoluta calma en sus caricias: como si hubiera sido hecho para proteger a alguien con aquella imponencia.

Y, en ese momento, yo era el objetivo de su protección. Lo cual no supe si era bueno, o si era el principio de otro de mis errores monumentales.

De cualquier manera, tampoco objeté al notar que respiraba junto a mi rostro y que, separándose, me miraba con atención: esa atención que le pones a alguien cuando quieres leer su mente.

—Qué casualidad tan hermosa eres, Cassandra —musitó, apenas alejándose.

En esta ocasión me ganó la timidez que, en el fondo, todos llevamos auestas. No podía recibir aquellos halagos por su parte, sin sentir que me desconectaba de la realidad. Pero sin importar cuánto me costara aceptarlo, Javier había derribado en mí cada muro de contención, desde la primera vez que lo escuché hablar acerca de las injusticias.

Yo, y muchas de las chicas a las que había conocido, éramos injusticias encarnadas. Lo peor era que él lo sabía y a mí me aterraba la mera idea de que supusiera un reto nada más; una cadena de descubrimiento, una pila de documentación para las cosas que todavía no sabía.

—Gracias por esto —me sinceré.

Él le echó un rápido vistazo al sobre y asintió después. De inmediato, se acomodó en el lugar del conductor como era debido, pero siguió mirándome.

—Buenas noches —susurró.

—Buenas noches —le respondí antes de bajarme del coche.

Mientras caminaba al interior del edificio, tomé la decisión de no volver la vista atrás: había cosas que todavía me desarmaban. Por ejemplo, mi debilidad ante la seguridad que emanaba él. Subí las escaleras imaginando qué estaría pensando justo ahora, o si creería alguna cosa mala de mí.

Pero entendí que los prejuicios no eran parte de su vida; la forma en la que se había negado a hablarme de su ruptura con Marisol, era la prueba de ello. Aunque no quisiera decirlo siquiera, yo sabía que esa ecuación estaba fuera de lugar entre él y yo, y por eso me dije que tampoco iba a sacarlo a colación con Mireya.

Entré en el departamento con la emoción de poder leer el artículo sin interrupciones. Y, además, entré en lo que comenzaba a sentirse como mi lugar a salvo, con la pequeña idea de que la vida no siempre se porta mal contigo.

*

El artículo que Javier había escrito tenía por subtítulo «cenit». Y explicaba, párrafos abajo, por qué era de esa manera. Quien lo narró, aún desde su posición equiscente, había descrito a Gloria como el cenit de su vida; esa confirmación que todo ser humano necesita para saber cuándo ha llegado el momento de dar aquel paso al que le ha temido por tanto tiempo.

Lo había leído tantas veces ya, desde hacía una semana, que ahora me sabía la introducción casi de memoria. Él tenía razón.

Esta persona tembleque, frágil y asustadiza, que no podía ni imaginarse

siendo feliz sin creer que no se merece nada, no se parecía en lo absoluto con la mujer que Javier había descrito en su *Cenit*. Gloria era tan segura de sí misma, tan coqueta, *tan* todo, que me costó entender por qué ahora no podía ni pensar en mis padres sin sentirme culpable por haberlos dejado.

Gracias al cielo, todos estos días, y con la ausencia de Javier, había tenido tiempo para pensar: tiempo, mejor dicho, para lapidar mis ganas de rechazarlo una y otra vez hasta que se diera cuenta que, como mujer, no le convenía. Sin embargo, en el interior, quería siempre decirle que sí, siempre aceptar sus coqueteos, sus provocaciones y sus halagos, aunque fueran repetidos y a veces petulantes.

—Tengo un hambre del demonio —susurró Mauricio, acercándose a la recepción.

Se encontraba escribiendo algo en su teléfono. Me limité a sonreírle y permanecí en silencio a la espera de que necesitara cualquier otra cosa.

Detrás de él, un Nico con apariencia despreocupada, como todo en él, cruzó el vestíbulo junto con Mireya y se postró delante de mí, sonriendo de oreja a oreja. Entonces comprendí lo que tramaban.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Nicolás, poniendo los antebrazos en el filo del mueble.

Mireya contorneó mi lugar de trabajo y se sentó junto a mí. Había una familiaridad muy rara en ellos: me di cuenta de que me estaba acostumbrando a sus mañas. De todas maneras, con la sencillez en sus movimientos y en sus modales, no me resultó extraño que me hubieran sido tan fáciles de apreciar.

No los conocía en lo absoluto y ellos cada vez trataban de sacarme de mi burbuja.

Casi como si *alguien* les hubiera pedido que lo hicieran. En el fondo, me sentí recelosa por sopesar la posibilidad de que Javier también estuviera involucrado en la compañía diaria que me sobrevenía con este triángulo tan disparejo.

Daban las tres con quince, así que no me negué para acompañarlos y fuimos hacia el restorán en el que Javier desayunaba prácticamente todos los días, cuando estaba aquí. Mauricio y Mireya caminaban delante de nosotros y Nicolás se tendió a explicarme más profundamente el significado de «cenit».

—Si me lo preguntas a mí —dijo, cuando nos estábamos sentando a la mesa, en el mismo lugar de siempre: la terraza—, Javier nació para hacer este tipo de cosas.

—¿Investigaciones prohibidas? —le espeté, con un dejo de sorna en mi

VOZ.

Él soltó una pequeña risa, pero continuó—: Las letras. Las narraciones versátiles.

—Esto es visceral —susurré.

Estaba sentado frente a mí, así que vislumbré con exactitud la sonrisa esbozada con orgullo en su rostro. Nicolás Guízar también era un tipo que conocía a la perfección su estatus en el mundo, pero eso no bastaba para analizar su carácter; en realidad, era bastante similar a su hermano y cada una de sus manías parecían calcadas. Pero, a pesar de ello, el carisma que emanaba Nico resultaba eneguedor.

Javier, en cambio, provocaba el respeto y la admiración de inmediato.

—Mi padre siempre ha estado en contra de que le siga el paso a Torales tan de cerca, ¿sabes? —confesó Nico.

Removió su platillo con el tenedor, aparentemente, pensando qué decirme para explicar el por qué.

En otras ocasiones, yo había pensado que la batuta de justicia lo era todo para Joel y Joaquín Guízar, pero el comentario de Nicolás decía lo contrario.

—Pensé que sacar a la luz la verdad vale cualquier precio —musité.

—No el de tu vida —arguyó él—. Vicente Torales tiene fama de inescrupuloso. Y la gente de la que se rodea siempre está dispuesta a dar un borrón con tal de apaciguar las aguas. Al fin y al cabo, nadie hace huelga por un periodista ni el pueblo se levanta si el sistema lo está consumiendo. ¿Qué más da un tipo que engaña a chicas indefensas con la promesa de obtener un mejor futuro?

Había un ligero tono de exasperación en el cómo acababa de referirse al sistema corrupto del país. Pero estaba, de nuevo, en lo correcto. Personas como mis padres, como mi familia entera, eran la prueba de que la indiferencia gobernaba las prioridades morales de los ciudadanos.

Junto a mi comida, traté de digerir aquellas palabras que significaban mucho más de lo que él podía hacerse idea. No obstante, obligaba a responder a cada sonrisa, pregunta y broma por parte de Mireya, sentí que necesitaba hablar con Javi personalmente para que me explicara el objetivo principal de su campaña en contra de Vinnie.

Continué engullendo, pero esta vez en silencio, dejando que fueran ellos quienes pusieran los temas sobre la mesa.

Ese no fue el problema. Sino que, luego de que Nico recibiera una llamada, Joel Guízar se sentara junto a mí y Nico a la mesa. Le escuché pedir

el mismo plato que yo y le respondí el saludo, sumergida en su imagen de hombre regio, empoderado; el aire de supremacía que le daban las canas, y las arrugas en distintas partes de su rostro, causaron un estruendo de recuerdos en mí.

Mi papá era todo lo contrario de él: en respeto y comportamiento.

Para empezar, Joel Guízar me incluía en la plática como si mi voz fuera muy importante. Hacía que tuviera que reírme y mencionaba a Javier *tanto* que en un momento de la tarde me vi obligada a pensar que él también formaba parte de la conspiración. No era que quisiera hacer quedar bien a su hijo mayor, sino que hablaba de él con tal esmero, que de pronto tenía ganas de estar cerquita de Javi.

—Le vamos a cortar la cabeza a Múgica sí o sí —señaló, refiriéndose al senador corrupto que había visto en las fotos con Vinnie.

Yo le conocía porque pagaba la exclusividad de una de las chicas que trabajaban con Vinnie. Y, además, le conocía por las elecciones y por los otros escándalos que habían circundado su campaña política. Era famoso por llevar a cabo mítines en los que se echaba la casa por la ventana y, en su mayoría, por las veces que había desviado fondos en lo que iba de su periodo legislativo.

Vinnie era acérrimo suyo y tenía muchísimos privilegios en el país a sus costas.

Joel Guízar le tenía una tirria muy especial, tanto que tuve que agachar la mirada para no encogerme en mi lugar cada vez que mencionaba a «la mierda de Torales».

En cuanto salimos del restaurante, Nico se colocó junto a mí y su padre, que me había abordado en el instante de abandonar el establecimiento.

—¿Por qué la Ciudad de México? —quiso saber Joel antes de que cruzáramos la calle para llegar al periódico otra vez (ellos tenían sus autos allí, todavía).

—Fue mi primera opción —acepté, aunque me ahorré los detalles.

Sentí que mis mejillas se calentaban por evocar el recuerdo de que Javier me había dicho que su padre sabía acerca de mí. Pero fue un alivio total el no ver en ningún momento expresión de rareza en el director del periódico ni algún comportamiento que indicara que no aceptaba lo que yo había sido.

Quizás Joel Guízar era el culpable de que sus hijos fueran dos hombres a los que no les importaba el origen de una persona. Sobre todo, cuando esa

persona quiere aprender de sus errores y no intenta justificarse.

—Tu currículum es muy interesante, Cassandra —dijo Joel, ya estando en el vestíbulo del edificio—. Me haces pensar que te peleas con las ambiciones.

Sonreí. En esa oración, sí que había cierto amago de altanería, pero hasta un punto, no se sintió como un insulto ni como una exigencia, sino más bien se sintió como una luz verde. Joel me dio la impresión de ser ese tipo de persona que siempre está empujando a los demás a dar el máximo; y, bueno, Javier era la prueba de ello.

Tras cavilar, no pude evitar preguntarme cómo habría sido su madre...

—Por el momento, la recepción está bien para mí —dije, apesadumbrada por aquella aceptación.

—Pero solo por el momento —sonrió él.

En ese instante, Mireya y Nicolás se colocaron a un lado de nosotros y ambos me explicaron que podíamos ir a no sé qué exposición esa noche. Aún era de día así que, segura de que mi agenda no pondría objeción, me despedí de Joel y seguí a Nico hacia su coche.

Su padre, según me dijo minutos después, se quedaba a trabajar hasta que el tiraje del día siguiente estuviera listo. Eran ya casi las seis de la tarde.

Mientras Nico conducía y Mireya me contaba que Mauricio había tenido que irse a la imprenta, reuní en mi mente los fragmentos del artículo: del cenit de Javi. Quería comprender cómo ellos interpretaban la justicia y cómo la intercalaban con la pasión por su trabajo y la seguridad y estabilidad de sus vidas.

No tenía ningún sentido. Mucho menos ahora que Javi se había empeñado en poner en sus titulares al senador.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el vibrar de mi teléfono. Lo saqué sin pensar que podía encontrarme así, de la nada, con una puñalada certera, que iba directo a romper mis ilusiones y a desencadenar nuevos miedos en mí.

Era un mensaje de Valeria.

Preguntaba: *¿estás disfrutando de tus vacaciones?*

Después de meditarlo por casi una hora, sentí la obligación de llamarle a Valeria. En un principio, la idea resultó ridícula, pero terminé aceptando que si no lo hacía probablemente me volvería loca a causa de la incertidumbre. Presioné los dígitos que conformaban su teléfono personal y esperé con mucha paciencia.

No me quiso decir cómo había obtenido mi nuevo número y por supuesto supe que no valía la pena insistir. Lo que sí me revolvió el estómago fue su diatriba acerca de la manera en la que me estaba involucrando con los Guízar. Su tono de advertencia no me pasó desapercibido. De hecho, fue más que notorio el cómo había hecho hincapié en hablar con denuedo sobre los Guízar. Especialmente de Javier.

Me dijo que tuviera cuidado. Y, al final, me pidió que usara mis encantos para mantenerlo lejos de sus negocios.

Como era de esperarse, no me atreví a preguntarle a qué se refería; con lo del senador al que Javier había estado siguiendo todo aquel mes, y las últimas fotos que yo había visto de Vinnie en su compañía, entendí que Valeria estaba muy enterada de mi vida capitalina y no se tardó en utilizarme en su favor.

De cualquier forma, yo estaba lejos de creer que tenía algún poder encima de Javi, y en caso de poseerlo, ni por asomo pensaba usarlo.

Hacía dos semanas que no podía dormir bien y hacía dos semanas que, cuando Javier llamaba directamente a la recepción, no podía evitar sonar seca con él. La sugerencia de Valeria había sido que hiciera lo contrario: dijo que *callar la boca de mi príncipe* era algo que quizás se me daría bien, incluso mejor que el marketing.

Pero mi cuerpo se negó de manera rotunda a usar la atracción que había surgido entre nosotros, en favor de Valiera Torales.

—Bueno, ya —se desesperó Mireya, que se encontraba ayudándome a picar un par de pimientos—. ¿Me dirás qué te sucede? ¡Deberías estar feliz!

—Te he repetido varias veces que no tengo nada —argüí, mientras movía el contenido del sartén en la estufa—. Estos días han sido ajetreados, y ya.

No pareció convencerla mi respuesta, pero continuó con su tarea y se

limitó a suspirar. Toda la semana había insistido con que a mí me sucedía algo y, a pesar de que su compañía era lo único que hasta ahora había logrado cimentar con éxito en la capital, seguía sin poder confesarle lo que había pasado semanas atrás.

Según esto, Javi volvía en un par de días, pero se marcharía de inmediato. Mi mente no paraba de preguntarse si aquello empeoraba las cosas o era una señal de que debía contarle. De cualquier manera, decidí que no estaba lista para hablar con nadie respecto al temor que ahora palpitaba en mí con más fuerza.

Mi otra opción, y la que parecía más saludable en este momento, era marcharme sin decir nada.

Pero, para mi desgracia, sentí que era demasiado tarde: a donde quiera que fuera, si algo le sucedía a Javier a causa de Vinnie y Valiera, no podría perdonármelo.

—¿Por qué Javier no ha dejado en paz lo del senador? Ya ha sido demasiado, ¿no? —dije. La verdad, no pensé mucho en las posibles consecuencias que tendría al denotar con mis palabras la cantidad de veneno que les había imprimido.

Mireya, como siempre, adoptó una postura analítica y, sin dejar de picar los pimientos verdes, susurró—: Hay rumores de que Múgica buscará la presidencia en las próximas elecciones. Y los Guízar han sido izquierdistas desde tiempos inmemoriales. Así que...

—No sé nada de política, Mireya —aludí. Vacíé el contenido del bol en el que estaban los pimientos y continué con el salteado de pollo—. Simplemente no entiendo por qué se arriesga...

En mi país, a diario se cometían crímenes inimputables. Y no era de extrañarse que, entre las víctimas del espurio y la corrupción, surgiera uno que otro periodista que no había podido mantener un perfil bajo. Esa había sido una de las cosas que Valeria había mencionado: solo por darse el lujo de demostrar cuánto poder tenía sobre mí.

Yo sabía que había cometido un error al quedarme callada y no fingir que Javier, su vida, no me importaba; de haber sido más inteligente, o más osada, habría mentado con el mero afán de protegerlo un poco. Le habría dicho a Valeria que entre él y yo no había nada y que, por mí, podía hacer lo que quisiera.

Pero al escucharla, mi cuerpo se paralizó y no conseguí hilvanar ninguna idea que pudiera serme útil. Sin embargo, aún estaba allí, pensando en qué

hacer...

—Se arriesga porque alguien tiene que hacerlo, y en este mundo lo que sobran son cobardes.

—Es muy peligroso —musité. Había apagado la estufa y me había vuelto para tomar dos platos de la alacena—. Vinnie.

Me detuve a observarla unos instantes. Ella intentó sonreír, pero el gesto fue nada más una mueca torcida que me provocó un sentimiento de vacío en el pecho. Todos ellos estaban enterados de la calaña que podía llegar a ser Vinnie, y nunca se habían detenido a pesar de todo.

Tras sentarnos en el desayunador, Mireya intentó cambiar de conversación en varias ocasiones. Pero no se lo permití. Casi le exprimí más información acerca de la investigación del senador y los Torales e hice que me contara, sin tapujos, cuál era el próximo paso que Javi pensaba dar.

—Él siempre tiene un plan *be* —dijo, engullendo con entusiasmo. Para ese entonces, me había quedado claro que confiaba mucho en Javier; lo que yo quería, sin embargo, no tenía nada que ver con la confianza. Lo único que deseaba escuchar era que, en determinado momento, si no obtenían nada, lo dejaría de lado—, y esta vez supongo que no será diferente.

Alguien tocó a la puerta antes de que pudiera respingar. Mireya dijo que ella iba y se levantó tan rápido que interpreté aquel movimiento como una escapada furtiva. Al volver, Nicolás la estaba siguiendo. Más temprano le habíamos invitado a comer y me había olvidado de ello; fue Mireya quien le sirvió su plato y lo colocó al frente de mí.

Comenzaron una plática que involucrada a Mauricio y a la chica con la que estaba saliendo. Mi irritación iba en aumento mientras ellos mencionaban cuán desastroza había sido la presentación oficial de la susodicha novia de Mauri ante la familia Guízar.

Hablaban de que Joaquín no la aprobaba por cierto rumor que se había corrido en la imprenta acerca de ella.

—Ya mi padre le dijo que no tiene por qué meterse en los líos de su hijo. —Nico sacudió su cabeza con efusividad e hizo un gesto de delicia cuando me señaló el plato con su tenedor—. Es que esto *no* puede ser posible. ¿Cuántas cualidades más tienes, mujer? —Le di el placer de halagar mi comida y permanecí en silencio, sonriéndole—. Javier seguro que estará gustoso con esta parte de tu currículum —agregó, antes de limpiarse la boca con una servilleta.

—No planeo cubrir ningún requisito si es lo que piensas —murmuré.

La acritud en mi tono seguro que se dejó oír. Nicolás se puso ceñudo e intentó debatir conmigo. No obstante, Mireya intervino, diciendo—: Ya se lo dije —se echó a reír unos minutos y de inmediato añadió—: Javier es de buen comer y Cassandra una diosa en la cocina. ¿Cómo no pensar que están atados por el famoso hilo rojo?

Se burlaron de mí siguiendo ese mismo curso, durante varios y largos minutos; minutos en los que mi propia mente intentaba quebrarme fragmento a fragmento. El que dijeran que estábamos hechos el uno para el otro, no me ayudó a decidir qué hacer. Por otro lado, la sensación de vacío en mi pecho se incrementó.

No sabía cómo llamarle, pero casi estaba segura de que mi lugar prohibido —el de los sentimientos— había comenzado a ser invadido.

Mientras los tres levantábamos la mesa, yo les hablé por primera vez de lo que había sido mi carrera universitaria; omití el contarles que los fines de semana Valeria me agendaba citas con personajes muy raros y que estaban dispuestos a pagar una cantidad absurda tan solo por oírte susurrar un par de estupideces.

Les gustaba escuchar mentiras y cumplían sus fantasías en secreto porque en público y en persona, no tenían ni la mitad de los pantalones necesarios.

—Mi padre era agricultor —relaté. Nico me ayudaba a acomodar los platos en su sitio. Mireya estaba al teléfono—. De esos que se quedaron en el año antes de que la mujer pudiera votar.

Me sequé las manos en una servilleta desechable, limpié la superficie de la cocineta y me volví para mirar a Nicolás, que estudiaba a detalle un mensaje en su celular.

—¿No piensas verlos de nuevo? —se interesó él.

Dudé unos instantes, mientras pesaba de palma a palma su pregunta. Estuve a punto de replicar por qué había olvidado que Nico era el investigador con más colmillos en el periódico y que se sabía mi historia muy bien.

Cuando Mireya volvió, yo estaba intentado explicarle cómo era, para mí, imposible pensar en el volver a ese lugar en el que todavía vivían mis padres.

—No tiene nada de malo el querer empezar de cero, Cass —dijo Mireya.

Sonreí.

Nicolás volvió a levantar su teléfono y chasqueó la lengua contra sus dientes, probablemente fastidiado de escribir o por el contenido en los textos.

—Tampoco el querer reconciliarte con el pasado —musitó él—. Es tu familia, ¿no?

—Tendrías que mirarlo por ti mismo —me reí.

Los minutos que siguieron Nicolás los invirtió en tratar de hacerme entender que, si quería tener al menos un poco de paz, tenía que ver frente a frente a las personas que me habían negado hacía tantos años.

Mi papá había dicho que en el momento en el que pusiera un pie fuera de la casa, yo estaría muerta para él. Así que la sola suposición de pararme allá para no saber cómo reaccionar, me aterrorizó mucho más de lo que esperaba.

A Nico le noté un semblante triste mientras decía—: Los problemas que dejas tirados sin arreglo, por lo general te siguen como una sombra.

Nos regresamos a la sala, y les ofrecí algo más fuerte de beber. Aquella noche no tenían planes con nadie en el trabajo y Mireya se adjudicó el papel de chaperona; en su manera de beber Whisky, era perceptible que intentaba descargar algo más que simple tensión. Me limité a observarla y en tanto escuché, sin poner demasiada atención, las explicaciones que Nicolás hacía sobre los pensamientos de su tío Joaquín.

Bajo su propia perspectiva, Nico admitió que su familia era muy conservadora y, al final de todo, acabó diciendo que era gracias a esa manera que tenía su padre de pensar —la de que ellos tenían que casarse con una mujer y serle fiel a esa misma mujer para toda la vida— que no habían ido por ahí, rompiendo corazones.

Me causó risa el que lo dijera así, tan a la ligera; no se lo dije, pero yo pensé que era una exageración de Joel. Pero en el fondo, mi estómago disfrutó de la idea de saber que quizás Javier tenía esos mismos pensamientos; la culpa no tardó en hacer de las tuyas al comprobar que sus modales y su empeño en lo que hacía, eran heredados por su padre y algunas otras generaciones.

—Hay personas que pueden compartir a sus novios —dijo Mireya. Nos contó la historia que había descrito Marisol alguna vez en su columna de sociales, sobre una chica que contaba cómo se había enamorado de sus dos mejores amigos; chica y chico, por supuesto—. Es sorprendente. Pero a ella le iba de maravilla, al parecer.

—A lo mejor es igual que en las relaciones aburridas que duran siete largos años y acaban en un matrimonio tradicional —se burló Nicolás, que ya comenzaba a reírse por cualquier cosa.

Mireya emitió un gruñido a modo de contrariedad y, luego de beberse todo el contenido de su vaso de Whisky, repuso—: Más bien es que no todos tenemos la capacidad de abrir la mente de esa manera. O sea, yo no lo haría. Pero sí me provoca impresión y respeto el que haya a quien le funcione. —

Respiró profundo, mirando al techo como si estuviera acordándose de algo en particular—. Él y yo, por ejemplo, tratamos de ir a un bar *swinger* alguna vez, pero a mí me ganaron los celos. Supongo que soy demasiado insegura para ello.

No pude haber estado más de acuerdo. Por un lado, se encontraba mi miedo rotundo a abrir las puertas del corazón y darme cuenta que había dejado los principios en aquel trabajo, si así se le podía llamar. Y por el otro, el nuevo terror que Valiera acababa de sembrar en mí; ese miedo que se convertía en un monstruo en mis sueños y que, sin hacer mucho esfuerzo, me devolvía a las tinieblas.

Posé los ojos sobre Nicolás, le di un breve sorbo a mi bebida y me repantigué en el sofá, acurrucando los pies encima de los cojines. Ninguno de mis compañeros se sintió incómodo con el desgarmo de mi cuerpo y, de hecho, ambos adoptaron posiciones también más cómodas. Nicolás sentado en el piso sobre la alfombra, Mireya a mi lado en el mismo sofá.

—Se está haciendo tarde —aludió Nico con un tono de verdadera pesadez.

—Todavía no se acaba —lo increpé, señalando la botella—. Mañana es domingo y ustedes bien pueden quedarse uno aquí, en el sofá cama y otro en la habitación de invitados.

Lo charlaron entre sí y les tomó como medio minuto, tras observar la botella con pena, decidir quedarse. A su aceptación le siguió un pequeño interrogatorio que, gracias al licor, no me importó demasiado.

O tal vez era que me sentía desinhibida a causa de que ellos no parecían ser el tipo de personas que juzgan a la primera de cambios.

—¿Cómo era la Cassandra de diecinueve años? —insistió Mireya, cuando no quise responder por qué me había enamorado de Vinnie.

El relato de Javier había descrito muy brevemente mis antiguos sentimientos por aquel intruso y, aunado al hecho de que yo era como una caja fuerte que no gustaba de compartir casi nada sobre su vida, había comenzado a creer que Cenit era una forma bastante apropiada de titular la noche en la que lo conocí.

Hice un esfuerzo por contener el tumulto de dolor que se me formaba en la garganta nada más con evocar uno solo de los recuerdos que tenían que ver con Vicente Torales y yo.

En voz baja, como si fuera una de esas tertulias narradas en las historias de Jane Austen, les platicué de la Cassandra que tenía la suficiente

inteligencia como para acceder a una beca universitaria, conseguir dos trabajos, dormir apenas unas horas para lograr mantenerse en pie y sacudirse las humillaciones que después se presentaban a su alrededor.

—A todo eso —les conté— agreguen los acosos periódicos que se suscitaban mientras estaba estudiando. La gente no se da cuenta de ello, pero la belleza no solo es un privilegio. —Me aclaré la garganta con intención de saber si estaba sonando pretenciosa al hablar de mí misma, pero no vi atisbo de desconfianza o recelo en los ojos de ninguno, así que continué—: Al final es otra cruz con la que cargas: porque todo mundo piensa que una mujer bonita no tiene tiempo de alimentar su cerebro.

—Yo no pensaría eso de ti, jamás —dijo Nico. Se inclinó hacia la mesa de centro y sirvió otra ronda de tragos. Lo miré sin vacilaciones y no pude evitar buscar en sus rasgos las facciones de Javier. En definitiva, a pesar de que sus físicos estaban como fotocopiados, la presencia de Javi emanaba un aura de seguridad imponente. Me daba la impresión de que Nico era más dócil y más ligero en actitudes y de que Javier era perfeccionista, exigente y sin ningún tipo de titubeos en su persona—. Es decir —prosiguió. Un aire de benevolencia estaba incrustado en sus palabras mientras decía—: Tienes un posgrado en telecomunicaciones y tu vocabulario es el de una persona que devora libros.

Seguido de su comentario, le devolví lo que fue mi primera sonrisa despreocupada luego de mi llamada con Valeria.

Todavía recordaba las palabras de Vinnie el día en el que me había dicho la verdad. Ese día que marcó mi vida y que me empeñaba en ocultar incluso de mi memoria. Estaba claro que la evasión no me había funcionado y que por eso me costaba tanto iniciar con el pie derecho mi nueva vida. Vicente había hecho de mí una persona dependiente y con un miedo profundo de querer investigar quién es.

Aquí, en este preciso momento, me sentía completamente como la misma Cassandra que había dejado el nido solo para poder buscar un sueño.

—Si yo fuera hombre —intervino Mireya, sonriendo con alevosía— o lesbiana, sin duda alguna estaría igual o peor que Javier. Solo... *mírala*.

Hizo una seña hacia mí, con su vaso en la mano y sacudió la cabeza.

Nicolás se echó a reír. Yo entorné los ojos y luego disfruté de seguirlos escuchando.

Lo primero que hice en cuanto el alba se anunció en el departamento, fue revisar mi móvil. Me tembló la mano nada más imaginar que podría haber un mensaje de Valeria. Sin embargo, todo lo que encontré fue la hora en la pantalla, algunas notificaciones de noticias y cero llamadas.

Había dormido unas cuantas horas, pero sentí que eran suficientes. Nico seguía dormido en la sala, en el sofá cama y no había luces de Mireya; tenía ganas de distraerme y dejar los pensamientos que cruzaban mi mente, sin parar. De modo que me metí en la cocina y comencé a sacar un puñado de cosas que necesitaría para preparar el desayuno.

Era consciente de que a Nicolás le venían bien las comidas sustanciosas, por lo que intuí que las cosas ligeras como una malteada y un poco de fruta, no eran para los de su estómago.

El reloj daba las casi las ocho de la mañana cuando ellos se despertaron, primero Nico, y me persiguieron de un lado a otro haciendo preguntas sobre quién me había enseñado a cocinar; en el gesto de Nicolás, pude ver la sorpresa de no tener que avergonzarse por su apetito y también entendí que era uno de sus rasgos familiares.

—¿Tu madre les cocinaba? —pregunté.

Él asintió con mucho entusiasmo y se bebió el jugo de naranja que le había servido en un vaso. Los tres estábamos en el desayunador y comíamos con pereza; me había encargado de que la resaca se desprendiera por medio de los chilaquiles y Nico se mostró más que agradecido por ello.

Tuvo que repetir plato. Cuando volví a sentarme frente a él luego de servirle, me dijo—: No quiero parecer lamebotas, pero hacía *años* que no probaba algo casero y tan bien preparado. —Alzó las cejas y se mordió el labio inferior, dando a pensar que había dicho algo incorrecto—: Jamás le digas a mi tía que menosprecio su comida. Es por la sazón, ¿sabes?

—Se trata de un don que no todas tenemos —se rio Mireya.

Imité su gesto y me llevé mi vaso de jugo a los labios. Curiosamente alguien aporreó la puerta en ese momento. Era muy temprano como para que estuvieran buscándome y, en realidad, ese acto también se me antojó rarísimo. Yo no hablaba con nadie en el edificio y estaba más que claro que en la ciudad no tenía ningún amigo.

Mis compañeros al frente eran los únicos a los que frecuentaba. Me erguí todavía con la extrañeza rondando mis pensamientos, pero hice lo posible por lucir entera y no nerviosa como sí me sentía.

Después de abrir, la sorpresa se dibujó automáticamente en mis rasgos. Percibí el calor en mis mejillas, la puntada dolorosa que me había atravesado el pecho y la sensación aprensiva en él después de que Pamela, una de las chicas que trabajaba para Vinnie, intentara sonreír. La mueca resultó ser más un atisbo de contorsión de los músculos que rodeaban su boca, porque la sonrisa jamás tocó sus ojos.

Estaba allí por la fuerza, y podía oler en el ambiente, incluso, lo mucho que le pesaba estar frente a frente conmigo.

—¿Qué haces aquí? —susurré, sin miramientos.

Ella tardó un par de minutos, pero por fin dijo, con un hilo de voz—: Necesitamos hablar. —Traía una maleta consigo. Descansaba a su lado, en el corredor. Moví la vista de ella a los ojos de la chica e inhalé tan hondo como alcancé a hacerlo.

—Está bien, pero no aquí —farfullé.

—No entiendes —musitó a su vez—. No hay opción.

No necesité que dijera nada más.

Agaché la vista al suelo y recordé lo que Valeria había dicho días atrás; que me asegurara de mantener al príncipe con la boca cerrada. Con más titubeos que nunca, me hice a un lado y realicé una seña que envió pulsaciones a mis sienes. Aquello parecía ser el hoyo otra vez; parecía que solo había cambiado de sitio y que mi destino continuaba bajo las manos de los Torales.

Pamela dio un par de pasos al interior. La guie hacia la sala y vi que Nico y Mireya se hallaban todavía en la cocina. Desde allá, Mireya me lanzó una mirada de agudeza, dejó el plato que iba a acomodar sobre la cocineta y vino hacia mí.

—Hola —sonrió.

Pamela nos miró de hito en hito, sin responder. Nicolás, que acababa de trazar su camino también en dirección a la sala, se cruzó de brazos y murmuró —: Nos hubieras dicho que esperabas visitas.

—No las esperaba —dije.

Ya no pude ocultar el horror que toda la situación causaba en mí, y me aseguré de que Nicolás se diera cuenta. Me aseguré de mirarlo con la terrible añoranza de que, sin que yo dijera absolutamente nada, comprendiera cuán hundida estaba en todo aquello.

Moví mi cuerpo de manera que ponía verlos a todos.

—Pamela trabajaba para Vinnie también —El rostro de la recién llegada se fundió en una máscara de vergüenza. Pero como era la mensajera del

diablo, no contuve mis ganas de desquitar un poco de la adrenalina que llevaba conmigo—. Y, al parecer, tiene cosas que decirme.

Nicolás dio dos zancadas más cerca. Mireya, con un dejo de preocupación en la cara, se quedó en su sitio.

—Si quieres le puedo llamar a Javi y así...

—No, no —me apresuré a decir. Nico me examinó durante largos segundos. Segundos que se sintieron como una eternidad—. ¿Les parece si los llamo más tarde?

Ambos fruncieron el ceño, como si estuvieran lejos de entender qué me pasaba. Yo no iba a hablar de los detalles que le concernían a Gloria delante de ellos, y para Pamela, Cassandra no existía. Cassandra era una alucinación mía que con el tiempo iba a terminar por desaparecer; nunca estuve más cerca de creerlo.

El que mencionaran a Javier no ayudó en lo más mínimo.

—¿Segura? —insistió Nicolás.

Asentí.

Mireya cruzó la estancia, y se dirigió al cuarto de huéspedes en el que había dormido. Para cuando volvió, su bolsa en mano, Pamela se había sentado y la tensión había estirado mi cuello.

—¿Nos acompañas a la puerta? —inquirió Mireya.

No respondí, pero sí los seguí a la salida.

En el umbral, Nicolás se volvió a mí, adoptando en el acto una careta de imperturbabilidad—: Esto era lo que pasaba, ¿no? —Estaba susurrando, casi conteniendo el veneno en su voz. Negó con la cabeza, se puso las manos en la cadera y sin un atisbo de temblor en sus palabras, agregó—: El cabrón de Torales te molestó de nuevo, ¿cierto? *¿Cierto?*

Ninguna imprecación en él hubiera podido hacerme cambiar de opinión, pero todas y cada una de mis alertas se encendieron cuando Mireya terció—: Perdóname, pero si tú no se lo dices a Javier, yo lo voy a hacer.

Cambié de aire en un segundo. Alcé las cejas, contrariada e imaginando miles de escenarios posibles si ella hacía justo lo que yo quería evitar.

—Esto no tiene nada que ver con Javier. No tendría ningún derecho de meterse —mentí.

Los ojos de Mireya se abrieron con impresión. Me obligué a mantener esa postura inmutable y alcé el mentón, fingiendo que estaba indignada por su amenaza.

No era eso lo que sentía. La verdad, nunca en mi vida había tenido tanto

miedo. Esos últimos dos años, mientras estaba en Monterrey trabajando para ellos y sacando un posgrado con créditos muy buenos, mi tranquilidad se la atribuía a que no era como el resto de las chicas. No era como Pamela que tenía hermanas y hermanos y una familia en una posición llena de carencias; pero ahora...

Aun cuando me había dicho que no iba a permitir que Vinnie y Valeria corrompieran lo que había sentido con Javier, me di cuenta que yo misma había llevado la corrupción hasta él.

Quise evitarlo, pero no lo conseguí; de inmediato me pregunté si ellos se habrían dado cuenta de aquella noche y sentí curiosidad por saber si Javier había hecho el intento de contactarse conmigo después. Si era de ese modo, eso quería decir que Valeria nunca me había permitido marchar.

—Puedo arreglármelas —les aseguré.

—Cass... —Mireya apretó la quijada y cerró los ojos.

No logró continuar.

—Pues, si necesitas ayuda y eres capaz de pedirla —dijo Nicolás. Su voz había dejado de ser risueña; ahora, era la convicción hecha persona—, me llamas.

Intercambiamos más miradas, pero ellos supieron que no iba a cambiar de opinión. Se marcharon a los pocos minutos y yo no les dije nada más.

Volví sobre mis pasos, decidida a no mostrar nada de lo que tenía por dentro. Nada de miedo, nada de eso que había insertado en mí Valeria. Me paré, cruzada de brazos, frente a Pamela, y esta se incorporó de su asiento.

—¿Y bien? —exigí saber.

Pamela se acomodó los cabellos rubio cenizo a los lados de sus oídos. Tardó en responder. Y cuando lo hizo, tenía la voz quebrada y estaba encogida de hombros.

—Tú ya sabes quiénes son —dijo. Dos grandes lágrimas se resbalaron por sus mejillas.

Por un instante, me nació el impulso de abrazarla, pero me dije que eso era lo que haría Cassandra. Gloria, en cambio, enarcó una ceja, miró al fondo y susurró—: ¿Y qué quieren? ¿Que vuelva?

—Al contrario —gimió la chica. Se dejó caer de nuevo en el sofá, y se cubrió la cara con ambas manos—. Me dijeron que estuviera aquí, vigilando que hicieras algo que Valeria te mandó.

Estaba claro que le habían limitado la información, pero lo que le habían dicho, era suficiente para que yo entendiera a qué se refería.

—¿O sea que pretenden que te quedas aquí? ¿Connmigo?

—*Sabes* que no es mi decisión. *Sabes* de qué son capaces. —Levantó la cara. Sus ojos inyectados en sangre me recordaron a las noches que le habían seguido a mi primer encuentro con Javier, justo cuando estaba peleando en mi interior.

Ella tenía razón. Por lo que suavicé la rigidez de mi cuerpo, caminé hasta el sofá en el que se encontraba y me senté a su lado.

Las intenciones de Valeria estaban más que claras. Y no tenía caso ir en contra. Pero lo que sí podía hacer, era fingir de otra manera. Aunque eso significara que Javier, Nico y Mireya, principalmente, quedasen decepcionados de mí.

Mireya vivía muy lejos de Bucareli; su casa se ubicaba en un fraccionamiento de esos cuyas construcciones eran prácticamente iguales. Su novio había salido de la ciudad, pues trabajaba para un arquitecto. Así que ella me había invitado, ese sábado, a pasarlo toda la tarde. Acepté sin titubeos gracias a que ahora Pamela compartía conmigo la casa y no tenía ganas de verla deambular por allí.

Apenas y había podido dormir aquella semana.

Una noticia compartida en los titulares del Excélsior había dado comienzo a la semana; por Nico, yo sabía que Javier había llegado la noche anterior, pero no nos habíamos encontrado en la mañana ni durante el resto del día; supuse que, por falta de tiempo en su agenda, lo cual me había hecho sentir aliviada.

Pasé gran fracción de mis días luego de la llegada de Pam, y de un nuevo mensaje de Valeria, pensando en cómo saldría del embrollo sin quemarme, pero lo que me ponía a salvo a mí, era lo mismo que terminar de tajo con Javier. Y, a menos que le contara lo que sucedía, eso quería decir que acabaría pensando mal de mí.

—Si no es Rubén—dijo Mireya, mientras se recostaba en un camastro que se hallaba en su jardín. Yo estaba a su lado, leyendo la nota del periódico vecino acerca de las anteriores votaciones; con cada campaña, el país parecía haber entrado en un estado de guerra muy primitiva: la de hablar de todos con tal de desprestigiarse entre sí—, el trabajo me va a matar.

Me costó entender por qué lo decía así, de modo que esboqué una sonrisa, alcé la vista para pasearla por el pequeño jardín en la casa y terminé pasando por alto el comentario. Mireya, como acto reflejo, se acomodó en su lugar al tiempo que bebía de su refresco.

—¿No piensas decirle a Javi, entonces?—preguntó.

Ella todavía no tenía la menor idea de qué era exactamente lo que estaba pasando, pero como ser racional e inteligente, se imaginaba muchas cosas; sus asedios para que le dijera habían cesado luego del segundo día tras la llegada de mi antigua compañera. Ya Mireya se estaba acostumbrando a mi modo

taciturno y a mis lapsos de introspección.

Nico, por otro lado, era otro cuento; estaba enojado conmigo por haberlo obligado a guardar silencio, pero le ofrecí mi mejor carta: aquel era asunto mío y de nadie más, y ni Javier ni su familia tenían por qué entrometerse. Yo tenía más que claro que el asunto sí les incumbía a todos como familia y, sin importar la amenaza de Valeria, no los iba a involucrar.

Aun así, los comentarios reflexivos de Mireya no paraban de presentarse.

—Estoy segura de que, si se lo contaras, él podría ayudarte —susurró, como quien quiere aparentar indiferencia, pero lo que en realidad desea es dar en el clavo.

En estos momentos, el clavo que se me apetecía ardiendo al rojo vivo, era Javier. Se sentía como si su imagen en mi vida fuera la única cosa que valía la pena defender. Y si guardando silencio lo lograba, estaba por demás que intentaran convencerme de lo contrario.

Había tomado la decisión de quedarme, y mantener a Javier lejos de mí al menos hasta que supiera qué hacer. La orden de Valiera me tenía con los vellos de la nuca erizados y el cerebro hecho un nudo de dolores; mis hábitos de sueño eran víctimas de un gran desbalance y, en consecuencia, tampoco tenía mucho apetito.

—Cuando tú sola te metes con gente como esa —dije. Mireya me miró con atención—, no hay nadie que pueda ayudarte sin salir perdiendo algo. Algo importante.

Apenas y la miré para que no pudiera ver cuánto me afectaba el imaginar que las palabras de Valeria fueran solo un modo de asustarme; y si esa había sido su intención, vaya que lo había conseguido.

—No siempre es así, Cassie —refunfuñó Mireya—, pero todo depende de que quieras aceptar la ayuda. —Suspiró. Una sombra le cruzó la mirada y, entonces, me percaté de que había adoptado una posición un tanto lastimera. Sus ojos, casi siempre avivados por la energía y aquel halo de versatilidad, parecían distorsionados por algo oscuro; como un recuerdo—. Entre nosotras: hace mucho tiempo que ellos, *mis amigos*, me ofrecieron ayuda. Pero no la quise y sigo aquí, estancada. Dependiendo emocionalmente de alguien que me hace daño y a quien yo lastimo cada que puedo. —Su boca se volvió una franja de carne blanda, y luego la escuché continuar, pero con un tono más adusto—: Vivo en una relación tóxica y, aunque me da vergüenza admitirlo, no tengo la fuerza para dejarla.

Esta vez nos miramos por todo un minuto; no había atisbo de tristeza en su

mirada, sino lo contrario. Al ver que reconocía lo abrupto que era vivir como ella lo hacía, me tomó más tiempo el intentar hablar de nuevo.

—Ustedes piensan que Vinnie es el dios todopoderoso —suspiré, mirando hacia el cielo—, pero no están ni cerca de darse cuenta en lo que se metieron.

—Pues explícanos, entonces. —Al ver que mi posición cambiaba, se arrellanó en su lugar y se sentó frente a mí. Yo no me moví ni quería hacerlo porque enfrentar su cara de desconcierto fue algo que no tuve el valor de hacer—. ¿Qué puede pasar, Cassie?

—Nada —admití—. Ese es el problema: a mí no me va a pasar nada.

Una mano suya se colocó en mi antebrazo. Mientras llamaba mi atención y yo cerraba los ojos con fuerza, ella dijo—: ¿Te amenazó el muy hijo de puta?

Con un esfuerzo monumental, la miré a la cara.

—No Vinnie —sonreí—. La dueña del negocio. Valeria Torales.

—Pero ella no...

—¡Claro que no! —la silencié. Imité su posición en el camastro y miré hacia otro lado que no fuera su cara; podía apostar que tenía una expresión desencajada en él—. Para todo el mundo, Valeria es una mujer respetable que no tiene ninguna relación con los negocios turbios del hermano. Su cadena de restaurantes da poco de que hablar y el prestigio que la rodea no es mucho. El bajo perfil es uno de sus estandartes, Mireya. ¡Y ustedes no se dan cuenta!

Se levantó de golpe, con una mano en la cadera y la otra pasándosela por el cabello. De un momento a otro, su gesto demudó en otro que casi me hizo temblar; comenzó a atar cabos, quizás a recordar y se adelantó unos pasos, hasta que entre nosotras hubo una distancia considerable.

Cuando terminó de cavilar, se giró hacia mí de nuevo.

—Tenemos que contarle a Javier —dijo.

Yo sacudí la cabeza con fervor, me incorporé casi de un salto y recorrí el tramo para poder sujetarla por ambos brazos, antes de decir—: Te exijo que no le digas nada. Si sabe más...

Me tragué las palabras como pude. Incluso pronunciarlas, me di cuenta, me provocaba dolor estomacal y una sensación horrible en el pecho. Poco a poco, el evocar todas las cosas que había visto a lo largo de aquellos años, quedaron frente a mí como si estuviera delante del trono de Dios, esperando un juicio.

Ese silencio al que todavía estaba sometida, era todo lo que protegía a Javi. Si daba otro paso, si les contaba algo más...

—Si sabe más, ¿qué, Cassandra? —Por primera vez desde que nos

conocimos, noté enojo en la mirada de la muchacha. Se cruzó de brazos, implacable. La lealtad que les tenía a los Guízar brillaba en sus ojos y el movimiento atropellado de su pecho anunciaba a todas luces un disgusto sorprendente.

—Olvidalo —sentencié.

Recuperé el hilo de mis pensamientos y me perdí en ellos. Sin embargo, la voz de Mireya resultó ser un golpe directo al pecho.

Sentí que el esternón se me hundía y que apabullaba mi corazón y mis arterias hasta provocarme la asfixia.

—No es la primera vez que lo amenazan, ¿sabes? —indicó.

Levanté la mirada hacia ella porque era un poco más alta que yo, y entonces vi que su fortaleza no era propia; a veces, como en el caso de Mireya, la gente se disfraza de entereza, pero lo único que está haciendo es escudarse en alguien más.

A veces tú no eres valiente, pero te da miedo admitirlo.

—Si algo le pasa a causa de mí, no voy a perdonármelo nunca. Tienes que entenderlo.

—Pues no lo hago; no te entiendo. —Sus manos las colocó en su cadera a modo de protección y después echó su cabeza hacia atrás—. Yo sé que Javier puede parecer un temerario bruto: pero toma sus precauciones. —Regresó sobre sus pasos, pero no se sentó—. Prueba confiando en él, para empezar.

—Sé qué tipo de hombre es y eso es lo que me aterra —dije, irguiéndome y sintiendo cómo la ira se acrecentaba en mi interior—. Me niego a tener que ceder. Me niego a estar con él solo para que Valeria piense que le obedecí.

—¿Te dijo que te involucraras con él para callarlo? —exclamó.

—No es eso solamente —murmuré, recordando la cosa más horrenda de todo—. Cuando decidí venir acá, fue porque Thalía, otra de las chicas, me ayudó a elegir. Y acabo de comprender por qué me dijo que convenía la Ciudad de México. —Froté mi rostro con las palmas de las manos e intenté sacarme la memoria del día en que preparé mi viaje hasta la capital, con Thalía al lado—. Javier me contó que radicaba aquí, pero en ese momento no lo pensé. No lo recordé.

—¿O sea que todo esto de que te dejaron renunciar fue para que vinieras acá?

Asentí. Ambas nos quedamos calladas y supuse que, en ese instante, ella lo entendió todo.

Entendió que Thalía había sido un mensaje subliminal por parte de su jefa

y que, para mi desgracia, no existía comienzo desde cero y no había atisbo de vida sin manchas; el lienzo en blanco que pensé mío, tenía un dibujo lleno de sangre, una versión de mí misma que odiaba. A pesar de llamarse Gloria, llevaba conmigo un asco profundo en su favor.

Sin querer, me había manchado las manos conforme el tiempo pasaba.

—*Jesús* —musitó Mireya. Volvimos a los asientos. Ella dijo—: Esto no es tu culpa. *No lo es.*

—Soy una estúpida, claro que sí —gimoteé.

Cuando sentí lágrimas en los párpados, recordé que, para poder mantenerme en la situación, los sentimientos salían sobrando. Para Valeria y Vinnie, yo no era nada más que un pedazo de mercancía, y si me acordaba de ello, si tenía bien claro cuál era mi lugar allí, podía hacer el papel de vigía mejor que nadie.

Qué más daba una mancha más para dejar limpio a alguien que no quería más que buscar la verdad en un país lleno de mentiras.

—Cariño... —Mireya se recorrió para poder tomarme las manos; las mías estaban suaves en partes y curtidas por la cocina en otras, las de ella eran todas marcas de trabajo. Con dos de sus dedos me sujetó la barbilla y, suspirando, dijo—: Eres una persona preciosa, Cass: por intentar protegerlo. Pero te juro, de verdad te juro que, si Javier se entera por otra persona de lo que están haciéndote, se va a enojar mucho.

—Por eso es que no tiene que enterarse.

Una sonrisa ufana se formó en sus labios. Al volver a su antigua postura, su gesto gritaba que conocía algo que yo no. Tragué saliva porque la curiosidad me carcomía por dentro.

—A veces me pareces tan ingenua —murmuró—. Cielo mío: no hay peor ignorante en el amor que el que no quiere dejarse amar, y proteger, además.

—¡Es que yo no necesito que me amen ni que me protejan, Mireya!

Otra sonrisa en su boca.

Entorné los ojos, hastiada de su forma de llevarme al límite, y me erguí. Ella me siguió.

—Lo que yo creo es que no puedes rechazar algo que no has experimentado —señaló a mis espaldas.

No quise responder, y gracias al cielo el timbre de su móvil la ocupó unos minutos; la oí mientras hablaba con alguien, pero no puse atención a su charla porque estaba muy ocupada tratando de averiguar cuánto de mí misma había perdido en cinco años; todo lo que encontré en mi interior, fue otro miedo. De

esos miedos que te paralizan. Del tipo de miedos que hacen que te vuelvas arisca con todo el que pretende acercarse a ti.

Antes de Gloria, no tenía más que mi carrera. Antes de Gloria, era una muchacha de diecinueve años llevando una vida ajetreada, dolorosa y pesada. Y, ahora, años después, seguía siendo Cassandra en un mundo más grande, más infernal del que hubiera podido imaginar antes de dejar su casa.

Pero, por fortuna, eso era lo que me mantenía en pie: recordar que cualquier sacrificio había valido la pena con tal de no volver a ese sitio.

—¿Te quedas a cenar? —inquirió Mireya.

Giré para encararla, y negué con la cabeza al tiempo que me apretaba el puente de la nariz.

—Bueno, porque Javi está viniendo a la casa por unas diapositivas. —Se abrazó a sí misma de nuevo—. Estoy segura de que no quieres esperarlo.

De querer, por supuesto que quería; tenía muchas ganas de verlo, sí, pero el pánico a que me preguntara él también qué sucedía, era más fuerte.

—Nos vemos mañana, mejor.

—A ver, Cassandra. —Me detuvo con una mano. Mi respiración se agolpó al presentir que me iba a decir una verdad que no me agradaría oír—. Si lo vas a batear, ¿por qué no hacerlo ahora? Digo, mejor aquí que en el trabajo.

Lo sentí como una burla, o un tipo de presión por su parte. Anteriormente, había sido víctima de ellas. Y no me gustaban. Pero tampoco me sentí capaz de decirle a Mireya que todo se podía ir a la mierda.

Porque era mentira.

Mi vida allí era todo lo que tenía y dejarla ir no era una posibilidad. Menos si rendirme era lo mismo que decir: no importa lo que suceda con Javi.

Le ayudé a Mireya a preparar un salteado de pollo, cuyos ingredientes no me convencieron, pero que dejé pasar porque mis ánimos no estaban como para darle clases de cocina. Cuando Javier por fin llegó, se sentaron a la mesa y yo fingí que no estaba muerta de miedo; por lo que estaba pensando decirle y por lo que eso iba a causarnos.

Con el pretexto de ir a por otra memoria *USB*, Mireya se fue a la segunda planta de su casa; Javier, como siempre, me miró sin desviar su vista en ningún momento. Enarcó su ceja izquierda, pícaro, y extendió una mano para que le diera la mía por encima de la superficie de la mesa de cristal.

No lo hice. De hecho, ignoré el gesto de «otra vez» en su cara y me apresuré a decir—: ¿Qué hay de interesante en todo esto? Aparte de la

cantidad de tiraje que se vende...

—¿La cantidad de tiraje? —se extrañó él.

Si no hubiera sabido que era una persona con desplantes de altanería regulares, el que surgió en su rostro en ese momento me hubiera sacado un gemido.

Carraspeé, para hacer como que no me importaba. Pero lo hacía. Y, aun así, era consciente de que el ego era una de sus debilidades. Sobre todo si se ponía en tela de juicio su trabajo y la moral con la que lo realizaba.

Insinuar que hacía todo aquello por dinero, debió de ser para él algo difícil de digerir.

—Sí, la cantidad —proseguí, sin inmutarme. Mis huesos vibraban con fuerza a causa de que estaba yendo en contra de todos mis deseos—. Los veo a todos tan inmersos que me hacen creer que...

—¿Por qué no me preguntas directamente lo que quieres saber? —Se puso de pie, y se inclinó a mí poniendo una mano en el respaldo de mi silla y la otra en la mesa, muy junto de la mía—. Porque no hay un motivo para que quieras hablar de esto. ¿Tanto te disgustó lo que leíste en el artículo?

Cenit puede significar dos cosas: el punto más alto del sol dependiendo del ángulo de cada persona, o la culminación, el límite, la cumbre, la punta o el *hasta aquí* de alguien. Cuando lo escuché hablarme así, sentí que llegué a mi Cenit porque ni siquiera toleraba el tenerlo tan cerca y olerlo, y saber que era real, para después darme cuenta de que le iba a mentir con todos mis dientes.

Pero era eso, o ir por el camino de Valeria.

—Javier: solo me pregunto si algún día te vas a cansar de seguir los pasos de Vinnie. —Lo miré, aunque me supusiera un esfuerzo tremendo el no tocar su cara, que se hallaba a algunos veinte centímetros de la mía.

—¿Tú te cansas de comer? —se rio.

Obviamente, su pregunta no era un chiste.

Mireya volvió en ese instante y a pesar de que creí que era una señal del cielo, la voz de Javier y la fuerza impresa en sus palabras, se convirtieron en una bomba de tiempo; la mía.

—Danos un momento, ¿sí? —le dijo.

La chica no respondió, y no tuve le valor de mirarla a la cara antes de que se marchara hacia el jardín.

Dejé la silla y crucé los brazos, consciente de que tenía que hacerlo ya...

—Explícame qué carajo pasa. —Sonaba agrio, pero suave y cuidadoso.

Había contención en su voz y eso me resultó peor—. Estuve casi todo el mes fuera y, cuando te di el artículo, pensé que ibas a entender la diferencia. Pensé que ibas a ver mi lado de los hechos, y lo que veo aquí es enojo por tu parte como si mi opinión sobre Torales te hubiera lastimado.

Lo encaré de una vuelta y le dije—: No es eso.

Por el cómo alzó sus dos cejas, y la manera en la que se metió las manos a las bolsas del pantalón, supe que había hecho que se enojara con solo ir por el camino de Vinnie.

Javier agachó la mirada un par de segundos y masculló—: ¿Por esto me contestabas el teléfono, tan fría? ¿Por esto ni siquiera pudiste darme tu número personal? Tienes que estar muy enojada...

—Ya —lo interrumpí. También fruncí el ceño, pero no porque estuviera molesta con su comentario, aunque esperé que diera esa impresión, sino que estaba entumecida por dentro. Mi corazón latía tan fuerte que casi podía sentirlo en la garganta—. Es que no paro de preguntarme qué va a ser de la persona con la que te cases. ¿Toda la vida será así? Ausencia, miedo, *escándalos*...

Como me esperaba, la expresión de su cara se hizo más implacable. Intentó abrir la boca, pero no consiguió espetar nada. Para cuando logró llegar hasta mí, avanzando lento y decidido, yo estaba segura de que decirle lo que seguramente todo mundo pensaba de él, viniendo de mí, fue mucho más difícil de escuchar.

Lo vi parpadear y, a duras penas, lo miré a los ojos.

—Si crees que no he pensado en eso estás equivocada —musitó.

Moví la cabeza de un lado a otro, y sonreí.

El gesto se me antojó digno de la peor de las hipócritas.

—Pero es más importante tu carrera —aludí.

Javier, quizás a modo de protección, respiró muy profundo. También era probable que estuviera llegando al colmo de su paciencia.

Y vaya que, en comparación con otras personas, parecía tenerme mucha.

—Si me estás pidiendo que deje lo de Vinnie para poder estar contigo —me espetó— no lo voy a hacer.

—No te estoy pidiendo nada —aseguré—, pero sí me gustaría que entendieras que no puedo estar con un hombre que vive pensando en alguien a quien yo quiero desaparecer de mi vida.

De pronto, en su mirada, vislumbré esas cosas para las que nadie te prepara: amor. Sin importar cuánto me esforzara en llevarlo por el lado de la

decepción, allí mismo, parecía imposible.

Javier me miró con esmero y luego dijo—: Pues ya te enamorarás de alguien que no tenga nada que ver en esto. Mientras tanto, yo me encargo de refundir a ese cabrón en un lugar en el que le enseñen que no se engaña a una mujer enamorada, ¿eh?

La arritmia de mi corazón envió un fuerte bamboleó a mis venas; fue como una sacudida. Algo tan sentimental —como la grieta que crea una placa tectónica en la superficie al moverse— que estuve a punto de retroceder.

Me pregunté qué pasaría si acababa con el espacio que nos separaba y me acurrucaba en su pecho hasta que todo hubiera desaparecido. Alguien en mi interior me recordó la voz de Valeria y su advertencia.

—De verdad quisiera fingir que no importa cuán ocupado estás siguiendo a ese tipo, pero no lo consigo. Traté. Te lo juro...

Estábamos lo suficientemente cerca como para que él, en un ademán rápido, acunara mi cara en sus manos. Por lo que, al sentir sus dedos suaves y la calidez que emanaban, cerré los ojos; era demasiado peligroso percibir su aliento en contra de mis labios.

Solo cuando habló de nuevo me atreví a mirarlo, pero fue para comprender que estaba hecho, o que al menos él ya se daba una idea de lo difícil que sería sacarme de mi postura.

—Me gustas mucho, Cass. —El aire de decepción en su cara hablaba por sí solo—. Pero cambiar mis ideales para complacer un capricho *no* es uno de mis pasatiempos preferidos.

—No es un capricho —dije, tan bajo que creí que no había escuchado.

Pero cuando me soltó y negó con la cabeza, vi que sí lo había hecho.

—¿Te crees que soy idiota?

Apreté los párpados. Era notorio que ya había colmado del todo su paciencia.

—Piensa lo que quieras —le dije.

—Eres la peor mentirosa del mundo —susurró, desilusionado—. Algo pasa y, cuando me entere, espero que no te arrepientas de nada.

Alcé el mentón, con la vista clavada en la suya.

—Muy bien —me limité a decir.

Por toda respuesta, Javier contorneó la mesa, recogió su laptop y pasó a mi lado como si nada; el azote de la puerta se escuchó después. Allí estaba: él, que podía dar marcha atrás gracias al acero del que estaba hecho, demostrando que se puede perder lo que incluso no se ha tenido.

Un sueño, por ejemplo.

—Ay, Cass. —Me dejé caer en la silla de nueva cuenta al oír a Mireya.

Entonces sí, dejé que me embargara el llanto. No lloré por él: Javier era capaz —eso me acababa de quedar claro— de seguir sin importar mi rechazo. En realidad, lloré por mí misma: lloré por mi forma de exponerme y por ser tan obvia en cuanto a lo que estaba empezando a surgir.

Mireya acercó la silla junto a mí y esperó, paciente, a que pudiera hablar.

—No seas tonta —me animó—. Uno de los defectos de Javier es que dice cosas que no siente si está enojado. Y creo que estaba muy enojado.

Espabilé, mientras me limpiaba la cara con una servilleta que acababa de tomar del centro de mesa.

Al frente de mí, Mireya me acarició la cara.

—Dile la verdad —susurró. Sacudí la cabeza con vehemencia, volviendo a anegarme en lágrimas—. Entonces ármate de valor. No dejes que sigan haciéndote esto, Cass. Sé que no soy la más indicada para decirlo, pero...

No le dije nada, y me eché hacia ella para abrazarla. Lo hice tan fuerte y se sintió tan bien, que me olvidé, por un segundo, que afuera me esperaba un huracán.

Todas las veces que entré en el elevador en lo que iba del día, estuve consciente de cuán nerviosa me encontraba. No podía ver a un hombre con traje, o bien vestido, o que se pareciera relativamente a Javi, porque de inmediato comenzaba a temblar.

La razón, aunque ridícula, para mí era bastante justificable.

Si me lo ponían al frente, no sabía qué tanta fuerza iba a necesitar para seguir fingiendo. No sabía si, al mirarlo de lleno, podría ocultar que el mundo se me había venido encima como si su verdadera intención, fuera hacerme trizas.

Esta era la tercera vez que me veía obligada a subir al tercer piso; en esta ocasión, sin embargo, y muy disimuladamente, comprobé que Javier ni siquiera estaba en el edificio, sino que ahora se había impuesto la tarea de revisar el tiraje en la imprenta. Estaba más que claro que su intención tampoco era ver mi cara.

Otra cosa que, sin ninguna necesidad de pensarlo, resultaba muy entendible.

Mireya fue quien me contó que temprano le había enviado un mensaje diciendo que le tuviera ciertos datos de Múgica listos, porque se iba a entrevistar con él. Ella, por supuesto, no hizo hincapié en esa charla y se limitó a hablarme de otro pleito que acababa de mantener con su novio.

Me vi agradecida porque no me preguntara nada más. Pero, de cualquier forma, estar a su lado era como alimentar mis ansias. Así que hice todo lo posible por no prolongar mi plática con ella, cuando fui a llevarle unos documentos que le dejaron en la recepción, y me senté junto a Paco en el comedor a la hora de la salida.

Mi intención no era quedarme mucho, pero él insistía con preguntas tan insignificantes, que responderlas me ayudó a relajarme.

En casa me esperaba Pamela y, aunque no me hostigaba ni parecía tener ganas de hablar conmigo, saberla allí era otra forma de ver la realidad. ¿A quién, después de todo, le gusta aceptarla cuando ha vivido con ella tanto tiempo?

—Es en serio —se rio Paco, luego de darle un sorbo a su refresco por medio del popote—, te asombrarías de cuántas actrices son capaces de todo con tal de obtener un papel.

—¿Te gusta escribir sobre eso? —lo alenté.

Escucharlo no era como oír hablar a Javier o a Nico, claro, pero su voz hacía que me concentrara totalmente en otros temas; la vanidad, por ejemplo, una cualidad con la que antes había estado muy familiarizada.

Respiré profundo y alcé el mentón.

—Pues se gana bien —se excusó—. Supongo que no todos tenemos el valor de ir en contra de la corriente.

Alcé las cejas, impresionada por lo capaz que era de ser irónico. Al principio, me costó mucho ignorar que se refería a mí y, tal vez, a Javier. O a lo que él pensaba que había entre nosotros. Por lo que atribuí la aspereza en aquel comentario, al interés que Mireya aseguraba que tenía puesto en mí.

Esboqué una sonrisa trémula al no poder responderle de inmediato.

—Se trata de tu vida —suspiré por fin—. ¿Acaso planeas escribir chismes toda ella?

—¿Tú quieres ser recepcionista toda la vida?

Aquel se sintió como un golpe bajo.

Ya que él no me conocía, y ya que yo no tenía ni la más mínima intención de hablarle de mis actuales problemas, hice a un lado la sensación de agobio que había surgido en mi pecho con su pregunta. A pesar de lo hiriente que era, asumí que estaba tratando de mostrarme un punto o de defender su postura.

A duras penas alcé la vista hacia él y me encogí de hombros; en parte, no estaba mintiendo. Porque no tenía idea de qué era lo que haría. Tenía un sueño muy vago, una memoria de mi adolescencia en la que podía crear un lugar en donde a la mujer no se la considerara ayuda de segunda mano.

Encontré que esa era la única verdad que tenía que seguir, aunque en este momento no tuviera la oportunidad de llevarla a cabo.

—Ambos estamos en la misma situación —analizó Paco.

Parecía que iba a continuar por ese lado de la plática, pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, Marisol se acercó a la mesa en la que nos hallábamos y, sujetando en sus manos un tupper que contenía alimentos en su interior, nos saludó, con una sonrisa alegre en su rostro.

Yo traté de devolver el gesto, pero a cambio me salió una fracción terrible de alegría.

Aunque ella no me había hecho nada, de todos modos, sentía que teníamos

un impedimento para saludarnos como si pudiéramos ser amigas.

—¿Me puedo sentar? —preguntó, y añadió rápido, como para justificar su atrevimiento—: Es que el resto de mesas está lleno.

Paco y yo dimos un vistazo en derredor y, mientras él le ofrecía una silla a la muchacha, yo me decanté por observar las cuentas de mi pulsera. No era algo esplendoroso, pero me recordaba mucho a un collarcito que llevaba mi madre como único adorno en el cuerpo.

Cuando por fin tuve el valor de mirar a Marisol, y solo para percatarme de que era más sencilla que nadie que yo hubiera conocido, ella comenzó a comer sin dar luces de querer entablar una conversación.

Para ese efecto, Paco vio la oportunidad de continuar con su discurso—: A lo que voy es que yo no tengo ningún tipo de ambición porque soy feliz como estoy ahora. ¿Tú no?

Por supuesto que no era feliz. Pero no iba a decirlo en voz alta ni menos delante de alguien a quien conocía de unas cuantas vistas.

Tres meses después de haber ingresado al periódico, la única amistad que trataba de no romper era la de Mireya. Aparte de que Nicolás también había cerrado la boca en cuanto a lo de Pamela, no podía decir que confiara en nadie más. Sin embargo, Paco tampoco se mostraba indiferente de mis cosas personales, y hacía muchas preguntas al respecto.

Preguntas que yo respondía con evasivas o palabras lo bastante escuetas como para dejarlo satisfecho.

—¿Tú pretendes ejercer? —me increpó.

No pude hacer otra cosa que encogerme de hombros. En ese momento, al mover la cabeza de manera que pudiera estirar los músculos cervicales, vi que Mauricio y Javier cruzaban el comedor desde la puerta que daba al estacionamiento. No repararon en mí, y por eso me di el lujo de seguirlos con la mirada.

En consecuencia, Paco también se hizo partícipe de mi foco de atención.

Bastaron un par de segundos para que Marisol examinara mi semblante de incomodidad y no me pasó desapercibida la manera en la que sonrió. Estuve a punto de preguntarle qué era lo divertido de mí, pero me quedé callada.

—Algún día me gustaría hacerlo —dije.

Era verdad, aunque no diera señales de estar tramando nada.

Recordé que Mireya había dicho que Javi siempre tenía un plan B para todo lo que hacía. Lo que me llevó a plantearme la idea de maquinarme uno para mí; un plan B que, si todo resultaba mal, me ayudara a desaparecer al menos.

Podía, si quisiera de verdad, irme del país a un lugar en el extranjero a donde nadie tuviera idea de quién eran Cassandra y del fantasma que la perseguía.

Para eso, me di cuenta de inmediato, hacían falta muchas agallas; de esas que tenían los Guízar. Pero yo, yo era otro cuento.

—¿Tienes alguna especialidad? —Marisol alzó la voz para hacerse oír.

Su tono no despertó en mí el tipo de desasosiego que sí hubiera viniendo esa pregunta de Paco. No obstante, estudié sus facciones unos minutos y me atreví a responder—: Supongo que sí. —Suspiré, echando un poco la cabeza hacia atrás—. Siempre tuve ganas de crear algo en lo que pudiera emplear a otras mujeres.

—¿Como en diseño? —se interesó Paco.

Tanteé mi respuesta con más ahínco.

—No —señalé, sincerándome—. En cualquier cosa; una revista, a lo mejor. Especialmente las que están dirigidas a un público femenino.

—Si tienes el dinero, y los contactos adecuados —dijo Paco, con aire de suficiencia—, no debe de ser muy difícil comenzar con una.

—Mucho menos si eres emprendedora —comentó Marisol, que había dejado de picotear su comida para poner más atención a la charla—. Y tienes una cara de empoderamiento tremendo.

No pude evitar sonreír con alivio, y además muy agradecida de que dijera algo no solo por quedar bien conmigo. Si ella había escuchado detalles acerca de mí y de Javi, allí no parecía importarle.

Fue una bocanada de aire.

—¡Cass! —desde el umbral del pasillo, el que conducía al vestíbulo del edificio, Mireya alzó una mano, llamándome.

Me excusé con Marisol y Paco y acudí a ella tan pronto como caminé en su dirección.

Al llegar, se limitó a tirar de mi mano y guiarme hacia la recepción. El sitio estaba relativamente vacío salvo por un par de personas aglomeradas en el área de atención; del lado opuesto de mi lugar de trabajo. Mireya, como quien va a contar un secreto, se presionó contra mí y se sentó junto conmigo detrás del mueble de la recepción.

Encendí el conmutador y revisé qué hora era.

En menos de media hora se terminaría la jornada de trabajo, de modo que tendría que irme a casa. Con Pamela.

—Pensé que sucedía algo importante —me reí.

—Es que... —La observé mirar alrededor, como si fuera a verificar que nadie estuviera fisgoneando; al comprobar que no, dijo—: Javier está enojadísimo conmigo. Piensa que yo sé algo de lo que estás ocultando. —Recargó su antebrazo en la cómoda y me miró—. Lo que sea que le hayas dicho, no funcionó. Nadita.

—No voy a contarle —recalqué.

—Cass...

—Mireya —dije—, tú no entiendes. Valeria lo que quiere es que, de alguna manera, haga que Javier deje la nota. No voy a ceder y tampoco voy a involucrarlo como si fuera su responsabilidad el sacarme de donde yo sola me metí.

Con gesto de desaprobación, Mireya sacudió la cabeza.

—Tienes que ver cómo se puso conmigo. En serio —arguyó—. Lleva la mañana entera haciéndome que repita memos y eso no me gusta.

—Habla con recursos humanos si está abusando de su poder sobre ti —sentencié.

Me puse de pie y acomodé unas carpetas.

El teléfono no paró de sonar los siguientes minutos, lo que obligó a Mireya a guardar silencio. Luego, en cuanto se llegó la hora de irme a casa, y cuando ya muchos empleados comenzaban a salir del elevador, fui hasta el cuarto del café para tomar un poco de agua antes de marcharme.

Más bien, lo que quería era un pequeño espacio de privacidad.

En cuanto llegamos a la habitación, que contenía varios estantes con distintos utensilios de comida que los empleados iban dejando allí, además de un refrigerador y una alacena, me senté en un sofá que se hallaba en el fondo.

Mireya hizo lo mismo, pero adoptó una postura rígida y silenciosa.

—Javier me dejó claro que no va a dejar la nota y lo entiendo.

—Es porque no has sido sincera con él —adujo ella—. Si le dices lo que te están haciendo, apuesto que...

—Yo no le pediría que tirara a la basura dos años de trabajo nada más para intentar protegerme —continué. Mireya, como punto de inflexión, se frotó los ojos con las yemas de los dedos—. No quiero que se manche las manos por gente corrupta como esa.

La puerta del cuarto se abrió con estrépito. Paco se adentró en ella y nos miró con confusión. Al terminar de lavar uno de sus envases, caminó hacia nosotras con los brazos cruzados en el pecho; tenía los ojos entrecerrados y la boca fruncida.

—¿Están tramando algo? —preguntó, en tono divertido.

Mireya entornó los ojos, pero dijo—: No. Es cosa de chicas, fanfarrón. Ya te puedes ir yendo.

—Este lugar es para toda la plantilla —se excusó.

Tiró de una silla y se sentó a horcajadas en ella.

—Eres insoportable —refunfuñó Mireya, poniéndose de pie.

—Solo quiero invitarlas a un evento en El Palacio de Bellas Artes —habló el muchacho.

Francisco era demasiado altruista para mi gusto; yo, que quería mantener un perfil bajo, sentía que su viveza me quedaba muy grande. Él era todo sonrisas, chistes y chismes frescos. Yo, una caja de sorpresas desagradables.

Su afán por que aceptáramos no iba a cambiar, así que miré a Mireya y sonreí.

—¡Está bien! —chilló ella.

Paco se levantó del asiento y nosotras hicimos lo mismo.

Mireya se colocó junto al lavabo de la alacena y se talló las manos. Por ese motivo, Paco tuvo libre paso hasta mí. Yo me había recargado en la portezuela del refrigerador y él estaba con un costado apoyado en la alacena.

—Cuando quieras abrir tu revista —dijo—, cuenta conmigo.

—Te dije que era solo una idea —me reí—, y nada más para mujeres.

Con el ceño fruncido, el muchacho miró por encima de su hombro y luego comentó—: Pero puedes hacer una excepción, ¿no?

—Tal vez —dije.

Sus facciones se contorsionaron en una máscara de triunfo, como si mi comentario en el comedor no hubiera sido una simple pluma arrojada al viento.

Tras ver que Mireya había terminado de limpiarse las manos, los tres nos encaminamos a la salida. En el umbral, mi hombro chocó con el marco y el suéter de punto que traía puesto se atoró con una astilla de la madera.

—No puede ser... —maldije por lo bajo al notar el leve tirón que le había dado a la tela.

Un pequeño hilo surgía desde el tejido y yo no podía arrancarlo.

Lancé una mirada a Mireya, pero se encontraba dando pasos perezosos hacia el pasillo, mientras tecleaba algo en su móvil. Entonces, casi como si me hubiera leído el pensamiento, Paco se acercó a mí y, de un tirón ligero pero firme, sacó el hilito sin romper la costura.

Me entregó el resultado y me palmeó el hombro. A pesar del contacto, el

gesto no se me antojó ni atrevido ni ocioso, así que sonreí.

—Sin problemas —dijo él, cuando le agradecí.

Se inclinó hacia al marco y arrancó de un jalón la astilla.

—Menos mal —admití.

Volvimos a caminar, pero yo lo hice un poco más lento que antes al ver que Mireya, Javier y Nico se encontraban cerca del cubículo de una secretaria. Sin bajar la vista ni tomarme la molestia de mirarlo a él, me abracé a mí misma y fingí que me reía de lo que sea que estuviera diciendo Paco justo ahora.

Me vi tan aturdida por tenerlo al frente, que no alcancé a escuchar del todo la pregunta de Paco, hasta que dijo—: Oye... —Un par de metros alejados de los Guízar, sujetó mi antebrazo con apremio y preguntó—: ¿Todo bien?

Asentí de forma atropellada. Él se despidió de mí, me pidió mi teléfono, pero tuve que mentir en eso; le dije que estaba por cambiarlo y que, cuando nos viéramos aquella tarde en Bellas Artes, seguramente se lo daría.

Pensaba inventar otra excusa para entonces.

Paco dijo que tenía que ir a seguir con su trabajo puesto que era el encargado de un área. Luego, se introdujo en el elevador y me hizo un saludo antes de que las puertas metálicas se cerraran por completo.

Pasados unos minutos, mientras arreglaba mi bolsa para marcharme, percibí la aproximación de Nicolás y su hermano. Para mi desgracia, Mireya no estaba con ellos y eso me hizo sentir mil veces más ridícula.

Por alguna razón, el semblante de Javier comenzó a incomodarme, por lo que, ignorando que estaban de pie en la salida, a pocos metros de la recepción, me colgué la bolsa y apreté el paso hasta que crucé el marco de acero. Salí a la calle mientras el corazón me martilleaba en el pecho. Los latidos me pulsaban en los oídos conforme la sensación de ser observada se acrecentaba en mi cuerpo.

De pronto, comprobé lo que todo mundo pensaba de Javier. A él no se le daba mucho la paciencia y estaba por quedarme claro.

—¿Qué...? —intenté decir, cuando jaló mi muñeca y tiró de mí para apartarme del camino en la entrada.

Por la altura del edificio, la luz abrasante del sol, a estas horas del día, no hizo acto de aparición.

Nico estaba de pie a un par de zancadas, mirándonos con expresión abrumada. Otro indicio que decía lo malo que era que Javier me hubiese dado alcance.

—Necesito que me expliques algo —dijo, en un gruñido. Su voz estaba

lejos de ser lo que a mí me gustaba y, aun así, la imponente de su timbre marcado, exigente y dolido, hizo retumbar cada uno de mis órganos. Miré la aprensión con la que me observaba y, asimismo, me fijé en la fuerza que estaba ejerciendo a su agarre—. Pero trata de decir la verdad, *por favor*.

El sarcasmo en su voz fue tan notorio y tan agresivo, que mi cuerpo reaccionó de manera contraria, en caso de que su intención fuera obtener información fidedigna.

Durante todo ese tiempo, había soportado infinidad de insultos por parte de personas que piensan que, porque te pagan un servicio, se merecen todas y cada una de tus alabanzas. Sin embargo, los sentimientos que despertó Javier en mí, me ayudaron a entender que, aunque de forma diferente y sutil, él tampoco estaba exento de querer tratarme como si algo de mí fuera de su pertenencia.

—Estás lastimándome... —susurré para que ninguna de las personas que entraban y salían del periódico escucharan.

Javier hizo otro movimiento y volvió a jalarme hasta que mi hombro golpeó su torso a la altura de la clavícula.

Apreté los párpados al resentir que mis tendones no tenían cómo moverse libremente. Sus dedos cedieron un poco, pero no me soltó, aun así, sino que agachó la cara y, mirándome con el ceño fruncido, dijo—: ¿Por qué con otras personas eres *tan* dócil y alegre, pero a mí me cierras las puertas en la cara cada vez que trato de acercarme?

Levanté la mirada, comprendiendo a qué se debía aquel comentario. Acto seguido, volví a tirar de mi mano, pero él me apretó más.

—Que me sueltes.

Vi que Nico daba un par de pasos, y pronto le escuché decir—: ¿Estás loco? *Javi...*

—Te dije que no te metieras —musitó a su hermano.

—Pues déjala, entonces —le exigió el otro.

—Solo quiero que me conteste —argumentó, su rostro una mezcla de ira, confusión y, quizás, decepción—. Está muy amigable con todo el mundo y, cuando yo me acerco, parece que va a desarmarse. *¿Por qué?*

Negué con la cabeza y lo miré directamente a los ojos.

Sabía que, si no zanjaba aquello de una buena vez, las cosas serían bastante evidentes para todo el mundo; en especial, para Valeria.

—¿Por qué te cuesta tanto aceptar un rechazo? ¿De qué manera te lo tengo que decir? —dije, con toda la convicción que logré acaparar luego de tragar

saliva.

—No juegues conmigo, Cassandra —me advirtió, levantando una mano y señalándome con el dedo—. Deberías de haberme contado a mí tus intenciones, porque Francisco no es...

—¡Javier! —lo silenció su hermano. Le puso un mano en el hombro y, con voz abrupta, casi le gritó junto al oído—: Fíjate bien en lo que vas a decir.

—No tengo nada que contarte a ti —me reí.

Por dentro, tenía un nudo de dolor que me apretujó el pecho. Sus anteriores palabras, o mejor dicho lo que estas implicaban, no eran más que el resultado de una realidad agria, pero realidad a pesar de todo.

Nico me miró sin entender qué pretendía, tal vez porque sabía que lo que acababa de decir solo incrementaría el enojo de su hermano en mi contra.

Qué mejor.

—Tienes que hacerte a la idea de que yo no quiero nada contigo —volví a decir. Estiré la sonrisa más despreocupada que pude y añadí—: Mira, *príncipe*: si yo hubiera querido, como pasó en Monterrey, hacía mucho que estaría viviendo a tus costillas, sin preocuparme. Pero la verdad es que no estoy dispuesta a que me des órdenes como si me hubieras comprado.

—¿Órdenes? —repitió él.

Nico se hizo a un lado y dejó que volviera a jalarme. Esta vez, miré el tironeo con un dejo de burla. Estaba a punto de dejar pasar el nudo de mi garganta y permitir que el llanto hiciera lo suyo en mí.

En cambio, le puse una mano en el pecho, a la altura de los latidos de su corazón y le espeté—: Me acosté contigo porque eres un hombre atractivo que, por ingenio e inteligencia, llama la atención. Pero...

—Yo creo que ya fue suficiente —habló Nicolás a espaldas de Javier.

Me soltó entonces, sin dejar de mirarme.

Su expresión era tan fría y tan penetrante, que miré en otra dirección y fingí que pensaba. La realidad era que quería tirarme al piso y llorar como nunca lo había hecho.

—Él quería que le dijera por qué —dije. Javi clavó la mirada en mis ojos y yo hice lo mismo con él—. Tiene que saber que no puede darme clases de moral y esperar que eso me enamore de él.

—No —se burló—. Porque tendría que haberte tratado como a un objeto para hacerlo.

—Es a lo que estoy acostumbrada —dije, atragantándome con mi saliva.

La palabra a la que tanto le temía surgió de su boca como si la tuviera

presente todo el tiempo. Y eso dolió más. De cualquier manera, sacudí la cabeza y me di la vuelta, con la esperanza de que eso hubiera sido suficiente.

—¿Sabes qué, Cassandra? —le escuché decir—. ¡Me vendría muy bien que renunciaras ahora!

Me giré sobre los talones. Fue él quien acortó la distancia y alcanzó un mechón de mi cabello, como si nada estuviera ocurriendo. Su aire de indiferencia fue mi colmo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y no logré controlar el espasmo en el pecho.

Al notarlo, Javier enarcó una ceja y esbozó una sonrisa muy, muy cruel.

—¿Ves? —dijo—. No eres más que una pequeña cobarde.

—Correcto —murmuré, asintiendo con torpeza—. Muy bien.

—¿Estás segura de que Paco va a poder con el paquete? Si no...

Volví a verlo a la cara, pero en esta ocasión y haciendo uso de toda la fuerza de mi mano, estampé mi palma en su mejilla derecha. Detrás de él, Nicolás abrió los ojos como platos. A los lados, varios pares de ojos nos miraron.

Ya nada importó.

—Tus celos son ridículos —le dije, mi voz quebrada—. Porque, en el momento que yo quiera, me acuesto con él y gratuitamente.

Su gesto se ensombreció dos tonos más después de la bofetada. Pero no me moví y él agachó la mirada al suelo.

No fue capaz de decir ninguna frase que me hiriera más. Y guardé la esperanza de que se hubiera dado cuenta de lo que había hecho.

—Javier... —Una voz fuerte y tan marcada como la de Javi, se escuchó a espaldas de él.

El aludido no se volvió al oír a su padre, pero dijo—: Ahora voy.

Di un paso atrás y al hacerlo, la figura reacia de Joel Guízar quedó completamente visible a mis ojos. Lo miré con vergüenza apenas un par de segundos. Él frunció el ceño y me devolvió una expresión de disculpa.

—Te quiero en mi oficina. Ya. —El hombre se dio la vuelta sin decir más.

Yo hice lo mismo.

Javier ya no me habló otra vez y gracias a eso, me permití derramar la que yo supuse sería mi primera de muchas más lágrimas aquella tarde.

Cuando llegué al departamento, las manos me temblaban. Pamela, que estaba sentada en la sala leyendo una revista, no me dijo nada en cuanto entré en su campo de visión. Pero le bastó una de mis miradas apuntilladas para que, cualquier ánimo por preguntar qué sucedía, desapareciera de su mente.

Me encerré en mi habitación, me tumbé en la cama y me quedé dormida luego de varias horas tratando de pensar en una manera de darle solución a todos mis problemas. Mi corazón latía de forma lenta. Mi cerebro era una maraña de ideas oscuras y desagradables. Ninguna servible, en realidad.

Casi me había olvidado de las cosas que Javier me había dicho. *Casi.*

Había venido al trabajo solo porque, a pesar de su sugerencia para que renunciara, comprendí que, si lo hacía, si dejaba este lugar, le estaría dando la razón; y no: no era una cobarde en todo el sentido de la palabra. Él, sin saber realmente lo que había sido mi vida, se pensó con el derecho de emitir un juicio prematuro. Por celos.

Y, para rematar mi estado de confusión, la voz de Joel Guízar había sonado en el auricular del teléfono en la recepción tan solo una hora después de que la jornada comenzara. Me pidió que subiera a su oficina.

Colgué el teléfono tras decirle que estaría allí en un minuto. Mis pies obedecieron a las órdenes de mi cerebro y me llevaron a través del vestíbulo. Entré en el elevador y traté de memorizar una disculpa que sonara convincente. Aunque no sabía por qué estaba tan avergonzada.

Javier seguía siendo su hijo, y yo seguía siendo un problema en sus vidas. Lo que se convertía en una posibilidad de que realmente aquel fuera mi último día de trabajo.

No era que me importara mi puesto tanto así, pero yo sabía que, si lo abandonaba, Valeria ya no iba a confiar en mí como su seguro para que Javier no continuara pisando los talones de su negocio. Si me iba, quizás podría acceder a la oportunidad de vivir en un sitio en el que no hubiera influencia de mis antiguos verdugos. De mis actuales verdugos, pero el solo pensarlo me causó un tintineo en los oídos y punzadas dolorosas en las sienas.

Ya no tenía el valor de marcharme sin saber qué iba a ocurrir con él, a

pesar de lo ocurrido.

Salí del elevador con la sensación insidiosa de que tenía, en lugar de venas, cables con corrientes eléctricas que freían mis sentidos. Fui por el pasillo con toda la parsimonia posible y me detuve frente a la secretaria de Joel, que era una mujer de algunos cuarenta años. Vestía de forma muy causal e iba peinaba con un moño liso. Me sonrió mientras levantaba el teléfono para informarle al director que estaba allí.

En cuanto me indicó que podía pasar, los nervios se incrementaron de uno a mil en mi sistema. El suéter que llevaba puesto de pronto ya no me cubría del frío y las extremidades me pesaron como si estuvieran atadas a pilas de concreto. Adopté mi postura más indiferente y me las arreglé para no lucir desencajada, como sí me sentía.

Joel Guízar, igual que sus hijos, tenía un porte digno, altruista y al mismo tiempo intimidante; se le notaba por encima que en su tiempo había sido un hombre muy atractivo; aún se le asomaban las facciones duras, en las que pude notar la genética de Javier y Nico. También tenía pelo oscuro, salvo que el suyo poseía leves tintes de gris, sobre todo a la altura de las patillas.

El hombre esbozó una sonrisa cálida al verme y se sentó en su silla. Me hizo una seña para que hiciera lo mismo en la silla al frente.

Traía, entre las manos, un periódico que seguro correspondía al del siguiente tiraje. Un leve dejo de desconcierto en su rostro anunciaba que, de cierto modo, estaba apenado. Pero, si era por lo que yo creía, estaba dispuesta a minimizar las cosas con Javi.

Para mí, oír de su propia boca palabras tan llenas de recelo, había sido peor que los años vividos; porque venían de una persona que comenzaba a tener un significado importante en mi existencia, aunque no quisiera decirlo en voz alta. Sin embargo, si Joel intentaba disculparse por lo ocurrido, fingiría que no había sido nada y que, de alguna forma, Javier tenía razón al estar enojado.

—Un pez gordo —dijo el hombre, extendiéndome el periódico.

En el titular, se leía un encabezado escandaloso. Las mejillas se me encendieron al leer el nombre de Javi en la parte de los créditos de la nota. Múgica y Vinnie se sujetaban las manos con una soltura increíble en la fotografía que acompañaba la vista previa de la noticia.

Las «amistades» del Senador Múgica despiertan incomodidad entre los votantes.

No sonaba a algo que Javier diría, pero supuse que él no se encargaba de

elegir el título de sus reportajes. De igual manera, me limité a leer las primeras líneas y dejé el periódico encima del gran escritorio de madera. Estaba mucho más ordenado que el de Javier y, aun así, se lo veía con un aire de caos que no se podría arreglar nunca.

Un gaje del oficio, me dije.

—¿Sabes por qué no dimos esa nota? —preguntó Joel.

Agarró el periódico. Me lo tendió otra vez.

—Yo no... —traté de susurrar.

—Revisa la fecha de impresión —exigió.

Su tono era uno que no admitía objeciones. Era un tono que cualquier persona con el suficiente sentido común, no se atrevería a interpelar. Le obedecí con el ansia palpitando en mis yemas de los dedos. Joel Guízar arrugó la piel de su frente y se pasó la mano derecha por el cabello ralo.

La fecha del periódico que tenía en mis manos de nuevo, databa de un mes atrás. *Un mes.*

—No entiendo —Levanté la mirada hacia él—. ¿Por qué...?

—Si cometí un error con mis hijos —se lamentó, recargando la espalda en su silla—, no fue el exigirles que dijeran siempre la verdad, o que sudaran por su trabajo así acabaran cansados siempre. —Hizo una inspiración de aire. Pude ver la manera en la que estaba intentando explicar su punto, cualquiera que fuera este—. Un padre no se preocupa por si un día cometen un error cuando les has enseñado a dar la cara, pero, con Javier, tienes que saber una cosa —sentenció. Entrecerró los ojos, quizás para darle más énfasis a su discurso—, es temerario, no valiente; y eso, en parte, es mi culpa. Le pedí tanto que persiguiera la justicia que se lo ha tomado personal.

—No tiene que decirme nada de esto —le dije, ahora muy segura de que estaba tratando de disculpar a su hijo—. De verdad.

—Bueno, es decisión tuya darle un grado de importancia a lo que pasó entre ustedes —se rio—, pero quiero que estés segura de una cosa, señorita: Javier no está acostumbrado a que lo pongan en su lugar. Quizás, si lo sigues haciendo, tal vez se le quita lo estúpido.

Abrí los ojos de modo que la impresión drenara cada mililitro de mi sangre. Los ojos de Joel Guízar hicieron una inspección de mi rostro. Luego, con gesto ufano y negando con la cabeza, sus rasgos duros se suavizaron un poco.

Yo estaba muda. Él, satisfecho.

—Si no llevamos al tiraje esta noticia —murmuró, refiriéndose al

encabezado del periódico—, es porque la seguridad de mi hijo me importa más que la corrupción. Eso es lo que él no entiende. Hay límites, y no los respeta. —Se puso de pie—. Además, como no tiene su propia familia, no sabe que no existe nada más importante.

Tragué saliva lo más duro que logré. Joel contorneó el escritorio y se dirigió al minibar de la esquina. Se sirvió un líquido dorado en un vaso chaparro y volvió a su sitio.

—Cabe mencionar —dijo, después de que me negara acompañarlo; dio un sorbo corto al vaso—, que si lo que tú necesitas es que se aleje definitivamente de ti, basta con que me lo pidas. Tengo muchas cosas pendientes en Guadalajara y Mauricio no se da abasto.

Sopesé su propuesta. En el fondo, sabía que aquello no era lo que deseaba, y que el miedo de que Valeria se percatara que no estaba en nada con Javier, se haría más grande si su padre lo obligaba a cubrir un área que odiaba, solo para complacerme. Entonces me di cuenta que Joel era muy consciente de lo que teníamos encima.

En especial, de lo que Javi tenía encima.

—No puede mandarlo a hacer cosas que no le gustan —intenté sonreír.

—Entonces ve a recursos humanos —comentó, con las cejas enarcadas—. Le van a llamar la atención y seguro que entiende la indirecta.

—Javier no entiende de palabras directas; las indirectas serán mucho peor —confesé.

Absolutamente, no quería contarle nada que tuviera que ver con lo que sentía por su hijo, pero me sentí obligada a desviar la plática. Si le decía que sí, que lo quería alejado de mí, lo sacaba de mi foco de atención. Valeria no tardaría en darse cuenta que ni siquiera había intentado hacer lo que había solicitado.

Estaba aterrada de lo que pudiera hacer en consecuencia.

—Tú mejor que nadie sabes lo que le espera si no lo saco de esta —susurró.

Su voz había menguado de volumen, casi hasta ser un soplido de aire.

Parpadeé al sentir el escozor en mis ojos. Mientras apretaba el periódico con los dedos, fui capaz de comprender que Joel vigilaba muy de cerca los movimientos de su hijo; estaba al tanto del riesgo que corría y, además, quería usar nuestros problemas para, quizás, protegerlo.

Que, en determinadas cuentas, sería lo que cualquier padre intentaría hacer.

A lo mejor, sus métodos podían tacharse de corruptos, de no decentes, pero, cuando se trata de ese tipo de amor, las barreras son... invisibles.

—A los clientes de Torales les gusta el anonimato —dijo Joel—. Y Javier representa una amenaza para que su estatus no cambie, ¿entiendes?

—Usted es su padre, y su jefe —afirmé—. ¿No basta con que le dé una orden?

Al contrario de él, mi voz sonaba débil y triste. Agaché la mirada cuando la del hombre al frente intentó examinarme más a fondo.

Daba la impresión de que quería entender algo de mí.

—Lo cosa es, Cassandra: que tú le interesas. Si no me hizo caso antes, menos ahora que te has vuelto su capricho personal. Contra eso, ni mi difunta esposa hubiera podido competir.

—Es muy diferente —lo tanteé.

La aprensión de su mirada había incrementado. Sus manos se hicieron un nudo en su regazo, y tras mirar el techo unos segundos, me dijo—: Sí, el amor paterno es muy diferente. De hecho, es tan seguro que no se tiene miedo a perderlo nunca. El otro, en cambio, se protege por encima de las posibilidades.

Volvió a sonreír, pero esta vez con el suficiente pesar como para hacer que me sonrojara. Me estaba atribuyendo un derecho sobre su hijo que no me merecía. Aun así, levanté la mirada, me puse de pie y dejé el periódico en el escritorio de nuevo.

Contemplé de reojo la habitación; al fondo, en la cómoda, había una foto de una mujer mayor. Una que sonreía como si tuviera la vida perfecta; desinhibida, libre y consciente de su alrededor: feliz. Era la perfecta ilusión de lo que yo quería y que cada vez parecía más lejano.

—Si usted está seguro de que en Guadalajara estará lo suficientemente ocupado, entonces eso es lo que quiero. Que se aleje de mí —le aseguré.

Levanté el mentón lo más que pude, para que no viera mis titubeos corporales y la poca convicción con la que acababa de hablar.

—Bien —musitó Joel—. ¿Se lo dices tú, o se lo digo yo?

Había desafío en su mirada. Él podía ver con claridad que, si lo hacía yo, provocaría otra cosa grave en su hijo.

Pero de nuevo, me dije que Joel estaba haciendo lo que cualquier padre haría. Y, de cierto modo, me sentía agradecida con él.

—Espero que tenga razón —susurré.

—Espero que sea cierto que quieres alejarlo.

Antes de que pudiera refutar, el conmutador emitió un pitido. La voz de su secretaria le anunció que Joaquín lo estaba esperando en la sala de juntas. Joel se levantó y me guio a la salida.

No nos despedimos porque estaba por demás. Apenas entrar en el elevador, mis piernas languidecieron y sentí que estaban hechas de gelatina. Me llevé una mano a la frente y después me corrí el fleco del cabello hacia atrás.

La tensión en mis músculos aumentó al llegar a la recepción. Mauricio estaba allí con una chica que trabajaba en la imprenta. Era menuda, de cabellos crespos y con un aire de inocencia inaudito. Ella se volvió a verme, pero él se quedó quieto. No fue sino hasta que rodeé el mueble que me percaté de que estaba firmando papales.

Mauricio levantó la mirada un segundo, y sonrió mientras volvía a concentrarse en los documentos. Cuando le hubo entregado a la chica la pila de papeles, colocó las manos en el filo de granito y estiró una sonrisa lánguida.

—¿Has visto a Javier por aquí? —preguntó.

—No, lamentablemente no —dije.

Con los ojos entornados, Mauricio echó un vistazo a su reloj. En ese momento, Mireya y Javier salieron del elevador.

Logré bajar la mirada justo a tiempo, antes de que él pudiera interceptar la mía. Por primera vez en su presencia, tuve miedo de sus posibles reacciones; lo que acababa de acordar con su padre ahora parecía disparatado y, en vista del cómo se había puesto ayer, la sensación de agobio fue todavía mayor.

Lo escuché mientras hablaba con Mireya acerca de varias cosas que le estaba encomendando. Mauricio hacía preguntas que Mireya respondía y luego Javier los interrumpía con voz monocorde y apagada. No tenía la familiar viveza en su forma de hablar y, de un segundo a otro, no resistí la tentación de mirarlo.

Traía puesta una camisa de vestir, en manga corta. Iba, por supuesto, bien peinado y del hombro derecho le colgaba el maletín donde cargaba su laptop. Me estaba dando la espalda, así que supe que estaba haciendo lo posible por evitarme. Eso me dolió y me alivió a partes iguales. A un lado de él, Mireya me contempló, absorta.

Intentó sonreír, y desvió la vista al costado de mi sitio de trabajo.

Un joven no mayor de veinte años se apostó junto al mueble. Puso un jarro transparente encima, que contenía más de dos docenas de rosas rojas.

Yo detestaba las rosas rojas con mi alma. Pero no fue eso lo que encendió una alarma trepidante en mí, sino el listón negro que se había colocado alrededor de una, con una pequeña mariposa posada en él.

Era un distintivo de la marca de Valeria. La rosa, el listón y la mariposa juntos.

—Es para Cassandra Ruiz —musitó el jovencito.

—Déjalo aquí —logré espetar.

Lo miré con determinación. Él depositó una tarjeta en la corona de las flores y me deslizó una carpetilla para que firmara de recibido. Lo hice.

El muchacho se marchó mostrándome un desagrado en el rostro, quizás por mi desdén al firmar o al mirarlo. Dejé el arreglo en su lugar, sin saber qué hacer. No quería ver el interior de la nota porque, en parte, me hacía una idea de lo que iba a encontrarme. Con la mayor sutileza, a pesar del temblor en mis dedos, le di la vuelta al mueble y traté de sujetar la barriga del recipiente de cristal.

Al bajarlo, mis dedos fueron más débiles y el peso de las rosas contribuyó a que se me deslizara de las manos. Un estrépito en el suelo, del cristal hecho trizas, logró captar la atención de todos los que estaban en derredor.

Para mi desgracia, también captó la atención de Javier.

—No, Cassie. —Mireya se había acuclillado junto conmigo—. Te vas a cortar. —Ella impidió con sus manos que recogiera los trozos.

Mauricio nos aproximó un contenedor de los que estaban en la entrada. Se agachó y dijo—. Ya lo hago yo. Tranquila. —Me lanzó una mirada de consolación—. Estás lívida, mujer —se extrañó.

No dije ni hice nada. Estiré la mano hasta las rosas y sujeté la tarjeta. Cuando me levanté, Javier le recibió una bolsa negra a otro de los empleados del primer piso, y se acercó para extenderla a su primo.

Al encontrarme con su mirada, y sentir que un par de lágrimas se me caían por los ojos, me di la vuelta de forma abrupta y sin pensar que eso le bastaría para acabar de resistirse. No tardó ni un segundo en aproximarse.

—¿De quién son? —preguntó, con tono demandante.

El volumen de su voz no era agrio esta vez, sino... seco. Había inexpresión en su manera de hablarme.

Me dejé caer en mi asiento, anegada en lágrimas.

—No eres mi único pretendiente, ¿sabes? —me reí, pero seguí llorando.

Clavé la mirada en él, y vi cómo tensaba las mandíbulas y se acercaba a mí de dos grandes zancadas, por detrás del mueble de la recepción. En cuanto

sentí que me arrancaba la tarjeta de la mano, me erguí y traté de quitársela.

Javier estiró tanto el brazo para evitarlo, que acabé por sujetar la tela de su camisa. No le importó que hincara mis uñas en su piel mientras intentaba que no la abriera.

Pero acabó rasgando la tarjeta y abriéndola, aun así.

—Déjalo —le supliqué.

Él no se volvió a mirarme. Su cara cambió de semblante otra vez. Tampoco se zafó de mi agarre y eso evitó que me dejara caer al suelo para así poder llorar la miseria de mi vida.

Mauricio se plantó a un lado de él, y le susurró—: No es el lugar, Javi.

—Sácalas de mi vista —le ordenó, refiriéndose a las flores, supuse.

Su primo frunció el ceño y me miró, confuso, pero entendió de inmediato.

—Aquí no —le exigió, cuando estaba por girarse. Después se marchó, tras indicarle a otro empleado que dejara las rosas y los vidrios, en uno de los contenedores del estacionamiento.

Mireya, con gesto de susto en la cara, se aproximó a su jefe, que le extendió el maletín. Ella lo recibió de buena gana y se cubrió la boca con su mano libre.

Con cero delicadezas en sus facciones, Javier se volteó para verme.

Pensé que iba a gritar, que me iba a decir cosas peores que el día anterior. Sin embargo, sonrió y sacudió la cabeza.

Alzó la tarjeta, y la leyó para mí:

—«Perdón por el retraso, pero feliz San Valentín, hermosa» —Dejé de aferrarme a su brazo—. ¿Estás con él todavía? —Me quedé callada, mis ojos en los suyos y mi alma hecha un manojo de miedo—. Cassandra, ayúdame a entender. Qué carajo te ha dado para...

—¡Cállate, Javier! —lo interrumpió Mireya. Él, era seguro, pesaba que yo todavía estaba en algo con Vinnie. Gracias a la ocurrido, no podía culparlo. Pero no logré decir nada para evitar que ella le dijera—: Te juro que te vas a arrepentir toda tu vida si piensas que Cass es capaz de hacer algo así. —Eché una ojeada alrededor, para ver si nadie había oído, y exclamó—: ¡Es que no me puedo creer el tremendo patán que eres, por Dios!

Al contrario de lo que creí que haría, Javier agachó un momento la cabeza, me agarró la muñeca y, de un tirón y a pasos corridos, comenzó a caminar conmigo a su lado, tratando de seguir sus pasos acelerados.

Emanaba desesperación por cada centímetro del cuerpo. Estaba segura de que Mireya venía detrás de nosotros. Pero, aun así, no iba a conseguir nada.

—Te quedas aquí —le pidió Javier.

Entró en la pieza de los aperitivos y cerró la puerta detrás de sí, dejando a Mireya del otro lado.

—Explícate —gruñó.

Se puso las manos en la cadera.

Allí mismo, vi que estaba más furioso que ayer y que, si lo dejaba, diría, de nuevo, cosas hirientes.

—No.

Javier esbozó una sonrisa. Claramente, aquello no le hacía gracia.

—No estoy de humor para chistes. —Levantó de nuevo la mano izquierda, donde llevaba la tarjeta y añadió—: Habla.

—Me importa un bledo si estás de humor o no. —De dos movimientos firmes, me limpié las lágrimas de la cara y me obligué a no derramar las que se habían acumulado en mis ojos—. Ayer me quedó bastante claro lo sensible que eres.

Eso, sin esperármelo, hizo que los músculos alrededor de su boca dejaran de estar tensos. Javi cerró los ojos, aspiró profundo y levantó una mano para mesar su cabello.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó, su voz ronca y un poco más calmada—. ¿Te pido perdón? —Dio un paso hacia mí.

Afortunadamente, el cuarto estaba vacío, y hasta entonces no fui consciente de que no había reparado en ello. Javier volvió a poner las manos en la presilla de su pantalón y me miró a consciencia.

—No hagas nada, Javier —le dije—. Solo déjame ir.

—Eso no —suspiró—. Quiero saber qué está sucediendo.

—Deja de perder tu tiempo conmigo —murmuré, agachando la mirada—. Por favor, déjame...

—Supongo que lo que quieres es esto, ¿no? Estar disponible para él. Cassandra, no te entiendo.

—No es lo que pretendo, créeme.

Respiré profundo. Frente a mí, Javier echó la cabeza hacia atrás, con aire de estar pensando mejor las cosas. O mejor, al menos, lo que quería decir.

Yo, por otro lado, estaba acorralada y sintiéndome cada vez más enojada y decepcionada con él.

—Tal vez, si eres sincera conmigo, puedo ayudarte —dijo.

—Claro. Valiente ayuda —musité.

Traté de rodearlo para llegar a la puerta, pero él me lo impidió con su

cuerpo.

Apreté los párpados ante la impotencia.

—Háblame, Cass. Por favor.

—Javier, ya sé lo que piensas realmente sobre mí. ¿Por qué demonios no sigues con tu vida y me dejas intentar hacer algo por la mía?

Que lo hubiera golpeado, tal vez, le habría resultado menos doloroso, porque por la forma en la que me miró, la manera tan rota en la que estudió mi cara y el cómo me atrajo de un nuevo tirón hasta que choqué con su cuerpo, vi que había tocado fibra sensible en él.

—No se me conoce por ser muy prudente. —Con dos de sus dedos, me obligó a levantar la mirada. Mi interior ardía por la ira y la confusión. Una parte de mí, quería provocarle el mismo sentimiento de vacío que anoche no me había dejado dormir. La otra, la insensata, quería abrazarlo y, también, aceptar que me había equivocado—. Pero te juro que mi intención nunca ha sido herirte. Si no quieres nada conmigo, lo comprendo, aunque no me guste. Solo, déjame ayudarte.

—¿Cuándo vas a entender que no puedes? —Alcé las manos y las coloqué en su pecho, que realizaba revoluciones cargadas de energía—. *No puedes...*

—Sí puedo —dijo, con convicción.

Las lágrimas que habían estado aguardando en mis párpados, se hicieron camino en mis mejillas.

Abrí la boca para hablar, pero en cambio me surgió un gemido suave, que llevaba consigo lo que sentía por él, y lo que no quería admitir.

—No tienes idea. Eres un egoísta. No piensas en la gente que te quiere, en los que se preocupan por ti. ¿Qué hay de Nico? ¿Qué crees que siente tu padre de saber que estás en la boca del lobo por una causa estúpida? —estallé.

Mi voz entrecortada, acompañada de varios gimoteos, hicieron de la entereza de Javier, pedazos de fuerza; de la rigidez en su apariencia, no había atisbo allí.

Retrocedí dos pasos, lejos de sus manos que al principio habían querido detenerme. Pero tampoco me obligó a permanecer pegada a él.

—Vale mucho la pena para mí.

—¡Pues para mí eres un imbécil ególatra! ¿Oíste? —le grité, más enojada de lo esperado.

La desesperación, las rosas, Pamela, el mensaje de Valeria, todo se había acumulado. Y él estaba allí, pidiéndome que confiara cuando me había demostrado que, a la primera de cambios, sus palabras se las llevaba el

viento.

—Te ofendí. Ya lo sé, pero arrepentirme no me sirve de nada —dijo.

—No es ofensa si es la verdad —le espeté—. Soy lo que soy.

—Dices tonterías. —Javi negó con la cabeza, y se llevó las manos al cabello. En cuanto acabó de tirar de sus hebras en un intento, tal vez, por calmarse, dijo—: Sí, soy un imbécil. Y si estoy así es porque creí que tú sentías lo mismo, y no me cabe en la cabeza que quieras alejarte de mí cuando pensé que podía tenerte.

Por la noche, mientras trataba de dormir, resolví que si quería aparentar que él no me importaba, debía de fingir como hacía con Gloria. Ponerme una máscara de satisfacción y llevar siempre conmigo la bandera de la suficiencia.

Si al menos quería que Javier dejara de buscar con tanta insistencia el sacar lo que yo traía adentro, en su favor, debía de ceder como Gloria lo hacía.

Salvo que no podía mentirle. No a él. *Ya no.*

—Dijeron que si no te mantienes al margen algo va a pasarte, y no quiero. Me niego a aceptar que te manches las manos por mi culpa —lloriqueé.

Me derrumbé en la silla que estaba detrás de mí, a pocos centímetros. No escuché que Javier se moviera, y así me dejé llevar por los varios sentimientos agolpados en mi pecho.

—Deberías estar más preocupada por ti, que por mí —le escuché decir—. Si Torales quiere algo conmigo, habría venido a buscarme. Pero, como todos los de su tipo, se aprovechan de quien está solo para conseguir lo que quieren. ¿Y qué crees, Cass? Que caes redonda. Siempre.

Levanté la mirada, incapaz de ver a qué se refería.

—No voy a abandonar esto. No por miedo —me aseguró. De nueva cuenta caminó en mi dirección y me buscó la mirada.

—Entonces me voy —le dije.

Él guardó silencio varios segundos, pero habló a pesar de sí mismo—: Haz lo que quieras. Mis manos no están limpias si es lo que piensas, de cualquier forma.

Un espasmo entre violento y voraz se formó en mi tórax. La necesidad que tenía de hacerlo entender era más grande que mis sentimientos por él, y nada más porque prefería que estuviera a salvo, me di cuenta de lo que tenía que hacer.

Supe que él no estaba hecho de otra cosa más que de coraje y certezas. Y, desgraciadamente, que era más terco que una mula.

—Él me arruinó. Me arruinó a un grado que no te imaginas —musité—. Cada vez que lo recuerdo siento una repulsión enorme hacia mí misma. Y tú insistes en vivir allí, rodeado por todo lo que me recuerda a él, a esa parte horrible que quiero dejar en el pasado.

—Si yo hago que lo encierren —declaró—, tú eres libre. Y entonces, aunque no sea conmigo, puedes empezar de cero.

Aunque no sea conmigo...

—Tan imbécil —gemí, cerrando los ojos.

Me sentí como una niña a la que han dejado en un orfanato. Lo que significaban sus palabras, terminaron de sacudir mi cuerpo entero; mis terminaciones nerviosas se removieron y todos los elementos de mis moléculas reaccionaron.

También sentí que me faltaba el aire, pero abrí los ojos a tiempo para verlo directamente mientras decía—: Puede haber alguien más que te quiera, y que no te denigre —sonrió, como si estuviera satirizando sus propios actos—. La verdad es que con eso me conformo. Como que mi apellido es Guízar que es suficiente, Cass.

—Ya. Basta.

—¿No me crees? —Se agachó un poco porque yo había evadido su mirada.

—Quiero hacerlo, Javier.

Lo miré sin saber lo que iba a decir después.

Lo miré pensando que iba a buscar el pedirme perdón, disculparse y tratar de convencerme de quedarme allí. Pero estaba equivocada. Y de nuevo me encontré emitiendo un juicio precipitado en su favor.

Él estaba en lo correcto al decir que no tenía ni idea de lo que era capaz.

—Hazme un último favor —susurró. Cerré los ojos al sentir que acunaba mi rostro en sus manos. En una de ellas, todavía traía consigo la tarjeta de las flores, pero la ignoré por la sensación de pesadumbre que me daba el estar tan cerca y el saber que habíamos trazado un rumbo diferente—. Dile a Vinnie que me llame. Dile que tengo cierta información sobre él, y luego te vas. Pero quiero, de verdad, que te vayas. Fuera de México si es necesario.

No me creí lo que estaba pidiéndome, hasta que se dio la vuelta, siguió sus pasos hasta la puerta y salió sin premeditaciones.

Mireya me obligó a sentarme en el instante en el que entró. Yo hice lo que me pidió (tomar agua, respirar hondo, mirarla a los ojos) de manera robótica; porque no podía parar de pensar en una sola cosa.

Joel Guízar tenía razón: el amor que sientes por tu familia, o tus amigos, no tiene punto de comparación por el nace en ti por esa persona que, sin querer, te cambia por completo. A mí me cambió, de un segundo a otro, la perspectiva de lo que me rodeaba; apenas conocerlo, había depositado en mí ambiciones y deseos. Era como romperse en pedazos y ser formada de nuevo. Así entendí que por eso duele.

El amor. Javier. Dolían.

Mauricio y Mireya me acompañaron a mi departamento. Ambos dijeron que Javier no se los había pedido y, aunque no indagué mucho al respecto, estaba segura de que mi escepticismo no iba a pasarles por alto. Cuando entré en el lugar, que ahora no se sentía acogedor para nada, fui hasta la cocina y me olvidé de mis dos chaperones.

Ninguno me preguntó nada tras notar que me servía licor en un vaso más grande de lo necesario. Tampoco les ofrecí, pero sí dejé la botella en la mesa de centro de la sala. Mientras bebía, me percaté de que Pamela no había asomado las narices, así que observé el pasillo al fondo y consideré la idea de tocar a su puerta para preguntarle si tenía alguna idea de lo que su jefe estaba planeando.

Deseché el plan en cuanto oí que Mau decía—: Yo siempre le he dicho a Javi que ese tipo es de mucho cuidado. Basta con verle la pinta.

—Su pinta es lo de menos —aseguró Mireya, mirándome. Me serví de nuevo whisky y me bebí el líquido sin temor a que mis sentidos se ahogaran más rápido de lo necesario.

—Oye, Cass... —susurró Mauricio.

Él todavía estaba de pie frente a nosotras. Mireya se había sentado a mi lado en el sofá más grande de la sala. De modo que para evitar encontrarme con sus ojos solo me bastó con clavar la mirada en la mesilla. Comenzaron a discutir acerca de Torales, quizás porque no se habían enterado de que escuchar ese tema, con precisión, era lo que menos quería en estos momentos.

Luego de incorporarme, la sensación de ahogo en mi garganta había aumentado; caminé hasta la ventana e hice como que miraba la calle, y el edificio que estaba justo al frente.

Mauricio me puso una mano en el hombro. En consecuencia, todo mi cuerpo se estremeció debido a los nervios y el ensimismamiento en los que había caído presa. Torcí un gesto, tragué saliva y, con la mano masajeando mi clavícula, enarqué una ceja hacia él, que me miraba con mucha expectación.

—¿Estás mejor? —preguntó.

Asentí, sin llegar a tomar el aire suficiente como para responder con

palabras.

—¿Quieres que me quede contigo un rato más? —dijo Mireya, mientras se ponía de pie.

—¡No! —exclamé, volviéndome por la sorpresa de su cuestión—. No. Es decir... —Bajé la mirada y permanecí unos segundos admirando el contorno de mi sala—. No hace falta.

De un solo paso, Mauricio cerró el trayecto entre la estancia y yo, cuando quise huir de sus miradas. El dolor que surgía en mi cabeza cada vez que trataba de expulsar los pensamientos malsanos, atenazó mi cerebro, obligándome a apretar los ojos. Un pinchazo agudo se ciñó detrás de mi ojo izquierdo. Lo cual anticipaba una jaqueca. Una muy fuerte.

—Si lo necesitas, lo único que tienes que hacer es llamarme —dijo, al tiempo que extendía una tarjeta. Al mirarla, me di cuenta de que tenía su nombre completo, dos números telefónicos, un correo electrónico personal—. No lo dudes ni un segundo.

Antes de darse la vuelta, me miró de manera muy extraña. Era incluso más alto que Javier y hasta cierto punto más atractivo. Así que sostuve los ojos al nivel de su atención e intenté esbozar una sonrisa.

Quizás se había dado cuenta de lo afectada que me encontraba por lo del jarrón de rosas. Y, gracias a ello, no quería ponerme en tela de juicio.

La voz de Mireya me sacó de mis cavilaciones. Se plantó frente a mí e, ignorando por completo a Mauricio, dijo—: Si no les quieres llamar a ellos, me llamas a mí. Por favor.

Parecía que el mundo iba a llegar a su fin. Entonces, casi reflejándome en su retina, comprendí que se debía a mi semblante, mis manías y mis palabras entrecortadas. Seguramente, mi aspecto era lastimero. Y la poca gente que me rodeaba pensaba que estaba desmoronándose.

No quería que fuera así, de manera que parpadeé dos veces, asintiendo.

Al instante, la expresión de Mireya se relajó y vi que fruncía los labios en un gesto conciliador. Sin embargo, en el lado opuesto de la estancia, Mauricio nos observaba mientras tecleaba algo en su teléfono. Aún con sus dedos moviéndose en la pantalla de su celular, sus ojos alcanzaron a capturar mi mirada antes de que Mireya comenzara a caminar hacia él.

Sin querer, me vi preguntándome si acaso él le había comunicado algo a Javier. Podía ser que, como las cosas entre nosotros estaban tan tensas, él hubiera decidido que su primo me hiciera compañía hasta mi departamento.

O quizás eran solo mi imaginación y mis deseos los que, suplicantes,

añoraban que fuera de esa manera.

Pasados unos cuantos minutos, acabaron por despedirse. Cerré la puerta con un solo movimiento. No me moví del recibidor ni hice ademán de sujetarme de ningún lado. Lo que hice, a cambio, fue arrodillarme poco a poco, hasta que fui capaz de recargar mi frente en la superficie fría y áspera de la puerta.

Me derrumbé allí pensando en las pocas posibilidades que me quedaban.

Javier había dicho que le llamara a Vinnie, y yo supuse que lo había insinuado porque sabía perfectamente que no me habían dejado tranquila. Él era, al fin y al cabo, todo lo inteligente que se hubiera podido necesitar para deducir lo de las flores, mi estado de shock en ese instante, y mi reticencia a aceptar su ayuda.

De cualquier forma, no quería, ahora menos que nunca, deberle nada. Con su cambio errático había determinado que todavía no podía confiar en él.

—¿Cassandra? —Pamela estaba a mis espaldas. Por la soñolencia de su voz, supe que había estado durmiendo porque dos noches atrás, según me dijo hoy antes de ir al trabajo, había tenido que acudir a una cita que Vinnie le había agendado.

Apoyé las manos en mis rodillas, inspiré aire y levanté la cara. Me encontré mirando la madera de la puerta y pronto, cuando me levanté, el regusto de amargura en la boca y la sensación de mareo, hicieron mella en mi cuerpo.

Una mano tibia, rasposa y pequeña intentó sujetar mi muñeca. No se lo permití. Arranqué mi extremidad de su agarre y tiré tan fuerte que, en el momento en el que miré la expresión confundida de Pamela, la sangre se fugó de mi rostro y me dejó en mitad de una náusea. Quería vomitar todas las entrañas. La cabeza comenzó a darme vueltas, como un carrusel.

—¿Te han dado el día? ¿Estás mala? —preguntó la muchacha.

Sacudí la cabeza, yéndome a la cocina a grandes zancadas.

Los pasos de Pamela me hicieron saber que estaba siguiéndome. Tras ignorarla cuando se sentó al desayunador, y cuando me insistió con preguntas acerca de mi salud, yo saqué un vaso para tomar agua. El líquido no ayudó a que mis ácidos gástricos abandonaran su intención de sacudir mis intestinos.

Pronto, consciente de que estaba por vomitar, decidí sentarme frente a Pamela para ver si la estabilidad corporal era el tope de mi frenesí.

—Es por Vinnie, ¿verdad? —volvió a cuestionar Pamela.

Yo levanté la mano y me cubrí los ojos con ella, fingiendo que estaba

masajeando mi frente. La chica que estaba tan cerca de mí, emitió un suspiro.

—Eres la última persona con la que hablaría de esto —le dije.

—Ya sé —respondió ella, entre una risa—. Pero soy la única que puede entender por lo que estás pasando.

Era cierto. Era cierto porque ni Javier ni Nico ni Mireya sabían lo que era estar a merced de una mujer sin escrúpulos como lo era Valeria. Ninguno de ellos comprendía qué tanto me haría perder aquella situación; Pamela tenía dos hijos, cuyo cuidado estaba a cargo de su madre. Los mantenía con el dinero que ganaba con su cuerpo.

En cuanto pensé en sus pequeños, que si bien recordaba el mayor tenía apenas diez años, levanté la cabeza y negué, abrumada por la cantidad de emociones que había acumulado en un par de horas.

—Las cosas se me salieron de las manos —sollocé—. Y sigo sin entender por qué de todos los periódicos en la ciudad, tuve que ir a ese.

—Debería ser bastante obvio —dijo Pamela.

Fruncí el ceño al notar su cara de desconcierto.

—¿Cómo?

—¿Quién te habló de una vacante allí? —preguntó.

Estaba tratando de que pensara. Y, a pesar de mi vergonzoso estado, logré hacerlo.

Mi primera semana en la ciudad, fue un total caos. Encontrar un sitio relativamente céntrico. Adaptarme a los ruidos, a la gente. Pero todo había mejorado luego de que el portero me ofreciera un periódico en la sección de empleos; él mismo me había señalado que el lugar que les pertenecía a los Guízar, estaba a menos de un kilómetro.

El portero...

—Nunca le había visto en mi vida —aseguré—. El hombre del alquiler. El portero... ¡Yo no le conozco!

—Pero igual trabaja para Vinnie —sentenció la muchacha—. Le vi la rosa en la muñeca hace un par de días. Es uno de los gorilas que hacen de guardia silencioso.

—Vivo pensando que puedo hacer las cosas, y resulta que soy *tan* ingenua...

—No, Cass —me silenció ella. Por primera vez, había desaprobación en su mirada, pero su semblante no era severo para conmigo—. A la gente inocente no le pueden pedir que piense mal de todo el mundo; eso hacemos los que ya estamos más ariscos. Y tú, pues...

De ninguna manera iba a permitir que minimizara lo que me había sucedido. Pero antes de reaccionar en su contra al insinuar que las artimañas de Vicente y Valeria no eran suficientes para hacer de mí alguien muy ajeno al mundo, recordé que ningún hombre, a pesar de cualquier cosa, me había molido a palos como lo hacía el padre de los hijos de Pam con ella.

Era muy bonita. Delgada y de piel bronceada. Su cabello, crespo y rebelde, iba cortado en un estilo bob muy a la moda. Tenía facciones de niña dulce, y las curvas de su cuerpo eran prominentes.

—Vinnie no te trataba como a nosotras: tenía una preferencia horrenda por ti y nadie dijo nada al respecto, ¿sabes por qué? —murmuró. Su voz sonaba rota. La máscara de su rostro había comenzado a empañarse de inseguridad y dolor. Para hacerle saber que no tenía idea, cerré los ojos y me encogí en mi sitio, muy avergonzada como para abrir la boca—. Pues ya todas estábamos jodidas. Tú eras una chiquilla cuando llegaste; una muñequita sin mancha. Al menos a mí, no me importó tragarme otro golpe si con eso a ti no te llenaban de cicatrices. Y, si llega una chica menor que tú, volveré a hacer lo mismo. Esta gente no tiene límites, Cassandra. Si de verdad quieres encontrar una manera de salir, tienes que olvidarte de él. Aunque te pese.

Me puse de pie de forma abrupta.

Abandoné la cocina y me fui hacia la sala, con la intención de esconderme en mi pieza, pero justo antes de llegar al primer pasillo, Pamela me agarró la muñeca y me obligó a detenerme.

—Es por él que te vas a joder la vida, niña —exclamó—. Quieres ofrecer algo que no puedes. Los van callar a los dos por estar jugando a los enamorados.

Hablaba con un dejo de repulsión, como si, el mero hecho de imaginarse a Javi, le provocara ira y coraje mezclados para un cóctel nada agradable.

No podía tener más de treinta años y, aun así, ella parecía sentir cierta superioridad en cuanto a aquel mundo.

—Mira —me increpó—, a lo mejor el tipo te gusta. Y sí, podría parecer que está encantado contigo —Intentó sonreír, pero el efecto resultó ser contrario. En mi interior, mientras tanto, reverberaban las ganas de negar que Javier no era como ella creía—. Pero, en mi experiencia, los hombres de su calaña se obsesionan; confío en que no saliste de un mundo de posesión para entrar en otro, pero disfrazado de relación.

Había dado en el clavo.

Con el corazón atravesado por una daga de realidad, me desplomé de

nuevo en el sofá y, uniendo mis muslos, puse mis codos sobre mi regazo. Las manos volvían a temblarme cuando me las llevé, entrelazadas, a la boca. Una línea de lágrimas abandonó cada uno de mis ojos. Tenía un espasmo atorado en la garganta y mi pecho se sentía apretado.

—Yo tengo la culpa —susurré, rendida—. Si le hubiera dicho...

—Eso no es excusa —continuó Pamela—. Lo que tienes que hacer es irte. Sin decirle a nadie.

—¿Y tú? —pregunté.

Pamela apretó la quijada, concedora de lo que implicaba responderme. Le agradecí que no me tratara como si fuera una criatura débil e incapacitada mentalmente.

—Una paliza más, una paliza menos —dijo—. Cass, en el fondo, tú sabes no puedes estar con él. A su lado, nunca dejarías de sentirte insegura. Los hombres como Javier no son para la gente que tiene el alma más remendada que un suéter viejo.

Otra cosa que me carcomía por dentro; pero, para este momento, no podía dejar de pensar que mi vida no estaba del todo maldita, que había una oportunidad. Sin embargo, aunque Javier le hubiera llamado de otra manera, nuestro encuentro ni siquiera había sido una casualidad. Había sido una obra más de los Torales.

Inconscientemente, había cumplido sus deseos y, al acercarme a Javier y provocar su interés en mí, se los había tendido en bandeja de plata.

—Si me voy —musité, con la voz totalmente quebrada por la impotencia—, a él podría pasarle cualquier cosa.

Pamela soltó una carcajada casi vehemente.

—¡Eres tan tonta! —refutó—. Cariño: a los ricos no les pasa nada. Podría apostar por ello: los Guízar parecen limpios porque son periodistas. ¡Saben ocultar su mierda del ojo público! Algo tienen que hacer para no salir quemados en todo este infierno. Lamento ser yo quien te lo diga, pero te juro que, cuando te marches, lo único que Valeria hará será tratar de callar a tu príncipe, y luego llegarán a un acuerdo. Así de fácil.

Traté, con todas mis fuerzas, de no prestar mucha de mi atención a sus recientes comentarios. Pero de inmediato recordé lo que Javier me había dicho.

Que no estaba limpio como yo creía.

—Será mejor que te bañes. Descansa —dijo.

Sin decir más, me erguí y avancé hacia mi habitación de paredes blancas,

resuelta a echarme a dormir todo el día si era necesario.

Apagué mi móvil antes de meterme en la ducha; no porque temiera de Vinnie, sino porque, en caso de que Javier u otro del periódico intentaran comunicarse conmigo, no deseaba oír ninguna voz capitalina, a nadie que tuviera información acerca de mí, de mi anterior trabajo, de mi condena.

Cuando acabé de bañarme, me paré frente al espejo del lavabo. La imagen que me ofreció era muy desaliñada, triste, sin colores; a causa de la humedad, el pelo, negrísimo, se me pegaba al rostro. Llevaba lo que nunca en la cara: ojeras, marcas de cansancio y una mirada ausente.

Ella tiene razón.

Tengo que irme.

Me vestí con pereza, colocándome ropa ligera; un short, una camiseta deslavada y sandalias con las cuales poder moverme libremente. Pero, aunque me acurruqué en la cama, no pude dormirme. La luz era, en parte, culpable de ello.

Para mitad de la tarde, ni siquiera sentía apetito. Y el sol comenzaba a ocultarse cuando por fin comencé a hundirme en el sopor.

*

Era de noche cuando desperté. Como tenía el teléfono apagado, no podía ver qué hora era. Así que lo encendí. Daban casi las once de la noche. Mi estómago exigía alimentos, por lo que, aún adormecida y con la sensación de estar padeciendo una terrible resaca, dejé la cama con las sábanas revueltas.

Pamela estaba en la sala, revisando su teléfono. Cuando crucé, no le dirigí la palabra y tampoco tenía ganas de hacerlo al terminar de comer. Pero mis intenciones se vieron frustradas por los golpes en la puerta. Me detuve en mitad del trayecto, mirando con terror la estancia, a Pamela y luego a la entrada.

—¿Quieres que abra yo? —inquirió Pam, detrás de mí.

Se había levantado del sofá.

Negué con la cabeza, haciendo una fuerte inhalación. Mi diafragma se contrajo al resentir el exceso de aire. E ignorando el repiqueteo de mis oídos, donde se escuchaba una voz insidiosa que decía *no vayas*, me dirigí hacia la puerta. Sujeté la manija con los dedos y tiré de ella.

No podía ser alguien desconocido, porque de otra manera el portero no lo habría dejado...

—Cass... Hola —Nicolás intentó sonreírme.

Abrí por completo y enarqué una ceja, confundida por su presencia y, aún más, furiosa porque estuviera aquí con Javier, que no dijo nada, sino que elevó su mirada desde su móvil, y puso una mano en la madera.

Como yo estaba contra el marco, no le supuso un gran esfuerzo el abrir totalmente. La puerta golpeó el muro gracias a la energía del abanico.

—¿Es ella? —Javi le preguntó a su hermano.

Nicolás asintió.

Entonces me percaté de que estaban refiriéndose a Pamela. Ella se había quedado de pie en mitad de la sala, con cara de no entender nada de lo que ocurría —o de lo que iba a ocurrir—. Yo, al ser consciente de que Nicolás le había dicho quién era la chica, di pasos rápidos hasta ella, siguiendo a Javier, que se adentró sin preguntarme nada.

—¿Me puedes explicar qué demonios haces? —le pregunté.

La nota de ira seguramente no había sido cualquier cosa para él. A pesar de que le afectó, por el cómo hizo una mueca, se volvió hacia Nicolás y le dijo —: Haz tu trabajo.

Nicolás, acercándose a mí, me sujetó por un brazo e intentó arrastrarme hasta el otro lado de la sala. No se lo permití y me liberé de su mano, pero, gracias al miedo y la ira mezclados, no me atreví a moverme más próxima de Javier.

—Quiero que hagas algo por mí —le dijo a Pamela.

Ella no se inmutó, pero en sus ojos yo podía ver que estaba muy aterrada. Y Javier le provocaba ese miedo.

Él extendió su mano derecha, con su teléfono hacia ella, que lo observó, azorada.

—¿Qué...? —negó la chica.

—Llama a tu jefe —le exigió Javier.

Aquel era el mismo tono que había utilizado su padre conmigo, pero viniendo de él, las palabras golpeaban como un enorme huracán en una costa. Mis músculos fueron víctimas de un estremecimiento al saber que, cuando me había dicho que le llamara a Vinnie, no estaba bromeando.

Y su padre tampoco me había mentado; era estúpido y temerario, lo que vendría siendo, en este caso, lo mismo.

—Estás demente —farfulló Pamela.

Javier entornó la mirada. Hizo un ademán de exigencia y dijo—: Sé que tienes dos pequeños a los cuales mantener, pero si no haces esa llamada te

juro por mi vida que mañana mismo vas a los separos.

La cara enrojecida de la muchacha buscó mi ayuda.

Di dos pasos hacia Javier.

—¡No te metas! —exclamó, lanzándome una advertencia con los ojos. No me gritó. No alzó la voz ni había necesidad de que lo hiciera; su tono era más cortante que cualquier cuchillo, y la expresión furibunda de su cara era mucho peor de lo que yo habría imaginado. A pesar de todo, lo que rutilaba en sus ojos no era ira en mi contra, ni decepción. Eso que Javier tenía en la mirada eran, además de peligro, temor, miedo, nervios—. Por favor... *No te metas*.

Volvió a mirar hacia Pamela, que para entonces era un manojito de temblores. Sus ojos estaban tan abiertos, que no me quedó la menor duda de que su perspectiva acerca del *príncipe*, iba a cambiar radicalmente. Tal como me había pasado a mí.

—Conozco a la perfección quién eres —musitó Javier. Aunque estaba demandando algo estúpido, noté que les imprimió a sus palabras un nuevo dejo de parsimonia; como si estuviera tratando de contenerse para poder ser amable con Pam—. Lo único que quiero es que le llames por mí, y que le digas que quiero hablar con él. O me lo pasas, como se te dé la gana.

Pamela comenzaba a respirar más rápido. Vi que su tráquea se movía y pensé en lo mucho que debería de haberle costado tragar.

Con gesto ausente y movimientos torpes, Pamela por fin aceptó el teléfono móvil de Javier. Él puso los brazos en jarras mientras la chica alzaba su propio celular y, tal vez, copiaba los dígitos en los que se podía localizar a Vinnie. No tardó nada en sacar el número y en el acto se puso al oído el auricular.

Escuché cómo le hablaba a su jefe con voz ronca, temblorosa y sibilante.

No pretendía hacerlo, pero me fue imposible no imaginarme lo que Vicente Torales haría. Y todavía peor, lo que su hermana haría.

Después de intercambiar unas cuantas palabras con su interlocutor, le devolvió el celular a Javier, que sin titubeos lo sujetó contra su rostro. Me dio la espalda y se dispuso a hablar con Vinnie; ni siquiera había preocupación en su voz mientras le decía que tenían un par de «asuntos» pendientes y que, *eso de necesitar recaderos*, a él no se le daba muy bien.

De nuevo me vi en la necesidad de tratar de rellenar el vacío, el silencio; cuando Javier se calló, volviéndose a mirarme de pronto, comprendí que quizás Vinnie le estaba diciendo algo sobre mí que lo había desorbitado: porque me miró con aprensión, con tristeza y otras tantas cosas dignas de un

funeral.

—¿Por qué le dijiste? —le pregunté a Nicolás, que también miraba a su hermano.

—Porque esto se está saliendo de control —dijo Nico—. Perdóname, Cass. Pero...

—No te lo voy a perdonar nunca.

Un halo de extrañeza turbó su semblante. De su rostro, brotaban varias emociones, pero la más notable era la fatiga mental.

—Hace dos horas Múgica le llamó a Javier. *Personalmente*. Le preguntó si podían verse y eso no me da buena espina —susurró. No había casi ningún centímetro que nos separara, pero en el instante en el que lo oí, todo el departamento se hizo gigante y yo muy pequeña; si, como él decía, lo del senador y lo de Vinnie tenían relación, eso quería decir que...—. Si Torales está aquí, lo más probable es que haya sucedido algo. Lo de las flores no puede ser coincidencia.

A menudo, y por lo que sabía, Javier se reunía con los representantes políticos a los que perseguía sin cansancio. Había escuchado hablar de su particular insolencia al momento de hacer preguntas en las ruedas de prensa y, aunque en este preciso momento me resultara agobiante aceptarlo, el que hiciera preocuparse a más de uno en el gobierno me hacía sentir bien por dentro.

Pero, si se me aplicaba lo mismo, resultaba muy doloroso.

Nicolás no dijo otra cosa, y dado lo que había escuchado tampoco quise continuar con mis recriminaciones.

Javier colgó el teléfono luego de decir «inténtalo».

Busqué a Pamela con la mirada, pero me llevé la sorpresa de que ya se había marchado.

—Vámonos —le dijo Javi a su hermano, mientras guardaba su teléfono en la bolsa trasera de su pantalón.

El alma se me cayó al suelo al saber que realmente aquella —llamar a Vinnie— había sido su única intención al ir a mi casa.

La vergüenza y mi poca dignidad consiguieron darme una punzada en el estómago.

—Quiero que me expliques qué es lo que pretendes —le pedí.

Nicolás se rascó la parte trasera en su oído izquierdo, aparentemente, incómodo.

Me crucé de brazos y, segura de que intentaría evadirme, caminé hacia la

puerta. Lo encaré sin problemas, resuelta a que me dijera lo que quería saber.

Fuera lo que fuera que Vinnie le hubiese dicho, no debía de ser nada bueno. Sobre todo por lo tenso que se veía Javier y el cómo me miraba. Antes de aproximarse a mí, se pasó una mano por el cabello y miró a un lado y otro, como considerando si debía decirme o no.

—Te escucho —insistí.

—Pues es una amenaza deliberada —dijo, sonriendo—. Pero va a tener que pasar por encima de mi cadáver para tocarte un solo cabello.

Yo sabía que lo decía retóricamente, pero eso no disminuyó la arritmia de mi corazón ni el repentino eco que se había formado en mis tímpanos. Cada parte de mi cuerpo se encendió en alarma. Mis dientes crujieron con el apretón de mis mandíbulas y me empezaron a arder los ojos. Aun así, me obligué a mantenerme estoica, mirando a Javier.

Estaba a poca distancia de la puerta, y le sería imposible llegar a ella a menos de que me quitara a mí. Pero, por fortuna, no hizo ningún intento por apartarme de la salida. Para entonces, Nico se había sentado en el apoyabrazos de mi sofá. Miraba al suelo, con cara de no estar realmente presente.

Tras procesar lo que me había dicho Javier, volví a mirarlo y negué varias veces con la cabeza.

—Tienes que detenerte —le dije—. Es... —Cerré los ojos, el corazón palpitándome en la garganta y todas mis terminaciones nerviosas reaccionando a la imagen de Vinnie y Valeria amenazando a Javier, como él había dicho, deliberadamente—. *Tienes* que detenerte.

—Te dije que no puedo, y no voy a hacerlo —aseguró.

Un nuevo miedo se filtró en mi sistema. Javier se acercó otro paso y sujetó, desde su postura, el pomo de la puerta. La abrió, pero en el movimiento me vi en la necesidad de pegarme a la madera, con la espalda recargada. Él muy cerca de mí.

—No es un capricho —susurré, preguntándome si Nico escucharía lo que iba a decir; alcé la mirada hasta que encontré la de él, que se hallaba estudiándome con curiosidad, muy pendiente de mis palabras—; te lo juro. —Le puse una mano a la altura de la clavícula, el latido de su corazón, que palpitaba despavorido, en las yemas de mis dedos—. Déjalo ya. Por favor.

Recargué, sintiendo que mis fuerzas se volvían exiguas, mi frente en su pecho. No se movió, no hizo nada para hacerme sentir que mis esfuerzos estaban dando resultado. Pero sí acercó su cara a mi rostro, a mi oído.

—Ya sé que lo eché a perder. Lo siento mucho, Cassandra —murmuró. Sentí su aliento en mi pelo, y añadió—: Pero lo mejor para ti es que te vayas.

Despegué mi cara de su cuerpo. Abrí los ojos con la tortura cerniéndose a mi alrededor. Continué mirándolo, aprensiva, hasta que fui capaz de respirar con regularidad y de entender, por fin, que lo que nos unía, era un lazo turbio, corrupto, lejano al amor.

Javier ladeó su cabeza y señaló, con su mirada, la puerta, al tiempo que arqueaba una ceja.

Todavía aturdida por el peso de sus palabras, me recorrí a un lado. Nico, en la sala, se puso de pie y llegó a la entrada demasiado rápido. Salió de la casa sin decirme nada. Tampoco me miró. En cambio, Javier, que tenía la puerta sujeta y su cuerpo en mitad del umbral, se quedó un par de segundos en silencio y luego volvió a hablar:

—Perdóname, Cass. No te merecías ningún maltrato por mi parte, y que Dios me acabe antes de que vuelva a hacerlo.

No reuní valor para volverme.

De hecho, me paralicé allí mismo. Todo lo que hice cuando él cerró la puerta fue estar convencida de que Vinnie lo había amenazado conmigo.

Hasta que no me jaló hacia la sala, no fui consciente de que estaba sentada con Pamela a mi lado.

—Esto es grave —chilló—. Cass... él... ¿Qué cosa se cree tu novio?

—No tienes idea —sonreí. Mis mejillas estaban empapadas de lágrimas, pero mi mente había comenzado a trabajar más rápido que nunca.

Junto a mí, Pamela se frotó la cara con mucha fuerza. La miré con detenimiento en cuanto volví de mis pensamientos que eran, a cada segundo, más raros, novedosos; oscuros.

Muy adentro de mí, me dije que debería de estar agradecida porque Javier se hubiera mostrado como era realmente, y decidí que, si la gente no le teme a enseñar lo que lleva dentro, es mil veces peor que alguien que nunca comete un error; lo cual, al final de las cuentas, era más peligroso para mí.

Debía de sentirme completamente decepcionada, y debía de tomar su sugerencia como el mejor plan de vida para mí. Debía de haber dejado de sentir tantas cosas por él y, por el contrario, ahora mis sentimientos habían incrementado de diez a mil.

—Tenemos que arreglar esto. Tienes que irte...

—No —afirmé, levantándome como si nada.

Escuché los pasos de Pamela a mis espaldas y me di la vuelta antes de que

me diera alcance.

—Ya me cansé. Ya no más, Pam.

Ella no volvió a hablar.

Tras entrar en mi habitación, yo estaba más asustada que nunca. Me metí en la cama segura de que las cosas iban a empeorar.

—Una hora, Pamela. Ni un minuto más, ¿lo entiendes?

—Sigue pareciéndome una locura —me dijo ella, con las manos en la cadera y caminando de un lado a otro en el vestíbulo del departamento—. ¿Por qué no le pides a alguno de los Guízar que te acompañe?

Ninguna de mis posibilidades acababa conmigo contándole a Javier lo que pretendía hacer; la cita que él tenía con Vinnie era mañana, por lo que, tras hacer que Pamela se enterara de ello, logré saber en qué hotel estaba hospedado. Era ahora o nunca. Y esto debía de hacerlo yo sola, si no, jamás daría resultado.

Agaché la mirada al suelo, consciente de que se me hacía tarde.

—Jamás me dejaría ir —repliqué, aceptando que era imposible contarle a Javi mis intenciones—. Tengo que hacerlo, Pam.

—¡Ni siquiera sabes si lleva la agenda consigo! —me gritó, eufórica, mientras me seguía por el pasillo hacia la salida.

Me detuve justo a tiempo antes de que ella me cerrara el paso.

—La tendrá —le aseguré—. Si se la doy a Javier, esto se termina.

—Pero estás por cometer suicidio, Cassandra, ¡por él! No puedo creer que estés tan *idiotizada*...

—No es acerca de eso —admití—. Voy a hacer un trato con él. Algo que no involucre ni mis sentimientos ni mi seguridad. Confío en que lo acepte. De otro modo no podré ayudarlo y de verdad que quiero. Antes de irme.

Pamela elevó la mirada al techo, se cruzó de brazos y soltó el aire, muy, muy lento. Luego de unos cuantos minutos en silencio, se atrevió a decir, resignada—: En una hora le llamo a Javier y le digo que te recoja en el Impala.

—Todo saldrá bien —musité, antes de abrir la puerta y salir al pasillo de mi piso.

Aunque no la oí, casi pude percibir el miedo que le daba saber que mis palabras eran un intento vano de convencerla, pero que no lo iba a conseguir así le jurara por mi vida que no me estaba poniendo en peligro. Lo estaba haciendo, sí, y eso no importaba tanto como el hecho de ponerle punto final a

esa historia que todavía arrastraba detrás de mis pies, como una sombra penitente.

Abandoné mi departamento fingiendo una determinación que no sentía. Pero, para este punto, era buena poniéndome máscaras que le dificultasen a todos ver mis piezas más frágiles.

El taxi me llevó a un hotel ubicado —justamente— en Polanco. Lo cual resultó agravante para mis nervios. Traté de mostrarme serena y escuché con atención la música de fondo que el conductor había colocado. Cuando acabamos Paseo de la Reforma, me di cuenta de que me había metido en camisa de once varas, pero ya no había tiempo de echarse atrás ni oportunidad para pensar en hacer otra cosa.

Había transcurrido un mes desde que Javier habló con Vicente Torales para "formalizar" una cita. Y, dadas las circunstancias, aquello era lo mejor que yo podía hacer si de zanjar el problema de los Torales se trataba.

Vinnie llevaba una estúpida relación de las citas que él agendaba desde una ocasión en la que una chica había sido golpeada por un desconocido. Al final, fue el novio al que ella nunca le había hablado de su trabajo nocturno — porque no todas las chicas en el negocio de los Torales estaban reservadas para citas especiales—. Así que, dicho en sus propias palabras, había comenzado a tomar nota de cada uno de los clientes.

Yo sabía que había una grandísima probabilidad de que, en ese cuadernillo, estuvieran los nombres de los peces gordos. Vinnie era así de idiota. Era su hermana la que concertaba las citas y él quien se encargaba de ejecutar los detalles; como, por ejemplo, llevar a la «afortunada» con el cliente, a cualquier parte de la República Mexicana.

Cuando el monstruo del hotel apareció ante mis ojos, y mucho antes de bajarme del taxi, elevé una oración en silencio; si Dios contemplaba mi existencia en ese momento, no pude evitar sentirme avergonzada de lo que iba a encontrarse. Tampoco tardé tanto pensando en lo que, posiblemente, aquel ser invisible diría si supiera lo que estaba por hacer.

Me adentré en el hotel sabiendo que, una vez allí, vería al diablo encarnado. Me dirigí a la recepción. Luego de preguntarle a la chica que atendía si Vinnie estaba hospedado, me sugirió que esperara unos momentos.

No estaba en su habitación en esos instantes, pero una chica allí decía que no debería de demorar.

—Perdona —le dije a la mujer de la recepción, con el tono más dulce que pude utilizar—. ¿Puedes preguntar si es Thalía la que se encuentra?

Valeria solía decir que nosotras teníamos suerte de haber tenido, entre tantas mujeres en el país, la cara que poseíamos, y el cuerpo por el que ganábamos tanto, pero a mí sus comentarios no me causaban más que repulsión. En el caso de Thalía, eran como alimento para un ser hambriento desde siempre. Le gustaba que la adularan y vivía de las opiniones del resto.

Ella me había sugerido que viniera a la capital, y yo, pensando que era buena idea, le hice caso.

—Ha dicho que suba —me comunicó la recepcionista cuando le pedí que me anunciara con la chica del otro lado de la bocina.

Le sonreí apenas y, tan rápido como alcancé, me metí en el elevador, cada vez más segura de que tenía muy poco tiempo. De la hora que le pedí a Pamela, habían pasado treinta minutos. Los otros treinta tenía que emplearlos de manera que pudiera sacar el cuaderno

Thalía me abrió al instante de oír mis toques. Su cara estaba immaculada, como siempre; maquillaje perfecto, peinado perfecto, vestimenta y postura perfectas. Sin embargo, su mirada... Ella gritaba soledad en cada poro de la piel. Gritaba por el terror al que estaba sometida y gritaba porque alguien le tendiera una mano. Sus ojos, de un tono azulado verdoso, me miraron con detenimiento.

Una pequeña sonrisa tiró de sus labios. Yo no logré corresponder su gesto.

—¿Qué haces acá, tonta? —preguntó, con un hilo de voz.

—¿Dónde está Vinnie? —Comprobé que no se esperaba mi visita. Caminé hacia el interior, sujetando más fuertemente todavía el cinturón de mi bolsa.

Hubo un silencio y luego, tras carraspear de manera delicada, Thalía se plantó frente a mí con una palidez innata.

—No tengo idea de adónde fue, Cassandra —dijo—. Mejor vete, no querrás que...

—Dudo mucho de que a ti te importe lo que yo haga.

Las mejillas de Thalía se encendieron en un tono rojizo muy fuerte. Como si le costara mucho, se desplomó en una silla que se encontraba detrás de ella. Negué con la cabeza al notar que, sin ningún esfuerzo, sabía perfectamente a lo que me refería.

Tardó varios segundos antes de poder recomponerse. Yo, gracias al cielo, comprendí que de su nerviosismo podía sacar algo bueno; las manecillas del reloj corrían con más rapidez, minuto a minuto. Y lo hacían en mi contra.

—Necesito el itinerario de Vinnie —solté—. Puedes dármelo si quieres

redimirte conmigo.

Sin querer, imité el mismo tono que los Guízar utilizaban cuando querían hablar y que nadie les refutara nada en lo absoluto. Alcé el mentón para que Thalía no viera mis titubeos mientras examinaba los rincones de la enorme sala. Era una suite. Vinnie siempre la pedía doble y en la personal tendría que haber una caja fuerte.

Los pasos de Thalía, que se había puesto de pie, acudieron a mis oídos con la suficiente antelación. Caminó en dirección del cuarto, a pasos torpes.

Al volver, llevaba consigo el cuaderno que ya estaba desgastado. Yo lo reconocí en el acto.

—¿Qué más? —inquirió ella.

Se le había asomado un ligero quiebre en la voz, pero vi que se contuvo.

Aspiré profundo e imaginé por qué aquello me estaba saliendo a pedir de boca.

—Lo va a descubrir, y le voy a tener que decir que tú lo tienes —sentenció la muchacha—. A mí, como estoy en servicio —sonrió—, no me va a tocar un pelo. Pero tú, cariño, necesitas un guardaespaldas. De inmediato.

Por supuesto.

Vinnie no tenía miedo de dejarse sus cosas en la habitación, sin llave. Estaba muy seguro del poder que ejercía sobre aquella chica, y sobre otras tantas.

A decir verdad, tuve un momento de flaqueo, un pequeño instante en el que creí que nada de eso valía la pena. Nada de lo que pudiera venir en adelante valía mi vida. Pero, entonces, en cuanto Thalía se alborotó el cabello y se giró, el tatuaje de la mariposa, la rosa y el listón, quedó completamente visible ante mis ojos.

Y, con él, el recuerdo de cinco años de haber sido un objeto. Un vil, pequeño y desechable objeto.

La sensación de saber que, en efecto, Vinnie iba a ir a buscar su cuaderno, fue de repente muy satisfactoria.

—Voy a estar esperándolo —dije, saboreando las palabras una por una—. Y gracias por el consejo sobre la Ciudad de México.

Le di la espalda aun cuando ella había querido decirme algo más. No obstante, mi pecho, los martilleos de mi corazón, me pedían que volviera y le diera las gracias; pero eso no se sentía del todo correcto. Ella no lo había hecho, con seguridad, por ayudarme. Se estaba escudando porque de cierta manera se sentía en números rojos conmigo. Había encontrado la forma

perfecta de pagarme la factura.

Esta vez, sin percatarme de los obstáculos, me metí en el ascensor sintiendo un nudo apretadísimo en la garganta. Dejé atrás el vestíbulo e incluso salí del hotel.

Justo en la entrada, sin embargo, Vinnie se bajó de un coche gris; un gorila venía a su lado. El gorila no me miró. Vinnie, en cambio, torció una sonrisa y cruzó los brazos, tras subir la escalinata rápidamente. Sacudió la cabeza, muy confiado de sí mismo. Había gente alrededor y era seguro que no se atrevería a dar ni un paso más, pero mi cuerpo lo repelió de inmediato.

Nunca en mi vida había sido más consciente de lo mucho que le odiaba. Nunca había visto cuán asqueada estaba de mi virginidad en sus manos y, todavía peor, nunca me había dado cuenta de las cosas tan horribles que me pasaban por la mente mientras lo estaba mirando. Supuse que era por mis bloqueos: ese mecanismo de defensa que había empleado todos esos años para no ser susceptible a sus humillaciones, a su toque.

—¿Ya te vas? —Su tono era mordaz. Se quitó las gafas de sol y entornó la mirada—. Se te extraña, *Glory*. ¿Por qué no pasamos? —Hizo un ademán al interior del edificio que se erigía a mis espaldas, pero yo me moví a un lado sin amedrentarme. Cada poro de mi piel expelía aromas de rencor hacia Vicente y, aun así, no podía hacer ni decir nada.

—Es tarde —dije, con fingida disculpa en la voz—. Quería que me comunicaras directamente con Valeria porque a mí no me responde.

—Bueno, te comunico ahora. —Tanteó el interior de su saco gris, buscando el móvil.

Con el movimiento, mis pies se congelaron. Comencé a respirar con más fuerza y parpadeé en varias ocasiones, víctima de la desesperación. No quería mirar mi reloj, porque, si lo hacía, las cosas iban a ser demasiado evidentes.

Vinnie quizás era un idiota completo, pero se sabía muy bien mis reacciones. Muchas, las más dolorosas, las había provocado él.

—¿Cass? ¿Estás lista?

Busqué a Javier con la mirada apenas escuchar el tono grave y melodioso de su voz. Vinnie, tal vez por acto reflejo, se hizo a un lado con el ceño fruncido y las gafas en la mano derecha. Vi cómo se tensaba su quijada y cómo las aletillas en su nariz se dilataban. El gorila detrás de él adoptó una postura rígida. Lo observé cuadrar los hombros y dar un paso más cerca de su jefe — como si estuviera detectando un peligro inminente.

Vicente Torales rozaba más o menos mi altura, pero estaba claro que

Javier tenía por encima de él más centímetros, más anchura en la espalda y millones de características elegantes que, ni compradas con todo el dinero del mundo, el proxeneta podría imitar.

Asentí torpemente. Vinnie soltó una risa y emitió un gruñido.

—Pensé que tú no te manejabas con recaderos, *Junior* —se burló Vinnie, evadiéndome y mirando de lleno a Javier.

Este, que no se había movido del último escalón, enarcó una ceja hacia el hombre que estaba a mi lado y frente a él. Después, con asombrosa paciencia, volvió a poner su atención en mí.

—¿Nos vamos? —exigió sin reparos.

Algo en mi garganta se sintió más húmedo y permitió que el nudo se deslizara. Comencé a ir hacia Javi y no le dirigí más la palabra a Vicente.

Él, por otro lado...

—Oye, *Glory* —dijo—, ya sabes que siempre es un placer...

Javier, no sin cierto grado de posesividad, me puso la mano en mitad de la espalda y avanzó, escaleras abajo, sin mirarme.

—*Hijo de puta* —espetó en un susurro, cuando llegábamos al final de las escaleras de concreto.

Fuimos al estacionamiento delantero del edificio. Al llegar al coche de Javi, él abrió la puerta del acompañante para mí y, cuando hube entrado, cerró de un empujón.

Bajé la mirada a mi bolsa, a mis manos; a la información que tenía en mi poder y que, a ciencia cierta, implicaba que al cabo de un par días tendría a un lobo acechándome. Me permití mirar el reloj en mi muñeca y vi, con mucho alivio, que habían pasado exactamente sesenta minutos desde que hubiese dejado mi departamento en Bucareli.

Aún en silencio, Javier encendió el auto. Apretó tan fuerte el volante con las manos que los nudillos se le pusieron blancos. Observé, atónita, sus tendones tensos; llevaba una camisa de manga larga, a rayas y un chaleco. Miré cómo se aflojaba la corbata color vino de un tirón y la manera en la que condujo, hirviendo en rabia, hasta que encontró un semáforo.

Tomé una inspiración de aire, lista para escucharlo gritar u ofender.

No lo hizo. *No hizo absolutamente nada.*

Sino que colocó su codo en la ventanilla y se puso el dedo pulgar en la sien, mientras cerraba los ojos.

—Por favor, no te enojés —murmuré.

Él se rio, con gesto forzado. Abrió los ojos de lleno y se acomodó en su

lugar.

Me miraba por el rabillo del ojo, lo noté. Y no tuve valor para pedirle que lo hiciera directamente. En el fondo, no quería que lo hiciera.

En el fondo, quería que hablara conmigo si eso significaba que me iba a explicar por qué estaba así de furioso. En cada cabello oscuro se le hubiera notado que se encontraba a punto de romperse en cólera. Y, a pesar de ello, siguió sumergido en sus pensamientos, únicamente concentrado en la cola de autos que extendía al frente, en otra calle que no era Paseo de la Reforma.

Fui yo la que reunió todo de sí para poder levantar la mirada. Me gravé esa imagen suya en la mente: iba vestido como todo un príncipe, pero su semblante le daba el aspecto de ser un bruto.

—Javi...

—No quiero hablar ahora mismo, Cass —musitó.

El auto empezó su marcha otra vez. Yo no bajé la vista. No me moví. No inhalé fuerte ni parpadeé.

Javier me lanzó una mirada rápida y continuó conduciendo.

—¿Adónde vamos? —inquirió.

—A donde podamos estar solos —dije.

Por lo que fueron largos minutos, manejó sin despegar la atención de la carretera; respiraba a trompicones como si de pronto suspirara y se rindiera a algo en su pecho. Se detuvo en una calle que parecía ser comercial, pero que yo desconocía.

Había una hilera enorme de establecimientos que ofrecían distintos servicios; todos, sin embargo, de algún arte mexicano.

Un único ruido nos acompañaba en el interior de su coche: el del aire acondicionado.

Me pasé un buen tiempo analizando el local que tenía frente a mis ojos; era un negocio, al parecer, de artesanías.

—Hay un departamento arriba —se explicó Javi, con voz adusta y añadió cuando lo miré—: El negocio era de mi madre. —Alzó la mirada como si pudiera ver a través del capo del auto— y se lo heredó a mi tía; pero el sitio de arriba es mío.

—¿Estás seguro?

Él asintió, muy lentamente.

—¿Por qué es tan importante esto? —Parecía aturdido. La frialdad de sus facciones no pasaba desapercibida.

—Necesito mostrarte un par de cosas —acepté—. ¿Vamos?

Ninguna de sus facciones se suavizó y, con un dejo de desdén en la cara, se bajó del auto. Lo había estacionado en uno de los dos lugares de *parking* que había afuera del establecimiento, así que cuando yo descendí luego de que me abriera la puerta, me encontré de lleno con un jardín amplio que ofrecía, a la vista, un espectáculo de adornos artesanales. Los había de todos tipos; en barro, en hierro, en palma. Y, también, había cuadros de distintos tamaños y tonalidades.

Por un solo momento, yo creí que Javier me conduciría por alguna puerta aledaña, pero cuando tiró de mi brazo y me hizo caminar al interior del negocio, a través de un gran arco de ladrillo adornado con enredadera teléfono, supe que el acceso estaba en el interior.

Una mujer tanto o más alta que yo, de cabello crespo y negro y de andar gracioso, se aproximó a nosotros con los brazos extendidos y se echó encima de Javier, que la abrazó tras soltarme el brazo y le plantó un beso en la mejilla izquierda. Intentó sonreírle, pero el mohín acabó siendo un breve retortijón de sus labios.

Si la fémina hubiera tenido mi edad, un poco menos arrugas y tal vez un rostro menos pintoresco y cándido, quizás habría dejado que la espina de la incomodidad se clavara en mi pecho; por suerte, Javier se giró y extendió una mano, señalándome.

—Ésta es Cassandra, Mili —dijo—. Y, Cass, esta es mi tía. Hermana de mi madre.

Recién acababa de decirme que aquel negocio su madre se lo había heredado a su tía, así que, con toda la vergüenza del mundo, le ofrecí mi mano para saludarla.

Ella, durante un par de segundos, me escaneó con la mirada y, sujetando suavemente mi palma, me preguntó—: ¿Como la diosa griega? —Sonrió sin disimulo y esperó, paciente, a que yo le respondiera.

—Como la diosa griega —le respondí, el rubor en mis mejillas—. Este lugar es hermoso —dije.

Había visto lo suficiente del local como para no darme cuenta de lo bien cuidado y atendido que estaba. Por lo que no mentí ni tuve intención de hacerlo. La tía de Javier, al notar que miraba en derredor admirada de lo que se vendía en él, dio un paso al frente y me señaló la segunda planta, un barandal tras el cual se asomaba una mesa y varias personas.

Trabajaban allí, según parecía, así que me fijé en lo que hacían y en el cómo iban de un lado para otro.

—Todo aquí es hecho a mano —sonrió.

—¿En serio? —le pregunté.

Milagros, como pensé que se llamaba, se tornó orgullosa de lo que había en la tienda y asintió, mirando arriba.

—Y, bueno, ¿qué te trae por acá? —le dijo a Javier, que estaba escribiendo algo en su teléfono.

—Le voy a mostrar el departamento a Cassandra —espetó su sobrino, sin levantar la mirada del celular. Cuando lo hizo, fui yo el foco de su atención. Luego miró a su tía—. ¿Me dejas las llaves? No traigo las mías.

—Sí, claro —murmuró la mujer, un poco desconfiada—. Voy a por ellas.

Se hizo el silencio y no se interrumpió hasta que Javier dijo—: Mi madre hacía este tipo de cosas. Nunca le atrajeron ni la farándula ni el periodismo, a pesar de que toda su familia se dedicaba a ello.

—No la culpo —susurré.

En respuesta, Javier entrecerró los ojos y, con los brazos cruzados, se aproximó a mí; tanto que el aroma de su loción azotó, como una oleada de calor, mis fosas nasales. Olía *tan* bien, y se veía *tan* apuesto vestido de forma tan pulcra y cuidada —sin contar el nudo flojo que traía en la corbata—, que por un breve espacio de tiempo me plateé la idea de cambiar el rumbo de las cosas aquella tarde.

Pero no podía ser de esa manera; por lo que, resuelta a seguir mis planes, agaché la mirada y fingí que miraba unos tapices acomodados en una mesa de demostración.

—Aquí no nos van a molestar —dijo, alzando una mano hasta mi mejilla.

Me relamí los labios, y él dejó en paz mi mentón cuando su tía volvió con las llaves.

—Jazmín limpió ayer así que está todo en orden —musitó. Se volvió a mí con una nueva sonrisa y dijo—: Si tienen tiempo, antes de que se vayan, te muestro la especialidad de la casa.

—Probablemente nos vamos a tardar —sentenció Javier, no sin hacerlo con sorna y entrelazando mi mano a la suya. Su tía negó con la cabeza, mirándome también como si quisiera disculparse por los malos modales de su sobrino.

Le susurré un «gracias» antes de seguir a Javier a través de un corredor detrás del mostrador más grande. Cruzamos varias habitaciones, un taller de telas y lo que parecía ser una oficina. En cuanto llegamos a unas escaleras largas, situadas en la parte trasera del local (era un sitio verdaderamente

grande, con un jardín hermoso y lleno de toda clase de plantas y flores), él me soltó la mano y me invitó a subir primero.

Al terminar de subir, Javier abrió rápido una puerta de madera tallada, cuyo centro era un trabajo artesanal también; algún tipo de fundición en vidrio. En el interior, tras pasear la vista de un lado a otro, descubrí que no había muchos muebles y que, en su mayoría, era un sitio que se usaba de vez en cuando.

Escuché cómo Javier cerraba la puerta y caminaba despacio a mis espaldas. Soltó las llaves en un objeto de vidrio o de cerámica, porque al oír el ruido, me giré en los talones. Él se había puesto una mano en la cadera y con la otra se estaba masajeando el tabique de la nariz. Lo observé respirar con lentitud en varias ocasiones y, apenas abrir los ojos, sus cejas se alzaron con apuro.

—¿Y bien? Tenías algo que mostrarme, ¿no? —me urgió.

En este instante, le podría perdonar cualquiera de sus insolencias; yo, como había dicho su padre, sabía que estaba interesado en mí y que el verme afuera de un hotel, con Vinnie, debería de haber sido un golpe agudo a su ego. Aun así, me dije que de su reacción dependía mi confianza.

El autocontrol que estaba llevando a cabo tenía un mérito impoluto. No se lo hubiera podido quitar ni siquiera si esa fuese mi intención.

—Dos cosas —dije por fin. Dejé mi bolsa sobre una mesa que estaba cubierta por una manta. Javier se acercó dos pasos y aguardó, viendo mis movimientos a desgana—. Esto, para empezar —susurré y le extendí el cuaderno de Vinnie.

—¿Qué es? —se extrañó, hojeando la libreta.

Le permití analizar los nombres, los teléfonos, los lugares anotados allí. De vez en cuando, mientras leía, Javier levantaba la mirada y me dejaba ver su ceño fruncido.

Ninguna de sus muecas pudo igualarse a la que hizo cuando encontró un nombre que, quizás, le resultaba muy familiar.

—¿A esto fuiste con él? —inquirió.

Sacudí la cabeza, temerosa de sus palabras. Él alzó la mano y se cubrió la boca, a lo mejor porque también les temía a sus palabras. Hizo dos fuertes, en verdad muy fuertes, inspiraciones de aire y apretó el cuaderno en una de sus manos. Lo deslizó en la mesa, y se llevó las manos al cabello.

—Cuando nos conocimos —dije, pero él me dio la espalda, así que me adelanté hasta encontrarme a unos pocos pasos de su presencia—, no te conté

la verdad. —Revisé lo ancho de su espalda e intenté poner mi mano allí. No obstante, como me temblaban los dedos y sentía el sudor frío que surgía de ellos, deseché la idea—. En sí, te conté cosas muy básicas, Javier. Pero en ese cuaderno encuentras la verdad; por ejemplo, los lugares a los que va cada cliente cuya identidad no quiere ser de la opinión pública. Yo... —Tragué saliva, preguntándome cómo se iba a tomar lo que diría a continuación.

—Sí te das cuenta de lo que hiciste, ¿no? —me espetó, al volverse—. Cassandra, no debías de...

—Te lo pedí por favor y no me hiciste caso, imbécil —lo reñí. Él palideció un par de segundos. Apretó las mandíbulas, echó la cabeza atrás y se mordió el labio inferior después—. Más de una vez te supliqué que lo dejaras y pensaste que era un capricho mío.

—Porque me mentiste —se defendió—. En la casa de Mireya me mentiste, y por eso...

—Da igual, Javier. Está hecho —dije.

Nos miramos, atentos cada uno y sumergidos en las facciones del otro. Él parpadeó y desvió la vista. Su semblante se contorsionó en una mueca de desprecio, y por alguna razón —divina o no— supe que no era por mí. Supe que, lo que estaba viendo en él, era el sentimiento que le provocaba saber lo que yo había hecho.

Ahora tenía que convencerlo de que era por mí más que por él.

—Estás loca —dijo.

—Tú también —le respondí.

Volvió a pasarse la mano por el cabello, esta vez desestabilizándolo más. Fue hasta la sala que había detrás del recibidor y se recargó en el apoyabrazos de un sofá.

—Por esto mismo te dije que te fueras —murmuró. Me miraba, sí, pero con las cejas centradas en la frente en expresión de exaspero—. Yo sé, Cass, que todo lo que te dije te hirió. Pero...

—Vamos a hacer un trato —lo interrumpí, acercándome a él hasta colocarme casi en mitad de sus piernas abiertas—. Yo te digo *todo* lo que sé, pero cuando acabes, cuando termines de hundir a los Torales si eso es lo que quieres, me dejas ir sin impedimentos.

—Puedes irte ahora. No hay necesidad de esperar. Ya te lo dije —refunfuñó.

Haciendo uso de todo mi dominio personal, me saqué la blusa por encima de la cabeza. Antes de poder mirarlo, antes de poder ver cómo su rostro se

mostraba confundido ante mi reacción, me di la vuelta; la posición que tenía iba a dejar *mi marca* perfectamente visible a sus ojos.

Tardó unos cuantos minutos, pero cuando por fin lo hizo, cuando por fin vio el tatuaje que tenía en la espalda baja, sentí la suavidad de la yema de su dedo acariciar los contornos, quizás, de la mariposa. Sentí, además, el calor de su cuerpo al erguirse y quedarse justamente a mis espaldas, con mis omóplatos recargados en su pecho.

Él colocó sus dos palmas en mis hombros y, al ver que yo intentaba alejarme un poco, me obligó a permanecer estática junto a él.

—Si me voy no hará ninguna diferencia. Me ahogaré en mis culpas por no dar la cara frente a algo que los dos hicimos —hablé, en voz baja y distante.

—No pienso permitir que te metas más. Menos por mí.

—Engreído —suspiré—. No lo hago *solo* por ti. Lo hago también porque estoy cansada de vivir con miedo. Y, si algo va a pasar, que sea de una buena vez.

—¿Por qué no te vi eso antes? —señaló, acariciando el tatuaje de nuevo.

Ya estaba volviéndome. Aún no me ponía la blusa y, al tiempo que me la acomodaba en las manos para hacerlo, negué, sonriendo como una tonta el evocar aquel recuerdo.

—Estabas encima de mí. No tenías manera de verlo —dije.

El recuerdo de sus caricias sobre mi piel era insoportable, así como la sensación desesperante de que estaba a un paso de mí y de que no podía tocarlo. En ese instante, y a pesar de todo, me vi añorando su toque una vez más, como cada día que nos veíamos en el periódico, cada mirada, cada gesto que viniera por su parte; todo me calaba tan profundo si venía de él, ya fuera de forma negativa o positiva, que me tenía aterrada de lo que pudiera hacer conmigo.

Entonces le di razón a Pamela; si no cuidaba mis sentimientos, era muy probable que acabaría peor que en mi anterior vida.

Javier, por supuesto, ni siquiera se imaginaba que a mí me pudieran hacer daño sus expediciones justicieras. Así que, desde que me había dicho sobre la amenaza de Vinnie, entendí que era mi deber el enseñarle hasta dónde podía mi antiguo jefe llegar con tal de salirse con la suya.

El príncipe tenía que entender que era demasiado tarde para retroceder. Vinnie sabía que yo estaba interesada en él, e iba a usarlo en mi contra de la misma manera que pretendía usarme a mí.

—¿Y qué más quieres aparte de que te deje ir? —susurró.

No lo dijo, pero yo sabía que le costaba mucho aceptarlo. La intensidad con la que me miraba no tenía punto de comparación con ninguna anteriormente, lo que hizo que, en mi interior, comenzara una batalla escarnecida: frente a frente, sin mentiras de por medio, lo que había entre nosotros, lo que estaba surgiendo, era capaz de hacer que me olvidara al menos por unos segundos de lo que había afuera.

Abrí los ojos, a sabiendas de que estaba a punto de...

—Que no involucres ni mis sentimientos ni los tuyos —me forcé a decir.

—Olvidalo —se rio.

Puse los ojos en blanco, enojada por su manera de sacarle la vuelta a mis palabras. Con su sonrisa, se le formaron dos pequeños hoyuelos en las mejillas; y esa era la mueca que me derretía: porque parecía sincera, desinhibida, pura.

A pesar de estar sonriendo, y de que me gustara tanto cómo lo hacía, quería azotar mi palma en su mejilla para que no se burlara más de mí.

—No hace ninguna gracia —mascullé—. Estoy hablando totalmente en serio. —Levanté mis manos con la intención de ponerme la blusa. Él observó, con una ceja enarcada, mi ademán y, como para impedir que lo hiciera, me abrazó en toda la extensión de sus brazos, aprisionándome en contra de su pecho. Cerré los ojos al sentir que no podía mover las manos y que las tenía, con la blusa arrugada, pegadas a mi pecho—. Suéltame. Te digo que no estoy para bromas.

—Yo tampoco. —Su gesto se tornó serio de pronto. Me apretó aún más y añadió, mirando mi boca esta vez—: Pero, Cass, es muy tarde para que me pidas eso. Date cuenta.

—Tú papá dice que es un capricho —murmuré.

Un escrutinio severo por su parte.

Un salto por parte mi corazón, que latía, eufórico, en mi caja torácica.

Javier me liberó de una de sus manos, como para probar si yo iba a moverme y, cuando no lo hice, me acarició la mejilla; mi cuerpo, pendiente de sus dedos, y su palma ancha, se inundó del calor que emanaba por todos lados y del olor a loción masculina que venía desde su ropa; su otra mano, que hasta entonces había estado en mi espalda alta, descendió en un movimiento lento y arrastrado por mi columna; luego la puso en mi cintura, y de un tirón me repegó contra su cadera.

—Cualquier hombre viril es incapaz de no encapricharse contigo —susurró. Me besó la línea que se formaba entre mi cuello y mi quijada y,

rozando mi piel con sus mejillas recién afeitadas, continuó (yo todavía tenía los ojos cerrados y sentía, con mayor fuerza, sus caricias y apretones que eran *muy* sugerentes)—: Pero yo no te menté cuando te dije que eras para mí. Esa era mi intención. Lo sabes. —La punta de su nariz frotó la mía—. Oye... —Su dedo pulgar hizo un movimiento circular en mi labio inferior, separándolo del superior—. ¿Podrías, por favor, abrir los ojos? Habla conmigo... Cass...

Le obedecí. De manera que, al encontrarme suspendida entre su mirada, su excitación evidente y el calor que le imprimía a sus caricias, sentí que las piernas me fallaban.

Hice lo que pude por resistirme, pero estaba claro que él no solo me gustaba. Estaba claro que yo había cruzado la línea entre la seguridad emocional y la salud mental, que no era solo su cuerpo lo que me tenía allí, a merced suyo, y que no tenía ninguna voluntad para alejarlo. En cuanto rozó mis labios con los suyos, en apenas un leve atrevimiento, relajé el cuerpo para que entendiera que no iba a rechazarlo.

—Si vas a hacer esto —dijo, su aliento golpeando mis labios— por favor déjame cuidar de ti.

—Lo único que quiero es que me digas que estás dispuesto a sufrir las consecuencias —le pedí, rogando al cielo porque dijera que no, porque aquello implicaba que, al final de todo, uno de los dos saldría perdiendo—. Dímelo.

—Soy consciente de lo que hago, Cassandra, y de lo que quiero —afirmó.

Le di un beso casto, que él interpretó como una luz verde sobre mí, porque apenas rozarnos, devoró mi boca con la suya y retrocedió un poco para sacarme la blusa de las manos. Cuando me vi liberada de mi amarre auto-infligido, rodeé su cuello con mis manos y hundí los dedos en su cabello, a la altura de su nuca.

Me pegué más a él porque quería sentir que, al menos en ese momento, nada iba a salir mal.

Yo esperaba que lo de Javier siguiera siendo una atracción sexual muy fuerte ya que, si sus sentimientos se incrementaban, la decisión que acababa de tomar nos iba a costar carísima.

Él no lo sabía, pero yo ya sentía cosas mayores a un simple deseo. Por eso podía ver, con mucha más acritud, lo terrible de la situación. Javier no. Él no podía porque estaba gobernado por emociones ajenas al amor; cuando por fin lo entendiera, cuando por fin se partieran su cerebro, su corazón, su alma,

porque ya no los sentiría suyos, entonces iba a poder abandonar, sin pensárselo, luchas como aquellas.

Luchas que, usualmente, terminaban con una masacre.

Las yemas de sus dedos me quemaban en la piel. *Todo* de mí ardía de ganas porque no se detuviera, aun cuando sabía que este no era el momento de consumir nada. Mis dedos, puestos en contra de su pecho, apretaron la tela de su chaleco; los botones me estorbaban, pero, haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad, los mantuve a raya.

Una de sus manos había ahuecado mi trasero, de manera que me hacía pegarme a su entrepierna con más insinuación. Su boca, que no había dado tregua alguna a mis labios, se movió de pronto por la línea de mi mandíbula, hasta poder descender a mi cuello y mi hombro. Allí, no sin atrapar mi piel entre sus dientes, se detuvo unos segundos.

Sujetó el tirante de mi sostén y lo bajó a un lado de mi brazo, para dejar al descubierto mi seno derecho. Entonces me estremecí, ladeando la cabeza para impedirle que continuara. Él levantó la mirada un instante y pude ver sus pupilas dilatadas por el deseo, la boca rojiza por el ejercicio ininterrumpido de besos y las mandíbulas apretadas por la tensión que, era seguro, mi nerviosismo le provocaba.

—No va a pasar nada que no quieras —musitó, depositando un beso rápido en mis labios—. Solo... —Agarró mis dos muñecas con sus manos y me hizo rodear su cuello—. Déjame besarte, ¿sí?

Parpadeé varias veces seguidas y sacudí la cabeza a modo de aceptación. En respuesta, Javier me estrechó en sus brazos hasta que mi seno rozó la tela de su ropa y, en consecuencia, me causó un dolor punzante en la cima. Respondí a su siguiente beso con más ímpetu, abriendo la boca para que pudiera acariciar con la punta de su lengua la mía.

Sentía cada señal de excitación que su cuerpo lanzaba. Y, minuto a minuto, mi cuerpo me exigía que me pegara más al suyo como si realmente estuviera acostumbrado a percibir su calor; la invasión que sus manos llevaron a cabo apretando mi cadera en contra de sí, me sacó un gemido que acabó muriendo en su boca.

El sonido solo provocó que su efusividad se hiciera más tangible.

Abrí los ojos y me aparté unos centímetros. Bajé las manos hasta su pecho

y comencé a desabotonar su chaleco. Él observó mis movimientos con cuidado, pendiente de cada botón que salía por el ojal y liberaba su tórax de la prenda. Luego, ya que le había quitado la corbata, y abriendo los botones de su camisa, me di cuenta de que aún recordaba cómo se sentía tenerlo en mí, y me encontré añorándolo un punto más.

—Me muero por ti, Cass —susurró, en un beso más suave y lento que los anteriores.

No dije nada; pero no fue porque no quisiera hacerlo, sino porque acalló mis intentos de hablar con sus labios. De pronto, levantó las manos hasta poder acunar mi rostro entre ellas. Él se levantó del apoyabrazos y me arrastró unos pasos hasta que mi trasero golpeó el filo de la mesa donde yo había dejado mi bolsa.

De un movimiento firme pero delicado, Javi me ayudó a sentarme en la mesa, dándome un tirón en los muslos. Así se aseguró de que abriera las piernas lo suficiente como para que pudiera colocarse en la mitad. Y volvió a besarme en seguida, mientras deslizaba su mano derecha a través de mi cuello, mi hombro y mi brazo.

Pronto, sin esperármelo, la sensación de dureza en mi seno fue incrementándose, cada vez que su pecho, con la camisa desabotonada, pero presente, se pegaba a mí. El calor me invadía las mejillas. Había una deliciosa pesadez en mi centro, como si estuviera resintiendo la fricción de su cuerpo en contra del mío. Como si pudiera sentir los centímetros de tela que nos separaban.

Jadeé tras percatarme de cómo masajeaba mi seno, y cómo besaba la piel en mi clavícula.

Escuché que el teléfono en mi bolsa sonaba. Pero lo omitimos. Él continuó llenando mi piel cercana a mi pecho con besos más húmedos y más calurosos. El teléfono volvió a timbrar cuando Javi me hizo reclinar para, con más libertad, llevarse mi cima a la boca. Le acaricié el cabello en la nuca, incapaz de detenerlo mientras me torturaba con su lengua.

El maldito teléfono volvió a timbrar...

Y esta vez Javi se apartó, mirándome con el ceño fruncido.

—¿Quién es? —preguntó.

Con los labios entreabiertos, me encogí de hombros. Vi la desconfianza en sus ojos, por lo que me estiré de lado para alcanzar mi bolsa. Agarré el teléfono justo cuando la cuarta llamada de Valeria entraba en tono.

Toda la sangre que había acumulado en el rostro debido a la excitación, se

drenó de mis mejillas. Una sacudida de electricidad me recorrió la espina dorsal cuando miré a Javier otra vez, que esperaba con gesto paciente.

Apagué el teléfono sin decir nada, pero con la mirada clavada en otro punto que no fuera la suya.

—¿Me vas a decir qué pasa?

—Debería —susurré, obligándome a mirarlo.

En un acto de protección, y sin ganas de sentirme humillada por lo que pudiera pasar a continuación, me subí el tirante del sostén. Javier no reparó en ello, por fortuna, ni parecía enojado por la interrupción; de momento. Su expresión anunciaba únicamente preocupación y extrañeza.

No se quitó del lugar en el que estaba, lo que fue un alivio también.

—Si no me cuentas qué sucede no puedo ayudarte —aseguró. Levantó su mano de nuevo y me acarició la mejilla; al instante, con el calor de su palma y gracias a los círculos que trazó en mi mejilla con su yema del dedo pulgar, supe que tenía que comenzar a decir lo que había prometido.

—Estás equivocado —dije.

Con la cabeza ladeada, su mano todavía en mi cara y los ojos entornados, Javier masculló—: Permíteme, y vas a ver que sí puedo.

—No, no hablo de eso —sonreí. Él alzó las cejas. Intentó negar con la cabeza, pero dije, para que entendiera—: Vinnie es solo una pantalla. No es el dueño del negocio. —Sentí una fuerte incomodidad al tildarlo de aquella manera. Me repuse tras ver que Javier abría los ojos, impresionado por mis palabras.

—Lo investigué muy a fondo, hermosa, no comprendo...

—Valeria Torales. O El Listón Negro, como le dicen muchos —suspiré.

Javier dejó de mirarme. Puso las manos en mis hombros y se quedó pensativo. Me di cuenta de que quizás estaba analizando la información que él poseía acerca de Vinnie, y decidí no interrumpirle. Mientras tanto, fui abotonando su camisa. De un leve empujón le pedí que me permitiera salir, así que me bajé de la mesa y caminé hasta el sofá otra vez, para traer su corbata.

—No tiene sentido —lo escuché decir a mis espaldas—. Ella está limpia totalmente.

—Porque nada hay a su nombre salvo el restorán del centro —le dije, volviendo sobre mis pasos.

Se dio la vuelta para encararme. Ni siquiera tomó aprecio de que me había plantado delante de él. Por algún motivo, cuando levantó el mentón un poco y estiró otro más su cuello, aquel gesto se sintió incluso más íntimo que el de sus

manos paseándose por mi piel. Le anudé la corbata tan rápido que, en cuanto me miró, me sentí aún más febril.

Me sentí, además, atrapada allí, en su manera de observarme. Había una especie de devoción en la expresión de su rostro. Casi como si sintiera admiración por mí...

—He escuchado rumores acerca del mentado Listón Negro —comentó—. Pero nunca la pude vincular con ningún senador, Cass. Ni siquiera con el resto de funcionarios que tenía en la mira. Es...

—Te digo que no estás buscando en el lugar correcto —dije, firmemente, mientras le cerraba los botones del chaleco—. Valeria sabe cubrir muy bien sus pasos, y aparte... —Lo miré, dubitativa, para tratar de darle énfasis a mis palabras—. Su negocio no está limitado por fronteras, Javi. ¿Cuándo has sabido de que el diablo no haga viajes de larga distancia?

Una sonrisa de lado se formó en sus labios. Al sacudir la cabeza, y luego despeinarse el cabello del fleco, vi que había empezado a creerme, aunque sentí que no me había costado mucho. Imité su gesto de sonreír y di un par de pasos atrás para buscar mi blusa. Cuando la hallé, me agaché para recogerla del suelo y me la puse en dos hábiles movimientos.

Javier me miró hacerlo al tiempo que cruzaba los brazos.

—Entonces, ¿funcionará así? —dijo. Arqueé una ceja sin entender de qué hablaba—. Yo te hago preguntas y tú respondes. ¿Será así?

—Básicamente —respondí, un tanto divertida por la manera en la que me observaba—. Quiero ser lo más honesta que pueda contigo si así... Si tú...

—Explícame qué, con exactitud, fue lo que sucedió cuando me fui —aludió. Se me aproximó de dos grandes zancadas y volvió a sujetarme por los brazos, salvo que esta vez sentí que lo hacía para darme confianza. Lo logró de inmediato, sobre todo al decir—: Necesito saberlo por ti.

Le conté cada pedazo de recuerdo que tenía desde la vez que me había entregado el artículo sobre Gloria. A medida que avanzaba en los detalles respecto a las amenazas de Valeria, la presencia de Pamela y mi actitud frente a eso, el semblante de Javier cambiaba de tonalidades. Sus expresiones eran totalmente nuevas para mí, y tenían una intensidad que no creí verle jamás.

Nos sentamos en el sofá mientras yo continuaba y él me hacía más preguntas acerca de Valeria, de la manera en la que se manejaba con las chicas; de todo eso, lo más difícil era explicarle el modus que llevaba con ellas: porque eso me incluía a mí. Y hablar de mí, de mi estadía en esos lugares, con esa gente, era lo que menos quería hacer.

Él lo notó al instante, por lo que, como si fuera un mecanismo de su cuerpo, encerró mi mano entre las suyas y se la llevó a la boca. Con el acto me provocó calor en los dedos y una amarga sensación de pérdida.

Muy en el fondo, sabía que aquello era efímero, pero me permití saborearlo como si realmente fuera algo que merecía.

—No necesitas tenerle miedo —dijo, en el momento en el que uno de mis silencios reminiscentes hizo mella en mi pecho—. Por eso se aprovechan de ti, Cass.

—No lo entiendes —murmuré, quitándole mi mano y, tras cubrirme el rostro con ambas, me recargué en el sofá—. Los amigos de Valeria tienen lazos muy fuertes con otro tipo de criminales. Basta con que eches un vistazo en las muertes impunes; te enseñé su firma, utilízala para que busques en lugares en los que nunca te has atrevido: asesinatos, violaciones, trata de blancas. Sal de tu zona de confort —Todavía con la cabeza apoyada en el espaldar, lo miré; él estaba viendo hacia el ventanal del departamento, que daba salida a una terraza. Javi había recargado sus antebrazos en las piernas y sus manos se encontraban unidas fuertemente—. No te va a gustar lo que hay allí, pero tendrás muchos motivos para hundir a los Torales. Y, al fin y al cabo, eso es lo que importa, ¿no? Hundirlos a ellos.

Saqué, sin pretenderlo, la idea que más me carcomía de todo aquello. Él se incorporó de un salto, y me dio la espalda por completo. Cuando contorneó la sala y se asomó por la ventana, vi que su postura era más rígida que antes y que sus pasos hasta allá habían sido más controlados, como si estuviera a punto de...

—Me pones en una situación terrible —dijo, frotándose la cara de repente. Se giró en los talones. Sus ojos se posaron en los míos. Regresó al sofá y puso las manos a los lados de mi cabeza, y una rodilla junto a mi cadera en el sofá—. ¿Qué esperas que haga? ¿De verdad quieres que lo deje?

—Ya no, por supuesto. Es tarde para dejarlo —le espeté.

Alcé una mano para acariciarle el mentón. Había señales de una barba, pero su cara parecía limpia de vello facial. Cuando puse la mano en su mandíbula, él cerró los ojos y ladeó la cabeza para, quizás, saborear mi toque. Me hizo estremecer su acción, así que llevé mis dedos a sus labios.

Estaba hablando en serio: había cruzado la línea. Había tomado la decisión de hacer que Vinnie explotara. Que sacara, frente a Javier, el monstruo que residía en su interior. Y de esa manera asegurarme de que, en un futuro lejano, Javi supiera elegir sus batallas; a lo mejor no por mí. Tal vez

por alguien más. Tal vez, simplemente por él mismo.

—Quiero que sepas *todo*, para poder irme —susurré.

Sus ojos se abrieron de golpe. Clavó la mirada en mí y apretó los labios.

—Estás decidida, por lo que veo —sonrió, mordaz.

—Mucho.

—Bueno —dijo de pronto—, si lo vamos a hacer así, necesito pedirte un favor.

Adoptó una postura más cómoda, poniéndose de pie. Después, me ayudó a erguirme extendiéndome la mano. Lo seguí, pensativa, y me quedé frente a él al notar que no se movía de su sitio.

Justo aquí, decidí no ceder ante él, ante eso que brillaba en sus ojos; decidí no flaquear y demostrarle que, si de terquedad se trataba, yo podía plantarle cara cuando quisiera.

—Jamás vuelvas a pedirme que te recoja en un hotel, si el bastardo ese estará ahí —dijo.

Utilizó, como siempre, *ese* tono.

Asentí, sin poder evitar la risa. Él no estaba divertido, así que le dije—: Lo lamento. Yo estaba saliendo cuando llegó. —Respiré profundo—. Tampoco quiero que lo tomes personal...

—Tratándose de ti siempre será personal, Cassandra: grábatelo en la cabeza.

—Te enojas con mucha facilidad —lo provoqué.

Javier rodó los ojos y, tras chasquear la lengua en contra de sus dientes, me atrajo hasta que choqué con su cuerpo. Tan rápido como me envolvió en sus brazos, sentí que, al menos en ese momento, el abismo siempre abierto entre nosotros, se acortó en consideración.

Puse las manos en sus bíceps, mientras él me decía al oído—: Tú sacas lo peor y lo mejor de mí.

—¿Lo peor por qué? —pregunté, acobardada por la cercanía de su voz.

Un gruñido de diversión brotó de él, pero masculló—: Solo digamos que soy un poco territorial.

Volví a reírme. Eché la cabeza atrás para mirarlo directamente a los ojos. Él me devolvió la mirada, pero tenía un gesto serio en el rostro.

—No soy un pedazo de tierra, Javier —me obligué a decir.

—Claro que no. —Se agachó para besarme. Y al separarse agregó—: Eres todo un mundo.

Aquel comentario no mejoraba la imagen de mí encajando en su alusión

sobre el territorio; sino que lo empeoraba todo.

Estaba demasiado convencida de que, llegado el momento, podía irme sin mirar atrás. Pero sus actitudes tan contradictorias hicieron que mi corazón diera un salto en mi pecho y que mi mente se imaginara miles de escenarios; todos, para mi desgracia, acababan conmigo perdiéndolo a él, como si realmente pudiera acceder a ese tipo de sueños.

Como si fuera capaz de lidiar con alguien como él...

Tan defectuoso y al mismo tiempo tan limpio.

*

Cuando me desperté, el jueves luego de que Javier y yo estuviéramos en el departamento de su madre, todavía no amanecía. Así que me metí a bañar, me cambié para el trabajo y me dispuse a preparar un desayuno rápido, para no tener que comer nada en el periódico. Pamela se levantó justo en el instante en el que me estaba terminando el primer sándwich.

Le di otro a ella, y comenzó a engullir de forma desperezada.

Habíamos hablado muy poco esos días sobre lo ocurrido. Por eso atribuí sus miradas extrañas a que probablemente estaba esperando a que le contara.

—¿Qué crees que haga Vinnie? —preguntó por fin.

No tenía muchos ánimos de responder, pero aun así le espeté—: No tengo la menor idea, y sinceramente ya no me importa.

Ella me miró con escepticismo. Era obvio que no lograba creerme, e incluso a mí me costaba hacerlo. Pero me mantuve estoica, comiendo mi segundo sándwich.

Pamela comenzó a contarme que tampoco lo había visto a pesar de que le había mandado la dirección de su cita del martes. Yo me quedé pasmada cuando habló de que le habían agendado una salida con cierto hombre dueño de una cadena de restaurantes bastante conocidos en la ciudad, y en la República.

No prosiguió por ese lado porque cambió de plática muy rápido.

—Y... ¿cómo se lo tomó Javierecito? —inquirió.

Dio un sorbo de mi vaso de jugo, y me miró con apreciación.

—Se enojó mucho —dije.

No le di demasiada importancia, pero Pamela contestó, a pesar de ello—:

A ningún hombre le gusta que otro toque le suyo, cariño. ¡Era obvio que se iba a enojar!

—No *soy* de él —sentencié.

Los ojos de Pamela se entornaron. Capté un dejo de diversión en su manera de escrutarme. Hice como que no me había dado cuenta, pero la verdad era que sí me incomodaba el que me mirara así.

—Ya estuviste con él, ¿no? —inquirió.

—Qué te importa —le dije.

Me había impresionado que no tuviera nada de pudor. Sin embargo, traté de tomarlo por el lado amable. Pamela sabía mucho del mundo, y era una mujer que le llamaba a las cosas por su nombre, sin sentir vergüenza. Su estilo de vida le había dado la experiencia suficiente como para empezar, a esas alturas, a disfrazar las cosas.

Yo tenía la certeza de que, si me hablaba así, no era porque tuviera intención de amedrentarme, sino porque esa era su forma de ser.

—No tienes que mentir para que yo sepa que ya te has metido en su cama —se rio—. Te pones roja como un tomate como si fueras virgen. Y, bueno, creo saber que en el amor sí que estás en ceros.

—¿Y acaso tú no? —la apremié.

Volví a beber de mi jugo, preguntándome si era bueno que llevara la plástica por aquellos rumbos. Como era de esperarse, a Pamela no le importó, y se acomodó en la silla en la que estaba frente a mí.

—En algún momento amé al padre de mis hijos —dijo—, pero lo tuyo es diferente. Te llevo quizás ocho años. Tal vez más. Se nota que no sabes de sentimientos más que de latín.

Agaché la mirada, confundida por su manera de comparar las cosas.

Quizás había algo de verdad en sus palabras: siendo Gloria, me había limitado a las cosas que no le incumbían a mi corazón. Me había encargado de lapidar todo cuanto pudiera hacerme daño y resguardarlo lejos de los Torales; también, segura de que era lo mejor para mi estabilidad emocional, había mostrado mi cara de indiferencia si se trataba de mi cuerpo.

Pero con Javier las cosas eran distintas. A él, si me lo pensaba mejor, no le había dado paso solo a mi sexo, sino que, en aquella cama y en sus brazos, había desnudado mi alma por completo. Lo cual me dejaba a su merced.

—Estaba segura así, sin sentir nada —confesé—. Con Javier no tengo que usar una armadura porque me mira extraño. Como nunca me había mirado nadie.

—¿Y ya se lo dijiste?

—¿El qué? —me extrañé.

Pamela hizo una mueca, y sonrió.

Miró al techo como si estuviera pensando en si decirme o no lo que estaba pensando. Al final, se decantó por ser sincera. O eso pensé yo.

—Estás enamorada de él, tonta —dijo. Su tono no era uno que se pudiera catalogar como burlón, sino todo lo contrario. Y lo confirmé cuando le escuché decir—: Yo no soy experta, pero sí te advierto que, cuando ese hombre se enamore de ti, no te va a dejar ir a ningún lado.

—Pues más le vale que no se enamore —respondí, con recelo.

No me agradaba escuchar de otros labios el hecho de que Javier, en estos momentos, no estaba tan prendado como yo de él, pero era la realidad y yo lo sabía. Yo sabía perfectamente cuánto de sí mismo había dado, y sabía que no estaba ni en la mitad de su capacidad de sentir.

Mis defensas, por el contrario, habían caído tan pronto como me encontré con él, aunque ya era consciente de que no había sido una casualidad.

—Si quieres mi consejo —murmuró Pamela, colocando los antebrazos en la superficie del desayuno—, no te acuestes con él para que no lo haga. De otro modo, estás perdida.

—No tengo intención de... dormir con él —Una sonrisa se formó en sus labios. La vi negar y vi que echaba la espalda en la silla—. Hablo en serio.

Sin poder controlarlo me sonrojé. Y ella lo notó a tiempo, porque se carcajeó de mí en el acto. La ignoré todo lo que pude pero me fue imposible no sopesar lo que me había dicho.

El lunes que habíamos estado solos... lo hubiera hecho de no ser por las llamadas de Valeria. Mi teoría acerca de mis defensas era cierta: no tenía ninguna. No me podía defender de lo que Javier me hacía sentir. Frente a todas las cosas que me gustaban de él —y también las que no me agradaban tanto— me encontraba sin un lugar de refugio.

—Pero quieres, ¿verdad? —insistió Pamela.

Me encogí de hombros, avergonzada.

—Cambiemos de tema, por favor —le pedí.

—¿Cómo es? —Alzó las cejas y se mordió un labio, el inferior.

La observé unos segundos, tratando de calmar mi interior. Ella no podía pretender que le dijera eso. No tenía derecho... y, sin embargo, apenas hacerme esa temeraria pregunta, un sinfín de recuerdos atenazaron mi pecho e hicieron que recordara todos los detalles que me hacían enloquecer de él.

Especialmente su abdomen, su barbilla y su voz.

—Deja de hacerme ese tipo de preguntas —supliqué.

—Solo hay dos maneras, Cassie —murmuró, pareciendo muy divertida—.

Di una u otra y ya está.

Bajé de la silla y me volví hacia la cocina, llevando mi plato para lavarlo. Pero escuché los pasos de Pamela, que se adentró hasta recargar la cadera en contra del granito de la alacena. No la estaba mirando y, aun así, pude sentir su mirada penetrante; por el rabillo del ojo vi que se había cruzado de brazos y que esperaba, paciente, a que la mirara.

—Déjalo por la paz —dije, en voz tan baja que hasta a mí me costó escucharme.

—¿Sabes de qué me di cuenta? —preguntó. Como no respondí, ella tomó el silencio por oportunidad otorgada—: Javier tiene las manos grandes.

Al principio, me costó entenderle. Al siguiente momento, no obstante, cerré el grifo del lavado porque me había hecho sentir muy, muy incómoda al hablar así de esas cosas.

Aún no podía hablar de Javier como si hubiera estado siempre en mi vida, en mi entorno, y discutir nada de él, de su cuerpo, me era imposible; ni siquiera en mi mente me sentía digna de evocarlo.

¿Por qué habría de sentirme bien hablando de... sus manos?

—¿Qué hay con eso? —carraspeé.

Pamela se carcajeó otra vez.

Yo tomé mucho aire y me di la vuelta para limpiar manchas invisibles en la mesilla.

—Ya sabes lo que dicen de los que calzan y palpan en grande. —Giré para verla a los ojos. Ella sonreía como si acabara de contar el mejor de los chistes. A mí no me parecía gracioso para nada, y por eso la evadí y seguí limpiando, ahora el desayunador—. ¿Es así, Cass?

Mi cara ardía por la pena. Pamela, era seguro, se había dado cuenta, por eso insistía con tanta energía.

Me moví al otro lado del desayunador y recogí los utensilios regados. Pam volvió a sentarse en su silla, mientras me observaba.

—De verdad no tengo intención de hablarte de los atributos de Javier —dije.

Había tratado de aparentar firmeza, pero el solo insinuarlo hacía que mi pecho se violentara lo suficiente gracias al recuerdo. De verdad tenía muchas ganas de estar con él, pero no se lo iba a decir a ella.

No pensaba hablarle de lo mucho que había querido tocarlo desde que me había encontrado con él.

Tampoco pensaba aceptar que sus besos eran para mí como un premio en el que no había invertido nada. Y que, cada vez que me miraba, me sentía deseada por lo que era; un ser humano con sentimientos propios, alguien capaz de valer más por lo que piensa y no solo por el tamaño de su escote.

—Ya. Dime: ¿hace el amor o coge rico?

Alarmada por su expresión, la miré y la reñí—: ¡Basta ya! ¡En serio!

—Entonces es malo en la cama. —Volvió a morderse el labio. Puso un codo en el desayunador y entrecerró los ojos, esperando mi respuesta.

—No, no, pero...

—Pero, ¿qué? —Mientras aumentaba su sorna, mi nerviosismo también.

Hacía calor y yo vestía de manera apropiada para él, pero la alta temperatura de mi cuerpo no disminuía.

—No voy a usar esas expresiones con él —me sinceré.

—¿Ninguna de las dos? Porque déjame decirte que, si no te hizo el amor, en ese caso no hay nada de especial en él, y si no te cogió como Dios manda pues es que es malo... Ahora sí, ¿cuál fue?

Hice un último esfuerzo, pero la risa no remitió.

—Eres imposible...

—Anda. ¿Qué tal fue? —preguntó.

Evadí su mirada, pero dije, finalmente—: Javier es... exquisito. —Me peine el cabello hacia atrás, para impedir que mi calor aumentara—. Y, tanto si fue con amor o si fue sexo bruto, me encantó. Se metió debajo de mi piel y eso es todo en lo que puedo pensar. Tampoco es que lo hubiera podido evitar si se comporta como nunca nadie lo ha dicho conmigo.

—Pero estás aceptando que es un bruto, ¿no? —dijo Pamela.

Entonces me atreví a mirarla.

—Digamos que está... entusiasmado conmigo.

—¿Lo embrujaste? —Sonrió más lánguidamente. Yo me encogí de hombros—. Eso se nota a leguas. Por eso me preocupas.

Me fue fácil entender a lo que se refería. Yo estaba un paso lejos de la seguridad emocional, pero tenía la suficiente fortaleza. Sin embargo, si mis sentimientos seguían creciendo...

—Alguno de los dos va a perder —murmuré, resignada—. Y prefiero ser yo; estoy acostumbrada a recoger y unir mis trozos.

—Hazme caso: no vuelvas a acostarte con él. Ayúdame a dejarte ir cuando

llegue el momento, Cass.

Segura de que ya no podía avergonzarme más, me di la vuelta y fui a mi habitación para terminar de arreglarme. En menos de media hora comenzaba mi jornada de trabajo y, aquel día, había quedado de ir a comer con Javier para responderle un par de preguntas: porque se había dado a la tarea de investigar más a fondo a Valeria, como yo le había sugerido.

Pamela me despidió con una sonrisa en los labios, cuando ambas salimos del departamento; según ella, tenía unos asuntos que atender. Por supuesto, yo no le había preguntado a qué se debían porque me hacía una idea.

Antes de llegar al enorme edificio del periódico, me detuve en la entrada para revisar mi celular, puesto que lo sentí vibrar en mi bolsillo. Mientras tecleaba una respuesta rápida a Mireya, que me preguntaba si había desayunado, sentí la calidez de una palma en el hombro; un tanto desconfiada, me moví para encarar a quien quisiera hablarme.

—Llegas temprano —musitó Mauricio, sonriendo con todos sus dientes—. ¿Es que acaso te hiciste adicta al trabajo tan pronto? —preguntó él, sin dejar de sonreír.

—No me di cuenta de que todavía restaba tanto para comenzar —dije.

—Escucha, Cass —murmuró. Su tono se había suavizado más de lo común, y de inmediato lo atribuí al hecho de que Javier y yo ahora teníamos una especie de acuerdo; el hombre al frente no parecía tener muy en claro lo que iba a decir a continuación, pero dijo, aun así—: Sé que no es indicado que te lo diga, pero... yo...

Una voz familiar resonó a mis espaldas, y la cara de Mireya apareció en mi campo de visión, Nico la acompañaba, tan cándido como siempre. Se aproximaron a nosotros con gestos desinhibidos. Ninguno notó que Mauricio adoptaba una postura un tanto tensa, pero entonces, con su andar firme y seguro de sí mismo, Javier salió a través de la puerta del edificio.

Como casi siempre, traía el teléfono en la mano, pero se lo guardó en cuanto estuvo parado frente a mí. Él, al contrario de los otros dos, sí se dio cuenta de que Mauricio se hallaba a mi lado, en silencio y observando la escena como si le hubieran interrumpido. Javier enarcó una ceja, confundido, y mejor dicho, curioso, pero no dijo nada.

Se volvió hacia mí.

—Van a venir a traerme un paquete —susurró. Tal vez pensó pasar desapercibido, pero a mí me resultó un acto con cierto grado de posesión; porque rodeó mi cintura y se encargó de acercarme un poco más a él: un acto

que marcaba más espacio entre su primo y yo—. ¿Crees que puedas recibirlo?

—Estoy en la recepción —dije, conteniendo una risa irónica.

—Lo sé, pero esto es algo personal, y te incumbe —señaló, al tiempo que analizaba mis facciones.

Mireya le hizo una pregunta que no entendí a Mauricio, en referencia de cierta persona que había sido despedida en la imprenta. También le preguntaron por el viaje que haría pronto. Como si eso hubiera llamado su atención, Javier hizo una mueca y clavó la mirada en su primo. Parecía que había recordado algo.

—Te dejé los boletos en el escritorio —lo tranquilizó Nico, que luego se dirigió a Mauri para decirle—: A ti te los di ayer, si no me equivoco.

—Sí, sí —aceptó su primo. Miró su reloj de pulsera y nos echó un vistazo—. ¿Van a desayunar? Me muero de hambre...

Era muy temprano, pero me dije que ese debía de ser un hábito de ellos.

—Tenemos una cita en veinte minutos. Almorzamos al terminar —se disculpó Javier. No había ningún tono de recelo para con Mauri, pero su cara anunciaba cierta incomodidad—. Te llevas el paquete a tu casa, por favor. Cualquier cosa me llamas. En la agenda de la recepción está mi número personal.

Se inclinó para besarme la mejilla y esbozó una sonrisa antes de apartarse y empezar a caminar al interior del edificio de nuevo.

Mauricio se despidió con un asentimiento y se fue detrás de Javier. Por la manera en la que me miró antes de hacerlo, me vi obligada a buscar a Nico y a Mireya con la mirada, preguntándome si se habrían dado cuenta.

—Ni te alarmes. A Mauri siempre le ha gustado jugar con fuego —se rio Nicolás.

—Pobre de él —ironizó Mireya.

Los dos trataron de convencerme de que fuera con ellos a su restaurante habitual. Pero les hice ver que, si ya había ingerido algo antes de venir, no tenía caso. Además, no podía permitirme estar ausente en la recepción si acaso el paquete de Javi llegaba: y yo tenía el presentimiento de que se trataba de algo acerca de los Torales.

Si no, no hubiera dicho que me incumbía.

Volví a sentirme presa de la incertidumbre mientras recordaba la manera en la que Mauri me había abordado, y el cómo Javier, en el acto, se había dado cuenta de su expresión apenada. Sin embargo, traté de apartar mis pensamientos de la idea —ridícula— que comenzó a danzar en mi mente.

Ya tenía suficientes cosas en las cuales pensar, y que el primo de Javi me hubiera prestado ese tipo de atención, no tenía por qué ser importante.

Me dije que tenía que respirar profundo e ignorar el martilleo constante de mi corazón. No podía sucumbir a la extraña sensación que había nacido en mi pecho tras ver a Javier esta mañana en el periódico: se lo veía raro para conmigo. Acompañado de Mauricio, no se dirigió a mí más que para pedirme su correspondencia. Lo cual, aunque me costase admitirlo, se sintió como una fuerte bofetada de realidad.

Había tratado de entenderlo, pero aquel comportamiento suyo no cobraba sentido por más que intentara dárselo. Respiré hondo por enésima vez desde que, Mireya y Nicolás, habían llegado media hora antes. Estábamos sentados en mi sala y ellos conversaban ávidamente sobre un exabrupto que se había llevado a cabo en el área de publicidad. Según esto, porque alguien había filtrado información en el canal del que el periódico era propietario.

Aquello significaba, según Nicolás, una larga lista de despidos.

—Cass podría presentar una solicitud para esa área —dijo Mireya, sacándome de mis cavilaciones.

Le di un sorbo a mi té helado y alcé la mirada hasta ella, que también me veía, pero con un gesto expectante en la cara.

—Yo no soy publicista, Mireya —le dije; era verdad:

—Pero tienes una licenciatura y un posgrado —replicó ella.

Nicolás nos miraba a una y otra, divertido. Cuando entorné los ojos, Mireya me contempló con suficiencia y, a duras penas, desistió de sus increpaciones. Yo recitaba internamente mi mantra: *esto es temporal, no voy a quedarme*. Y así lo repetí mientras Nico continuaba hablándonos del problema que había surgido en su casa durante la cena en la que Mauricio había presentado a su novia, casi mes y medio atrás.

A pesar de que fingí indiferencia, me intrigó que el primo de los muchachos sí estuviera en una relación; lo que me llevó a pensar que las mías eran imaginaciones producto de la desconfianza. Contuve la respiración por varios segundos. Mireya se levantó, disculpándose para ir al baño.

Entonces, y haciéndose un hueco junto a mí, Nico preguntó—: ¿Tú cómo estás?

Hasta ese momento, no había parecido particularmente interesado en mis asuntos personales, los más íntimos y, aun así, su semblante serio y concentrado, no daba lugar a dudas de su preocupación. Me pregunté si Javier o Mauricio le habrían contado nada; primero acerca de las flores, luego sobre Vinnie.

Me encogí de hombros para sentir el ácido acumularse en la parte trasera de mi garganta.

—Pues Javi está fatal —resopló Nico, echando la cabeza atrás, en el respaldo—. No lo calienta ni el sol, y lo peor de todo es que no sé cómo ayudarlo. —Me miró, suspicaz, y entornó los ojos—. ¿Tuvieron otro pleito?

Negué con la cabeza, mirando a la nada; el vacío a mi alrededor era tenso. Nicolás no lo sabía, pero sus palabras, cuyo objetivo era saber si yo estaba involucrada en el comportamiento de su hermano, me abrasaban la piel como si estuviera cubierta no con ropa, sino con brasas ardiendo.

Estaba más nerviosa que nunca porque en realidad no tenía la menor idea de qué ocurría con Javier.

Ni siquiera había ido a recoger el paquete, el cual había estado tentada de abrir. Pero, luego de decirme que no podría controlar ver cualquier cosa respecto de los Torales surgida de ese sobre-carta, decidí esperar a que fuese él quien lo abriera. Sacudí la cabeza y di un trago más a mi té, convencida de que mis terribles ganas de hablar no servirían de nada.

—Le conté un par de cosas que estoy segura le encantó saber —me reí.

—O sea que estás pensando mal de él, ¿me equivoco? —preguntó Nico.

—Tu hermano se portó como un patán con ella —intervino Mireya, sentándose frente a nosotros, pero en el suelo alfombrado—, es obvio que está pensando lo peor de él.

Suspiré.

Comenzaba a cansarme de que la gente supusiera mis sentimientos; si era Javier, me creía un vasito de cristal rompedizo e incapaz de hacer nada por sí misma. Si eran mis padres, pensaban que estaba destinada a cuidar de una casa y a criar hijos. Y, por lo visto, las personas a mi alrededor se habían formado una idea muy mediocre de la Cassandra que yo quería ser.

Aquella situación bastaba para que se dieran cuenta de que yo podía tomar al toro por los cuernos si me lo proponía.

—No me he permitido pensar algo rotundo acerca de tu hermano. —Estiré las piernas para fingir tranquilidad; nada más falso, pero sirvió como incentivo, y ellos se concentraron en oírme—. Todo está muy mal como para

ponerme a odiarlo solo porque me dijo la verdad.

—La gente que te quiere, y se preocupa por ti, no te echa en cara el pasado, Cass —se enojó Mireya. Su ceño estaba fruncido cuando la miré. Descubrí que esa recriminación se la había hecho quizás ella misma durante todo el tiempo que había pasado en su relación, a la que ella misma catalogaba como tóxica; me sentí más miserable aún al saber que me estaba comportando como una persona sin dignidad—. Es que Javier...

—Estoy enojada con él, sí —dije, interrumpiéndola—. Pero estaría mintiendo si dijera que, por unas cuantas palabras, lo que siento por él se ha esfumado así, sin más.

Era imposible. Yo no podía luchar con mis sentimientos; estos me habían sobrepasado. Y a Javier. Él tampoco podía lidiar con lo que teníamos encima, pero no quería reconocerlo. Mis acompañantes no se molestaron en bajar la voz mientras discutían el carácter de Javier: decían que siempre había sido así.

Nico no trató de justificarlo, por suerte, pero sí vi su semblante decaído. Le costaba aceptar que su hermano mayor era algo así como una caja de decepciones para mí.

—Si quieres que te sea sincero —murmuró—, tampoco me gustó que te ofendiera de aquella forma. Se lo dije. —Negó con la cabeza, apesadumbrado—. Sin embargo, lo conozco tal vez mejor que nadie y esto le está afectando mucho, Cass.

Quizás le estuviera afectando, pero era cierto que, después de decirme que guardara su paquete, un mes atrás, apenas y nos habíamos visto. Él salía con frecuencia fuera del estado y yo me moría por preguntarle qué se traía entre manos. No obstante, cada vez que andaba por el periódico, su indiferencia me había demostrado que no tenía intenciones de contarme nada y, a decir verdad, la idea de acercarme a instigarlo no era loable para mí.

—Si algo más sucedió —le espeté—, a mí no me ha dicho nada. Apenas y me presta atención.

—Es que...

En ese momento, y atajando la conversación de Mireya, el sonido de la puerta mientras se abría irrumpió en la sala. Una muy bien arreglada Pamela apareció en el umbral. Estuve a punto de sonreírle cuando la vi allí de pie, mirándome con una expresión aterrorizada.

El pecho se me comprimió. Algo parecido a la asfixia comenzó a apretujarse en mi garganta. No hice ningún movimiento, aun así. Al ver mi

gesto, Mireya se volvió para mirar también. Y como no reconoció a Vinnie y a su gorila, me miró de forma inquisitiva, con sus ojos clavados en mí con tanto filo que sentí el escozor de una pregunta no hecha.

Traté de levantarme, y de moverme, pero no logré reaccionar.

—Y tú me dices que este trabajo no te sentó de maravilla —sentenció Vicente Torales mientras se adentraba en el departamento, admirando las paredes, los acabados y la decoración minimalista—. El salario mediocre de México no te permitiría tener esto, *Glory*. ¿Por qué finges?

Volví a hacer un esfuerzo hasta que por fin logré incorporarme. Nicolás me imitó. Por un instante, me sentí agradecida de que estuviera allí. Pero al otro, tuve unas terribles ganas de maldecirme. Tampoco quería hacer partícipes de aquello a las dos personas que me habían brindado su amistad sin interés.

Dejé mi vaso de té en la mesa del comedor, y me abracé a mí misma, consciente de que no podía hacer nada para lucir entera. Fui, en cuestión de segundos, la reducción perfecta de algo que ha sido consumido por el fuego; lento, muy lento, hasta que solo quedaron las cenizas.

Había abierto los ojos tanto, que la vista se me nubló. Oí, sin prestar mucha atención, que Nico caminaba detrás de mí. Vinnie se lo quedó mirando...

—Espero que entiendan que quiero hablar en privado con mi chica —dijo.

Nicolás no respondió. Se puso a mi lado y colocó las manos en los bolsillos de su pantalón de mezclilla.

Pamela yacía petrificada contra la puerta. Tenía las manos detrás de la espalda. El gesto me pareció similar a uno que yo haría en caso de que me estuviesen temblando las manos. Sentí lástima de ella, y al hacerlo, me di cuenta de que Javier tenía razón en una cosa: yo era una cobarde.

Muchas veces, antes, había tenido la oportunidad de plantar mi cara de seguridad frente al monstruo, pero no lo había hecho. En aquel entonces, decidí que sepultar mis anhelos era mejor que afrontar una realidad que tampoco me gustaba vivir.

La cosa era que actualmente mi realidad me gustaba más, y a esta sí que no quería enterrarla en ningún lado.

—¿Qué quieres? —inquirí.

Vinnie no se movió. Miró por encima de su hombro y, el gorila del que no había tomado suficiente aprecio, se movió hasta mí. Me tensé al ver que movía la solapa de su cazadora para que viéramos el arma plateada que traía

consigo. Era el sujeto que había fingido ser mi portero, el tipo que me había sugerido el trabajo en el periódico.

Todos mis pensamientos se volvieron muy turbios. Y en el acto supe que ese simple ademán era una advertencia para Nico, no para mí.

—No queremos que hagas ninguna de las acciones que los Guízar acostumbran —sonrió—. Ahora, *Glory*. —Se movió de un lado a otro, sentándose con una pierna en el apoyabrazos del primer sofá que halló a su paso. Entonces dirigió su mirada a mis espaldas, a donde supuse que se encontraba Mireya. Le dijo, sin ningún titubeo—: No voy a demorar, cariño. —Se pasó una mano por el pelo ralo y sacudió su horripilante cabeza—. Lo mejor es que guardes tu móvil. Ella sabe lo que quiero y me lo va a entregar. ¿Cierto, *Glory*?

Sin saber qué hacer a continuación, evadí su mirada. De pronto, la mano del gorila me jaló por la muñeca hasta que me encontré a tan solo un metro de Vinnie. Continuaba aferrada a mí misma, rodeándome con mis brazos. Vinnie iba vestido como de costumbre: de traje, pero sin poder dejar atrás la ponzoña. Su barba cerrada, sus mejillas angulosas y las cejas aún más espesas, eran un monumento a la seducción.

Un día lejano lo había encontrado muy atractivo. Ahora solo me producía asco.

Como si mi propio cuerpo reconociera su presencia, me recorrió un estremecimiento. Las caricias de Javier palpitaron en piel como un latigazo muy, muy doloroso; comprendí que aquel era mi subconsciente diciéndome que no permitiera, por nada del mundo, que me tocara otra vez.

Y si intentaba hacerlo, ya no había cabida para el miedo. Ya no podía fingir que mi cuerpo era un objeto desechable y que solo importaba mi alma. El asco se incrementó cuando Vinnie soltó un suspiro, se puso de pie y de un solo tajo, impactó su enorme palma en mi mejilla derecha.

Escuché el borboteo de recriminaciones, insultos y demás por parte de los presentes. Vinnie, como me había tomado desprevenida, había conseguido que me desplomara en el suelo; mis piernas comenzaron a moverse con terror, a modo de temblores espasmódicos, al tiempo que el dolor recorría mis terminaciones nerviosas.

Me quedé recostada en la alfombra, saboreando el regusto metálico de mi sangre, en el interior de la boca. Al relamerme los labios, fui consciente de que el inferior se encontraba partido. En ese momento, cuando apreté los párpados y una línea ininterrumpida de lágrimas se abrió paso a través de mis

mejillas, Vinnie se agachó, una de sus rodillas junto a mi pierna, y sujetó mi cerviz.

Ya había hecho eso anteriormente; sujetar mi cuello hasta provocarme un hematoma. Porque podía. Porque de esa manera demostraba cuán inferior era yo a él.

—Estarás satisfecha de saber que Thalía tendrá lo suyo, ¿verdad? —farfulló. Su aliento estaba cerca de mi oído. El asco que me produjo su cercanía aumentó—. Era muy tarde cuando me di cuenta, así que me prometí esta visita. Nada cae mejor que lo inesperado.

Aunque quería hacerlo, no me moví. Ni siquiera cuando Vinnie se apartó y dijo—: Tráemela. —Deduje que se lo decía a Pamela. Ella se inclinó a mí tan pronto su jefe soltó la demanda y yo le susurré dónde se hallaba la agenda. Cuando oí sus pasos perderse en el corredor, Vinnie se apresuró a decir, con tono monocorde—: Bueno, me gustaría quedarme, pero tengo que atender al príncipe de Bucareli. Se nota que es un obsesivo de la puntualidad y no quiero que espere mucho.

Solo cuando Nico aferró sus manos a mis brazos fui capaz de reaccionar. Él me ayudó a andar hasta el sofá y, sin su ayuda, me desplomé en él. Después, vi a Pamela cruzar la estancia a toda prisa. Y, como si nada hubiera ocurrido, su jefe se marchó.

Los movimientos que le siguieron al repentino silencio, hicieron que mis tímpanos pitaran y que me doliera la cabeza. Nicolás le exigió algo que no entendí a Mireya. Esta corrió de un lado a otro en mi departamento y volvió segundos después; traía consigo un algodón y algunas cosas que seguramente habría sacado del baño. Hizo ademán de limpiarme la mejilla.

Se lo impedí, apartándole la mano y me llevé la propia al labio. Mis energías se volvieron nulas en cuanto me percaté de que tenía los nudillos manchados de sangre fresca; el dolor no demoró y tampoco la culpa.

Pero de todos modos no estaba arrepentida. Aquello habría tenido que suceder tarde o temprano. Quizás por eso la indiferencia de Javier me dolía más. Nunca en mi vida me había visto más desolada que cuando me descubrí sintiendo cosas por él y, al mismo tiempo, percatándome de su ausencia. Era terrible. La soledad calaba más de ese modo.

Y la odié. Odié mi dependencia por presentarse justo cuando menos la necesitaba.

—Déjame limpiarte, Cass —pidió Mireya.

Yo no me podía mover. No conseguía emitir palabra. Y tampoco quería

seguir aguantando... así que la miré, hierática, y ella se acercó de nuevo; había un gesto de dolor en sus facciones y sus movimientos en mi cara eran muy cuidadosos. El alcohol me quemaba, pero el dolor remitía conforme la herida estaba cada vez más limpia.

Mireya me ofreció un pañuelo húmedo, con agua fría. Me explicó que debía de colocármelo en la mejilla para evitar que sufriera una hinchazón mayor.

Lo peor vino cuando levanté la mirada y me enfrenté con la de Nico. Había comenzado a teclear en su móvil. Supe lo que pretendía hacer.

—¡Ni se te ocurra! —Me levanté como un resorte. Nico dio un paso atrás —. *No...*

—Me importa un carajo lo que digas, Cassandra. Si no le digo no me lo va a perdonar nunca.

Se dio la vuelta y, con paso acelerado, salió del departamento, cuya puerta seguía abierta.

Desesperada por el vaticinio, cerré los ojos, ignoré el dolor que pulsaba en mi cara y me llevé las manos a la cabeza. Me bastaron un par de minutos para comprender que de ahí en adelante las cosas se iban a ir cuesta arriba. Podía hacerme una corta idea de la reacción de Javier y, lo que era peor, las cosas que le diría Vinnie si estaban a punto de verse.

Su cita anterior, hacía más de un mes, se había cancelado. Por eso yo había estado, dentro de lo que cabe, muy tranquila. Al menos sin tener que estarme comiendo por el ansia. La indiferencia de Javier no tenía nada que ver con Vinnie, y eso a mí me pesaba más a cada minuto. Sin embargo, seguía estando decidida.

Tragué saliva y me volví en cuanto Nicolás regresó, una expresión de arrobo en su cara. Había tanto de Javier en él, en su rostro de facciones masculinas y barba apenas perceptible, bien afeitada, que me costó aún más olvidar que para ese momento Javi ya sabría lo que acababa de suceder.

No podía hacer a un lado la imagen del arma del gorila.

No podía olvidarme, así como así, de la amenaza de Vinnie. La esperanza de acabar con aquello se me calló hasta las plantas de los pies, tal cual si la hubiera llevado encima del cuerpo como una prenda más.

—Tienes que acompañarme —dijo—. A mi casa...

Intenté negar con la cabeza, pero Mireya se me adelantó y se plantó frente a mí con el ceño fruncido. El dejo temeroso de su rostro era muy tangible. Me dolió ver que estuviera tan preocupada por mí. Me dolió todavía más que ella

podiera verse inmiscuida en todo ese embrollo. Ya había demasiada gente corriendo un peligro innecesario por las malas decisiones que Javi y yo habíamos tomado.

Cerré los ojos con aspereza, me puse una mano en la cadera y con la otra me despeiné el fleco.

—¿Por qué a tu casa? —pregunté.

—Me lo dijo Javier, y después del silencio al que me sometió en cuanto le dije... —Miró por un breve momento mi labio, y luego continuó—: No tengo intención de llevarle la contraria. —Aspiró hondo—. A lo mejor piensa que aquí no estás segura. Qué más da. Si es necesario te voy a cargar como a un costal de papas...

Aunque él había tratado de bromear, la sugerencia me causó acidez. Volví a sacudir la cabeza, negando, pero terminé por agarrar el pañuelo empapado en alcohol que me tendía Mireya e, ignorando a Pamela, atravesé el vestíbulo del departamento. Crucé el marco de mi puerta sabiendo que no me esperaba nada bueno en la casa de los Guízar. El corazón me palpitaba en la garganta. Me ardían los ojos por la contención forzosa del llanto.

Y, para colmo, estaba aterrada porque Nico no me había dicho si Javier, a pesar de lo ocurrido, iba a encontrarse con Vicente Torales. Si sí iba a continuar con su cita, no podía significar nada bueno.

—¿Qué te dijo de Torales? —inquirió Mireya.

Nos habíamos metido en el coche de Nico. Era más lujoso que el de Javier, y también menos práctico. Era tan compacto que apenas cabía Mireya en el asiento del pasajero, y el techo cubierto por una tela fina se encontraba a unos cuantos centímetros de mi cabeza. Admiré los asientos, el tablero —no era de un modelo austero, la verdad— y el estéreo.

Al parecer, Nico se dio cuenta de mi escrutinio. Sonrió, al tiempo que ponía en marcha el automóvil.

—Me lo regaló mi papá, por si te lo estás preguntando —dijo—. Digamos que me lo gané a pulso.

Mientras conducía, yo me perdí en su plática a propósito. Trataba de despejar mi mente de todos los demonios que habían comenzado a flotar en mi conciencia.

Nico se había decantado por relatar que se había terminado un posgrado el año pasado. Hizo mención de que el auto había sido su regalo. Me di cuenta de que aquella era la mayor diferencia entre él y su hermano: Nico se daba el gusto de ciertas cosas, mientras que Javier era un poco más sencillo. Aun así,

el menos arrogante era Nicolás, y a su hermano la bandera de *don-nunca-me-equivoco* le quedaba perfecta.

Como lo imaginé, Nico condujo hasta Polanco. Las casas que formaban la calle no eran demasiado ostentosas, pero sí resultaban muy llamativas; en la esquina donde dobló y redujo la marcha, alcancé a ver un anuncio que rezaba «Calderón de la Barca». La mayoría de residencias eran de tonos pálidos y corales, en estilos coloniales, muy californianos. Había árboles por doquier, y las casas estaban divididas con jardines enormes.

El lugar apestaba a todo aquello que yo nunca había tenido, y no conseguí sacarme la espina de envidia que se me incrustaba en el pecho cada vez que comparaba mi situación con la de ellos. Quizás no eran acaudalados en toda la extensión de la palabra, pero era obvio que el dinero nunca había sido un problema para los Guízar (o para los residentes de la zona).

Sí, era un sitio caro. Ubicado en un área pacífica, sin ruidos, y con aire a decencia.

Nada que encajara con mi pasado.

—¿Acá está Mauricio? —preguntó Mireya.

—Yo supongo que Javi le llamó —se excusó Nicolás.

Había un Mazda negro en el sitio de *parking* al que nos habíamos acercado; era de Mauri, al parecer.

Nico aparcó el auto en un camellón frente a una casa de dos plantas; estaba rodeada de una cerca de acero forjado en un diseño acorde con la construcción entera. Blanca totalmente y con acabados en negro y café. En el frente había un jardín que cruzaba de lado a lado, y se perdía detrás del muro por el que sobresalían enredaderas: estas acababan justo en la división de un gran portal (la cochera, pensé).

El menor de los Guízar no hizo ademán de meter el coche, para mi suerte, pero nos indicó que lo siguiéramos, para mi desgracia. Me limpié los labios por milésima vez. Cuando me fijé en el espejo lateral, comprobé que la herida aún no se hinchaba. Y me sentí aliviada por ello; no quería que se viera peor, no aquí, no en este instante.

Por primera vez tras dejar el departamento, me di cuenta de que estaba nublado. Hacía frío y yo no me había puesto nada para salir. Llevaba una blusa de manga en tres cuartos y unos pantalones de mezclilla. Los zapatos de suelo habían resultado indicados para mi piso, no para estar en la casa de Javier.

Cerré los ojos con fuerza, presa del pánico.

—¿Cass? —me llamó Mireya. Abrí los ojos, avanzando junto a ella para ir

detrás de Nico—. ¿Te sientes bien?

No.

—Sí —dije. Nico nos abrió la puerta (estaba unida a la reja) y se hizo a un lado para que pasáramos primero.

Cuando puse un pie en el interior, los olores del jardín me envolvieron; en algún punto de la casa se oía el chasquido de un rociador. Miré con suspicacia las paredes tan altas, el balcón que sobresalía con elegancia justo arriba. Y, por desgracia, en el momento en el que miré a la derecha, por donde caminaban las enredaderas en el muro, me encontré con la cochera: estaba el auto de Javi, blanco, con los vidrios abajo y aparcado de manera descuidada en el primer lugar del garaje.

Comencé a respirar con irregularidad. Nosotros habíamos tardado cerca de treinta minutos en recorrer la distancia desde mi departamento hasta Polanco, gracias al tráfico; si Javier no había demorado con Vinnie, esa también era una mala señal. Me crucé de brazos, asustada más que nunca, segura de que mi presencia allí lo empeoraría todo. En un instante, fui capaz de ver que me había quedado corta con las consecuencias.

Caminé como robot siguiendo a Mireya, que continuaba detrás de Nicolás. Él abrió la puerta principal: una fuerte lámina de madera dura, tallada y en color negro. La empujó suavemente y nos cedió el paso. Mireya, quizás porque se imaginaba lo que estaba sintiendo, me agarró por el brazo y anduvo conmigo hasta el vestíbulo. El rellano se hallaba a unos siete metros de distancia.

Una mujer cruzó por delante de nosotros. Se giró para mirarnos, y expresó su confusión enarcando sus dos cejas castañas.

—¿A ti también tengo que limpiarte algo? —exclamó.

Su gesto cambió repentinamente, cuando Nico me miró por encima de su hombro; la mujer posó sus ojos en mí, y los entrecerró de inmediato.

—¿Qué pasó? —preguntó Nico, cauteloso.

Mis dos siguientes zancadas fueron más grandes que las anteriores. Nico se detuvo frente a la mujer, que hizo una mueca de horror y alzó una botella que llevaba en la mano derecha; en la otra traía una cajita que no supe qué contenía.

—Tu hermano. Eso pasó. —Nos dio la espalda y se marchó, a través de un corredor amplio que se extendía más allá del rellano y de la escalera.

Entonces, como si hubiera entendido algo, Nicolás se echó a andar más aprisa, por el mismo lugar que la mujer. Nosotras fuimos detrás de él. Pero a

mí me palpitaba el corazón como si estuviera a punto de llegar a una meta. El mal presentimiento se fusionó con el miedo de que Javier estuviera herido o que... En realidad, todos los escenarios que me podía imaginar eran caóticos y horripilantes.

Aunque Nico continuó un poco más, se detuvo cuando las voces alzadas más de la cuenta se hicieron audibles...

—¡Pero es que fue *tu* culpa! —gritaba Mauricio en ese instante—. ¡Que no paras de hacer tonterías y todo porque te cuesta reconocer la cosa más sencilla del mundo, cabrón!

Era la primera vez que le oía decir un improperio. Sabía a quién estaba dirigido. Nico permaneció en silencio, como si quisiera escuchar a hurtadillas.

—¡Me ha quedado bastante claro lo que piensas de todo esto! ¡Gracias! —La voz de Javier no solo se dejó oír con estrépito, sino que me arrancó un respingo. Mireya me puso una mano en el hombro—. Mauricio, yo sé perfectamente qué hice, y no me arrepiento. Yo le advertí que si le ponía una mano encima...

—Sí, sí —lo interrumpió el otro. Su voz se había elevado aún más—. Pero da la casualidad de que el tipo le puso la mano encima gracias a ti, pedazo de idiota.

Fue un impulso. Un impulso que me costó kilos y kilos de orgullo. Atravesé lo que quedaba de corredor hasta enfrentarme, cuando me encontré allí en el umbral, con una cocina enorme. La mía bien hubiera podido haber cabido tres veces. Y ya era espaciosa.

Aquella mujer con el frasco de alcohol estaba delante de Javi, haciendo algo que no alcancé a distinguir. Él todavía no me veía, pero Mauricio sí.

—Todo esto es tu culpa y lo sabes, de otro modo no te sentirías tan culpable —murmuró su primo. Clavó la vista en mí y, como si quisiera estar seguro de que yo había oído aquello, enarcó una ceja; con ojos críticos, examinó toda mi cara hasta que su mirada alcanzó mis labios. Me los relamí por instinto; y, a pesar del dolor, succioné el inferior al interior de mi boca para no sentirme expuesta.

Javier no dijo nada luego de que Mauricio se quedara callado. Él... simplemente... Sencillamente asió las manos del granito de la cocina integral, y se inclinó. Su espalda ancha y sus hombros de la misma complexión quedaron flexionados al frente. Quería acercarme y hacerle saber que nadie más que nosotros podía juzgar la situación mejor. Y, sin importar cuán

agradecida y preocupada me encontrara por la gente que estaba a nuestro alrededor, deseaba que supiera por mí que no era su culpa.

O al menos que yo asumía mi parte.

Eso era. Yo había asumido mi parte de la culpa en todo aquello porque eso implicaba el haberlo conocido.

—¿Estás bien? —me dijo Mauricio, que se había aproximado hasta mí.

En ese instante Javier se percató de mi presencia y se irguió rápidamente. La mujer a su lado lo observó, haciéndose a un lado, cuando él se giró por completo para mirarme.

—Estoy bien —musité, sin convicción. En lo físico, me daba igual el golpe; le regalé una mirada breve a Mauri y le sonreí apenas, agradecida por su interés. Lo que él no supo, y yo no le dije, fue que sus palabras en recriminación para Javier, también me lastimaban a mí. Mucho.

El semblante de Javier era... extraño. Sus ojos estaban sumergidos en distintas emociones; gobernaban la ira y el dolor, a partes casi iguales. Tenía una expresión que me hubiera helado todos los huesos en otro momento, pero ahora todo lo que causaba era que quisiera abrazarlo. Muy fuerte. Rodeé a Mauri y caminé hasta que estuve frente a frente con él.

Permaneció estoico, mirándome; parpadeaba de manera lenta, perezosa, como si le doliera abrir y cerrar los ojos. No había nada allí del roble que me había parecido siempre. Su rigidez y su seguridad no estaban. Como no hacía más que mirarme con detenimiento, intenté negar con la cabeza.

—Estoy bien —asegué.

Una sonrisa carente de diversión se formó en sus labios. Sus ojos en lugar de sonreír lanzaban llamas.

—Hijo... —La mujer a su lado trató de llamar su atención. Javier no se movió. Yo, en cambio, me fijé en lo que ella le ofrecía. Era una gasa de algodón que olía muchísimo a alcohol.

Aún sin entender, engurruñé los párpados y entreabrí los labios. Él continuó en un mutismo agrio. Todo su cuerpo irradiaba furia. Me imaginé que, si se movía, algo iba a romperse en su interior.

—Los nudillos —señaló ella—. Que ponga las manos acá de nuevo. Se pueden infectar.

Me dio la espalda y hurgó en una caja de utensilios. Había sacado un frasco con un ungüento en el interior. Javier, con gesto resignado, se volvió y adoptó la misma posición que antes, solo que más recta. Yo me acerqué poco a poco, haciéndome a la idea de que me iba a encontrar con la cereza que

coronaba mi pastel.

Tenía *todos* los nudillos cubiertos de sangre. El del dedo índice, en la mano derecha, estaba más hinchado que los otros.

Alcé la mirada a él, pero no me la devolvió.

De su lado derecho, y recargada contra el granito, miré cómo la mujer le limpiaba las heridas de las manos y se encargaba de que dejaran de manar sangre. Él no decía ni hacía nada. Y por algún motivo me di cuenta de que le había dado la razón a Mauricio.

Se lo veía *tan* vulnerable, que luego de muchos años teniendo miedo, sentí que yo podía ser más fuerte que él.

—Eres un imbécil prepotente —susurré. Yo sabía que nadie, salvo la mujer a su lado y él, me oían. Ella no me pareció alguien indiscreta, así que agregué (Javier cerró los ojos apenas escucharme)—. Pero eres el imbécil prepotente al que yo decidí defender. Te dije que habría consecuencias y que tendríamos que aceptarlas.

No hubo respuesta ni atisbo de una. Estudié el aspecto silencioso y ausente que tenía él, y le vi un golpe a la altura de la mandíbula; era un raspón apenas, y de todos modos me pregunté si le dolía.

Con la quietud extendida, me fijé en la manera entrecortada en la que respiraba; a mí me pasaba eso cuando contenía las emociones, cuando escondía las cosas que quería decir...

—En veintinueve años jamás lo había visto tan callado —dijo la mujer, que había terminado con la mano izquierda y le pedía la otra a Javi. Él se incorporó y me dejó por lo menos veinticinco centímetros abajo al hacerlo. A ella, que le estaba secando la sangre, le lanzó una mirada suplicante; como si quisiera decirle *ya tuve suficiente*—. Tienes suerte de que haya una mujer en la tierra que tolere tu carácter, y que no sea tu madre, para variar.

Sin querer, comencé a esbozar una sonrisa. La calidez con la que ella le hablaba era perfecta. Javi le tenía cariño y eso era obvio. Sin embargo, vi que la mención de su madre lo obligó a echar la cabeza atrás, quizás para huir de mi mirada y de la burla de quien sea que fuese aquella mujer.

Se tardó varios minutos en limpiar con cuidado las heridas de Javier. Para cuando hubo terminado, y le hubo embadurnado los nudillos, cuya carne tenía distintas aberturas, del ungüento, yo me había cruzado de brazos y había echado un vistazo en derredor. No había señales de Nico y de los otros. La mujer nos dejó después.

Javier apretó las manos al filo de la cocina, y me miró; la intensidad

avellana de sus iris intercaló en dolor y anhelo por unos momentos, pero esas emociones se mezclaron con la ira y la impotencia tan rápido, que la sombra que le cubría los ojos, la cara y tal vez todo el cuerpo, me agregó una nueva razón para continuar con lo que habíamos iniciado.

—Yo creo que ya te lastimé lo suficiente, ¿no? —musitó, por fin.

—Aún no —dije—. Te falta mucho para el límite. No hay amor sin dolor, dicen.

Al escucharme, y a lo mejor porque había incluido la palabra amor, levantó la mano y agarró mi mentón; mi esperanza se transformó en decepción cuando noté que ladeaba mi cara de un lado a otro: estaba revisando mis marcas. Estaba viendo las pruebas de su culpa (con base en lo que había dicho Mauricio).

Bajé la mirada hasta su pecho. Se había acercado un poco, pero no lo suficiente como para que pudiera olerlo. No obstante, lo que sí me fue visible, resultó ser su polo gris, llena de salpicones de sangre en el tórax.

—Vinnie amenazó a tu hermano con un arma —le dije. Él abrió los ojos. Estaba claro que aquello era un aliciente más para su dolor, pero necesitaba preguntárselo—: ¿En qué estabas pensando?

Miré sus nudillos en un rápido oteo. Él se movió, incómodo y echó un vistazo alrededor.

—En ti, Cass. Siempre estoy pensando en ti —murmuró, jalándome por la cintura para que me acercara. Lo hice.

Él encerró mi cara en sus manos; la caricia, sin embargo, se había limitado a acunarme con suavidad. Su dedo dibujó el contorno de mi herida. Supuse que estaba degustándose con el sentimiento de culpa al ver mi carne abierta y la hinchazón que ahora sí podía sentir. El interior de la mejilla me ardía a causa de la saliva y mi aliento.

—Deja de hacerlo. Si eso te provoca tantos problemas, acaba con esto de inmediato —le exigí.

Mientras más miraba mis labios, más aguanosa se volvía su mirada. Sujeté sus muñecas con fuerza.

Quería que viera cuán en serio estaba hablando. Quise, allí, que supiera lo desesperada que se estaba volviendo nuestra situación.

—No.

A pesar de su tono ronco, me pareció que su «no» había salido con miedo.

Justo en ese momento, Javier se me antojó tan real, tan de carne y hueso, tan auténtico, que tuve que hacer un esfuerzo por no hundirme en contra de su

pecho, buscando su calor.

En cambio, dije (porque estaba segura de que era lo mejor)—: Entonces toma una decisión. Los Torales, *o yo*.

Yo busqué perderme en su mirada mientras me escaneaba. Busqué hundirme en la expresión torturada de sus ojos, que a contra luz parecían más claros. También quise hacer de oídos sordos como si el resto del mundo hubiera desaparecido. Como si las tragedias de mi vida no siguieran empañando mi existencia y la suya.

Pero era una mentira.

Él continuó callado varios segundos más. Segundos que sin darme cuenta se iban a convertir en otra condena. Javier, sin pensarlo, me encadenó a ese silencio que se prolongó hasta que con su mano alcanzó la mía y se la llevó a la cara, haciendo que le acariciara la mejilla. No supe si, cuando cerró los ojos, trató de emitir un juicio sin palabras o si, a coste de sí mismo, quería que entendiera algo que no necesitaba explicaciones.

Provocar a Vinnie había sido mi última oportunidad de hacerle ver que no podía sacarme del todo de aquella podredumbre, sin renunciar a algo. En lo personal, no hubiera querido obligarlo, pero la amenaza de Valeria era todo lo contundente que podría llegar a ser viniendo de alguien de su calaña.

—No quiero arruinar tu vida —musitó, en voz tan baja que tuve que aguzar el oído para escucharle—. No quiero que, si tienes una oportunidad, se vaya por mi culpa.

Estaba a punto de responder cuando oí una voz conocida a mis espaldas, arrojada desde el corredor. Lo primero que atisbé fue la figura prominente, erguida y segura de sí misma, de un Joel Guízar que caminaba hacia nosotros.

Se veía indiferente a que estuviéramos hablando en privado. Comprendí de inmediato que se encontraba furioso. El padre de Javier se cruzó de brazos y nos examinó a uno y otro. Al enarcar una ceja, hizo que Javi parpadeara y se volviera a él.

—¿Cómo estás? —me preguntó, luego de que Javier se recargara en la encimera.

Evadí su mirada acuciante, e intenté esbozar una sonrisa que respondiera por mí.

—No ha sido nada —confesé.

La verdad era que el dolor ya no me importaba. Seguía esperando que Javier contestara a mi pregunta. O quizás estaba esperanzada con la idea de él renunciando a algo que iba a causarnos daño a los dos. Tragué saliva, incapaz de sostener la mirada del señor Guízar, incapaz de no sentirme pequeña, sola, y triste.

Detrás de Joel, de pronto, me percaté de que había entrado otro hombre; Mauricio y Nicolás le acompañaban. Cuando deduje de quién se trataba las piernas me temblaron y mis latidos se dispararon en rapidez. Permanecí muda. Joaquín Guízar esbozó una sonrisa al ver a Javier y se puso al lado de su hermano.

Era obvio que había encontrado algo divertido en todo aquello.

—Por lo menos no dejaste que te moliera la cara, barbaján —le dijo a Javier, que agachó la cabeza y se pasó la mano por el pelo—. Y ahora, ¿qué sigue?

Joel lo miró de soslayo, esperando.

—Voy a llevar a Cassandra a su casa —musitó Javi, incorporándose.

Su tío me miró con suspicacia.

—¿Tan rápido? —preguntó, sonriente.

—Tenemos muchas cosas que hablar *ella y yo* —remarcó Javier.

—En eso estoy de acuerdo —señaló su tío. Centró la atención en mi labio. Retrocedí ante su escrutinio. Cuando sus facciones se endurecieron y apartó la mirada de mí, le dijo a su sobrino—: Ojalá le hubieras colocado uno por mí al desgraciado.

—¡Anda! ¡Aliéntale la estupidez! —bufó Joel, volteándose hacia su hermano, que negó con la cabeza.

Era obvio que tenían distintas maneras de pensar. Alcé la vista a ellos y comparé sus atuendos: Joel iba vestido con un pantalón de lino y camisa blanca. Joaquín traía pantalones de mezclilla, camisa sin cuello y una chaqueta oscura. Ambos eran de hombros anchos, mandíbulas marcadas y ojos expresivos, como los de Javier.

Mauricio y Nicolás tenían otra manera de observar las cosas; más parsimoniosa, menos violenta. Pero Joel, Joaquín, y Javier, eran como un volcán constantemente activo.

—No lo puedes culpar por reaccionar así, ¿qué hubieras hecho tú? —consideró Joaquín, jalando una silla y sentándose para mirarnos a Javier y a mí de hito en hito—. Cassandra, ¿verdad? —me dijo y prosiguió al verme asentir—. ¿Tendrás algún problema con que Mau y Nico te lleven?

Sin saber qué exactamente pretendían negué con la cabeza.

—Queremos hablar con el imbécil de mi hijo, Cass —intervino Joel. Dirigiéndose a Nico, le dijo—: Ustedes se quedan con ella hasta que les diga lo contrario.

—No te preocupes —me comentó Joaquín, una sonrisa conciliadora en sus labios—. No te van a tocar un cabello.

El gato me había comido la lengua. Intenté mirar a Javier por encima de mi hombro, para disculpar lo que acababa de ocurrir. Yo también quería seguir hablando con él. O quizás hubiera querido abrazarlo y sentir, por un momento aunque fuera, que algo no se había roto entre nosotros, que el lazo por fin había cedido luego de tensarse hasta lo imposible.

Comencé a caminar hacia Mauricio, que miraba a mis espaldas y tenía una sonrisa ufana dibujada en los labios. Me dieron ganas de asestarle un golpe yo misma para que dejara de lisonjearse delante de Javier; eso era lo que hacía y era bastante notorio. No obstante, me escurrí hasta encontrar a Nico y acepté la mano que me ofrecía.

Mireya estaba de pie en la estancia que se hallaba junto al corredor. También estaba la mujer que le había limpiado las heridas a Javier.

—¿Tan pronto? —preguntó, las cejas alzadas.

Había genuina impresión en sus facciones. Ignoré la manera en la que miraba mi cara, y el cómo estudió mi figura hasta los pies.

Nico carraspeó, quizás para llamar su atención y evitar un momento bochornoso.

—Seguro que tu papá lo va a poner en su sitio, ¿verdad? —dijo ella.

Mireya se echó a reír.

—¡Es justo lo que yo estaba diciendo! —chilló, sin dejar de reír.

—Perdonen, esto a mí no me causa gracia —murmuré, mientras miraba en otra dirección—. Y Javier ya es un adulto. No necesita que su papá y su tío...

—Tranquila, Cass —me interrumpió Mauricio, que se había cruzado de brazos—. Para eso está la familia: ¿cuándo, si no en los malos momentos, podemos ofrecer la mano?

No tenía idea. Yo no sabía lo que era eso, y a lo mejor por ello me resultaba tan poco natural; Javier, según lo que había escuchado, tenía veintinueve años, había estado a punto de casarse, y trabajaba como si no hubiera mañana. Era un hombre adulto, sí, aunque a veces se comportara como un niño.

Escuché que los otros hacían comentarios acerca de cómo era novedoso

que Joel y Joaquín dejaran las respectivas oficinas para venir a casa en horario laboral. Era, en palabras de Esperanza —como se llamaba la mujer—, inaudito. Mauricio estaba muerto de risa porque aquello significaba que a Javier le iban a poner un ultimátum.

Y eso no que no sabían lo que yo le había pedido...

—Es muy impulsivo, sí —acotó Perita (así le llamaban Nico y Mauri), al tiempo que me escoltaba a la salida; los demás al frente de nosotros—, pero eso forma parte de su intensidad, ¿sabes? Mientras esté en sus posibilidades hará lo que sea por demostrar cada vez su interés.

—Es tan intenso que se deja una boda tirada a un mes —sonreí, cansada. Perita me miró con los ojos entrecerrados. Me abracé a mí misma por la incomodidad que me provocaba la inquina.

—A lo mejor voy a cometer una indiscreción, pero como tengo privilegios con él, me voy a permitir sacarte de la duda —dijo, también sonriendo—. Javier terminó con Marisol un mes antes de la boda porque ella lo engañó con su mejor amigo. Y si no dijo nada fue porque en México y en el mundo, el hombre puede romper mil corazones y sigue siendo hombre, pero la mujer —Chasqueó la lengua—; ella parece que ha nacido siendo de uno solo porque si no, es puta.

Su forma de mirarme consiguió que mis ojos se llenaran de lágrimas. Pero lo soporté. Lo soporté porque acababa de sentir que el corazón se me hacía nudo; la presión que sentí en todo el tórax, como si me hubieran dado una carga eléctrica, se incrementó hasta hacer que la saliva se me atorara en la garganta. Apreté los ojos, consciente de que el dolor en el rostro había comenzado a aumentar.

—Tómame un par de analgésicos —me puso una mano en el hombro—. Quizás sea mejor que la lles con Andrés. Ya sabes, por la discreción —musitó hacia Mau, cuando lo encontramos en la verja de la salida.

Mau asintió y yo la miré una última vez antes de despedirme.

Nicolás insistió con que me sentara en el asiento del acompañante. No quise discutir ni tenía ganas de hablar, así que lo hice sin chistar. En cuanto Mau encendió el Mazda, mis pensamientos se desviaron a lo que era muy posible que haría Valeria a continuación, luego de saber que le había proporcionado información más preocupante a Javier.

Él tenía que tomar una decisión.

Era necesario que habláramos y dejáramos en claro qué seguía.

—¿Adónde vas? —inquirí, al ver que Mauricio tomaba otra ruta distinta a

la que conducía a Bucareli.

—Con Andrés —susurró.

—¿Quién es? —me interesé, reacia.

—Es un amigo de la familia que tiene una clínica privada —respondió—. Necesitas un par de analgésicos y algo de prescripción para que puedas descansar. —Me lanzó una mirada breve y fijó la vista de nuevo en la carretera—. Tienes unas ojeras terribles, Cass.

Después de aquella aseveración guardé silencio. Escuché la charla distante de Mireya y Nico que seguían burlándose de lo que era posible que los Guízar le dijeran a Javier. Yo no podía ni siquiera imaginarme de qué cosa era lo que querían charlar con él, a solas y con tanta urgencia. Pero recordé cómo Joel y Joaquín me habían mirado y traté de unir esa actitud con la que el papá de Javi había tomado conmigo una vez.

En mi interior, y con todas mis fuerzas, deseé que le hicieran entrar en razón.

La clínica del tal Andrés era un edificio modesto, pero bien cuidado, con jardines frontales y las características de un lugar al que no cualquiera se podía permitir. Él mismo me atendió cuando Mauricio le indicó que había sufrido un asalto: no estaba equivocado del todo, pero al ser una mentira no pude evitar sentirme descolocada.

Todos ellos ya se habían involucrado demasiado y era algo que no me agradaba en lo absoluto.

Fue Mauri el que entró conmigo al consultorio de Andrés, que era un hombre como de treinta y tantos, con cabello más canoso de lo que le hubiera podido calcular a un tipo de su edad; no obstante, cuando dijo que hacía muchas guardias por sus pacientes de cabecera, consideré su fatiga muy normal. Era amable, pero impertinente. Con sus modales supe que, si yo no hubiera ido con los Guízar, me hubiera tratado de forma diferente.

Pero aquel era el mundo de élite y no podía, así nada más, salir corriendo.

—Basta con que descanses y si sientes cualquier molestia en la cabeza me llamas —me extendió una tarjeta donde ponía su número de teléfono y su nombre completo, seguido por sus credenciales de profesión—. ¿Adónde se la pasa Javi últimamente? —le preguntó a Mau mientras caminábamos por el pasillo hacia la sala de espera, donde estaban Nico y Mireya—. Hace como seis meses que no se pasa a ninguna reunión.

Hice como que no me importaba aquella plática y me metí las manos en los bolsillos del pantalón. Pero era cierto que oír que Javier había interrumpido de alguna manera su estilo de vida me resultó más... triste.

Sí, triste: porque eso quería decir que por mi culpa su vida se estaba tornando una masa de oscuridad.

—La junta lo quiere para director, ya sabes, sus relaciones y todo eso — dijo Mauricio. Sentí que me miraba de soslayo, pero siguió diciendo—: Así que trata de escabullirse lo más que puede fuera de la ciudad.

—Sí, me había dicho que no quería encerrarse en la oficina de su papá — se rio el médico—, pero yo no le veo lo malo. Quiero decir: si no fuera médico en jefe de la clínica no tendría ciertos privilegios que me permiten fungir bien mi papel de padre. Hay sacrificios que valen mucho la pena, te lo juro.

—Pero Javier no tiene hijos —musitó Mauricio. La sala de espera estaba a tan solo un par de metros. Yo quería llegar allí de inmediato, así que apreté el paso, pero alcancé a oír que agregaba—: A lo mejor eso es lo que le hace falta; una familia.

Tras una carcajada de aceptación, la respiración se me agolpó en los pulmones al escuchar que Andrés respondía—: Quiero ver eso. Cuando siente la cabeza y se ponga detrás del lugar de Joel Guízar, le voy a organizar una súper fiesta de despedida en el Club.

Al final, terminé ignorando sus comentarios y su voz comenzó a perderse a mis espaldas. Lo único en lo que podía pensar era en Mauricio diciendo que Javier necesitaba esto o aquello. ¿Él de verdad lo conocía tanto como para saberlo? ¿Por qué podía asegurar con tanta convicción que a su primo le vendría bien... acabar con su soltería?

—¿Lista? —Mireya me abrazó, y tiró de mí hacia la salida.

Nico y Mauricio, después de despedirse de Andrés y luego de que él me repitiera que le llamara si algo ocurría, avanzaron detrás de nosotros.

Ya de nuevo en el auto, y tras sentir la mirada insistente de Mauri sobre mí, me hice la temeraria pregunta: ¿qué iba a suceder si Javi cedía, por fin?

¿Qué voy a hacer si renuncia? ¿Aun si él deja todo aquello puedo permitirme estar con él?

Me senté al lado de Mauricio a regañadientes. Mireya y Nicolás se acababan de marchar y Pamela andaba por ahí, probablemente en su habitación. Durante más de dos horas les insistí a los muchachos para que se marcharan, asegurándoles que, después de tomarme el analgésico, me encontraba mucho mejor de salud.

Él se había concentrado en la pantalla de su celular. Lo examiné unos instantes; su mandíbula era cuadrada y la barba solo hacía que su rostro luciera muy masculino, además de que tenía el cabello crespo y espeso; hacía gala de ser un hombre en la flor de la edad, demasiado atractivo como para no reconocerlo.

Pero él no era Javier.

Mauricio no tenía esa mirada expresiva, cautelosa y radiante que Javi sí. Tampoco ponía mis huesos a temblar y de ninguna manera conseguía que mi cabeza estallara cada vez que trataba de entender mis sentimientos. Tras compararlos e incómoda por haberlo hecho, resolví que no tenía ningún sentido seguir engañándome.

No es que Javier sea atractivo, inteligente o varonil; simplemente... es él.

—Por lo visto —dijo, dejándose caer hacia atrás y clavando la mirada en el techo, aún apretaba el móvil en la palma— mañana voy a tener un día pesadísimo.

—No tienes que sacarme plática, Mauricio —reí. Él también esbozó media sonrisa—. Estoy bien. Ya te lo dije.

—Sí, bueno —se lamentó—, mi intención es que desvíes tu mente hacia otro lado que no sea Javier y todo el rollo de los Torales.

Alcé las cejas ante su franqueza. Cuando volví a mirarlo, esta vez segura de que sus intenciones eran buenas, él me estaba observando de igual forma. Frunció los labios y se pasó la mano por el pelo.

Se levantó tan de repente que me causó una confusión que demostré enarcando una ceja.

—Eres una mujer valiente, Cass. Muy valiente —musitó, ya de pie y habiéndose puesto las manos en la cadera—. Hoy, sin querer, te ganaste a toda mi familia y creo que sigues sin darte cuenta.

Me puse el cabello, que me había soltado, detrás de los oídos. Mauricio observó mi ademán con mucha atención. Bajó la vista al suelo y, luego de

cerrar los ojos, analizó mi rostro como si la vida le fuera en ello.

Yo la aparté, porque aquello me resultaba... extraño.

—Sácame de una duda —me atreví a decir, arrugando la frente—. Esas miradas tuyas, ¿a qué se deben?

Soltó una carcajada que rechinó en mis paredes craneales. Sin poder entender cuál era el chiste, me repantigué en el sofá esperando a que él se explicase. En ese momento no parecía querer discutir mi pregunta, pero yo necesitaba saber por qué si decía estar en una familia con lazos afectivos tan fuertes, me miraba como lo había hecho apenas unos minutos atrás, y otras tantas veces.

Al fin suspiró, e hizo un mohín, quizás preparándose para hablar.

—Eres una mujer hermosa, Cassandra. Muy hermosa, en verdad —Volvió a cerrar los ojos. Negó con la cabeza, pero agregó—: Yo quiero muchísimo a Javier. —Parpadeó varias veces y de pronto se encontró frente a mí, en cuclillas; un hombre como él reducido en estatura para poder mirarme a la cara—. No tienes idea de cuánto lo aprecio. Es como mi hermano —musitó, con tono afligido. Entrecerré la mirada porque en serio aquello se oía preocupante. Sonaba como a una confesión terrible, y me vi encerrada en las ganas de no escucharlo. Algo en mí me decía que no me iba a agrandar saber lo que venía en seguida. Aun así, a pesar del miedo, lo dejé seguir hablando—. Y, si te miro como lo hago, no es porque me gustes ni mucho menos. O sea —replicó a su propio comentario. Las mejillas doradas se le pusieron más oscuras, y luego él continuó, avergonzado—, sí me gustas como persona. Pero no sexualmente —Fue mi turno de sonrojarme. La plática estaba tomando un tinte muy íntimo—. En cambio, mi primo, está interesado en ti a un nivel que tú ni te imaginas.

—Al grano —sentencié.

Él abrió los ojos y asintió.

—Estoy interesado en que abandone la nota. Al igual que mi tío, al igual que mi papá. Al igual que la junta directiva. —Sonrió de nuevo, pero el gesto se sintió falso—. Digamos que nos favorece el que se haya enamorado de ti, ¿sabes? Javier nunca ha querido tomar la dirección del periódico por una u otra cosa. Así que yo soy el siguiente en la línea porque me lleva dos años —relató.

El camino que se había formado delante de mis ojos era uno frío, básicamente fundado en los intereses frívolos de una familia adinerada. Mi mente se fundió en un mar enorme de divagaciones sobre lo que Mauricio

acababa de decir. Sí. Yo había oído el cuento de que Javier era el mejor prospecto para ocupar el lugar de su papá cuando este se retirara, y también había oído —gracias, Mireya— que Javier no quería estar «enjaulado» en una oficina.

¿Por qué ellos no lo aceptaban y ya?

—Me miras como si hubiera dicho algo terrible —me calculó Mauricio, aún acuclillado. Miré a un lado y me reí, esforzándome por no sonar grosera con él—. Cassandra, Javier es muy conocido en este negocio. Tiene infinidad de contactos que le facilitan el trabajo en el periodismo, y está por demás que te explique que posee un don para persuadir a las personas de hablar indiscreciones, sobre todo si son indiscreciones competentes a nuestro gobierno.

—¿Y yo qué tengo que ver en eso? —repliqué.

Mauricio se irguió. Yo lo imité, pero cruzándome de brazos. Cuando nuestras miradas se enfrentaron, resolví que él hablaba de aquello muy en serio.

—Mi tío está seguro de que Javier va a hacer lo que tú le pidas —murmuró.

—¿Cómo?

Y recordé mi conversación con Joel: su manera asertiva de explicar cómo quería que su hijo saliera del río de vanidades en el que se había metido. Me pregunté por qué no lo habría apartado de la noticia en un inicio, incluso antes de que nos conociéramos.

Ciertamente, nos habríamos ahorrado muchísimas cosas.

—Estamos convencidos de que, si tú se lo pides, se olvidará de los Torales. Cassandra: hará lo que tú le pidas. Lo sabes.

—No —dije—. No lo sé. ¿Crees que no lo he intentado? Javier es obstinado hasta el hueso. ¿Por qué habría de escucharme?

¿Por qué habría de hacer justo lo que quiero que haga en este preciso momento? ¿Por qué abandonaría el trabajo que, con mucho esfuerzo y paciencia, ha conseguido? ¿Por mí? ¿Por una persona que vive teniendo miedo?

Era increíble que Joel Guízar, el hombre que me había parecido fuerte como un roble y serio en su totalidad, creyera semejante barbaridad.

—Quizás no te lo ha dicho ni demostrado, pero siente algo por ti y eso se ve a kilómetros de distancia —dijo. Noté esa mirada suya otra vez. Era una mirada suplicante, una mirada que decía «hazlo»—. Lo conozco, Cass.

—También se dio a conocer conmigo.

No hubiera querido mencionarlo, pero las palabras de Mauricio calaban mucho en mi cabeza. Después de volver al departamento, me sentí atrapada en mi propia trampa: como toda una boba, había comenzado a preguntarme qué iba a decir o a hacer si Javier me decía que renunciaba por completo a los Torales.

La situación nos sobrepasaba. Yo no quería que estuviera en peligro, y él... no sabía qué quería él de mí. Estaba mortificada por ello.

—A veces puede ser un imbécil —Mauricio estaba atónito; había supuesto en el acto que su primo me había dicho algo: porque, en efecto, lo conocía muy bien—. ¿Te dijo que pensaba que estabas con Vinnie, y que habías venido para coaccionarle a dejar la nota?

—No me dijo nada. Aunque, cuando me llamó... de aquella manera, fue bastante obvio: no confía en mí y lo entiendo. Lo que no entiendo es por qué *esa* coacción sería diferente a lo que ustedes pretenden que haga ahora...

Esa coacción que llevé a cabo hace tan solo unas horas.

No. No lo había coaccionado a que dejara la nota. Mi alma estaba suplicante; lo quería sano y salvo, a pesar de que eso terminara por separarnos dos océanos pacíficos el uno del otro.

—Hay mucha diferencia entre una coacción y otra, Cass —masculló. Había ladeado la cara y ahora me miraba con otra expresión. Lo observé respirar y vi que tragaba saliva—. Cuando las rosas —Alzó la mano, tal vez para tantearme. Moví la cabeza para que supiera que sabía de qué hablaba, y entonces prosiguió—: Fue la primera vez que vi a Vicente en persona. Una lacra. Javier lo desprecia a muerte, Cass. *Le odia*. Por ti. Porque, cuando le ocultaste sobre que te querían obligar a alejarlo, él sacó sus propias conclusiones y no fueron buenas.

—No es justificación.

—Claro que no, solo quiero que lo entiendas un poco, al menos —repuso—. Mi tío dice que la única manera es esa: que tú le pidas que...

—Ya lo hice —lo corté—. Hace un rato se lo pedí. O los Torales o yo.

Mauricio retrocedió un par de pasos. La impresión de sus facciones era tanta, que no logré evitar reírme. Me encogí de hombros y me derrumbé en el sofá, mirándolo desde abajo. Él observaba en derredor, al ventanal abierto; no supe qué estaba pensando, pero me dio gusto que no exteriorizara esos pensamientos.

Por un momento me sentí ridícula al haber creído que él... que me miraba

con un interés diferente. Y con esas declaraciones —él cerca de mí para provocar a su primo—, no me quedaba duda de que toda la familia estaba al tanto de nuestros problemas.

—¿Qué dijo? —preguntó por fin, sentándose a mi lado.

—No me respondió —susurré, con pesar—. Tu papá y tu tío nos interrumpieron.

—Vaya suerte del viejo —saturizó él—. Hay que presionarlo, entonces, ¿no crees?

—¿Más? —Le lancé una mirada de acusación. Él contempló mi gesto y aguardó—. Mauricio, lo que pasó hoy con Vinnie yo... Yo sabía que iba a ocurrir —confesé. Él se cubrió la boca y, por lo que escuché, ahogó un gemido—. Este es mi límite.

—Por supuesto que no —me contradijo—. Aún queda algo.

Volvimos a mirarnos. Después de respirar hondo y exhalar con hastío, Mauricio comenzó a relatarme una charla que databa de hacía más de un mes, probablemente cuando yo había hablado con Joel. Sus comentarios me causaron dolor en el pecho y un pitido en los oídos. Pero me concilió el saber que la familia de Javier estaba al tanto del peligro que corría.

La gente no podría hacerse, nunca, una idea de lo que implicaba ser periodista en México; al menos yo no había conocido a nadie que se diera cuenta de lo peligroso que era, en un país corrupto, tener ideales propios. Había gente muy poderosa, y sin escrúpulos, a la que no le pesaría «borrar» las opiniones de alguien como Javier de la faz de la tierra.

Los nombres de varias chicas que se iban, pero jamás regresaban, se dibujaron en mi mente. El regusto de la culpa, el terror y el rencor por todos esos daños a mi persona, por muy implícitos que fueran, se atenazó a mi lengua.

—Yo no voy a jugar a los celos con él, Mauricio —refunfuñé, cuando me dijo que era... la única manera de que Javier diera su brazo a torcer.

—Tú no, yo sí —puntualizó.

Negué tan fuerte que mi cerviz se tensó, o era que comenzaba a sentir estrés.

Eso era lo que estaba haciendo Mauricio al acercarse a mí, de pronto muy interesado.

Pero claro...

Delante de Andrés, el médico, había dicho que si Javier sentaba la cabeza, sus aires de grandeza llegaban a término.

Ridículo...

¿No?

—La verdad es que creo que eres demasiado buena para él —dijo. Cruzó los brazos—. Pero te necesita. *Necesita* a alguien como tú en su vida, Cass.

—Yo no pensaba quedarme —musité.

Él arrugó la frente, sonriendo.

—Los dos sabemos que eso es una mentira —se burló—. Solo... Trata de pensarlo. Pon tus propias cartas en la mesa. Y acuérdate de una cosa: te ganaste a mi familia. No estás sola en esto. Ya no.

Me aferré a ese sueño muy a pesar de mí misma. Mi lógica, mi reticencia, me decían que bajar la guardia era lo peor que podría hacer. Solo me quedaba esperar la reacción de Javier.

Su reacción que definiría tantas cosas.

—Quizás lo de mi ingreso al periódico no haya sido una casualidad —dije, recordando de pronto, cuando vi la foto de Javi en su oficina, luego de que Nico realizara el recorrido (muy impersonal para ser el que me había recibido en recursos humanos)—. Pero sí fue una casualidad que Cara le hubiera pedido a Nico que lo cubriera.

—Es que estaba saliendo con ella, me parece —volvió a reír, refiriéndose a la encargada del personal hacía cinco casi seis meses—. Aquí la gente se conoce por casualidad. Tú, yo, Javier. La vida es una causalidad enorme, ¿no? Ya ves, un día, a Dios se le antojó crear un sitio en el que se pudiera querer a una persona más allá de ti mismo.

Sí, me sorprendió su comentario. Y si le incomodó que lo mirara tratando de ver a través de él, no se mostró así. De modo que le pregunté—: ¿De verdad te importa tanto tu primo? ¿O es más bien que tú tampoco quieres sentarte en una silla y madurar un poco?

—Voy a fingir que no me ofende tu pregunta, así que sí, me importa; me importa tanto que estoy aquí explicándote que, por lo enamorado que está de ti, querrá sentar cabeza. Casi puedo apostar a que le va a urgir sentarse en la silla.

—Estás exagerando mi posición en todo esto —gruñí.

Con las manos calientes gracias a mi aceleración, me cubrí el rostro. Aun así escuché perfectamente cuando Mauricio dijo—: Y tú estás subestimando los sentimientos de Javier.

A mí me habían subestimado toda la vida.

Mis padres, para empezar. Vinnie, Valeria, y un puñado de gente que me

había visto como a un pedazo de carne de alta calidad. Un filete, por ejemplo. No obstante, yo sabía que estar en una silla frente a un jurado injusto, era infernal. Algo que te vaciaba las emociones y te dejaba solo, en medio de un abismo.

La pregunta que me hice acabó con mis dudas y una resolución apareció en su lugar.

¿Por qué voy a subestimar a Javier cuando estoy harta de que todos me hagan eso a mí?

Entonces fui consciente de que, para empezar de cero verdaderamente, tendría que haberme perdonado a mí misma.

Mauricio se ajustó la corbata, negó con la cabeza y me quitó el periódico que traía en las manos. Estaba muy enojado y, a diferencia de Javi, él no se veía avergonzado de mostrarse así. Aunque sí se parecían mucho, Mau llevaba la elegancia como un accesorio, no como algo que había adquirido de manera natural; era atractivo hasta el cielo, y sus miradas irradiaban seguridad.

Javier, en cambio, o Nico, tenían consigo un extraño aura de altanería, que pasaba desapercibido luego de que comenzaban a hablar. Los dos hermanos me resultaban como copiados en el físico, salvo porque el mayor era más alto, y quizás más calculador, más egocéntrico, más *apuesto*.

—Tienes que dejar de preocuparte, Cassandra —dijo Mauricio, leyendo el encabezado de la noticia que rezaba el tiraje del día de hoy.

—Es muy fácil decirlo —admití, encogida de hombros.

Estábamos sentados en mi lugar de trabajo. Mauricio acababa de llegar, pero de inmediato se había dispuesto a entablar una plática, casi como si tuviera ganas de distraerme; me dejé llevar por el tono apacible de su voz, por la paz que emanaba hasta por los poros de la piel; me dije que aquello era una buena señal. Sí. Eso quería decir que Javier se encontraba perfectamente y que, la lejanía que nos separaba, era solamente terrenal.

Aún no me había dicho la respuesta; Joel y Joaquín Guízar se habían encargado de darme un par de explicaciones. Por la mañana, cuando llegué al trabajo, Joaquín se acercó a mí por primera vez en la recepción y, aunque al principio creí que lo hacía por otra causa, me aseguró que no tenía nada de qué preocuparme luego de preguntar cómo me sentía.

Apenas iba a terminar mi turno —ahora la recepción se iba a dividir en dos, gracias a que muchos empleados permanecían a altas horas de la noche trabajando—, y ya me sentía desesperada; quería irme a casa, acurrucarme en mi sofá y leer algo para distraerme. Lo que fuera.

La nota del periódico rezaba que las autoridades pertinentes estaban investigando a un político por desvíos fraudulentos. En una de las fotos se lo veía con Vinnie, dentro de uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Por eso me encontraba tan nerviosa y Mauricio tan enojado; acababa de decirme

que, con ellos en mi vida, no a iba a suceder nada grave.

—Tienes que confiar en mí un poco —dijo, con tono severo. Arrojó el periódico en la mesilla y puso los codos allí mismo, para frotarse el rostro con las manos de inmediato—. Javier es experto en hacerme enfurecer —dijo.

Enarqué una ceja, preguntándome qué había ocurrido ahora.

—Tenemos que ir a ver a esta chica de la imprenta y se está haciendo tarde —murmuró, examinando su reloj de pulsera.

—Pensé que Javier estaba fuera —musité. Mauricio ladeó el rostro; sonrió, incapaz de esconder lo mucho que se divertía a costa mía—. No empieces, por favor.

—Yo no iba a decir nada, Cass. —Él levantó la mirada y estiró aún más la sonrisa. El gesto ufano de su cara parecía ser imborrable—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre Javi? ¿Acerca de lo que necesita?

Nos observamos unos segundos. Yo aparté la vista al no poder dilucidar que siguiera con aquello. Una parte de mí estaba segura de que no había otra salida. Javier no me había dejado opción con lo de Vinnie, y su terquedad apenas y se había apaciguado. Pero lo que Mauricio me había contado excedía todos y cada uno de mis límites.

Era una locura total. No me iba a prestar para seguirle el juego. Además, y sin importar que Javier no tuviera ningún derecho sobre mí, me negaba a lastimarlo de esa manera.

—¿Quieres ver que va a funcionar? —preguntó Mauricio.

Puse los ojos en blanco, y respondí una llamada; en cuanto presioné el número de extensión indicado, y colgué el teléfono del conmutador, me puse de pie y miré a Mauricio de soslayo. En ese momento, las puertas del elevador se abrieron y una masa de gente, quizás algunas diez personas, salió a través.

Volví mi atención a Mau cuando vi que se ponía de pie también.

—Estás loco —le dije, sonriendo.

A continuación, y tomándome desprevenida, Mauricio sujetó mi mentón con sus dedos, me obligó a mirarlo y se inclinó para dejar un beso casto sobre mis labios. Le empujé el pecho sin dejar pasar ni un segundo; di un paso atrás, incrédula, y le clavé la mirada: mi pulso se aceleró por la ira, los oídos me pitaron y mis dedos se volvieron, como era su costumbre, un pedazo de extremidad tembleque.

Al parecer, como si no fuera suficiente con la invasión que había llevado a cabo, estiró la mano y dijo—: Por mi familia, soy capaz de lo que sea.

—¿Nos vamos? —inquirió una voz que venía justo del otro lado del

mueble en la recepción.

No reuní valor para alzar la mirada y encontrarme con, tal vez, la incriminatoria de Javier. No tuve fuerzas para dejar de temblar, ni ánimos de sentarme de nuevo. Un par de lágrimas pugnaban por salir de mis ojos. La sensación de agobio se incrementó, el aturdimiento se hizo más agudo y la esperanza que guardaba en mi corazón se desvaneció como la espuma arrastrada por un torrente de agua.

Javier miraba su teléfono cuando fui capaz de mirarlo en un vistazo. Tampoco se volvió a verme.

—Me olvidé el maletín en el cubículo de Yeyé —se excusó Mau, saliendo de mi espacio de trabajo y retirándose mientras, con dedos seguros, volvía a ajustarse la corbata roja.

Hubiera preferido que me abofetearan. Cualquiera cosa con tal de no haber visto cómo Javi me daba la espalda y caminaba dos zancadas lejos de la recepción. Por supuesto que Mauricio estaba mintiendo con respecto a lo de su maletín. Estaba claro que sus intenciones no habían dado resultado. Sin embargo, comprendí que la actitud de Javier rozaba la indiferencia no porque fuera en verdad indiferente.

Sino porque, al igual que yo muchas veces, se estaba obligando a serlo.

Lo supe por el cómo se guardó el móvil en la bolsa del vaquero; se había pasado la mano por el pelo ya tres veces. Y ahora tenía una mano puesta en la cadera, mientras echaba la cabeza atrás; según mi entendimiento, aquella era su manera de tratar de poner todo su ser en control. Así que contorneé el escritorio, me aproximé a él y, no sin que mis yemas ardieran, le toqué el hombro.

Encima traía puesta una camisa de botones, sin cuello, en color azul cian. Cuando colocó su mirada sobre mí, fui más consciente que nunca de cuánto me gustaba el color de sus ojos; eran tan expresivos, tan dulces así de débiles, que no conseguí apartar mi mirada de la suya. Se le habían cristalizado quizás por la contención de las emociones, lo que hacía que me observara con aún más dolor que antes.

Intenté balbucear algo, pero me salió fatal.

Segundos más tarde, y convencida de que no tenía mucho tiempo, dije—: Me preguntaba cuándo vas a ir por tu paquete.

Él miró en otra dirección, apretó las mandíbulas y, tras suspirar, parpadeó varias veces.

Estaba enojado. Sí. Mucho.

—Cassandra: el paquete es tuyo —dijo—. Pensé que ya lo habrías abierto.

—Pues no —lo corregí. No había dejado de mirarlo—. Creí que era algo de los Torales.

—Es para ti. Ábrelo cuando quieras —murmuró.

Un arañazo de ira me invadió. Ni siquiera se estaba molestando en mirarme. Caminé dos pasos hasta estar frente a él, y me crucé de brazos. Aun así, mi valentía se esfumó cuando su mirada, cuyas pupilas habían ennegrecido sus iris, se clavó en la mía. La agaché hasta su clavícula, que la camisa le dejaba al descubierto.

Tragué saliva y, sin saber qué hacer, musité—: Tenemos que hablar. Y no quiero hacerlo delante de tu familia.

—Cass, estoy muy ocupado ahora, ¿puedes entenderlo? —dijo él.

Su pregunta, luego de que espetara lo primero, había sonado demasiado cargada de nostalgia. Yo entendí que lo que quería era marcharse, estar lo más lejos posible de mí —por lo que acababa de ver, supuse—. Pero, si había visto a su primo besarme, le iba a contar por qué, y para qué lo había hecho. A esas alturas, ya no estaba dispuesta a que desconfiara más de mí, menos si esa desconfianza implicaba a alguien de su familia.

No obstante, mirándolo por completo, me percaté de que en sus ojos no había sino una tristeza más profunda de lo que hubiera podido comprender si no estuviera sintiendo exactamente lo mismo.

Cada vez nos alejábamos más. Por cualquier motivo. Y eso se sentía incorrecto.

—Entonces te espero en el departamento cuando acabes. Merezco una respuesta, Javier —le dije. No quería acercarme más porque estábamos en mitad del vestíbulo, pero sí alcancé a tocar el lado izquierdo de su pecho con mis dedos, al estirar la mano—. Me lo debes —señalé.

—¿Así que se trata de saldar una deuda? —preguntó.

Allí sí que había enojo. Tras verlo negar con la cabeza, miré alrededor para fijarme si había gente que pudiera ser testigo de aquello. Solo se encontraban los cubículos de las personas de atención personalizada; uno o dos empleados.

Suspiré, y volví a insuflarme otro trago de energía.

—Se trata de que te pongas los pantalones y me des la respuesta que necesito escuchar de ti —dije.

Fue algo pasajero, pero una sonrisa se dibujó en sus labios.

—La etiqueta de imbécil ya no me la vas a quitar, ¿cierto? —preguntó.

Me encogí de hombros. Quise lucir indiferente a su nueva máscara, pero me resultó imposible. Era reconfortante verlo tan relajado de pronto, sin ese halo de acritud envolviéndolo.

—No has empleado ningún método de redención, príncipe —susurré, dando un paso junto a él, pero quedándome a una distancia prudente—. Y las cosas no caen del cielo.

—No sé cuál de los dos adjetivos me gusta más —dijo él. Con descaro, y como si tratara de limpiarme algo, alzó la mano y me frotó el labio inferior con el pulgar, cuidadoso de no tocarme la pequeña abertura—. Me llamas imbécil porque he sido un imbécil contigo, y príncipe porque crees que soy un inútil al que le han heredado cuentas bancarias y no se ha ganado ni una mierda con el sudor de su frente. Lo bueno, es que estoy seguro de que ambos calificativos me los merezco. Y, viniendo de ti, estoy decidido a aceptarlos. — Bajó la mano, y carraspeó. Su gesto me atravesó el pecho como si fuera un cuchillo—. Si te soy sincero, creo que merezco cada cosa que hagas en mi contra; incluso besarte con alguien que a lo mejor es más digno que yo.

¿Por qué no puedo simplemente detestarlo por ser tan soberbio? ¿Por qué mi corazón late así, cuando debería estar furioso con él? ¿Acaso está feliz de que Mauricio me haya tocado? ¿Y por qué yo estoy enojada por su reacción tan contraria?

—Necesito que hablemos en privado —dije, luego de casi atragantarme con las palabras.

—En cuanto termine me paso —suspiró él por fin.

En ese instante se oyeron las puertas del ascensor que acababa de regresar al vestíbulo. Mauricio se paró en seco a tan solo dos metros, y fingió que se acomodaba la mancuernilla de la camisa.

—El hombre del que yo estoy enamorada se quitó la armadura de hierro para hacerme el amor una noche hace ya más de un año —susurré, tan cerca de él que estuve segura que nadie más escucharía; esa era mi intención—. Asegúrate de llevarlo contigo, porque *don-yo-lo-puedo-todo* me causa miedo e inseguridad.

Vi la flaqueza de su mirada, vi el dolor en ella y vi que hacía uso de toda su fuerza de voluntad para no esbozar una sonrisa; no hubo problema alguno: porque cuando Javier quería sonreír, podía hacerlo con la mirada, y con la piel, y con cada gesto. Sus expresiones eran *tan* marcadas que mi alma era un vaivén que dependía de ellas.

Me volvía loca, y aun así estaba muy, muy enamorada de él.

No dijo nada como respuesta. Le di un beso en la mejilla y, lanzándole una mirada de disgusto a su primo, volví a mi trabajo. Las piernas me temblaban horrores cuando me dejé caer en la silla. Pero mi corazón latió, por primera vez en muchísimos años, con el ritmo perfecto con el que debe funcionar un músculo tan importante.

*

Pamela no tenía idea de cómo me sentía por su culpa. Pero fingí que su cercanía no me molestaba. Fingí que estar hablando con ella no me había puesto los nervios de punta y que, mirarla a los ojos, no me causaba repugnancia. En ella podía ver todo mi pasado; como un monstruo sonriente y sin intenciones de dejarme tranquila. Yo era consciente de que estaba siendo injusta, pero no podía controlar mis emociones.

Todo lo que tuviera que ver con los Torales me había mantenido en un constante estado de terror, tanto físico como mental. Así que, mientras subía las escaleras para llegar a mi departamento, y huía del intento de explicación de la mujer, me pregunté durante cuánto tiempo más estaría conmigo. Dudé de si preguntarle o no, porque de su respuesta yo podía sacar un par de conclusiones.

Si ella me decía que aún tenía órdenes de permanecer a mi lado, vigilándome, era porque Javier aún no había renunciado. Y todo seguía como antes; a pesar del dolor, a pesar de las consecuencias que se dibujaban frente a nosotros.

—Te acabo de decir que estoy cansada, y no tengo ánimos de hablar — insistí. Medio giré para mirarla. Estábamos en el tramo del segundo piso, y ella se frotó el rostro como para inhalar profundo.

Quise pensar que su gesto significaba impaciencia. Cuando me di la vuelta, decidida a no cambiar de opinión, no volví a escuchar el ruido de sus tacones en las escaleras, mientras subía. Pero algo me hizo detener; el cuerpo del gorila de Vinnie, aquel tipo que se hacía pasar por el portero del edificio, impidió que siguiera avanzando. No tuve valor para mirarlo a los ojos.

Su retina estaba llena de odio, como si se lo hubieran inculcado para mí.

—¿Llevas prisa? —preguntó.

No dije nada.

—Anda, no puedes ser tan fría —Levantó la mano para tocarme la cara, pero yo retrocedí en el acto.

—Hazte a un lado, idiota —bufó Pamela a mis espaldas. Yo, petrificada, esperé lo peor a continuación; me cruzó por la mente que el tipo tuviera órdenes de Vinnie y que este fuera a aparecer de un momento a otro.

Pamela lo golpeó con su bolsa, en el pecho, y el tipo se hizo a un lado; no despegó la mirada de nosotras. Y, antes de que pudiéramos seguir subiendo, él le sujetó un antebrazo. Ella se detuvo ante la fuerza que le habían imprimido al tirón. La vi tragar saliva y tal vez, por el movimiento de sus hombros, pude percatarme de su estremecimiento.

En un segundo aquel tipo la había atraído hasta sí, y entonces me observó; los ojos inyectados en ira.

—Con su permiso, majestad —dijo.

—Nos vemos más tarde —me espetó Pamela, luego de que el gorila le susurrase algo en el oído—. El jefe quiere hablar conmigo —se disculpó.

Por algún motivo, la idea de que se fuera al hotel de Vinnie, no me hizo sentir bien para conmigo misma. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer si hubiera querido detener al hombre. Sin más, los dos comenzaron a descender la escalera con rumbo a la salida. Me quedé varios minutos esperando a que Pamela volviera y que el tipo solo la hubiera sacado para recriminarle el haberme ayudado.

Aunque fuera en una cosa tan nimia, la «rebeldía» de cualquier chica estaba penada como si fuera el peor de los delitos. En ese negocio, o te sometías a sus tratos —sin importar cuán crueles fueran— o ellos te obligaban a aceptar esa sumisión. Conmigo siempre había sido diferente, pero había tenido que sufrir la cercanía de Vinnie, y para mí, no había peor tortura que esa.

Aún me creía capaz de recordar cada detalle de su aproximación con exactitud; incluso el olor nauseabundo que desprendía durante el acto; resultaba una cosa insoportable y, antes de Javier, no había podido despejar mi mente de la memoria interna que tenía para con el monstruo que era Vicente Torales. Mi verdugo personal.

Un día, hacía ya mucho, me había visto en la necesidad de pedirle a Valeria que mantuviera alejado a Vinnie. Y sí, su hermano había obedecido, pero la deuda adquirida con su hermana, había terminado por encarcelarme en

el horrible fruto de su... *negocio*. Eso se había terminado para mí. Me lo repetía todos los días a todas horas. Pero, por desgracia, el único momento en el que me lo creía era cuando recordaba la manera *tan* diferente en la que Javier me había hecho sentir.

Al llegar a mi departamento, me metí a la ducha, comí algo ligero y decidí abrir el paquete que Javier me había dado. Era un sobre con un contenido extraño; no pesaba mucho y su interior se removía si lo tanteaba con las manos. Me senté en la sala dispuesta a romper la parte superior, que estaba sellada.

Tenía un remitente de Monterrey. Reconocí la dirección y, al leerla dos veces, no pude comprender por qué demonios no había reparado en ese detalle hasta entonces; tal vez, me dije, el miedo que tenía de que fuera nueva información sobre los Torales había actuado en mi contra. Como había hecho durante estos cinco, casi seis meses.

—*Dios...* —murmuré para mí misma en cuanto saqué el puñado de fotografías.

Era un pequeño paquete sujeto con un listón. Todas fotos recopiladas por la misma persona; un sujeto que tenía una tienda de coleccionistas en Monterrey. Siempre había conseguido una diferente para mí cada cierto tiempo. Cuando se lo pedía, y me interesaba alguna en especial, se lo comunicaba por teléfono, y luego él me respondía si podía dar con mi pedido.

Hasta ahora, había logrado conseguirme todo lo que le había solicitado.

Pero nadie sabía de esto. Nadie...

—Ay, Javier —me lamenté, pasándome la mano por la boca, incrédula y con el corazón acongojado.

De un salto, presa de la emoción que me tocaba el alma al imaginarme recopilando casi trescientas fotografías (con escenarios antiguos de México), dejé el sofá, me adentré en mi habitación y abrí el clóset. La pequeña maleta donde guardaba mis pertenencias sentimentales —como la única fotografía que poseía de mis padres, una caja de música que había recibido por mi cumpleaños número dieciocho, y el listón azul que mi madre me ponía en el cabello durante la secundaria—, estaba sepultada por cajas de zapatos, bolsas de uso común, e infinidad de pretextos que había ido acumulando para no enfrentar las pequeñas cosas que aún podían lastimarme.

El álbum de las fotos antiguas estaba en el interior. Lo saqué con tanto cuidado que el temblor de mis dedos fue demasiado perceptible. La tapa

estaba forrada de un papel en estilo vintage y el papel del interior tenía un plástico especial para cuidar las fotos mientras se iban colocando. Tras examinarlo con cariño, y avergonzarme por esconderlo de mi vida, como si también mereciera ser olvidado, volví a la sala para ver si las fotos que contenía el sobre podían acomodarse allí o si iba a necesitar otro.

Mientras me sentada en la alfombra y acomodaba las fotos, el álbum, y un pegamento sencillo para aquella tarea, recordé que hacía mucho tiempo que no tenía un deseo como este: quería ver las fotos compiladas una junto a otra y hojear el resultado con ojos de admiración, orgullosa por la lenta, nostálgica y pobre evolución de mi país.

Para cuando terminé, tenía las yemas de los dedos un poco pegajosas y el reloj había avanzado un par de horas. Eran casi las siete de la tarde. Me recorrí hasta poder recargar la espalda en el cojín del sofá, flexioné las piernas y, usándolas como apoyo, puse el álbum sobre ellas. Lo admiré con paciencia, buscando recuerdos que no eran míos, fantasmas perdidos en los tonos sepia, grises y verdosos, cuya vejez volvía su textura algo perfecto.

Dos toques en la puerta me hicieron levantar la vista, que hasta el momento no había logrado separar del álbum. Después de bañarme, me había dejado el pelo suelto para que terminara de secarse solo, y lo llevaba un poco alborotado, así que, al erguirme y caminar descalza a la entrada del departamento, traté de acomodármelo sin éxito.

Javi se cruzó de brazos en cuanto me vio. Recargó su peso en el marco derecho y me observó de pies a cabeza.

—Pensé que no ibas a venir —le dije, para obviar el hecho de que era un poco tarde y que yo estaba vestida no como para recibirlo.

Traía puestos unos *leggings* y una camiseta que me venía un poco grande; él se veía tan pulcro como siempre, exceptuando las marcas de cansancio alrededor de sus ojos.

—Te dije que estaba ocupado —dijo.

Lo invité a pasar señalando el interior. Cuando atravesó el umbral y pasó junto a mí, el olor de su perfume se hizo presente de inmediato. Lo maldije por oler tan bien, por ser, a mi parecer, un hombre tan atractivo... por ponerme tan nerviosa y por tener el poder de hacerme olvidar todo.

La euforia por las fotografías había dado paso a otro sentimiento; tuve ganas de llorar. Más cuando Javi se apoyó en un brazo del sofá y me escrutó mientras yo me ponía unas sandalias.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Llevas prisa? —le dije, moviéndome a la sala para recoger el desastre de recortes que había dejado sobre la mesa.

—No, pero...

—Perdón, estaba... arreglando estas cosas, y de verdad creí que no ibas a venir —me justifiqué. En ese instante, con el silencio que le siguió, entendí que Javier había visto el sobre abierto en el sofá y el álbum—. Gracias por esto. No tenías que hacerlo.

Se levantó. Caminó hasta mí y, de un ademán sigiloso, me pidió el álbum.

—El tipo que Nico contrató para que te investigara. —Me miró unos segundos, quizás para ver si yo adoptaba otro semblante. Le hice una seña para que se sentara y, cuando lo hizo, y yo hice lo mismo, siguió ojeando el álbum. Suspiró también, antes de continuar—: Te siguió un par de veces y el único lugar al que ibas era con este viejo para recoger fotografías antiguas. Solamente tú puedes tener un hobby tan extraño y hacer que parezca la cosa más dulce del mundo.

—Mi papá tenía fotos así por toda la casa. Su antepasado más antiguo fue un terrateniente conservador. Poseía muchas cosas por las que no parecía pasar el tiempo: como mapas antes de las vías ferroviarias o talonarios de cheques antes del Banco de México. Mi familia siempre estuvo orgullosa de sus orígenes colonialistas. No es de extrañarse que me odiaran por ser tan rebelde. Imagínate, una mujer con un título, incapaz de criar a una docena de hijos; liberal, además. Qué desgracia para la humanidad.

Alcé la vista a él. Ya no miraba el álbum. Sino a mí, y el instinto me pedía que lo tocara. Estiré la mano, le acaricié la mejilla y sonreí.

—Me gusta que seas rebelde —musitó, tan bajo que el tono aterciopelado de su voz me causó un escalofrío.

—Gracias por esto, de nuevo —dije, aclarándome la garganta y retirando la mano—. Pensé que era algo de Vinnie y Valeria. Pensé que...

—No iba a dejarlo —me interrumpió.

Cerró el álbum de un golpe y lo dejó con cuidado sobre la mesita de centro. No cambió de posición después. Su postura me hizo creer que estaba pensando en cosas poco agradables; por ejemplo, con la alusión a los Torales, se le habían puesto rígidos los músculos de los hombros, anchos y acorde con su espalda y el grosor de sus piernas. Y, además, tenía los antebrazos colocados en los muslos, las manos unidas en un fuerte apretón.

Después de todo ese tiempo, comenzaba a conocer sus métodos para

relajarse.

—¿Y lo vas a hacer? —susurré.

Javier se levantó al tiempo que se llevaba las manos al pelo. Se lo despeinó tras mesarlo con impaciencia y, al girarse para mirarme, descubrí que la mueca de fastidio en sus facciones había aflorado de un momento a otro. La contención de la que era capaz estaba llegando a su límite, pero estábamos solos y esta vez no iba a permitir que las cosas se quedaran a medias.

—¿Te vas a ir si lo dejo? —inquirió al final.

También me erguí, pero me tuve que abrazar a mí misma para que él no terminara de desnudarme con la mirada. Me sentía expuesta a niveles exorbitantes y cada parte de mi cuerpo me reclamaba calor.

Su calor, específicamente.

Yo era consciente de que *esa* actitud en él era por Mauricio y no por los Torales. Estaba enojado a pesar de que intentara con tanta fuerza ocultarlo: porque le salía terrible la actuación de hielo.

—No sé qué va a pasar si lo dejas, salvo que vas a estar a salvo de ellos. Eso es lo único que quiero —dije—. Javier, a veces es bueno elegir las batallas. Necesitas entenderlo. Necesitas comprender que hay personas que están detrás de ti que se verán inmiscuidas en esto.

—Creí que estabas con él, ¿sabes? —preguntó, con una sonrisa incrédula en los labios.

Se dio la vuelta a lo mejor por cobardía; yo sabía lo que era tener que enfrentar un juicio como aquel. No obstante, mi intención era bastante lejana a la que él estaba pensando en ese momento.

—Mauricio me contó algo de eso —musité, acercándome más. Él tomó una inspiración antes de darme la cara de nuevo, y de esa manera vi que tenía la ceja enarcada—. Pero ya viste que no es así.

Hubo un silencio que amenazó con prologarse. Por lo que le puse una mano en el cuello, alcé la vista para mirarlo a los ojos y esperé a que me entendiera.

—Mauricio es como mi hermano —susurró, también acariciándome la cara con la mano derecha—. Y tú tienes derecho de saber que es un buen hombre. Menos impulsivo, más prudente, más...

—Estoy muy agradecida con toda tu familia por apoyarme —lo silenció. Acababa de decir justo lo que estaba temiendo—. Pero no te atrevas a suponer que tu primo es mejor para mí como si no supieras qué cosas siento por ti. — Giré sobre mis talones y solté las manos de mi cuerpo; de pronto me sentía

más valiente que nunca, y tomé una decisión terminante—. Qué más quisiera yo que no estar así, por un bruto como tú —le dije, dándome la vuelta—. Y, sin embargo, aquí estoy: enamorada de ti como si no existiera otro hombre en el mundo.

Por lo que fueron largos minutos y muy tensos, Javier me escudriñó con los ojos entrecerrados, sin pestañear. Repitió la acción de despeinarse el cabello y negó con la cabeza.

—Te besó —dijo, dando dos únicas zancadas para quedar frente a frente conmigo.

—¿Y qué? *No sentí nada...*

Él asintió, al tiempo que acunaba mi rostro en sus manos.

—Me veo cada vez más estúpido tratando de demostrarte lo que siento — dijo, luego de besar la comisura de mi labio para no lastimarme la herida—, porque he hecho exactamente lo contrario a lo que haría un hombre dispuesto a todo por la mujer de su vida. Tú te mereces a alguien mejor, y de todas maneras no soy capaz de dejarte de ir. Así de terriblemente cegado me encuentro.

Lo rodeé con mis brazos, aunque no podía hacerlo del todo, pero él sí me estrechó de manera que cupe perfectamente en la forma de su cuerpo. Al instante, el frío me abandonó, el miedo se escurrió de mí, y la electricidad recorrió cada una de mis terminaciones nerviosas.

—No estás ciego. Eres un bruto. Ya te dije. Nada que no se quite con varias sesiones de realidad —musité, la cara recargada en su pecho.

—Cassandra —dijo. Eché la cabeza atrás para mirarlo. La expresión de sus ojos me elevó el ritmo cardíaco, y me fijé en sus labios casi por reflejo—. Hablé con Valeria Torales después de que te marcharas de mi casa el sábado. —Me puso un dedo en los labios cuando los entreabrí para decir algo—. Se acabó. No va a volver a molestarte. Nunca. Ahora —Pegó su frente a la mía y me atrajo aún más de ser posible. Yo lo abracé con tanta fuerza que me dolieron las coyunturas de los brazos—, si quieres irte, por favor no lo prologues más. Ayúdame en eso.

En otra ocasión me habría ofendido su manera de decirlo, porque sonaba muy seguro de sí mismo, pero en ese instante se sintió como si me estuviera pidiendo un favor, y no estuviera lanzándome la misma trampa que yo había utilizado con él. Sin querer, comprendí que mientras me negara a sentir esto, más grande se hacía todo. Mis sentimientos, mi miedo, mi felicidad; todo crecía conforme más lo miraba.

Tenía razón. Con Javier tan cerca, no iba a poder quedarme. Sería demasiado para mí, demasiado incluso para él.

—No me voy. Ya no puedo.

—Promételo —me pidió, agachándose y depositando un beso suave en mis labios; el que procurara no lastimarme, envió un choque eléctrico por mi vientre y se introdujo en mi pecho—. Solo eso quiero: hago lo que tú me pidas, solo... *quédate*. —Otra vez me besó. Continuó haciéndolo hasta que comenzó a descuidar su caricia y me sacó un respingo. No me dolía como el sábado, pero la sensación de su boca sobre la mía era suficiente como para soportar aquel dolor—. Te lo suplico. *Quédate*.

—¿Dónde dejaste la armadura, príncipe? —pregunté, respirando con dificultad porque no había cesado de tocarme con los labios.

Él, con tono apremiante, ronco y firme, me espetó—: Acabo de deshacerme de ella.

—Así estás perfecto.

Fue mi turno de ponerme en puntillas, rodear su cuello y besarlo. Él se agachó para anclar sus manos a mis muslos, impulsarme hacia arriba y ayudarme a rodear su cadera con las piernas. No paró de besarme ni siquiera cuando, conmigo a cuestas, se dejó caer en el sofá; hizo el esfuerzo por no aplastarme con su peso, pero de un momento a otro la acción fue casi involuntaria.

Lo mismo con sus manos; porque buscaban en mi piel con la determinación de quien ha memorizado cada rincón de un mapa.

Nos sentamos en el sofá procurando no romper el contacto que nos unía. Él, sin soltar mi mano, me examinó con mucha atención y cautela mientras me quitaba la blusa y dejaba a su vista mi sostén de encaje. En la mente todavía tenía el recuerdo de la primera vez que habíamos estado juntos, y esa imagen, la memoria de aquella escena, no era otra cosa que un conjunto de manos desesperadas por tocar, besos exigentes y caricias abruptas, quizás torpes.

En este momento Javier estaba haciendo las cosas con demasiado cuidado, como si no quisiera romperme. Yo quería estar con él de cualquier manera: pero me apenó decirle que me encontraba ansiosa por saberme entre sus brazos, segura, en lo que se había sentido desde siempre como un refugio.

Cuando se quitaba las asperezas y se entregaba a la intimidad de un instante, Javi no reparaba en otro detalle que no fueran los centímetros de mi piel. Su mirada irradiaba deseo contenido; y, a pesar de ello, procuró no adelantar nada ni apresurar la forma en la que deslizaba sus manos por encima de mis hombros, luego de acercarse. Tocó mi cintura con las yemas de sus dedos, y me atrajo hasta él.

—Estás muy ansiosa —musitó antes de volver a besarme, sujetando mi cuello con su mano derecha.

—Hemos estado jugando por mucho tiempo —le dije, sincerándome. Una pequeña sonrisa tiró de sus labios—. Estaba... —Lo miré por unos segundos, y al levantar la vista otra vez, encontré una de sus expresiones comprensivas. Tragué saliva ante la expectación que aquello me provocaba—. De verdad quería estar segura de que estuvieras bien. Lejos de ellos.

No hubo respuesta alguna. O quizás no del tipo de respuesta que esperaba por su parte; en cambio, volvió a unir mi boca a la suya y, en una posición bastante incómoda en el sofá, alargó una mano para arrastrarme hasta su regazo, donde me acunó como si fuera una niña pequeña. Él permaneció sentado, conmigo encima de sus piernas, repartiendo besos tibios en mis labios, y en las partes más sensibles de mi cuello.

El sentimiento de arrobo era embriagante. Quería fundirme en su agarre e imaginar que nada alrededor existía, que no nos habíamos conocido en las

circunstancias tan horribles en las que sí. Sentir su rostro, su aliento, su calor, tan próximos a mí, sobre todo desnuda como me había dejado el alma, se parecía muchísimo a estar dispuesta a recibir el tiro de gracia por parte de un sujeto que lo único que hace es respirar para tenerte a su merced.

Y, en efecto, con tal de prolongar el momento, permanecí en silencio mientras él decía—: Tenemos que hablar. Sobre Valeria.

Yo era muy consciente de ello. Era consciente de que no tenía ni idea de qué había hablado él con la hermana de Vinnie. Mi pulso aceleró su ritmo en cuanto Javier se arrellanó para que ambos estuviéramos más cómodos. Aunque intenté dejar su regazo, me obligó a permanecer en él y, agarrando mi palma con firmeza, se llevó mis dedos derechos a la boca; besó cada una de mis yemas, confiado, respirando con normalidad.

—¿Por qué de todas las injusticias que hay en el país tuviste que elegir esta? —le pregunté.

Hizo una inspiración profunda y sentí cómo su pecho se movía, al compás de un tiempo perdido en su mente.

—Una vez, en una rueda de prensa previa a la candidatura de Múgica, conocí a una chica que tenía un hijo suyo. Por supuesto, no era su esposa; el tipo podría haber sido su padre. Le hice un par de preguntas que ella respondió con muchas evasivas. Hizo un escándalo que casi le cuesta la militancia en el partido al desgraciado.

—¿Por qué dices que podría haber sido...? —lo tanteé.

Tuve un mal presentimiento. Traté de erguirme para que Javier me mirara a la cara, pero no fue necesario porque agachó la cabeza un poco, y hundió el rostro en mi cuello; después olfateó mi piel y mi cabello.

—Como seis meses después, luego de que el chisme pasara —relató, tras pasar saliva. La bonita protuberancia de su laringe se movió; por lo que confirmé mis sospechas de que aquel cuento era uno de terror, de los que no quieres oír de noche. Casi podía anticiparme a lo que iba a decir a continuación—, misteriosamente la muchacha esta cometió suicidio. Su hijo desapareció.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí, atemorizada.

No supe si Javier se dio cuenta del estremecimiento que me había venido con el final del relato, pero me abrazó con más fuerza y, desde arriba, observó los contornos de mi rostro.

—Nico le siguió el rastro. Sin familia. Sin amigos, aparentemente —gruñó—. Luego comenzamos a vigilar de cerca los movimientos de Múgica. Así

dimos con Vinnie. Y contigo.

Entonces, sí, me levanté. Él me lo permitió. Tal vez porque adivinó la vergüenza que me provocaba que tuviera idea de todo cuánto yo hacía allí. Antes. O tal vez porque comprendió que no tenía valor para mirarlo al rostro y enfrentar su lástima. A lo mejor podía lidiar con su mal carácter, y con el genio que le saltaba en los momentos agridulces, pero con su lástima nunca podría cargar.

No era eso lo que esperaba de él, ni nunca lo sería.

Tras colocarme de nuevo la blusa, y siendo víctima de un repentino frío, me levanté del sofá. Escuché el suspiro de Javier a mis espaldas. Luego se irguió también. Sus manos, segundos después de que yo intentase respirar sin lograr mucho, acariciaron con firmeza mis hombros. Me rodeó con sus brazos hasta que pudo jalar mi abdomen y pegar mi espalda a su pecho.

—Hay algo que no te he dicho —susurró. Sin zapatos que pudieran dar batalla a su altura, su voz me llegó de casi veinte centímetros arriba. Cerré los ojos al percibir el tono dulzón al hablar, y el cómo acababa de amoldarme a él como si hubiera sido hecha para estar allí—. Creo que mereces saberlo. —De un movimiento pausado y lento hizo que me volviera. Probablemente para que no huyera de su escrutinio, encerró mi cara entre sus manos, y dijo—: A diferencia de mí, tú eres una criatura llena de luz. Últimamente, mi vida gira a tu alrededor. Fuera de ti soy una persona desagradable, Cass. Me agrado más a mí mismo cuando quiero merecerte. —Dejó un beso limpio en mis labios, justo en la herida; la tortura en sus ojos fue tan perceptible, que me vi en la necesidad de quitarle todos los pensamientos malos de la cabeza—. También debo reiterarte algo de lo que no quiero que te quede duda. —Esbozó una sonrisa, acariciando mis mejillas con sus pulgares. Me abracé a él y aspiré el olor a madera que desprendían su ropa y su piel de un moreno precioso y bastante claro—. Eres para mí y esto no es una casualidad.

Por supuesto que no era una causalidad.

Y él merecía saberlo.

—Valeria sabía, de alguna manera, que estabas interesado en mí —le dije, apesadumbrada.

—Puede que sea más mi culpa, de cualquier manera —dijo—. Insistí demasiado para volver a verte.

Luego de escucharlo, no pude evitar entreabrir los labios para replicar.

—De eso sí no me habías dicho nada —musité—. ¿Por qué?

—Bueno, porque te puse en riesgo. Y después porque había decidido

cuidarte. —Respiró hondo, aun quedándose conmigo en mitad de la sala y abrazado de mí—. Como sea, diosa, o princesa, o cualquier cosa divina que seas: cuando digo que *esto* no es una casualidad no me refiero a que tu venida sea una casualidad. Sino lo que sientes. Lo que se nota y no le puedes negar a nadie. Por eso sé que eres para mí. Aun cuando intentarás negarlo con la boca; es muy tarde.

Asentí. Él se apartó un poco, volvió a tomar mis manos entre las suyas e hizo un mohín que despertó mi interés. Supuse que la charla emocional había dado término y que, a continuación, proseguía la verdad a la que teníamos que enfrentarnos si queríamos avanzar en algo. En lo que sea que estuviéramos haciendo el uno con el otro.

Regresamos al sofá. Javier insistió en sentarse de modo que yo pudiera hacerlo entre sus piernas. El gesto, antes que romántico, se me antojó sobreprotector, pero no le tomé importancia y lo atribuí al calor del momento, que era enorme.

En resumidas cuentas; Javier me explicó que, cuando Mauri me había traído a casa, su padre y su tío le dijeron lo mismo que todo mundo, solo que en palabras más realistas. Yo me daba una idea de las cosas que su padre y Joaquín le habrían dicho y no pude evitar sonreír ante ese pensamiento. También me acordé de Perita y de la manera en la que le hablaba, y eso catapultó mi memoria a la verdadera razón por la que Javi había roto su compromiso.

Para él, Valeria nunca había estado interesada en hacerme la vida de cuadritos, sino que estaba aprovechándose de mi nobleza y del carácter impulsivo de él. Mientras comentaba las cosas que había hablado con el otro monstruo Torales, hice un recuento de las cosas que me faltaba decirle para que todo, por fin, y alrededor de aquellas personas, hubiera acabado.

—Lo único raro es que Valeria asegura que ella no le pidió a Vinnie que te vigilara —murmuró, Yo tenía la cabeza en su pecho y comenzaba a sentirme adormilada al escuchar el sonido de su respiración. Sin embargo, la suposición de que Vicente estuviera actuando por su cuenta me embargó de miedo y nerviosismo. Parpadeé varias veces antes de acomodarme más junto de él—. Acordamos que, sin nota respecto de su negocio, a ti te tienen que olvidar por completo.

—Puede que sea una bazofia de persona, pero el honor es algo que, para ella, no se deja de lado —susurré.

Emitió un pequeño gruñido a modo de respuesta, demostrando su

reticencia a creer lo que yo había dicho.

Pasamos un buen rato así, yo recostada encima de él, él con la espalda recargada en el sofá y una pierna alargada en los cojines.

—¿Ya tienes sueño? —preguntó, muchos minutos después, acariciando mi cabello y peinándolo por todo el largo con sus dedos.

—¿Y si te quedas conmigo? Solo por hoy... —Me levanté para decírselo y mirarlo a los ojos.

—¿Solo por hoy? —se rio.

Mis mejillas ardieron. Encogida de hombros, me limité a sacudir la cabeza para asegurar que era así. Obviamente, yo sabía que Javier estaba jugando conmigo, pero resultó igual de penoso que la propuesta hubiera venido por mi parte.

Poniéndome en mis rodillas coloqué las manos en su pecho y me recargué en él. Le di un beso que se alargó cuando sus manos apretaron mi cadera. La tela del pijama se arrugó con su toque, enviando una sensación de electricidad en mi vientre y mis muslos, que apreté mientras me ceñía contra él.

Alguien aporreó la puerta en ese instante. Me eché hacia atrás y me hice el cabello a un lado. Javier se removió en su lugar, mirándome.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó, confundido.

Con los ojos desorbitados por la misma emoción, negué con la cabeza.

—Cuando Pamela hace sus salidas, no vuelve hasta un día después —le dije.

—Quédate aquí —me pidió, al tiempo que se levantaba y caminaba hacia la puerta. Yo lo observé tras incorporarme, pero me abracé a mí misma.

Recorrí el tramo de la sala a la entrada, titubeante; en el fondo, estaba muy segura de que Vicente ya no actuaría en mi contra, o quizás era la seguridad que me proporcionaba la presencia de Javier. De cualquier forma, pasé saliva más veces de las que podía recordar y mantuve los ojos clavados en la espalda de Javi.

Al abrirse la puerta, no fue miedo lo que percibí en mi sistema sino una emoción que ya había experimentado; solo una vez, después de que Vinnie me confesara que sus intenciones conmigo eran lejanas a ser parte de un romance.

A Pamela se le aflojaron las piernas e, instintivamente, Javier se abalanzó sobre ella para sostenerla. Llevaba puesta una falda de tubo, en color rosa palo; la prenda estaba hecha girones de la bastilla, y tenía manchones de sangre. Javier la levantó en brazos y se adentró de nuevo en la estancia de mi departamento con pasos veloces.

—¿Qué...? —intenté decir.

Me acerqué a ellos mientras él la depositaba con delicadeza en el sofá. Pamela hizo una terrible mueca de dolor. Había un hematoma en su mejilla derecha, y tenía chupetones por todo el cuello, la clavícula y la parte alta de los pechos; su blusa también estaba vejada. Seguramente le habían arrancado la ropa a tirones y aquellos golpes no podían significar otra cosa que Vinnie nos había enviado un saludo de despedida.

Javier retrocedió un par de pasos y yo, sin poder moverme ni un milímetro, me cubrí la boca con ambas manos. Escuché los murmullos de la voz de él. Por fin armándome de valor para seguirlo, me di cuenta de que hablaba por teléfono; escuché el nombre de Andrés y el de Mauricio. Después, cuando cortó la llamada, me acerqué a él. Su camisa estaba manchada de sangre. Aterrorizada por la implicación de eso, negué con la cabeza y me tapé la cara.

—Oye... —musitó él mientras me quitaba las manos de la cara y la acunaba en las suyas—. Tienes que armar un par de cambios de ropa para ella. No se puede quedar aquí.

—¿Cómo? —Un par de lágrimas se deslizaron por mis mejillas; Javier las limpió de inmediato.

Su rostro cambió de expresión en ese instante.

—Está muy mal herida, Cass —dijo, la voz ronca por el coraje que sí ameritaba la situación—. No te preocupes. —Me besó en la mejilla y, tras abrazarme, me aseguró—: Aquí estoy.

Me costó mucho alejarme para caminar hacia la habitación que usaba Pamela. Recogí ropa cómoda; intenté hallar prendas de deporte, o pijamas que no la lastimaran. Y metí todo en una bolsa lo suficientemente grande. Cuando regresé a la estancia, Javier se había acuclillado junto al sofá y escuchaba, atento, lo que sea que estuviera diciendo Pamela.

Yo me agaché también. A pesar del nudo en mi garganta, mantuve la compostura que ella necesitaba.

—Estoy diciéndole al príncipe que esta fue mi carta oficial de despido —dijo. Su voz, claro, era un amasijo de dolores corporales. No obstante, su humor se escuchaba intacto—. No te preocupes, muñeca —murmuró. Sus ojos se centraron en mi mirada—, el bastardo sabe que no se puede meter contigo.

La contemplamos en silencio mientras llegaban Mauricio y Andrés. Javier se había puesto de pie y solo miraba hacia nosotras para lanzar llamas a través de los ojos. Para este momento, yo ya no estaba molesta ni mucho menos, sino que me había puesto en el lugar de Pamela: era consciente de que trabajaba

allí por necesidad y por costumbre.

A diferencia de otras en el negocio de los Torales, ella no había terminado la universidad, el padre de sus hijos había desaparecido en lo económico y ningún sueldo le había parecido suficiente como para sacrificar el bienestar de las personas que amaba. Quizás sus razones no fueran suficientes para unos cuantos, pero para mí eran viscerales; demostraban lo capaz que era un ser humano de entregar todo aun cuando se quedase vacío.

Puse todo mi empeño para ayudarla, deseando que los minutos transcurrieran rápido.

Veinte minutos más tarde, Andrés, que resultó ser más abierto en confianza sobre todo con Javier, la examinó en silencio. Había traído un par de utensilios médicos, en caso de emergencia, pero Pamela le indicó, cero pudores, cuál era el tipo de violencia que se le había practicado.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Mauricio, en un susurro.

Javier acababa de bajar por orden de Andrés; teníamos que llevar a Pamela a su clínica, donde estaría mejor atendida. Además, nos indicó que era necesario realizar un chequeo más minucioso.

Mauri estaba esperando, como le había pedido Javier, a que yo me alistara. Por eso, cuando salí de mi habitación vestida con pantalones de mezclilla y un suéter de punto, él me extendió la bolsa que había dejado en el comedor, suponiendo que no saldría del apartamento sin ella. Así que, sin responder a su pregunta —porque no tenía la menor idea de qué había sucedido con Pamela— descendimos la escalera del edificio.

*

Pamela había sido abusada en otras ocasiones. Lo sabía porque yo misma había tenido que agachar la cabeza cuando, cosas de ese tipo, se suscitaban a nuestro alrededor. En el mundo que vivíamos ella y yo, eran normales los tratos llenos de sangre, insultos y amenazas constantes. Aquella demostración de lo que nos podía pasar si Vinnie se lo proponía, dejaba en claro las marcas perpetuas que tendríamos en la piel.

Estaba dormida gracias a un sedante que le había puesto Andrés para que el dolor no la mantuviera en vilo. Yo me había sentado en el corredor de la

sala, y miraba en todas direcciones, esperando a que Javier apareciera en mi campo de visión. Según lo que me dijo, tenía que hacerse cargo de un par de formularios que debían llenarse; no iba a colocar mi nombre ni el de Pamela. Sino el suyo.

Aún no acababa de asimilar el horror cuando vi, en mi reloj de pulsera, que daban casi las dos de la madrugada. Fue Mauricio quien se sentó junto a mí y me extendió un vaso de café. Le di las gracias sin ánimo, pero sorbí poco a poco la bebida para que viera mi sinceridad.

—¿Esto les pasa a menudo? —inquirió Mauri.

—Solo cuando hacen algo malo —le indiqué.

Lo miré por el rabillo del ojo. Él también me miraba con atención.

—¿A ti no...? —susurró.

Suspiré largamente, interrumpiendo sus palabras. Ya sabía que iba a preguntarlo, pero me hice a la idea de que bastaba con mentalizarme para ignorar el dolor que me producía recordar. Jamás me habían hecho lo que a Pamela, o lo que a muchas otras chicas y, sin embargo, los ultrajes a mi cuerpo no habían cesado.

En estos meses, había ido reforzando la idea de que, estando con Javier, aquella circunstancia iba a empeorar: era así. Ahora no podía ni imaginarme que otro me tocara. Me daba asco de mí misma el solo pensarme en brazos de otro hombre que no fuera él. Y me dije, ignorando por completo lo que Mauri estaba hablando, que si no era Javier no sería ninguno. Lo había decidido hacía ya mucho tiempo.

Me conocía por ser una mujer que no cambiaba de opinión tan fácilmente.

Y lo comprobé cuando lo vi entrar en la sala de espera. Tenía cara de haber presenciado un crimen horrible, y su aspecto era similar al que le había visto luego de ocultarle lo que pasaba con Vicente.

—Vamos —dijo. Estiró la mano para tirar de mí, en dirección de las puertas traseras de la clínica. Mauri me quitó el vaso de café—. ¿Puedes quedarte aquí? Tengo que hablar algo con Cassandra —le pidió a su primo, que asintió.

Nos movimos con rapidez solo cruzándonos con un par de enfermeras y uno que otro pariente de los enfermos que había allí. Pamela estaba en una habitación única, lejos del área de emergencias. En cuanto llegamos al estacionamiento, Javier me pegó a la puerta del auto y se me quedó mirando, como si quisiera traspasarme con los ojos.

—Ese tipo que dices que es el portero del edificio —dijo. Su tono me dio

escalofríos—. ¿Ha intentado...?

—No, Javi, no —lo silencié, mientras me acercaba a él y ponía las manos en su pecho—. Me temo que tal vez por eso Pamela...

—No quiero que permanezcas un minuto más allí —atajó Javier. Como siempre que podía, habló sin un ápice de dulzura. No obstante, me dije que tenía motivos para estar alterado. Me abrazó con fuerza y aún con mi cabeza recargada en su hombro, me dijo—: Tenemos que buscar otro lugar.

Un poco insegura al respecto, me retraje. Javier no me soltó del todo.

—Tampoco podemos detener nuestras vidas por ellos —comenté—. No puedo seguir huyendo.

—Entonces te vienes conmigo —dijo.

Intenté buscarle alguna vacilación a su voz, pero no la tenía. En cambio, me acarició una mejilla y me besó como para cerrar un trato.

—Estás tomando decisiones por mí, y no es justo —refunfuñé.

Di un paso atrás. Javier, para evitar que me zafara de su agarre, me apretó contra él y levantó mi mentón con dos de sus dedos. Cerré los ojos para no enfrentarme con su mirada exigente. A veces podía ser imposible...

—Tienes que entenderme, mi cielo —murmuró. Pegó su frente a la mía. Cuando fui incapaz de no absorber su olor y su timbre, abrí los ojos. Me miraba con temor, con ilusión; cosas parecidas a la devoción se filtraron a través de su retina. Si no paraba de hacerlo, me iba a derretir allí mismo—. Un poco, nada más. Estoy seguro de que no quieres dejar tu trabajo y, Jesús me ayude, está claro que yo no puedo abandonar el mío para vigilarte. Si estás cerca de mí lo suficiente...

Entorné los ojos, próxima al llanto.

Antes de que pudiera replicar, sus labios aprisionaron los míos en un beso que exorcizó a todos y cada uno de mis miedos. Me envolvió en sus brazos hasta que mi espalda se pegó más al coche, estacionado a la intemperie detrás del hospital, en el *parking* privado. Segundo a segundo, confiada de que estaba tratando de dejarme sin aliento —no tenía que esforzarse mucho—, lo detuve.

—No, Javier —dije—. Puedo mudarme a otro lugar, pero no me pidas que...

—Pamela tiene que recuperarse. Lo mejor para ella sería que estuviera en un sitio tranquilo, bajo los cuidados de alguien que solo se ocupe de ella.

—Estás utilizándola en mi contra.

—Me siento impotente, Cassandra; compéndelo —exclamó. Su voz se

había engolado dos tonos de volumen más. Ahora el calor había invadido sus mejillas; estaba excitado de desesperación: lo que me hizo sentir culpable—. Ya no puedo tolerar que, por mi culpa, vaya a sucederte algo. Ponte en mi lugar.

Eso fue lo que hice.

Permanecí tan callada que me resultó sencillo acariciar su pecho a través de su camisa. Y todavía más, callados y mirándonos el uno al otro, descubrí que, si algo le ocurría a él, cualquier cosa, tampoco iba a poder tolerarlo. La intensidad de aquel sentimiento me sobrecogió y, desbordada por mis emociones, busqué besarlo para que el miedo se marchara.

Como era de esperarse, me correspondió. Me correspondió como solo él sabía hacerlo: afianzó sus manos a mi cintura, y yo rodeé su cuello con mis manos.

—Solo mientras Pam se recupera —musité. Él me besó una vez más. Conforme minimizaba la caricia, tomé valor para exigirle—: No tiene que ser en casa de tu padre, ¿verdad?

—Te diría que en el departamento arriba del negocio de Mili —dijo—, pero le voy a pedir a Pera que cuide de Pamela mientras tú estás en el periódico —Se llevó una mano al pelo, alborotándolo del fleco y sin dejar de mirarme. Luego sonrió—. Voy a tener que manejar mucho, pero no me importa. Porque Sacramento es la única opción.

Sacramento era la villa de su familia en la que se había llevado a cabo el día de campo por navidad. Al instante de recordar el sitio, sentí que otro sentimiento de congoja se abría paso en mi pecho.

Pero, como él había dicho, era muy tarde para retroceder. Estábamos tan metidos en la piel del otro, que suponer una tragedia parecía insoportable desde cualquier ángulo que se le mirase.

Javier y yo habíamos quedado que me recogería en mi departamento por la tarde: porque él tenía un par de pendientes que lo mantendrían pegado a su oficina el resto del día, luego de que yo terminara mi turno. Así que, una vez que acabé de arreglar mis cosas y empaquetar las que Pam me había pedido que guardara suyas, comencé a buscar mis detalles íntimos para equiparlos en un neceser.

De pronto, mientras lo cerraba, quise revisar la hora, pero al intentar sacarme el móvil del bolsillo trasero del pantalón no lo hallé como de costumbre. Deambulé por toda la casa en una pesquisa que me sacó la impaciencia de la que casi nunca era víctima y acabé despeinándome el fleco gracias a las veces que había intentado recordar en qué maldito lugar le había puesto.

Una de mis suposiciones era que lo había olvidado en la oficina de Mireya; porque con ella había estado un rato antes de marcharme del periódico. De modo que, bufando y sorprendida de que mis nervios tuvieran tanto alcance, abandoné mi edificio y salí de nuevo con dirección al trabajo.

Apenas llegar no reparé en ninguna presencia y me metí en el ascensor para ir hasta la oficina de Mireya —en el segundo piso—. Toqué dos veces su puerta y, cuando gritó un pase muy frustrado, me adentré a sabiendas de que tenía mucho trabajo acumulado y que por eso estaba tan malhumorada.

—¿Cass? ¿Qué pasó? —preguntó ella en cuanto me vio.

Palideció al instante. Levantándose de la silla, contorneó el escritorio para recibirme. Sin embargo, me limité a quedarme a unos pasos del umbral y examinar la máscara de sorpresa —una sorpresa desagradable— mientras ella se ajustaba la camisa de manga corta que llevaba puesta. Se cruzó de brazos y se plantó delante de mí.

Intenté sonreír, pero no pude; había algo terriblemente sospechoso en la mujer como para poder pasarlo por alto.

—Olvidé mi teléfono aquí —dije.

Mireya enarcó las cejas, se giró sobre sus talones y echó un vistazo alrededor. Después, tras haber ubicado mi móvil detrás de un pisapapeles en

su escritorio, se movió hasta allí y lo sacó.

—Me hubieras llamado a la recepción y yo se lo habría entregado a Javi —carraspeó ella.

Asentí, bajando la mirada a mis manos y revisé la pantalla del teléfono, pero la verdad era que estaba preocupada por el semblante de mi compañera. Parecía que hubiera visto un fantasma. O mejor dicho parecía que estaba nerviosa por mi llegada.

—Nos vemos mañana —le dije, dándome la vuelta. Ella, con paso veloz, se interpuso entre la salida y yo.

—¿No me quieres acompañar al comedor? ¿Un ratito? —preguntó, ansiosa.

Evité pensar cosas malas, pero no me lo estaba poniendo fácil. Arqueé una ceja, y negué con la cabeza para de inmediato agregar—: Mauricio y Nico tuvieron que haber llegado a la villa hace ya mucho, y yo me quiero ir lo más rápido posible para allá. No quiero que Pamela esté sola. Tal vez mañana.

Había tratado de no sonar agria, mas un regusto a desconfianza se clavó en mi paladar. Mireya retrocedió y, con poco disimulo, lanzó una mirada a ambas direcciones del pasillo. Entonces comprendí que me estaba ocultando algo y que, mi presencia en el periódico, a esas horas, no era lo que se hubiera esperado.

Abrí los ojos a la espera de que me dejara salir...

—S-Sí, sí —musitó, sonriendo—. Nos vemos mañana, entonces.

No respondí. Por la obviedad de su comportamiento, y sin poder evitarlo, me hizo sentir muy irritada. De manera que avancé de lleno hacia el elevador. Cuando las puertas se abrieron frente a mi cara, entendí que subestimar las tonterías que una persona es capaz de hacer por lealtad, debían de dejar de ser mi tarjeta de presentación.

En el cubo aquel, justo a la mitad, Thalía clavó su gran mirada en mí. Iba vestida perfectamente elegante; la falda de tubo y la blusa le quedaban de maravilla, y parecía recién haber visitado al estilista. Las dos nos observamos sin decir nada durante un par de segundos. Pero en cuanto entré en el ascensor ella me sonrió.

Y ese fue mi colmo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sin miramientos.

Con gesto imperturbable y tan segura de sí misma como siempre, Thalía miró su reloj de pulsera.

—Estoy empezando a entender por qué te has arriesgado tanto —dijo con

la voz baja. Me volví totalmente a ella esperando que no se estuviera refiriendo a Javier—. Ese hombre es impresionante. Incapaz de no tentar a nadie.

—Te pregunté qué haces aquí —reiteré.

—Pregúntale a él —se rio ella.

Mi respiración se había agolpado al nivel de mi garganta. Tenía los dedos hechos puño, los de la mano derecha encerrando con fuerza el teléfono. Pero no era eso lo que me causaba más tristeza. Sino la forma en la que ella se había referido a Javi, como si... como si también estuviera a su alcance.

Me fue imposible no sentir miedo.

—¿Por qué piensas que eres la única que puede poner mal a un hombre? —inquirió. El pitido del elevador anunció la llegada al vestíbulo. Ella salió en el acto, pero yo demoré unos segundos.

Resultaba obvio de dónde venía. La oficina de Mireya, al menos el lugar en el que se la pasaba, se encontraba en la segunda planta del edificio. Y la oficina de Javier en el tercero.

Desmoralizada por la situación, o más bien por la apariencia que tenía aquella situación, salí del elevador y me dirigí de vuelta al departamento. No me detuve hasta que entré a través de mi puerta y pude esconderme en un sitio donde nadie mirara. Acabé metiéndome a la habitación y admiré mis cosas. Una idea me cruzó la mente, pero la ignoré.

Así, armada del poco valor que tenía en ese momento, comencé a guardar lo que faltaba en la valija. Recibí un par de mensajes de Nico donde me decía que Pamela ya estaba instalada en una habitación de la casa en Sacramento, a una hora, probablemente más, lejos de aquí; no respondí a ninguno de los textos y me apresuré a terminar mis tareas.

No obstante, a pesar de lo decidida que estaba a no echarme para atrás, un gusano de coraje rumiaba mi conciencia en cada momento en el que traté de no sacar mis propias conclusiones. Porque si Thalía había ido a la oficina de Javier, en un horario en el que yo ya no me encontraba trabajando, eso no podía significar más que se habían puesto de acuerdo. No era posible que fuese una coincidencia.

Ya no creía en ellas.

*

Cuando Javier llegó, casi a las siete de la tarde-noche, no tardé mucho para notar que algo andaba mal. Estaba especialmente callado. En él, el silencio era una característica horrible. Su apariencia en ese momento no se le asemejaba a ninguna que le hubiera visto antes. Tal vez estaba concentrado, pero al conducir en aquella ausencia de palabras, pude ver que estaba de mal humor.

Tenía la mirada puesta de lleno en el volante, la carretera y los espejos del auto, como todo conductor diestro. Y, de cualquier forma, no se había girado ni en los semáforos antes de salir del centro, para mirarme. Las pocas frases que me había dirigido habían tenido que ver con el trabajo y con Pamela.

Por mi parte, tampoco tenía ganas de hablar de otra cosa que no fuera Thalía. Pero quería que naciera de él decírmelo. Sin embargo, aún en el último tramo que nos faltaba por recorrer, su introspección se intensificó. Lo escuché suspirar varias veces.

—¿Está todo bien? —me forcé a decir.

Javier inhaló hondo, y apretó las manos la volante.

—Estoy fatigado mentalmente —admitió.

Esbozó una sonrisa diminuta y, volviéndose a mí antes de doblar en la intersección que guiaba hacia la villa, estiró la mano para sujetar la mía. Puso la atención al frente otra vez. Después, en el mismo silencio de antes, se llevó mis dedos a los labios. Con su acción, me dije que lo que sea que lo tuviera así de lejano a mí, tenía que ver, seguro, con su trabajo.

Sí se notaba cansado. Casi todo el tiempo se lo veía fresco, como si acabara de tomar un baño. Recién cambiado, recién afeitado; oliendo a las cosas que me provocaban tanto pavor. Tragué saliva y con ella, me aseguré de devorar los celos que sentía por Thalía. Ya que, me pesara o no aceptarlo, no era otro el motivo.

Al fin, en medio de una noche totalmente cernida sobre nosotros, Javier aparcó en el estacionamiento de la propiedad. Se quitó el cinturón de seguridad al mismo tiempo que sacaba las llaves del coche y se las guardaba en el bolsillo delantero de su pantalón de mezclilla.

Bajé del auto para seguirlo hacia la cajuela, de donde se dispuso a sacar mi bolsa de viaje y la que había traído para Pamela.

—¿Puedes traer mi maletín? —pidió, quitándome mi maleta.

No le dije nada, pero avancé hacia la puerta trasera y saqué lo que me

había dicho.

Recorrimos el sendero de piedra hasta la casa en medio de una plática sin importancia y pronto él comenzó a enlistarme las cosas que había hecho aquellos días para que Pamela estuviera cómoda mientras fuéramos a estar allí. Íbamos a subir la escalinata del porche cuando Perita, que sonreía amablemente, salió a través de las dos grandes puertas de entrada.

Me ayudó con mi neceser y me indicó cuál era mi habitación. Justo junto a la de Pam, y lejos de la de Javier, había dicho.

Con el pretexto de que iba a seguir trabajando en un artículo, Javier se encerró en el despacho del que estaba provista la casa.

—Hoy es el día de las sorpresas —murmuró Pera. Me había preguntado si podía ayudarme a acomodar mi ropa y mis cosas en la habitación y yo, para no desairarla y porque me sentía una intrusa en ese lugar, le dije que sí, ignorando mis dudas, mis miedos, y mi vergüenza. Tras escuchar que lo decía, la observé con parsimonia, y ella repuso—: Mauricio y Nico no tenían hambre, y ahora este me ha salido con que no va a cenar. Menudo disparate.

Me reí sin conseguir evitarlo. Ella hablaba de forma maternal al respecto de los Guízar. La curiosidad me invadió.

—¿Hace mucho que está con ellos? —pregunté.

Perita sonrió, mientras se aseguraba de dejar en su sitio una lámpara de la mesita de noche. Miró el resto del cuarto, quizás para regodearse del aspecto. Se notaba muy orgullosa de haber preparado ella misma —Javier me lo había dicho— la habitación. Un nudo de agradecimiento y melancolía se incrustó en mi garganta al sentir la hospitalidad con la que la familia de Javier me estaba tratando.

Pasados unos minutos, y después de suspirar sonoramente, me contó—: La mamá de Javier era una mujer espléndida. Con carácter. La única que podía mantener a ese trío bajo control. La conocí cuando éramos unas niñas.

Su relato se redujo a un sinfín de memorias acerca de una mujer cuya cuna había estado llena de comodidades. Perita dijo que su difunto padre, el cual había trabajado con la familia de Felisa Robledo —la madre de Javier—, siempre le había inculcado los modales más sencillos, incluso aunque estuviera rodeada de gente como los Guízar, que por aquel entonces también pertenecían a la crema y nata de la sociedad capitalina, sino es que del país.

Pero, en sus palabras, no detecté ni un atisbo de envidia hacia la mujer que le había dado arropo cuando se vio sola. Por lo que me contó, y por el cómo lo contó, supe que les tenía un amor profundo a los Guízar gracias a la ya

fallecida señora, que había muerto varios años atrás.

—¿Cass? —Javier se asomó al interior de la pieza. Alcé la vista para encontrar la suya, los nervios saltándome inmediatamente—. Cuando termines, ¿vienes un momento?

Le dije que sí, y luego él se retiró. Mientras tanto, Perita había terminado de colgar mi ropa en el armario y acomodar la cama. Faltaba poco para las diez de la noche.

—¿Tú tampoco vas a comer nada? —preguntó, escéptica.

—La verdad es que estoy cansada. —No mentía. Pero eso a ella no le importó, así que otra vez con el afán de no rechazar sus buenas intenciones, le dije—: Si quieres, puedo comer fruta.

—¿Fruta? —inquirió. Su expresión me hizo sentir que acababa de proferir un insulto gravísimo—. Si no fuera por el cuerpo que tienes, creería que estás desnutrida.

—Cantidad no es igual a calidad —dije, sonriendo.

La convencí de que podía prepararme una ensalada con fruta, y una malteada. Y, aunque no estuvo muy de acuerdo —ella estaba acostumbrada a cocinar para tres hombres de buen apetito—, aceptó llevármelo a la habitación para que yo lo comiera cuando terminara de atender la petición de Javier.

Al cabo de un rato, cuando me hube quitado la blusa que traía puesta y me hubiera colocado un cárdigan muy ligero, deambulé por el pasillo y toqué la puerta del despacho. Como Perita nos había dicho, en cuanto llegamos, que Pamela estaba profundamente dormida y que Andrés había recomendado que la dejásemos descansar, traté de sentirme tranquila al menos en ese aspecto.

Sí, Javier tenía razón; bajo su techo, con él tan cerca, me sentía más segura.

Me abrió la puerta y me invitó a pasar. Tenía la laptop en un enorme escritorio de caoba, pero ya no volvió a él, sino que al cerrar y verificar que estaba mirándolo, se aproximó a mí para abrazarme en contra de su pecho. Su cuerpo olía tan bien, se ajustaba tan perfectamente al mío, que el estómago se me revolvió nada más recordar a Thalía.

Aun así, no me aparté porque sentí, en aquel gesto posesivo por su parte, que había algo de súplica.

—¿Estás cómoda? —dijo, sin soltarme.

Fui yo quien cedió un poco, pero, con sus manos aferradas de mi cintura, me fue imposible liberar mi cuerpo de su agarre. Sacudí la cabeza para hacerle saber que sí, estaba cómoda. Sin embargo, me encontraba molesta con

él.

—CÓmoda, sí —reiteré—. Pero siento que te pasa algo y...

—Thalía me fue a ver hoy —dijo, interrumpiendome abruptamente, y mirando a otro lado que no fuera mi cara.

Una carga pesadísima se me cayó de los hombros. Abrí los ojos y, haciéndolo a un lado, me senté en un sofá que había en el centro del despacho. Él hizo lo mismo. Puso las manos en las piernas mientras cerraba los ojos. En efecto, parecía que necesitaba diez horas, como mínimo, de sueño sin interrupciones.

Estiré la mano para acariciarle el pelo de la nuca, pegándome a él.

—¿Por Vinnie? —pregunté.

—No —dijo—. Al parecer tiene curiosidad por... las cosas que escribí sobre ti.

—¿Y ella cómo sabe eso? —insistí.

Javier se levantó de golpe. Con las manos puestas en la cadera, se giró para mirarme y enarcó una ceja.

—No sé, Cassandra, no sé —murmuró.

El dejo de ira en su voz fue notorio. Tanto que, al levantarme y mirar cómo pasaba saliva, me vi en la necesidad de exprimir el momento hasta el cansancio, sin importar qué tan al límite ponía su paciencia.

Entrecerré los ojos al tiempo que me acercaba a él, y me crucé de brazos. La tenue luz de la habitación hacía que la escena pareciera más lúgubre. O era que yo ya veía cosas donde no las había.

—Me estás mintiendo —le espeté—. Y, si quieres que confíe en ti, vas por muy mal camino.

Una de sus sonrisas de incredulidad, las que dejaban a la vista su mal carácter, se dibujó en sus labios.

—Gracias por el voto de confianza —dijo.

—La vi, Javier —mascullé, tras encogerme de hombros—. Y su actitud referente a ti no me gustó para nada. Dudo mucho que te haya ido a ver simplemente porque tiene curiosidad de ti. —Sonreí tratando de imitar su gesto—. ¿Quedaste con ella?

Dio varias zancadas hasta el escritorio, recargándose en él con la cadera. También se cruzó de brazos, pero en él el movimiento no solo parecía un acto de autodefensa, sino que parecía el típico caparazón que se ponía cuando no quería aceptarse en un error.

Apenas llegar junto a él, levanté la mirada lo suficiente para que se fijara

en mí. Y lo hizo. Atento, ensimismado, con los ojos pendientes de mis facciones y, sobre todo, de mis labios.

—Tienes que saber lo mucho que me importas —dijo. Levantó las manos y acunó mi rostro en ellas, irguiéndose otra vez—. Tú, aquí y ahora. ¿Lo entiendes?

—Me estás asustando —susurré.

Al principio, cuando me soltó y contorneó el escritorio, pensé que iba a llamar a alguien, pero lo que en realidad hizo fue sacar un sobre de su portafolio y regresar a mí. Me lo ofreció. Yo me lo pensé dos veces antes de por fin agarrar entre mis dedos el pequeño bulto.

Eran fotos. Fotos mías. Tres, para ser exacta. Una foto de una cita diferente, de hacía mucho tiempo atrás (los empleados de Vinnie las tomaban para verificar la cita). Me quedé pasmada mirando una en especial; esa era Gloria en mitad de uno de los fraudes más antiguos del mundo. Clavé la vista en la prueba tangible de mi miseria. Y comprendí, en silencio, absorta en mi propia condena, que Javier no me lo había querido decir...

Guardé las fotos de nuevo. Pero no lo miré. No quería hacerlo.

Sus anteriores palabras cobraron sentido.

—No ha cambiado nada —dijo.

Le di la espalda aún con el sobre en mi mano. Miré los rincones, la estantería repleta de libros, un mapa de la República que se encontraba hecho especialmente para ese muro de estuco, en vinil. Busqué varias excusas que me permitieran llorar; y busqué la manera de huir de él para encerrarme en el baño, o como mínimo en la habitación.

Tal vez allí, consciente de que ese era mi pasado y de que no me lo podría arrancar en lo absoluto, era capaz de mantenerme fría. Pero si enfrentaba a Javier —él que era lo que yo quería que fuera mi presente— no iba a poder fingir más.

—¿Qué quieres que te diga? —le escuché decir. Por suerte, no me obligó a mirarlo, pero sí me abrazó por detrás, rodeando mi estómago con sus manos y me pegó a su pecho—. Me enamoré de ti. —Su boca estaba en mi oído. Su voz, sin embargo, había atravesado mi piel, y acababa de conseguir aplastar mi corazón. Cerré los ojos. Un gemido de impotencia, y el final de una batalla interna, surgieron inconscientemente—. ¿Escuchaste? Este momento en el que echo por la borda mi orgullo con tal de que te quedes conmigo: es mi cenit.

Gracias a sus manos me dejé llevar por el movimiento que les ejerció a mis brazos y me giré, enfrentándome con su rostro enmarcado en un semblante

serio. No había burlas. No había máscaras. No había señal alguna del hombre que decía siempre *no* para rendirse. Volvió a estrecharme entre sus brazos, y sentí que me faltaba el aire cuando se agachó para rozar mis labios con los suyos.

Siguió degustando mi piel, pasando su nariz por mis mejillas, como si quisiera hacerme consciente de su agitación. Le puse las manos en el pecho. Él, en consecuencia, profundizó la caricia. Me besó tal cual si fuera la primera vez, como si estuviera probando el terreno. Y yo me ofrecí en bandeja de plata en cuanto sentí que sus besos ya no eran ni pausados ni lentos, sino que tomaban una vehemencia sutil, encantadora.

—Puedo no sonar muy convincente —dijo. Me besaba en pausas ahora sí. Yo contuve el aliento al sentir que apretaba mi cadera y me atraía hacia la suya —, pero te lo voy a demostrar. No importa cuánto tenga que esforzarme: porque vales la pena, Cassandra. Vales lo que diez como yo no podrían. Jamás.

Hundí el rostro en su pecho, me aferré a sus brazos, y envié la imagen horrible de mi sonrisa falsa, de mi otra yo, al fondo; a donde no pudiera hacerme más daño.

En mi superficie solo estaban Mireya, Nico y las personas que me tenían aprecio a pesar de mis errores. Allí también estaba Javier; mi cenit.

Califiqué de sencilla a una persona a la que apenas había visto un par de veces. Porque se me había apetecido alguien digna de confianza, o alguien que, dada su apariencia, podía caerme bien si ponía un poco de empeño. Pero lo cierto era que, en este preciso instante, Marisol no estaba cayéndome bien para nada.

Un par de horas atrás, antes de que terminara mi jornada de trabajo, Javier me había dicho que tenía varios pendientes en distintos lugares; pero tiró de mí como si no tuviera opción, y tuve que afrontar su carácter en el modo laboral: profesionalmente —como periodista—, Javi me daba miedo.

O tal vez me daba orgullo.

La cosa era muy fácil: él se movía en el ámbito de los rumores como un gato salvaje, siempre levantando el mentón y asegurándose de no bajar la mirada. Fuimos a la imprenta, comimos con don Joaquín, y luego acudimos al foro del canal que también pertenecía al periódico.

Y aquí todo había terminado en algo desagradable para mí; Marisol se me acercó con pasos dubitativos, una ceja enarcada y una carpeta pegada de su pecho. Era muy bonita y ella sabía que las miradas se volvían mientras atravesaba el estrecho túnel que daba la bienvenida al foro.

Mireya estaba a mi lado, escuchando todo. Pero entendió con mis miradas que no era necesario que interviniera. Tampoco se sentía como un evento para recordar y, no obstante, estaba mucho más furiosa que nunca; con Javier. Con Marisol. Conmigo misma por ceder a un sentimiento tan mezquino.

Jamás en mi vida había sentido celos por nadie. Ni por mis padres, ni por los pocos amigos que hice durante la universidad. Nadie. Y experimentarlos acababa de proporcionarme los minutos más ácidos de mi existencia.

—Es muy difícil que te acepten —insistió Marisol, sentada junto a mí en una silla alta. Mireya se encontraba a un par de metros para entonces, junto a otro personaje de la producción al que yo no conocía. Me lanzó una mirada de extrañeza, pero yo me aseguré de mantener la compostura—. Son una familia de principios delicados. Pero respetan las decisiones de sus hijos; saben sopesar las aventuras de las formalidades...

—Es una suerte que yo no sea ni la una ni la otra, entonces. —Ella esbozó una sonrisa, a todas luces fingida.

La oí suspirar al tiempo que revisaba algo en su teléfono. No quería hacer caso de la manera en la que, quince minutos antes, había estado sonriente, cercana, y tonteando con Javier. Fue entonces que descubrí lo mundana que yo podía llegar a ser en esos términos. Mi carne hervía por la intensidad de las emociones.

No era porque ella hubiera estado pasando su mano por encima del hombro de Javier, ni porque él le hubiera correspondido una de sus sonrisas; sino porque habían tenido una relación que casi terminó en matrimonio, y la suposición de que lo que ella decía fuera cierto, tiñó las profundidades de mi ser del color sangriento que poseen los celos.

Hice acopio de todo mi autocontrol para deglutir saliva y tragarme las ganas de decir que me importaba un comino si Joel estaba muy decepcionado del rompimiento...

Me negué a hacer uso de lo que yo sabía sobre ella, mucho más porque era su pasado y no me sentía con el derecho de traerlo a colación. Aun cuando sus intenciones conmigo estuvieran lejanas a la advertencia. De esa manera había querido disfrazar su atrevimiento.

Como si yo no fuera lo bastante inteligente como para distinguir el veneno en sus palabras...

—No me malinterpretes —prosiguió—. Sigue siendo un fastidio que me repitan lo penosa que fue la ruptura. Me da mucha tristeza porque ellos no tuvieron la culpa. Son muy especiales para mí, como una segunda casa. Sobre todo, Joel. —El padre de Javier no estaba presente como para corroborarlo, pero a mí lo que me tenía tan tensa era el dejo de dulzura en la voz de la mujer.

Hablaba con lisonja, tratando de parecer buena persona. Le estaba saliendo fatal. Continué con expresión adusta mirando hacia el frente, incapaz de levantarme para acabar con aquella escena tan absurda.

—¿Por qué me dices esto? ¿Y por qué ahora? —me animé a preguntarle.

—Por nada —susurró, clavando su mirada en mí. Su gesto continuaba siendo radiante, fresco y dulce; pero no supe entender si era una máscara o si de verdad quería mantenerme a raya con Javier—. Pareces ser una persona capaz, y tierna. Pero...

—¡Oye, princesa! —Mireya se plató frente a mí, mirando a Marisol con los ojos entrecerrados—. Hay algo que quiero mostrarte.

La ex de Javier se levantó de golpe, y me sonrió antes de irse en dirección

del foro de nuevo. Cuando la perdí de vista y me levanté para seguir a Mireya, sentí que la cara me pesaba como si trajera encima una máscara de hierro.

Aludí el sentimiento a la congoja que te da el no saber cómo se maneja el mundo fuera de una zona de confort.

—¿Qué te decía? —inquirió Mireya, desconfiada.

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón, y eché un vistazo alrededor del foro. Gran parte de la locación estaba ennegrecida. Distintos artefactos gobernaban las esquinas y los bordes. La gente bullía de un lado a otro, y los sonidos casi eran ensordecedores.

Vi que Javier caminaba en mi dirección, muy él, como si nada... Y lo único en lo que yo pude pensar mientras observaba su sonrisa, fue que en realidad ni siquiera se había percatado de que su antigua novia había estado junto a mí por casi media hora, hablándome de las verdaderas actitudes de Javier como pareja.

Quizás había querido darme a entender que conmigo no se comportaba como una pareja...

Y en parte era verdad. Porque no éramos pareja.

—¿Nos vamos? —preguntó. Me limité a sacudir la cabeza, ajena y sin ganas de hablar. Él se volvió hacia Mireya y le preguntó—: ¿Quieres que te lleve?

—No. Ustedes hagan camino que se hace tarde —se excusó la mujer—. Yo le digo a Mau que me lleve cuando termine —dijo para terminar.

Javier le dio un beso en la mejilla, y ella le tuvo que haber susurrado algo al oído: porque la expresión de él al erguirse era de confusión. También decidí hacer caso omiso de ello. Si hablaba en los próximos minutos, seguramente lo único que saldría a través de mi boca serían sapos y culebras.

Después de despedirme de Mireya, dejé que Javi me agarrara la mano y lo seguí hacia el estacionamiento. Comenzaba a oscurecer afuera. Pero no hacía frío y yo, de todas maneras, no llevaba abrigo alguno.

—¿Sucede algo? —quiso saber Javier, una vez que entramos al auto.

—No —dije.

Él encendió el coche mientras examinaba mi rostro. Yo lo miré de soslayo, preguntándome qué le habría dicho Mireya...

—Cass... lo que sea que estés pensando —murmuró, después de que abandonamos el estacionamiento—, y si es respecto de Marisol, puedes explicármelo sin problema alguno.

—No hay nada que explicar —musité, sin energías.

Estaba muy casada de haber ido de un lado para otro. En ese momento lo único que quería hacer era rondarme en mi habitación, darme un baño y tratar de expurgar de mi cuerpo el miedo que había reptado por mi sistema.

Sí, tenía miedo. Miedo porque, aunque las cosas sean bonitas, eso no las hace eternas. Menos aún si se trata de un sentimiento.

—Claro —espetó Javier, en tono monocorde—. ¿Puedo decir algo en mi defensa? ¿O...?

—Tampoco estoy para que te burles de mí —le dije, mirándolo entonces.

Él enarcó su ceja derecha, que quedaba a la vista desde su lugar en el auto. Le estudié unos instantes y solo cuando habló de nuevo me atreví a evadir su mirada.

—No me burlo —sentenció—, pero he de reconocer que me parece cómico el que estés enojada y no quieras decirme por qué.

—Lo único que puedo decirte es que no me extraña. Tienes la capacidad de decepcionarme como nadie —musité.

No sentí el filo de mi comentario hasta que el suspiro de Javier entonó lo que para mí se sintió como una danza fúnebre.

Cerré los ojos ante la expectativa, pero no me retracté. Me quedé callada, maldiciéndome por dejarme llevar por algo tan tonto como...

—Pues no —Javier masculló; su voz ya no tenía el anterior dejo divertido, sino que era como un gruñido lastimoso, algo soltado a desgana—. Cuídate bien de confiar en mí, aunque sea un poco. No sea que te vaya a salir con que siempre no te quiero. Ya sabes —me miró por un milisegundo, y yo lo hice también—, la sinceridad se me da solo cuando me conviene.

Entorné los ojos tras escucharlo. Y decidí que mirar por la ventana el resto del trayecto era lo mejor que podía hacer ya que había exteriorizado a la niña asustadiza que seguía llevando dentro.

*

—Tú ya sabes qué tienes que hacer para que se le pase el enojo —Pamela se removió sobre la cama, todavía haciendo una mueca de dolor.

Una semana atrás, después de aplicarle a Javier la *casi* ley del hielo, me di cuenta de que él estaba algo así como enojado conmigo. Quizás tuviera razón o quizás la tuviera yo, pero estar bajo el mismo techo, desayunar juntos e ir al

trabajo juntos, había complicado muchísimo las cosas. Por ejemplo, me era imposible no dirigirle la palabra para preguntar si tendríamos que irnos tarde.

Le conté a Pamela lo que había ocurrido con Marisol. Me vi en la necesidad de acurrucarme a su lado mientras ella cenaba algo de frutas, verduras y hojuelas que le había subido, en una bandeja, Pera. La mujer se había retirado a dormir porque le aseguré que yo podía recoger los enseres.

—Prometo que me voy a poner sellos en los oídos para no escuchar — insistió Pam, mirándome por encima de su vaso de cristal con té frío.

Arqueó sus cejas para darle más énfasis a sus palabras. La sola insinuación de lo que proponía me dio un escalofrío. Había pensado en Javier toda la tarde, todos los días, toda la semana; no porque me sintiera culpable, sino porque comenzaba a extrañar sus miradas de cariño, la manera en la que buscaba cualquier pretexto para rozarme con sus dedos.

Las idas al trabajo se estaban convirtiendo en una tortura.

—Pues Andrés dijo que no te falta mucho. Cada día estás más fuerte, así que no tendré que tolerarlo por más tiempo —le dije.

Recibí una mirada entrecerrada, y una mueca desdeñosa. Bajé la vista a la colcha y visualicé la textura de la que estaba hecha. Me sentía como una niña tratando de huir de algo que la asustaba. En este caso, me asustaba acercarme a Javier para pedirle una disculpa o, cuando menos, para aceptar que quizás me había dejado llevar por el sentimiento de soledad.

—Soy capaz de fingir con tal de que arregles lo tuyo con el príncipe — aseguró, apuntándome con el tenedor que traía en la mano izquierda (era zurda).

—Pues hace no mucho estabas convencida de que debía de alejarme de él —la reprendí.

Flexioné las piernas y me abracé a ellas, aún sentada en la cama. Desde su postura, Pamela esbozó una sonrisa que se sintió como una cachetada.

—La verdad es que cambié de opinión —se sinceró, masticando con desgarmo un pedazo de kiwi—. Javier y tú se merecen. O sea —Miró al techo como buscando las palabras correctas para explicarse—, no es cuestión de química. En el caso de ustedes —repuso, volviendo a mirarme— todo es muy intenso, ¿sabes? Él emana una virilidad que solo tú pareces capaz de controlar. —Pamela negó con la cabeza, burlándose de sus propios pensamientos, tal vez—. Tendrías que verlo a través de mis ojos: hace cosas raras en cuanto tú entras en su campo de visión. Cosas pequeñas, pero que la gente como yo nota fácilmente.

Arrugué la frente y cerré los ojos. Tras respirar muy hondo, y segura de que aquella conversación terminaría conmigo aceptando otra cosa a la que me negaba, busqué el consejo de Pamela aunque no estuviera segura de si se iba a quedar o no. En el fondo de mí, me aterró la idea de pensar que se iba a marchar en cualquier momento.

Era como un vínculo que me hacía enfrentar mi pasado sin tenerle miedo.

—¿Qué cosas? —pregunté, con timidez.

—Cuando está conmigo, siempre responde los mensajes que le lleguen o las llamadas que recibe —comentó, sonriendo—, pero si tú estás ignora al infernal aparato hasta que lo enfada, y lo apaga después.

—Lo has estado analizando —la tanteé.

—He estado viendo si quiere algo serio contigo o si solo es que quiere meterse en tu cama. Porque es bastante obvio que te mira como si quisiera comerte. —Eché la cabeza atrás, la sonrisa aún en sus labios—. Apostaría todos mis ahorros a que está pensando lo mismo que tú: el amor los vuelve tontos, y ciegos.

Sacudí la cabeza también incrédula ante sus comentarios. Estaba de acuerdo en que mis sentimientos me habían vuelto menos capaz de ver a Javi de manera objetiva. Todo lo que sentía por él era subjetivo. Sus defectos, que eran bastante notorios, me importaban poco. No tenían peso ya. Era como si me hubiera acostumbrado a ellos, o como si, al tratarlo, hubiera aceptado las cosas malas de él.

Porque no era perfecto, y eso no disminuía mis ganas de estar a su lado.

—Eres lenta —dijo Pam, de un momento a otro—. Marisol hizo lo que hizo para provocarte. Siempre se ha comportado linda contigo, sí, pero ya te demostró que es solo una fachada. —Ella dejó el plato de la fruta sobre la bandeja. Después agregó, tras adoptar otra postura—: Si quieres que te lo diga yo, esa sabe cómo jugar sus cartas y tú eres demasiado inocente para tirarte una partida en su contra. Así que lo único que te queda es dejar de ser tan insegura y demostrarte a ti misma que Javier está loco por ti y por nadie más.

—Según tú —dije después de aclararme la garganta—, ¿cómo me voy a demostrar eso?

—Mauricio dice que Javier tiene debilidad por ti, y creen que por eso él va a aceptar la dirección del periódico —masculló. Su cara parecía analítica. Me provocó el miedo porque no le conocía esta faceta. Pero me gustó también. Me gustó que fuera tan vivaz a pesar de sus circunstancias. Su actitud me inyectó ánimos—. Si lo que el primo comenta es cierto, eso significa que

puedes ejercer algún tipo de presión en su voluntad.

—¿Y eso te parece justo? —le pregunté.

Estaba muy confundida. Dentro de mis planes, el manipular a Javier de ninguna manera parecía factible. Aunque, después de lo de la agenda de Vinnie, ya no estaba tan segura. En más de una ocasión había visto que, si yo ponía la energía suficiente, él dejaba caer sus defensas. Y cuando lo veía así, en carne viva, siempre acababa embelesada por su ternura para conmigo, por todo lo que era capaz después de aceptar una batalla perdida.

Ambos habíamos entrado en una especie de contienda en la que, los sentimientos, eran nuestras mayores y peores debilidades; pero, una vez resuelto el problema, aquellos mismos sentimientos luchaban por pactar una amnistía.

—Quizás en los negocios no, o cuando se trata de cosas como la adopción de un niño o la vida de un ser humano —musitó Pam—. Pero, en el sexo, dudo mucho que no puedas utilizar un fetiche con tu pareja, y que te lo eche en cara después.

—*Fetiches...* —repetí, casi para mí misma.

—No pasa nada si te atreves —continuó Pamela

Me puse de pie sin hacerle mucho caso, sopesando muy bien las cosas que me estaba proponiendo. A lo mejor yo no podía visualizarme ejerciendo ningún poder sobre Javi, pero tenía que reconocer que, si los fetiches eran considerados el ejercicio máximo de manipulación sexual, la idea no sonaba tan descabellada.

En mis pensamientos, analicé qué cosas tendría que hacer para demostrarme a mí misma lo mucho que Javier estaba interesado en mí. No me era suficiente que él actuara como un hombre hecho y derecho. Quería verme a mí, capaz de enfrentarlo; así, tan fuerte, tan varonil. Quería tener un arma para probar que, en apenas un encuentro sexual, no sentiría más miedo de lo que pasaba entre nosotros.

—A Javier le encanta tu cabello —relató mi compañera. Me volví para verla a los ojos. Su atención enfocada en mí era frustrante. Había determinación en su mirada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, inquieta.

El vientre me hormigueaba por la anticipación. Javier estaba trabajando en el despacho, seguramente. Así que, si quería verlo aquella noche, tendría que ir hasta él. Yo. Vencer un poco las murallas de mi orgullo —los celos— y aceptar que sus brazos me hacían mucha falta, que desde la semana pasada me

la había pasado observando sus músculos a través de la ropa, deseándolo como si fuera una adolescente con las hormonas a tope.

Mi cuerpo me pedía con indecencia que me acercara al suyo. Era como un magnetismo frenético...

—Porque lo toca cada que puede, y lo mira mucho —señaló Pam—. Cass, estoy cien por ciento segura de que la mayoría de los hombres son igual de obscenos en ese sentido. No tengas miedo ni vergüenza de saber lo que *tu* pareja quiere, y tal vez necesita...

—¿A qué te refieres?

La vi chasquear la lengua mientras se quitaba la colcha de encima de las piernas. Todavía llevaba encima inmensos moretones, rasguños y cortadas. Pero ignoré sus heridas y me senté a su lado, donde había señalado con la palma.

Cuando me senté, observó mis facciones y se me quedó mirando a los ojos con un brillo inusual.

—Muñeca, eres una reina para ese cabrón —dijo—. Deja de creer que mereces menos que un príncipe. *Toda* mujer merece ser tratada con respeto y dignidad sin importar sus credenciales.

—No. ¿A qué te referías con que tal vez lo necesite? —insistí.

Ella entornó la mirada, estudiándome a conciencia.

Minutos más tarde, me espetó—: Supongo que no lo sabes porque no has tenido una pareja formal. Pero, mi exmarido, se convertía en un león enjaulado cada vez que le retiraba su alimento —Alzó las cejas, sugerentemente. Yo sentí cómo se me subían los colores a las mejillas, incluso hasta la frente, y en consecuencia abrí los ojos con impresión. Pamela continuó—: A lo que voy, es que me puedo jugar una buena cantidad de dinero apostando a que Javier te necesita mucho. Se nota que es de principios conservadores. Al menos lo suficiente como para tener la esperanza de que, tarde o temprano, te vas a abrir de piernas: por eso no dudo ni un poco que se haya guardado estos meses. —Volvió a examinarme con sutileza, pero como no dije nada, agregó, con más énfasis—: Ve con él, te desnudas y le enseñas que puedes lidiar con su mal humor. Confío en ti. Él es robusto y un cavernícola, y tú una mujer de curvas pronunciadas. Pesas más de cuarenta kilos. Lo vas a aguantar perfectamente.

No pude evitarlo. Me eché a reír con su última frase.

Para cuando recobré la compostura, Pamela ya se había acomodado en la cama y su semblante me anunció que quizás debía retirarme. Mientras recogía

la bandeja de su cena y revisaba el reloj (eran casi las cero horas), me di cuenta de que le estaba dando más vueltas de las necesarias al tema de los fetiches.

Me retiré de la habitación de Pam, segura de que tenía que hablar con Javier sin importar sus reacciones. Sí, hablaba conmigo, pero muy distante, y ajeno. Sin embargo, estaba casi segura de que, si era franca con él, respondería de la misma manera. Así abandoné el pasillo y fui hasta la cocina para dejar todo en su lugar.

El despacho me quedaba a tan solo un par de metros, pero vi que la puerta trasera de la casa estaba abierta. Era de corredera y dejaba ver, por en medio de sus rendijas, todo lo que rodeaba a la villa. Árboles, jardines y un salón espléndido quedaron a mi vista a lo lejos, en mitad de la noche, cuando salí al exterior abrazándome de mí misma.

—Hace frío, y tú no estás vestida como para salir —su voz vino de uno de los lados.

Había uno de esos sillones de jardín en la esquina, rodeado por dos macetas enormes, un parapeto de roca y con un acabado precioso; Javi estaba sentado en él, con las piernas abiertas y las manos en el regazo. Tenía la computadora puesta en la mesilla de café a su frente; no me miró ni siquiera cuando me acerqué a él.

Se encontraba mirando noticias de otros periódicos. Tenía varias pestañas del buscador abiertas; Twitter, Facebook, LinkedIn, Google +. Todo un hombre ocupado que vive de los chismes del resto, me dije, sonriendo para mis adentros.

—¿Tú no duermes? —le pregunté.

Después de suspirar sonoramente, él respondió—: No cuando tengo tanto trabajo. —Me lanzó una mirada breve antes de poner la atención en la laptop de nuevo—. Menos si estás aquí y no puedo ni abrazarte.

—¿Quién te dijo que no puedes abrazarme? —inquirí.

Estaba claro que no tenía ánimos de que lleváramos una plática sana, así que me senté en el sillón, me crucé de brazos y lo esperé.

—Es obvio que no puedo hacerlo.

—Sí, puedes —le dije.

Él cerró de un manotazo la laptop. Noté, de inmediato, que se le tensaban

los músculos de la cerviz. Le observé la espalda; llevaba puesta una camiseta de algodón y pantalones de chándal, como si... como si hubiera tratado de dormir y no lo hubiera conseguido, porque aquella parecía ropa indicada para estar en el quinto sueño.

Cerré los ojos un instante, inundándome de los olores de las flores repartidas por todo el jardín.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó, la voz ronca.

—Sí; sobre Marisol —murmuré—. Me hizo un par de comentarios fuera de lugar el día que fuimos al foro, y a eso agrégale que se desvivió probándome que tú no le guardas ni el más mínimo rencor.

—¿Y por qué tendría que tenerle rencor? —se extrañó él.

Se giró a mirarme. Nos observamos varios segundos seguidos, pero yo no pude mantener la mirada fija en sus ojos. Llevaba consigo la armadura, así que allí no tenía demasiada ventaja por mi parte.

Él, quizás por comprender mi expresión, estiró la mano y me apretó la pierna, a la altura de la rodilla. Con el gesto, me animé a mirarlo a los ojos de nuevo y a continuar el contacto hasta que fui capaz de reconocer que me había entrometido más en su vida.

—Lo que importa es que no me sentí cómoda. Menos si tú estabas... —Negué con la cabeza, impotente; mi propio cuerpo estaba rebelándose en mí contra. Por un lado, quería decirle que me causaba molestia que ella todavía tuviera el privilegio de tocarlo tan familiarmente. Pero, por el otro, era consciente de que estaba exagerando—. Son celos. Y eso es todo.

Sentado todavía, con el cuerpo parcialmente vuelto hacia mí, sus ojos se detuvieron a interpretar mis facciones. A lo mejor creía que estaba bromeando...

—No tienes por qué...

—Ya sé —dije, interrumpiéndolo—. Por eso estoy aquí: para probarme a mí misma que no necesito tener celos.

Descrucé las piernas, acomodándome muy cerca de él.

—En la escala del uno al diez —susurré. Levanté la mano derecha y le acaricié el mentón. Él cerró los ojos ante la caricia—, ¿qué tan enojado estás conmigo?

Una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. Pocos segundos más tarde, cuando los abrió, se le había oscurecido la mirada y no había atisbo alguno de indiferencia.

—Yo diría que un ocho —musitó, todavía tentándome.

—¿Y si te ofrezco una disculpa? —pregunté.

—No me serviría —dijo. Instantáneamente se me hizo un nudo en la garganta, pero se desvaneció cuando le escuché decir—: Lo que quiero es que me digas qué cosa tengo que hacer para que confíes en mí. Te dije que sería capaz de todo, y no te mentí. Eso es lo que necesito.

Yo esperaba que dijera algo por el estilo. Esperaba que se mostrara gruñón pero condescendiente a la vez. Javier me parecía un hombre de apariencias; afuera, con su familia, por ejemplo, era el tipo de persona que no cede ante nada si no es su voluntad o lo que ellos creen correcto. Pero, que cuando le ponen a su talón de Aquiles al frente, se convierte en un cachorrito.

Le sucedía a menudo delante de mí, mientras trataba de contenerse para no ser grosero con alguien estando yo en su presencia.

—¿Te puedo hacer una pregunta íntima? —pregunté, bajando la mirada.

Entrelacé mi mano izquierda a la suya. No puso objeción. Con su otra mano, la derecha, se alborotó el cabello.

—Las que quieras —dijo, mirando al frente.

Ambos nos recostamos en el sillón, de espaldas. Él cruzó su brazo a través de mis hombros y me atrajo hasta sí. La noche estaba cernida por completo; había ruidos del viento, sonidos que se escuchaban como susurros, pero que atribuí al tejado. Y, sobre todo, escuchaba, cerca de mí, el latido de su corazón. Me pegué más para estar segura de que era eso y no mis tímpanos.

En cuanto hube colocado la cabeza a la altura de su cuello, suspiré. Su olor me embargó en cuestión de minutos; la sensación que le siguió a aquel repentino choque eléctrico, fue motivo de que me ruborizara, pero por la posición que teníamos, él no pudo notarlo.

Su cuerpo estaba fresco, y tenía impregnado los aromas del jabón y de la crema de afeitar que utilizaba. Resultó excitante imaginarlo recién bañado, desnudo y todo para mí...

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con alguien íntimamente? —al fin me animé a decir.

Él se removió para poder mirarme a la cara. Estábamos muy pegados en el sillón, con frío, y yo era consciente de que cada vez su ritmo cardíaco se aceleraba más.

—Qué atrevida estás hoy —susurró.

Volvió a mirar hacia arriba. Yo recargué el mentón en su pecho y me embriagué de su aspecto; sus pestañas oscuras y espesas, las cejas tupidas, sus labios delgados. Me gustaba mucho su físico, pero me encontraba hipnotizada

por su carácter.

Con la mano, le acaricié el pulso en el cuello...

—Solo quiero saber...

—¿De verdad? —sonrió él.

—Te lo estoy preguntando —corroboré.

Sentí que se removía un poco, pero acabó aprisionándome más en contra del respaldo del sillón y su cuerpo: como apenas tenía libertad para moverme, le pasé una pierna por encima de la suya. Yo traía puesto un pijama de *short*, con una blusa pequeña. Solo me había quitado los zapatos de suelo para trepar en el sillón.

Javi parpadeó repetidas veces antes de poder decir—: No quiero que creas que soy un hipócrita, porque soy creyente, no santo. Y, la última vez que estuve con alguien, fue mucho antes de que volver a verte. —Bajó la mirada otra vez a mí. En el cuello se le formó una arruga con su piel, pero se ajustó cuando acomodó la espalda. Estaba más erguido y podía verme con más facilidad—. Si quieres que te hable con la verdad, no paro de fantasear contigo —dijo, por último.

Alcé la cabeza y repté un poco hacia él para besarle los labios. Fue un beso casto, sin humedad, todo pudor; pero Javier colocó la mano en mi cintura. Con intención de que supiera bien de qué lado iba la charla, le besé el mentón, y luego el cuello. Caricias pequeñas que hicieron que el ritmo de su respiración cambiase.

Moví mi mano hasta su vientre y la deslicé por debajo de su camiseta.

—¿Eso significa que te tocas pensando en mí? —musité, al besarle la parte baja de la clavícula.

Un bufido de placer salió a través de su nariz. Su mano se asió con más fuerza de mi cintura. Yo apreté los muslos al resentir que su cercanía comenzaba a producir un sentimiento de deseo muy alto.

Pasé mis yemas de los dedos por su abdomen plano, marcado y firme, al tiempo que hacía que mi rodilla subiera y bajara varios centímetros por encima de su entrepierna.

—Significa que te deseo mucho —murmuró.

—Necesito probar algo hoy. —Usé uno de mis dedos para trazar una línea desde su ombligo, hasta la cinturilla de su pants.

—Ah, ¿sí?

Su voz estaba más enronquecida que antes. Mientras alzaba la mirada, utilicé mis yemas para acariciarle la piel que quedaba oculta por su pantalón.

Sentí la lycra de su ropa interior, y me apuré a pasar la mano por debajo. Él no se quitó, por supuesto, ni hizo ningún ademán para detenerme. Al contrario, mucho antes de llegar a tocar su miembro, alcanzó mis labios y se sirvió de ellos.

Con su otra mano me apretó la nuca, quizás para que no parara...

La erección se formó en mi mano después de haberse iniciado minutos antes. La sujeté con fuerza, asegurándome de que el apretón le causara placer. Sentí que se retiraba después de morder mi labio inferior, y abrí los ojos al instante para degustar la expresión delicada, y brutalmente excitada de su rostro.

—Si esto vas a hacer cada vez que me hagas una escena de celos, adelante —gruñó, pegado de mi boca. Tenía las pupilas totalmente dilatadas. Yo traté de memorizar su gesto cuando deslicé la punta de mi pulgar en su glande. Por la caricia, él cerró los ojos e hizo una fuerte inspiración—... si me estás torturando, yo supongo que ya eres consciente de que no me vas a dejar así...

Intenté contenerme, pero la sonrisa fluyó sola. A continuación, él hizo un movimiento muy brusco con el tórax y, con suma facilidad, me colocó encima de su cuerpo. Automáticamente abandoné la calidez de su miembro para apretarme en su contra mientras él paseaba las palmas por mis muslos.

Abrí las piernas para rodearlo, lo suficiente para rozarme por encima de la tela de su pantalón; por la forma en la que respiraba y la firmeza de su erección, yo sabía que estaba más excitado que nunca.

—¿No deberíamos entrar ya? —me preguntó.

Sonaba ansioso. Ahí, cuando vi su mirada de cachorrito, comprendí las cosas obscenas de las que Pamela hablaba...

—¿Qué tiene de malo aquí? —lo insté, sonriendo.

—Mi vida —dijo, como lamentándose—, quiero hacerte el amor y no tengo intenciones de echarlo a perder aquí afuera.

Él se incorporó conmigo a cuestas, poniéndome a horcajadas. Bajó las piernas del sofá y se decantó por presionarse para que resintiera la fuerza de su excitación. Cuando me levanté, él no se hizo esperar e, irguiéndose más rápido que yo, me abrazó por la cintura, clavando su dureza en uno de mis glúteos.

Me calcé despacio, permitiendo que una de sus manos se deslizara hasta poder atrapar mi pecho. Era de buen tamaño, y Javier lo cubría con la mano apenas. Lo masajeo con sutileza, pero mordiendo la piel de mi cuello; tenía las terminaciones nerviosas vueltas locas. El área donde me estaba besando, se

sensibilizó más cuando hincó sus dientes para chupar mi pliegue.

Hasta ese momento, no fui consciente de cómo lo había conseguido, pero el pecho me ardía y la fricción que mi blusa le hacía a mis pezones, no hacía más que envolverme en una llamarada.

—¿Ves? —susurró él en mi oído, sujetando ahora mis caderas para repagarme a él—. No tienes por qué estar celosa de nadie. Esto —Se frotó en contra de mi trasero, que pegué a su entrepierna para incrementar el placer que me daba sentirlo tan excitado por mi culpa; ya lo había probado antes, pero en este instante, me sentí incluso vulgar al verme deseando su tamaño entre mis piernas, abriéndose paso por un canal que no quería darle a nadie (salvo a él) — me pasa solo cuando pienso en ti, cuando te veo, cuando te sueño. Me pongo así nada más por tu cuerpo, mi cielo.

Estuve a punto de soltar un gemido, cuando él deslizó la mano hasta mi centro, por encima del short... Javier, consciente de que estábamos en terrenos peligrosos, se limitó a pasar ligeramente los dedos, hasta que tuve que detenerlo...

—Necesitas saber que yo no estoy usando ningún anticonceptivo —le dije, dándome la vuelta de golpe. Me abracé a él con fuerza. Su mirada parecía escandalizada por la declaración, pero aun así me armé de valor para decirle —: A menos de que tengas planeado ser papá pronto, te sugiero que te cuides tú.

—No me molestaría en lo absoluto —musitó.

Me arrancó un gemido al besarme. Así, con pasos lentos y sus besos atropellados, retrocedió hasta que atravesamos el umbral. Me di cuenta de que cerró la puerta de un tirón, muy fácilmente, y entonces sujetó mi cara entre sus manos. Nos vimos rodeados de oscuridad. Pero Javier fue lo suficientemente hábil como para hacerme recargar en el muro contiguo, y pegarse en mi contra.

Se deleitó mirándome en medio de las sombras, ya habiéndose separado.

—Eres una mujer impresionante, Cassandra —dijo, sus pulgares en mis mejillas y su olor llenándome—. Me vuelves loco. Pierdo toda la cordura si se trata de ti. ¡Dios! Es que no hago nada más que pensar en hacer algo para que te quedes aquí, conmigo.

—Tengo veinticuatro años y cero planes de ser madre, aun cuando el prospecto de padre es tan hermoso —le espeté, zafándome de su agarre (por si una de sus ideas era embarazarme)—. Así que busca tu protección, y te espero en mi cuarto. —Lo observé sonreír, y lo observé mientras dejaba su espalda

ancha en el muro, mirándome—. ¡Ah! —Empezó a caminar hacia mí—, y no te tardes.

Él me lanzó una última mirada y realizó su típico ademán de cepillarse el cabello con los dedos.

Lo perdí de vista en el pasillo, porque su habitación estaba ubicada en el otro. Cuando abrí mi puerta y la cerré, me apoyé en contra del marco. Estaba ansiosa; más bien desesperada. Así que, haciendo caso de uno de los consejos de Pamela, me cambié la ropa interior tan rápido como pude, a la espera de que el príncipe de mis sueños no se tardara más de lo debido.

Una Cassandra de mejillas sonrosadas, ojos bien despiertos y cabello negro azabache, de largo hasta media espalda, me devolvió la vista a través del espejo. Me coloqué la blusa otra vez y abandoné el baño que se encontraba en mi habitación. Cuando salí, Javier estaba sentado en la cama, la mirada puesta en alguna parte del suelo.

Caminé hasta él sin detenerme, concentrada en la manera despeinada en la que llevaba el fleco del cabello. Sus ojos no se posaron en mí en el momento en el que me paré en mitad de sus piernas, las cuales abrió para después rodearme con sus brazos. Puso la frente en mi abdomen.

—Pensé que te habías arrepentido —musitó, mientras levantaba hábilmente mi blusa con el mismo tacto de su mano derecha. Ascendió en una caricia tierna y pausada, tranzando el contorno de mi cintura, hasta que se encontró con la costura de mi sostén de encaje.

—Te tardaste mucho —le espeté, en voz baja.

Su otra mano realizó el mismo movimiento. Yo, sabiendo que quería estar desnuda junto a él, tiré de la tela y me la saqué por encima de la cabeza. Javier comenzó a besar mi estómago, causándome un hormigueo inmediato, cuya sensación eléctrica se esparció hasta mis muslos.

Apreté las piernas, resintiendo la humedad bajar hasta mi centro. Al tiempo que me atraía más cerca, Javier utilizó su dedo pulgar para acariciar la parte baja de mi seno derecho. Por debajo del encaje, y con la presión que le ejerció a mi pezón, la sensación era ensordecedora.

Contuve el aliento mientras él se levantaba. Di un paso hacia atrás, dispuesta a contemplarlo así; la excitación era evidente aún a través de su pants. Se quitó la camisa cuando notó que me perdía mirando sus piernas robustas y marcadas por encima de la prenda.

Javier era hermoso. En cuanto me besó sin reparos, poniendo las manos en mi cadera y atrayéndome con mucha fuerza, usé las manos para estudiar sus pectorales firmes; tenía los oblicuos definidos y los músculos del abdomen marcados lo suficiente como para despertar mi curiosidad.

Le acaricié la piel tanto como pude, dejando que él hiciera añicos mi

boca: no dio tregua a mi lengua, ni dejó que me apartara. Sus manos expertas abrieron el broche de mi sostén y pronto me dejaron descubierta del tronco. Su palma ahuecó mi seno izquierdo, deteniéndose para torturar la cima.

Abriendo los labios y dejando un camino de humedad a su paso, trazó una línea de besos hacia mi cuello, donde se detuvo a succionar mi piel...

—*Tranquilo...* —me reí, en medio de un montón de sensaciones esparcidas por mi sexo, que se hinchaba por las ganas de que me poseyera de una vez por todas.

Su mirada llena de deseo examinó mis facciones. Alzó la mano y acunó mi rostro, que ladeé para darle libre tacto en él.

—Te estás portando muy mal conmigo —dijo, antes de intentar besarme. Pero, con una mano y un leve empujón, lo ayudé a dejarse caer en la cama de nuevo. Él, mirándome desde su postura, puso las manos en mi cadera y empezó a sacarme el short.

De un momento a otro, estuve solo en bragas frente a él, que me devoró con la mirada mientras estiraba la tela de mi encaje. Se detuvo en la zona de mi pubis, donde el choque eléctrico no demoró. Yo había puesto las manos en sus hombros, pero cuando sentí que me hacía un lado la tela del triángulo en mi pequeña braga, respiré profundo y le acaricié el cabello.

—Solo quiero que vayas lento —musité.

Él volvió a pegar su cara a mi abdomen, y al mismo tiempo pasó su dedo por mi clítoris. Un poco nada más, pero marcando lo que era el principio de algo que yo también moría por hacer y que me había tenido en vilo desde hacía meses.

Quería estar con él de todas las maneras posibles. Quería tenerlo adentro de mí, hundiéndose con la fuerza que lo caracterizaba. Siempre me había gustado su figura; el atractivo que me ponía tan mal de él, estaba frente a mí, deseándome.

—Es que estás tan mojada ya —murmuró.

Sus dedos tiraron del listón del que estaba hecha mi braga y que funcionaba como lazo para atarse a la cadera.

—Tienes que prometerme una cosa antes —dije, llena de convicción. Él se puso de pie y, de un ademán delicado, pero fuerte, me hizo volverme sobre mi eje. Me miró, fiero, a través de sus pupilas dilatadas.

—Lo que quieras —respondió.

Nos besamos antes de que yo pudiera hablar. Él volvió a masajear mis senos, cada vez con más violencia. En cambio, yo dejé mis manos alrededor

de su cuello, colgada para que pudiera tocarme todo lo que quisiera.

Me separé un par de centímetros. Él, con sus labios entreabiertos, rojizos e hinchados por besarme tanto, admiró mi boca, también hecha un resquicio.

—Júrame que estás siendo sincero conmigo —le dije, sin darme cuenta realmente del tono suplicante que había usado.

Las facciones de Javier se hicieron sombrías. Acunó mi rostro entre sus manos...

—Nada de lo que he dicho respecto de lo que siento por ti es mentira, mi amor —aseguró, respirando dos veces antes de hacerlo. Mientras yo le ponía las manos en la cintura, él se limitó a decir—: Te juro que te quiero; y espero que te quedes conmigo. —Volvió a besarme, esta vez sin mucho apuro—. ¿Algo más? —preguntó.

Tuvieron que pasar varios minutos antes de que yo dejara de mirar sus ojos y de que él dejara de mirar los míos. Aparté la vista y deposité un beso en su cuello, que era lo más alto que podía alcanzar de él sin necesidad de ponerme de puntillas.

Entonces, alzando los ojos hacia los suyos de vuelta, le dije—: Hazme el amor.

Un gruñido fue todo lo que surgió desde su garganta antes de que se comiera mi boca. El movimiento era urgente. Se agachó para rodear mis rodillas y, levantándose, hizo que le rodeara la cadera. Su erección estaba más dura que una roca; pude sentirlo a través de la tela, justo en la pared que estaba muy sensible a causa del deseo.

Cuando me bajó, no se hizo esperar: se quitó el pants y dejó a mi vista la extensión de su miembro, que sobresalía sin importar que trajera un bóxer azul puesto. Lo rodeé con mis brazos sin aguardar a que él diera el primer avance.

—Me calientas, ¿sabes? —espetó tras un gemido, mientras yo acariciaba la grosura hinchada de su entrepierna—. Te deseo *tanto* —musitó, al tiempo que se desnudaba en la totalidad.

Él mismo sujetó la firmeza de su excitación y, pegándose a mí otra vez, tomó mi mano para entregarme lo que yo misma había provocado. Nos quedamos así un rato, él besándome desde el cuello hasta los senos, atrapando entre sus dientes mis pezones y chupándolos hasta hacerme gemir de placer. Yo, por mi lado y no sin estar muy deleitada con la acción, bombeé su excitación para asegurarme de que la erección no perdería ni un centímetro cúbico de fuerza.

Estaba caliente, y pulsaba si yo le daba un apretón, por lo que sentía que

mis ganas aumentaban mientras la expectación por saberlo penetrándome se hacía mayor.

—¿Te vas a abrir para mí, hoy? —murmuró él. Retrocedí un par de pasos, pegando la parte posterior de mis piernas al borde de la cama.

—Completa —le dije, y eso lo hizo sonreír.

No era un gesto dedicado a la diversión; era una manera de expresar lo presumido que podía llegar a ser. Pero, de cualquier manera, mi corazón dio un vuelco cuando le escuché decir—: Así como tú, yo también quiero probar algo.

Se agachó para sacar el preservativo de su pantalón, en uno de los bolsillos. Sin soltarlo, me siguió cuando me recosté en la cama. Sin embargo, no se dejó caer a mi lado ni hizo nada por echarse encima de mí a continuación. Sino que, quedándose en mitad de mis piernas abiertas, admiró mi desnudez desde los pies hasta la cabeza.

Inclinándose poco a poco, dejó sus dedos en mi entrepierna, y trazó pequeños círculos sobre el capuchón; me hervía la sangre por saberlo tocándome. Inconscientemente, arqueé la cadera para darle libre entrada entre mis pliegues íntimos. Él, ufano de la caricia, hundió uno de sus dedos, causando que mis paredes se cerraran ante la invasión.

Lo observé colocarse el preservativo, sacándolo del empaque de dos leves roces.

Entonces, y después de comprobar la humedad de mi sexo (acariciándolo con toda la mano y arrastrando mis fluidos por el exterior), gateó como un felino hasta estar justo arriba de mí, mirándome. Yo analicé su expresión desolada por la contención sexual, y me permití acariciar su abdomen.

Vi que ponía su glande, guiándolo con una mano, en mi pared vaginal, adonde mi cuerpo lo recibió como si fuera algo esperado desde hacía muchísimo tiempo. De esa manera me cubrió en la totalidad, pero dejó la frente recargada en la mía, mientras me penetraba lentamente. *Muy lento*.

—¿Y qué es lo que quieres probar? —musité en su oído, al tiempo que él se hundía cada vez más y empezaba a realizar suaves estocadas.

Besó mi cuello, frotándose encima de mis senos para que sintiera su piel contra la mía. Aun así, yo necesité más que nunca escuchar lo que tenía que decir. Me sentía hambrienta de su cariño, de su deseo, de cada cosa que tuviera que darme; entre las sábanas, protegida por sus brazos y empotrada hasta el fondo en su miembro erecto, decidí que me había enamorado de un ser fuerte, decidido, *carnal*; pero, sobre todo, decidí que quería amarlo como se

merecía.

—Quiero probarte que eres mía —murmuró, pasando su boca en un desliz por mis mejillas y dejando huellas de sus besos en mi mandíbula y en mis labios.

Escuché atentamente sus jadeos mientras aceleraba el ritmo de su sexo en el mío. Y, alimentada por la sensación de mi canal cerrándose alrededor de su falo, tomé la temeraria decisión de provocarlo—: ¿Soy tuya?

Un nuevo jadeo acompañó a una de sus embestidas; lo hizo duro, como para demostrarme que ese sí era un terreno intocable para él: su ego. Pero a mí me encantaba tirar de su ego, y en ese momento tensarlo me pareció buena idea.

Aquel era el mejor de los instantes para dejar salir la tensión, tanto moral como sexual.

—Quiero que lo seas —dijo, deteniéndose en seco. De inmediato, resentida por el abandono de él penetrándome, cerré los ojos y me escondí en el susurro de su voz, que me espetaba—: Quiero que te entregues a mí, Cassandra —Sujetó mi mandíbula con energía, y me pidió—: Mírame. —Abrí los ojos, consciente de que estaba pidiéndome algo con mucha franqueza. Así, al mirarlo en medio del acto que nos conectaba todavía más, me sentí envuelta en uno de esos caos de los que salen cosas como el universo, las estrellas o la vida misma. Me sentí capaz de amarlo porque él, a través de sus ojos llenos de devoción, me dejó ver que nada de aquello era mentira—. Quiero que me des lo que no has podido darle a nadie. Te necesito. Sé mía —masculló, reanudando sus movimientos.

Después de sentirlo, después de besarlo y degustar el sonido de su voz ronca en mis oídos, me dije que no podía negarme a nada que viniera de él. Ya no podía hacerme daño y, en caso de, iba a permitírsele todo. Porque, como acababa de pedirme, estaba dispuesta a todo por él. Por amor. Específicamente, estaba entregada a él por amor.

Tras largos momentos en los que no me sentí apenada de pedirle que me diera más de lo que guardaba allí, en su interior, él se encorvó un poco y dejó las manos apoyadas a los lados de mi cara. Aceleró sus entradas causándome más de un jadeo; y no se detuvo hasta que logró que mi cuerpo se cerniera.

Mis paredes se contrajeron alrededor de su miembro, y él hizo una mueca, maldiciendo por lo bajo. Se estaba conteniendo y yo era consciente de ello...

—Tenemos toda la noche —murmuré, al ver que disminuía sus envites.

Otra vez, y con una fuerza que me exprimió más energía de la esperada,

Javier se adentró en mí a fondo, hasta hacer que mi cuerpo se bañara de sudor por la aceleración de mi flujo sanguíneo.

—Ábrete más, cielo —musitó.

Lo hice. Haciendo uso de la flexibilidad en mis piernas, abaniqué más los muslos.

Había enganchado mi pierna en su cadera y él, con la suya ligeramente flexionada hacia arriba, continuó penetrando; lo hizo hasta que, también en un jadeo contenido, invocó a no sé cuántos demonios.

Su abdomen se contrajo sobre el mío...

Nuestras respiraciones no dejaron de ser aceleradas, hasta que él se retiró de mi interior. Se sentó en el borde de la cama, y me miró por encima de su hombro, mientras yo me hacía ovillo.

—¿Te bañas conmigo? —preguntó, muy serio—. Puedo ayudarte con tu aseo íntimo, si quieres —repuso, volviendo a inclinarse y besándome rápido.

Le sonreí apenas, cansada por la reciente tarea, y ansiosa por volverme a meter en la cama, enredada entre sus brazos; *mi refugio*.

*

Afuera del periódico, con su sonrisa ufana, Thalía me observó hasta que yo aparté mi atención de sus ojos. Ví a la gente que salía del edificio, y cuando me di la vuelta, mi mente divagó a los recuerdos que había atesorado de aquel mes.

Pamela estaba mejorando; ya podía caminar y, con la última revisión de Andrés, nos habíamos hecho a la idea de que todo saldría a pedir de boca con su recuperación. Lo más preocupante había sido que tuviera alguna secuela a causa de las lesiones internas de su sexo.

—Te lo digo porque lo escuché de buena fuente —aseguró Thalía, echando una mirada descarada a un tipo que acababa de cruzar el pasillo, hacia el periódico. Su sonrisa demostraba cuánto podía llamar la atención si quería, pero de cualquier manera, no me dejé soslayar por lo seguridad que ella emanaba y que a mí me hacía tanta falta—. Un día, todo este sueño tuyo habrá terminado, y tendrás que enfrentar tu realidad completamente sola.

—Ya te puedes marchar si terminaste —le dije, con el mentón erguido.

Ella entrecerró los ojos.

—Eso es lo que tú no entiendes, princesa —comentó, en voz tan baja que apenas pude escucharle—, esto todavía no se termina.

Me rodeó para seguir caminando, pero antes de hacerlo del todo, se quedó hombro con hombro a mi altura. Sentí su mirada de soslayo, y no me moví de mi lugar sin importar cuánto miedo y repulsión me hubiesen causado sus palabras.

—Acaba de irte antes de que se me termine la paciencia —murmuré, mirando al frente, estoica.

Escuché el aire salir por sus fosas nasales, señal de que había reído. Sin embargo, ahogué mi impulso por mirarla. Suprimí todas y cada una de mis ganas por demostrarle que yo, con mis decisiones, había llegado a donde estaba: *limpia*.

Aunque me hubiese gustado pensar de otra forma, aquella era una cruel demostración de cómo el destino no es igual para todos dependiendo de las elecciones que se tomaron en el transcurso.

—Disfrútalo mientras dura —dijo.

El chasquido que emitieron sus tacones sobre el concreto, no me hizo volver a la realidad de inmediato. Me quedé, paralizada, en mitad del camino, observando a la gente ir y venir sin temor alguno más que el día que tenían en las manos.

Allí mismo, me percaté de un anhelo al que jamás le hubiese puesto atención de ser por Javier. Quería dejar de pensar en el futuro como si ya fuera tangible. Quería despertar sin llevar a rastras un historial de rencores. Y, sobre todo, quería respirar sin necesitar más oxígeno del necesario.

Un sonido lejano, de voces alzándose más de lo común y varios cláxones pitando al unísono, me recubrió durante un instante. Bajé la vista al suelo, temerosa por enfrentarme a lo que significaban las palabras de Thalía.

Entré en el edificio preguntándome qué cosas le diría a Javier para justificar mi miedo tan marcado. Porque casi podía sentirlo reptar por mis piernas, como escarabajos.

En el interior del ascensor, el vacío me ayudó a enfocar un poco. Mi mente tenía varias suposiciones aún tibias; si Thalía había estado con Javier minutos atrás, antes de que yo llegara —había ido al centro comercial a comprar unas cosas de uso íntimo—, él tenía que saber algo. Cualquier cosa.

Pero eso también significaba que tendría que decirle, palabra por palabra, lo que había charlado con ella.

Su conversación, a pesar de haber sido nimia, me resultó fulminante. Esas

semanas habían terminado por unirme de formas distintas con Javi. Incluso mis celos e incluso la manera en la que él trataba de dejar lo más posible su trabajo cuando estaba en la casa.

Yo le había repetido que no era necesario que abandonase su rutina, pero, como Pamela había dicho y como yo empezaba a aceptar que sucedía, mi cercanía hacía que su balanza se inclinara del lado de los modales familiares. Hacía todo para que estuviéramos cómodas, Pam y yo. Y, mientras Nico o Mireya o Mauri estaban en la casa, siempre se reunía como si su teléfono no existiera.

Para mí, desde el día en el que me había sentido incómoda respecto de Marisol, se había formado entre nosotros un lenguaje corporal que no podía explicar con nadie, ni enseñarlo tampoco. Era algo solo nuestro, que ninguna persona alrededor trataba de justificar o de interpretar.

Salí del ascensor con una idea rondándome la cabeza, pero segura de que primero tenía que tantear mis probabilidades. Para cuando llegué a la oficina de Javier, vi que había un hombre sentado a su frente y que, la complexión robusta y acicalada, no podía corresponder a otro sino a uno de los señores Guízar.

Di dos pequeños toques en la puerta, que seguía abierta de par en par. Fue Joaquín quien giró un poco la cabeza y me lanzó una mirada por encima del hombro. Alzó una ceja para demostrar cierto grado de confusión al leer mis facciones.

El rubor encendió mis mejillas en los siguientes segundos. Clavé la vista en Javi, que me devolvió una mirada ceñuda y entornada.

—¿Sucede algo? —inquirió.

No pude evitar parpadear varias veces seguidas. Apoyé mi hombro en el marco de la puerta, y sacudí la cabeza, pero el semblante de Javier denotó lo fácil que le había sido saber que estaba mintiendo.

Su tío se puso de pie, y empezó a caminar en mi dirección. Se detuvo solo para decirle a su sobrino que lo esperaba en un par de horas, y luego me miró, sonriente.

—No lo entretengo más —se disculpó.

Intenté sonreírle, pero el gesto se disolvió en mi lengua, a punto de quebrarse. Observé la manera inquisitiva en la que Joaquín Guízar me miraba, y con eso vi que el carácter sobrio Javier lo había heredado de él más que su propio hijo. Porque, donde Mauricio era picardía y tozudez, Javier era seriedad y modales regios; tal vez tuviera mal sentido del humor, pero no se

podía comparar con la intensidad que le otorgaban sus ademanes.

El que fueran familiares, solo acentuaba un sinfín de características que, reunidas en un solo lugar, podrían vaticinar un huracán tras otro. Mientras hacía un recuento de las similitudes entre Javier y Joaquín, vi que él se levantaba de su silla e iba hasta mí, con gesto meditabundo.

Tiró de mi mano en cuanto estuvo frente a frente conmigo. Una vez que me vi rodeada por las cuatro paredes de su oficina, agaché la mirada lejos de su escrutinio.

—Si tu intención es ponerme en ascuas —murmuró, al tiempo que me rodeaba con sus brazos. Me vi envuelta en su cuerpo en menos de un minuto y, cuando al fin conseguí alzar la mirada, la suya irradiaba seguridad. Mi interior respiró con alivio al no ver ningún cambio en él. Todo estaba igual; al menos, todo seguía marchando como lo había hecho aquellas semanas—, lo estás logrando sin mucho esfuerzo.

—¿Cómo? —carraspeé.

Él sonrió, enarcando una de sus cejas oscuras.

—Que estás pálida, Cass —repuso, entrecerrando los ojos para enfatizar sus palabras.

Asentí. El miedo había dado paso a otra emoción que no comprendí del todo, pero que se volvió más intensa a medida que Javier me miraba con más ternura. Sus dedos de yemas suaves acariciaron mi mejilla derecha, y con un rozón de sus labios, logró sensibilizar los míos.

Depositó un par de besos incitadores más sobre mi boca, instándome a ponerle atención.

—¿Qué te dijo Thalía? —pregunté.

Un suspiro brotó desde la boca entreabierta de Javi, que abrió los ojos y se relamió los labios.

—Nada inusual —murmuró él. Volvió a darme un pequeño beso antes de liberarme de su abrazo y regresar hacia su escritorio. Una vez allí, apoyó la cadera en el filo y cruzó los brazos en el pecho—. Más fotos —insistió, al notar que yo no dejaba de mirarlo con aprensión.

—Por favor —dije, después de cerrar muy fuerte los ojos—, no me mientas. Sé que su visita tuvo que ver con una amenaza. No me mientas.

Javier ladeó la cabeza, quizás empezando a comprender por qué iba tan pálida, con los nervios de punta y el corazón palpitándome peor que el repiqueteo de los cascos en un caballo. Su mirada inspeccionó mi postura.

—Si te dijo algo a ti, quiero que me lo cuentes —recalcó.

—Javi...

—A ver, Cassandra —me silenció, irguiéndose—, yo ya te dije que lo que Thalía diga me tiene sin cuidado. Pero, si sus amenazas son directas hacia ti, entonces puedo comenzar a preocuparme.

—No hace ninguna diferencia si es a mí o a ti a quien amenazan —casi grité.

Me desplomé en la silla en la que había estado Joaquín minutos atrás, y antes de poder vislumbrar la reacción de Javier, me incliné sobre el regazo y me cubrí el rostro con ambas manos. Solo me limité a escuchar sus pasos viniendo en mi dirección. Su olor a madera fina me sobrecogió mientras lo sentía acuclillarse frente a mi silla.

Su mano insistente me quitó los dedos de la cara y se los llevó directo a la boca. Cuando acabó de besarme los dorsos en cada una, me dirigió una mirada de consuelo.

—Si quisieran hacerme algo —musitó—, ¿crees que lo estarían pensando tanto, cielo? ¿De verdad? —Torció un gesto, pero alcanzó mi mejilla y sus dedos trazaron caricias suaves encima, hasta que mis músculos faciales se relajaron—. Si me está enseñando fotografías tuyas, es porque esto es personal. De él contigo —replicó.

Su ceño estaba fruncido y la piel de su frente arrugada. Sin embargo, lo que enviaban sus ojos a través de la retina era pura y transparente comprensión.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí.

Muy en el fondo, no tenía ganas de escuchar la respuesta. Yo la sabía. Pero, oírla de él, era como tolerar el peor de los castigos sin merecer la condena. Aun así, mantuve la rigidez de antes y esperé, impaciente, a que él continuara.

Tras inhalar y exhalar profundo, finalmente dijo—: Porque, después de recibir las primeras fotografías, hablé con Valeria Torales. Sonaba muy interesada en hacerme saber que ella no tenía nada que ver con los movimientos actuales de su hermano —Le oí murmurar una grosería, lo suficientemente bajo como para que yo no supiera cuál de todo su repertorio había utilizado.

Al cabo de un rato, mientras me contaba su charla con Valeria, y mientras respondía a mis preguntas exigentes sobre por qué no me había dicho eso, sus reacciones ante mis palabras evasivas eran notorias.

Por alguna razón muy extraña, no quise, en esta ocasión, llevarlo al

extremo. No. Los pleitos de temperamento que teníamos los había reservado para la habitación, adonde podíamos aliviar, uno en compañía del otro, la densidad de los ambientes que compartíamos, el estrés de un día de trabajo duro, o la falta de arrumacos por su parte.

En ese momento, todo lo que quería hacer era narrarle, palabra por palabra, el tono y el volumen de la amenaza de Thalía.

—Cualquier cosa que signifique —susurré—, me dijo que esto no había terminado y que lo disfrutara mientras duraba.

Él se levantó de un solo movimiento. Lo seguí con la mirada y acabé por ponerme en pie. Al ir detrás de él, y cuando fui consciente de la tensión en sus músculos, me abracé a él por la espalda. Su cintura delgada y los músculos definidos de su abdomen se percibían por encima de la camisa de lino que llevaba puesta.

Absorbí su olor y me llené de su esencia...

—Tengo una idea —dijo él, volviéndose y separando mis manos de su cuerpo para poder mirarme al rostro. Lo escuché, atenta y entonces prosiguió —: Pero tienes que confiar mucho en mí.

Al instante, la forma en la que me miraba se tornó gélida, como si quisiera imprimirle más seriedad de la que ya usaba habitualmente. Sacudí la cabeza para darle a entender que captaba el mensaje.

—Sigo estando incómoda por las cosas que podrías ver en esas fotos —musité—, y mucho más ahora que no quieres decirme qué fue lo que te dijo...

—No me dijo nada —me interrumpió de nuevo. Se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, y al sacarla, me entregó una nueva fotografía.

La reconocí en cuanto vi la imagen de una Cassandra de diecinueve años, pelo corto y sonrisa cándida en ella. En el reverso, se leía mi letra redondeada en una frase que, justo donde me encontraba, me resultó bastante cómica.

Decía *te amo*.

Y sí, era una fotografía que, ni en mil años, hubiera creído que Vicente Torales, podría conservar. Estuve a punto de espetar un improperio. Pero el hombre frente a mí me recordó mis sentimientos y lo que estaba tratando de superar con todas mis fuerzas.

—Javier... —musité.

Él me puso los dedos en la boca.

—¿Sabes qué es lo que pienso de todo esto? —dijo, en voz baja y aterciopelada. Negué con la cabeza, aturdida por el dolor de saber que él había leído aquella declaración antigua—. Pienso que eres una mujer

maravillosa, capaz de amar incluso a quien no se lo merece. —Sus manos acunaron mi rostro en cuanto hubo guardado la fotografía en su bolsillo—. Pienso que lo amaste y que eso quedó en el pasado; porque yo soy tu presente, ¿no? —Buscó mi mirada, que evadí por unos segundos. Apenas localizarme, y hacerme levantar el rostro, continuó—: ¿Lo soy?

En silencio, sus labios trazaron sobre los míos la descripción adecuada a lo que yo hubiera querido decir. Era muy consciente de que él me leía, de que podía ver a través de mis ademanes y de mis caricias. Me leía tan bien que estaba seguro de mis sentimientos en su favor.

Lo cual resultaba ser un halago y una advertencia al mismo tiempo. Porque eso quería decir que, para hacerme sufrir, Vinnie estaba dispuesto a que Javier no olvidara quién había sido *Gloria*.

—¿Cuál es tu plan? —musité, separándome un poco.

—¿Confías en mí? —preguntó. Cuando le dije que sí en un susurro lento, pero seguro, él dijo—: Quiero que nos vayamos. Tú y yo.

Contemplando su rostro, recordé que a Vinnie lo había amado con un corazón de niña; virgen, inexperta y creyendo en lunas de queso y ratones de los dientes. Pero a Javier; a él lo amaba como niña y como mujer. Con él podía ser obtusa y dependiente, buscando sus mimos, o decidida y vivaz, determinada a llevarle la contra si era necesario.

A él lo amaba de manera simple; con todo y defectos, en malos ratos, con perdones o sin ellos, en el calor y el frío, en mitad de la noche y a medio día. Lo que me dejó en claro que ni el tiempo, ni las circunstancias, podían deformar lo que sentía por él.

—No sabes lo que dices —lo reprendí.

—Sé perfectamente lo que digo —me contradijo. Una línea de expresión apareció en su frente. La contrariedad invadió sus gestos, pero no habló con escepticismo ni se mostró airado—. Mejor dicho: sé perfectamente lo que quiero.

—Es muy pronto... —le dije, abrumada por lo que acababa de decirme.

Mientras él tomaba aire y se apartaba dos pasos de mí, tal vez para calmar sus humos, resolví que a lo mejor esa era mi única opción a menos de que quisiera separarme de él.

La sola posibilidad me entumeció cada órgano.

—Si me vas a salir con el cuento de que no nos conocemos, te lo puedes ahorrar —refunfuñó. Dejé que su carácter fluctuara, porque la indecisión crepitaba en mi interior y quería que se fuera. Solo él podía ahuyentarla de mí

—. Voy a ser sincero, a mí no me molestaría el casarme contigo, pero, en vista de que esa idea está fuera de contexto para ti, me conformo con que me permitas sacarte de esta ciudad e impedirle al hijo de puta que siga torturándote. —Aspiró hondo más de dos veces. Yo no me moví de donde estaba aun cuando dijo—: No voy a renunciar a ti de ninguna manera.

No hacía falta que dijera nada más. Yo le creía. Siempre le había creído; le creí cuando salió de mí la primera vez que estuvimos juntos, cuando se removió en mi interior y me hizo notar lo bien que se siente compartir tu piel con un ser humano de carne y hueso.

A Javier le había creído todas y cada una de sus facetas; esa era la magia de estar a su lado: enojado, triste, taciturno, feliz, cansado; todo era simple y auténtico. Con él, no podías vivir confundida nunca.

Nunca me pareció que Mireya podría ser el tipo de mujer que permite abusos físicos. A decir verdad, su actitud se me antojaba muy lejana a la debilidad. No cabe duda que las personas, cuando aman, a veces lo hacen ciegamente. Mientras ella lloraba y lloraba de con desconsuelo, no paró de decirme que amaba a su novio a pesar de todas las fallas que había en su relación.

Ninguno de los Guízar mostró paciencia cuando le vieron las marcas en las manos; yo supe que no era la primera vez que ocurría dada la cara de estupefacción que puso Javier. Según me dijo él anoche, antes de que nos metiéramos a la cama (ya no me permitió dejarlo dormir solo después de que estuvimos juntos la primera vez), tuvieron que soportar el hecho de saber a su buena amiga hundida en ese tipo de problemas.

Claro, dijo que quisieron ayudarla, pero también admitió que si ella sigue allí no hay manera de darle la mano.

Lo cual era comprensible.

—A mí me parece muy bien que quieras perdonarle. Está fatal lo de guardar rencor —le dijo Pamela, que estaba sentada junto a ella—. O sea, sí, perdónale, pero mándalo a freír espárragos.

Estábamos en el porche de la casa cuando Javier llegó con Mireya hacía ya como dos horas. Pera nos sirvió café en la mesa de afuera y también decidimos esperar a la comida, antes de que ella se marchase.

Mireya tenía aspecto de no querer tocar mucho el tema, pero Pam era muy persuasiva. Consiguió que soltase la lengua en menos de lo que yo hubiera esperado. Y ahora no estaba haciendo más que llorar sin detenerse. Un nudo se formó en mi garganta apenas le vi hacer muecas de agobio. Agobio del más genuino.

Agobio del que no se puede erradicar a menos de que llores durante largas noches de insomnio.

—Es fácil decirlo, carajo —respondió Mireya, hipando—. He estado con él por tanto tiempo que ya no me acuerdo lo que es vivir sin verlo por las mañanas. No puedo...

—A ver, no —la acalló Pamela, antes de llevarse la taza de café a los

labios. Yo me limité a observar el jardín del frente, pendiente del discurso que seguro le daría mi compañera—. El que tú no quieras dejarlo es otra cosa muy diferente del *no puedo*. Nadie te está diciendo que le odies. Se sabe que es imposible. Pero no te sometas a una vida tan desgraciada, cuando puedes estar disfrutando del apoyo de alguien que sí lleve bien puestos los pantalones.

Pamela estaba prácticamente mejorada. Andrés le había dicho que sus heridas se encontraban cicatrizantes y que ya podía andar sin sentir que le tiraban de los músculos. Por supuesto, estuvo postergando cierta charla conmigo; yo era consciente de que no quería que tocara el tema de que teníamos que regresar al departamento de Bucareli.

Escuché muy atenta lo que le dijo sobre permitir que alguien te robase la dignidad. Cuando me atreví a mirarla, me di cuenta de que sus ojos me observaban como si, además de para Mireya, sus comentarios fueran dirigidos a mí.

Tenía absolutamente toda la razón.

—¿Por qué no te quedas en mi departamento unos días? —le pregunté, sin pensarlo.

Mireya me examinó un par de instantes. Negó con la cabeza, inclinándose para recargar su peso en las piernas.

—No puedo hacer eso. ¿Cuándo piensas volver? —inquirió ella.

—¿Te crees que el príncipe va a dejar que se marche, así como así? —se burló Pamela, que cruzó la pierna derecha sobre la izquierda.

—Tampoco tengo que pedirle permiso —refuté.

Mireya sonrió, a pesar de sus lágrimas.

Tomé una inspiración de aire y le repetí que se podía quedar allí mientras yo estaba en la villa de la familia Guízar. Ella me respondió que se lo iba a pensar muy bien, antes de tomar cualquier decisión.

Como era domingo, Javier había ido a ese club suyo a donde Andrés lo había comprometido; cuando supe de eso, me imaginé que se trataría de una reunión de niños ricos hablando sobre temas de política y cosas que estaban fuera del ojo público. Sin embargo, antes de irse, noté que llevaba puesta ropa deportiva y que traía una bolsa del mismo estilo. Se despidió de mí dándome un beso en la frente, y asegurándome que estaría aquí para la comida.

Pues sí, había llegado para la comida. Pero estaba encerrado en el despacho y su ausencia se sentía alrededor. Mireya estaba por irse porque tenía que terminar un trabajo para el día de mañana (su jefe era muy gruñón y exigente). Y, escuchando que Pamela le decía que la acompañaba, me volví a

ella con gesto interrogante.

—No voy a demorar —se justificó. Enarcó una ceja y, para avergonzarme, dijo—: Tienes la casa libre para ti. Pera no llegará hasta la noche y seguro que Javi me agradecerá el que los deje a solas.

Si hubiera sido más atrevida, tal vez le habría dicho que en lo íntimo Javier y yo no teníamos ningún problema. Yo había estado durmiendo en su habitación todo aquel mes, de manera que su exigente libido solo compensaba mis ganas de recompensarlo por haberse fajado los pantalones frente a todo lo que había ocurrido.

Por estos días, su ojo periodístico se había dirigido hacia las elecciones y los chismorreos que suelen rondar en esos círculos. A eso le atribuí su silencio; supuse que se había metido en la ducha, porque una vez llegar a la casa me fijé en el sudor que había empapado el pecho de su camisa y el tono colorado que habían adoptado sus mejillas.

Cansado, ligero y con ropa tan simple, me había dado un tentempié tan solo con mirarlo.

Interiormente, fui yo quien le agradeció a Pamela por querer irse.

Aún no la había hecho partícipe de la decisión que Javier y yo habíamos tomado; en realidad, no estaba segura de que ella quisiera oírlo, pero en parte, confié en mi instinto sobre aquella mujer. Después de todo, había recibido golpes por mi culpa y, a pesar de ello, seguía portándose conmigo como una madre.

O al menos como la mejor imitación de una.

—Ya va, Cassie; te juro que me lo pienso —señaló Mireya, que también se puso de pie, mientras Pamela iba a por su bolsa—. Gracias por oírme. Nos vemos mañana, ¿está bien?

Recibí el abrazo que me ofreció y dejé que se desahogara un poco antes de separarnos. Para cuando Pamela volvió, ambas se perdieron muy pronto en el jardín frontal que dirigía a la salida de la villa. Las contemplé hasta que no conseguí verlas más.

Hice una respiración honda para armarme de valor y así poder girarme sobre los talones. Aquella tarde, oportunamente, traía puestos zapatos de suelo. Llevaba encima un vestido ligero que me llegaba poco más abajo de los muslos. Hacía un calor tremendo. Y, como la prenda era solo de tirantes, me pregunté si no sería demasiado obvio que pretendía estar siempre ligerita para él.

En términos adecuados, comenzaba a tomar por costumbre su ímpetu

sexual. Porque el deseo lo compartía. Los sentimientos, en la cama, eran mutuos; no obstante, mis ganas se aumentaban al escucharle hablar. Cuando Javier me contaba cosas de su infancia, alimentaba mi alma seca y llena de pensamientos nublados. Al fin y al cabo, mi familia no me había enseñado lo que era el amor fraterno.

Y de eso Javier sabía demasiado.

No toqué la puerta del despacho, sino que entré para llenarme con la vista de él sentado al sofá. Tenía la manía de no poder usar nunca el escritorio. La laptop estaba colocada en la mesita de centro y un montón de papeles regados por toda la superficie.

—¿Estás por terminar? —le pregunté, mientras me dejaba caer a su lado.

Me quité los zapatos antes de doblar las piernas para acomodarme por completo en los cojines.

—Casi —Javi sonrió, sin levantar la vista. Admiré su perfil: sí, se había duchado. Estaba recién afeitado, y vestía una camiseta de cuello redondo, junto con pantalones de chándal—. ¿Se fue Mireya?

—Sí, tenía algo que hacer; por orden de su abusivo jefe. —Estiré una mano para acariciarle la oreja. No respondió al instante, pero pasados unos minutos me miró por el rabillo del ojo, quizás imaginándose que mi presencia allí no era para nada una casualidad.

—Yo no le pido que trabaje en domingo, cielo. Es solo que...

—Tal vez no se lo pides, pero tú trabajas como desquiciado, es normal que te lo aprendan —lo interrumpí.

Él ladeó el rostro y me miró de lleno. Sus ojos, ya que la luz entraba a través del cristal de la única ventana en el despacho, se iluminaron en un bonito color avellana. Con regularidad, el color marrón gobernaba en sus iris, pero a veces me parecía que su tonalidad se aclaraba. Me gustaban de cualquier forma, porque lo que desprendía de ellos no era nada más que devoción pura.

Cuando Javier me miraba de esa forma, yo podía sentir que todo el dolor pasado había valido la pena.

—¿Fue un halago o un reclamo entre palabras? —inquirió, sonriendo.

Parpadeé un par de veces, me encogí de hombros y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá de piel en el que estábamos sentados. Él volvió a teclear en la computadora y me relató que estaba terminando un artículo muy importante sobre las reformas del actual presidente, por encargo de su tío.

Después de convivir con ellos, fui más consciente de qué tipo de familia

eran.

Unidos hasta los huesos; pero Joaquín Guízar me había demostrado ser el más parecido a Javier. Se manejaban de la misma manera; sus palabras a veces cambiaban de tono, de volumen, y de índole. Pero siempre rectas sin importar si se les imprimía algún tipo de enojo: en eso también eran idénticos.

Ambos poseían un carácter de los mil demonios, pero don Joaquín también se almidonaba al lado de su mujer, doña Carmen, la madre de Mauricio, una señora de gracia innata; amable, sonriente, feliz. Habíamos cenado con ellos la semana pasada; y, aunque al principio me negué a asistir, por la noche me vi obligada a confesarme con Javier, mientras me besaba y me quitaba la ropa; su familia era encantadora.

Estar allí, en el seno del que formaba parte, me hizo sentir aceptada como nunca.

—¿Ya pensaste en lo que te propuso mi papá? —dijo de pronto, cerrando de un suave manotazo la computadora.

—No, y no quiero hablarlo. —Me removí en mi lugar, de pronto incómoda. Javier echó la espalda en el sofá, mirándome.

Sentí sus ojos moverse por todo mi rostro, pero también percibí el calor que emanaba mi cuerpo si me observaba con algo más que simple atención. Su mano se posó en mi mentón y, con dos de sus dedos, me obligó a que levantara la vista.

Clavé los ojos en los suyos, irritada por lo que venía a continuación.

—No es la gran cosa, Cass —dijo—. Se trata de ti, con un puesto que puedes merecerte.

—Pero que me ofreció porque estoy contigo —lo reprendí—. No me parece justo.

—Tienes talento. Lo sabes, mi amor.

Su mano jugó con la piel de mi hombro y después trazó una caricia por la extensión de mi brazo. Sentí cuando sujetó mis dedos entre los suyos. Traté de negarme a entrelazarlos con los de él, pero me fue imposible. Una de las cosas que más me atraían de su persona, era la suavidad de sus manos, que, al recorrerme toda, causaban un choque tras otro de electricidad.

Me encontré suspirando al notar que su mirada y su paciencia eran sinceras.

—En Guadalajara no hay director de área. Están contratando —dijo—. ¿Qué tiene de malo que aceptes?

—La gente va a saber que no tengo experiencia y que el puesto es mío porque soy...

Al no poder acabar con la oración, Javier se recorrió hasta mí y, sin darme espacio para impedirlo, me atrajo para capturar mi boca con la suya. Puso la mano en mi cara y me atusó para que le siguiera el ritmo.

En segundos, me tenía agarrada por la cintura con la mano derecha y su boca recorría la curvatura de mi rostro.

—¿Mi mujer? —susurró, su boca en mi mejilla.

Abrí los ojos para mirarle. Él también tenía puestos los suyos —hermosos, por Dios— en mí.

—No, yo...

—Lo eres —replicó. Acunó mi rostro en sus manos y, analizándome con ternura, repitió—: Eres *mi* mujer. Y tengo suerte por ello. Porque resulta que, en muchos años, nunca le habían dado un consejo como el que tú le diste a mi papá sobre cómo aumentar la audiencia de un canal que tiene por competidor principal a Milenio.

Puse los ojos en blanco; lo único que yo le había dicho a Joel, había sido que, en medida de las circunstancias en el país, podía enfocar la atención de los espectadores justo en las cosas que se volvían tendencia en las redes sociales: en pocas palabras, debía de modernizar a su grupo de productores en el noticiero.

El padre de Javier se limitó a mirar al frente, adonde la gente recorría el foro y ambos podíamos ver cómo Javi charlaba con el periodista que dirigía el programa.

Nunca me imaginé que le diría algo sobre un puesto diferente de la recepción para mí, una vez que nos mudáramos a Guadalajara.

—Están exagerando los dos —dije.

—No, cielo —murmuró él, mientras pasaba su dedo por mi clavícula y lo detenía justo junto a mi tirante derecho del vestido; comenzó a deslizarla—. *Toda* mi familia sabe que eres especial. Muy especial. Inteligente, hermosa, y con una sazón que me envenena.

—Galantes y mentirosos, además —sonreí.

Javier se agachó para besarme el cuello. Se pegó más a mí. Su mano izquierda acarició mi pierna y ascendió por debajo de mi vestido.

—Voy a admitir que soy un exagerado si tú admites que te pusiste esto para mí —murmuró, junto a mi oído.

Como pude, recordé lo que Pamela me había dicho días atrás sobre poder

usar "mis encantos" para aumentar mi propia autoestima. Funcionaba. Mi cuerpo era esbelto por naturaleza y de todas maneras lo sabía imperfecto, además, desde que había abandonado Monterrey, mi peso había aumentado un par de kilos.

A él parecía no importarle que tuviera defectos en la piel, como un lunar en la pelvis y una pequeña cicatriz de la infancia a la altura del ombligo. No. Fuera lo que fuese, Javier se deleitaba tocándome por todos lados; hacía de sus dedos el mejor buscador de mis puntos sensibles y, con su boca, se encargaba de acallar cualquier duda que pudiera haber en mí.

—¿No lo vas a admitir? —repitió.

Su voz se tornó más ronca.

Con el ánimo palpitando en mi centro, pasé la mano por su pecho y acaricié las delgadas protuberancias de sus músculos. Me retiré para mirarlo a la cara, sus ojos estudiándome como si la vida le fuere en ello.

—Admito que me encanta gustarte —susurré, poniendo mi dedo índice en sus labios—, y también admito que tengo ganas de pedirte un favor.

Él esbozó una sonrisa, y respondió—: ¿Tiene que ver contigo desnuda? Porque si es así...

—Tiene que ver contigo, mostrándome lo que hacías cuando fantaseabas conmigo —musité.

Javier, con una ceja enarcada, metió por completo su mano en mi entrepierna; no me eché para atrás. Estaba llena de valor, de deseos, de un futuro que él me prometía y que, bendito sea el día, había comenzado a disfrutar. Hurgó con las yemas de sus dedos por debajo de mi ropa interior, introduciendo uno para asegurarse de que mis palabras eran ciertas.

Entreabrí los labios, sonriente.

—Anda. —Deposité un beso casto en sus labios y, con ambas manos, le hice que se quitara la camiseta—. Muéstrame.

—¿Qué es lo que te está pasando por la mente? ¿Eh? —se rio él.

Hice una mueca de diversión. Me mordí el labio inferior y observé que sus mejillas estaban sonrojadas. Lo excitaba mi postura, la forma en la que le decía algo tan impropio de mí. Lo que no iba a decirle era que estaba dispuesta, en ese momento, a disfrutar de que teníamos la casa para nosotros solos.

Tampoco pude evitar imaginarme si vivir con él, a solas, me daría cada vez más confianza en mí misma.

—Ya te dije lo que quiero. ¿Me lo vas a dar? —le pregunté, en esta

ocasión acercándome a su oído. Él intentó ponerme sobre su regazo, pero se lo impedí. Volví a sonreír cuando lo vi entrecerrar los ojos—. Hazlo para mí. ¿Sí?

—No me obligues a cerrar los ojos. Ayúdame al menos —dijo en respuesta.

Puse las rodillas en los cojines del sofá. Erguida frente a él, me saqué el vestido por encima de la cabeza y me quedé en ropa interior.

—¿Más? —dije, enarcando una ceja.

—Sí, más.

Usé mis manos para desprenderme del sostén. Lo dejé junto al vestido. Cuando noté que él no había parado de admirar mi cuerpo semidesnudo, regresé a sentarme con las piernas flexionadas y un codo apoyado en el respaldo del sofá. Mis senos se pegaron a su brazo izquierdo, y lo acaricié hasta alcanzar su abdomen, en el ombligo.

Su pants tenía la cinturilla de un resorte que aseguraba que no se caería de su sitio, pero también era lo suficientemente suave como para permitir que irrumpiera con mis dedos para buscar lo que yo ya consideraba mío.

—¿No lo iba a hacer yo? —inquirió él.

—Quiero ayudarte un poco —respondí.

Pero también me encontré con la novedad de que ya no necesitaba ninguna ayuda. Acaricié el contorno suave y caliente de su miembro, pasando un dedo por el glande; la mano de Javier se colocó en mi rostro, atrayéndome para que pudiera besarlo. Entonces, con su mano libre, rodeó su erección a la par que sostenía mis dedos alrededor.

—¿Conoces las razones por las que un hombre se ve en la necesidad de cometer este pecado? —preguntó.

Sonreí. Ese era el Javier que me encantaba en la intimidad; no había pudor ni miedo de decir las cosas con palabras duras. Le gustaba ponerme en situaciones bochornosas porque de esa manera, me demostraba lo fácil que cambiaba de rumbo; de pronto, era bruto y cariñoso, luego hostil y, por último, incapaz de no buscar mi placer antes que el suyo.

Para nuestra fortuna, a mí me excitaba el saber que lo provocaba cada vez que yo quería.

—Sé que ya no tienes que recurrir a esto, porque estoy aquí —dije.

—En efecto —murmuró él, la voz más ronca ahora.

Dejó de mover su mano sobre la mía, y se reclinó para quitarse la ropa interior arrastrándola al mismo tiempo con el pantalón de chándal.

—Ven aquí. —Tiró de mis caderas y esta vez me puse sobre él a horcajadas, frotando mi pared encima del bulto que, por su semblante, se me antojaba doloroso.

Cuando me incliné sobre su pecho, dejando mis manos en sus hombros, busqué su boca con el mismo ímpetu que los días pasados.

—Estamos al aire libre —señalé, para indicarle la protección que aún no se ponía.

—Espera un momento. Solo... —Lo vi hacer una mueca de aflicción y, apretando las manos a mis glúteos, dijo—: Móntame así, por favor. —Abrió los ojos completamente. Su mano hizo a un lado la tela de mi braga que le impedía entrar en mí, y se colocó justo en mi pared. Separé los labios ante la sensación de su punta clavándose en el inicio de mi canal.

Las ondas de mi cabello rodearon su rostro cuando me soltó la coleta. Acarició la longitud de mi cintura y masajeó más de una vez mis senos. Luego, resintiendo la dureza de la que era víctima, volvió a sujetar mis nalgas para hacerme descender sobre sí. Sentí que me empalaba un poco, y me detuve antes de bajar por lo largo de él.

—Javi... —le advertí.

—Confías en mí, ¿cierto? —dijo, impulsando su cadera para penetrarme suavemente. Me alcé de modo que pude alejar su miembro de mi entrada—. Cielo mío, ¿que no sabes que los dulces se comen sin envoltura?

Intenté reprimirla, pero sonreí a mi pesar. Él, sin cambiar de postura, ayudó a que mi cuerpo descendiera sobre la longitud hinchada de su sexo.

—Eres un guarro —dije, escondiendo la cara en la curva de su hombro.

Javier me sujetó el mentón con una mano y, removiéndose para no salirse de mí, una vez que me dejé caer por completo y que lo sentí llenarme hasta el fondo, me espetó, la voz inundada de deseo—: Mírate. ¿Cómo puedo no decir y hacer obscenidades si estoy a punto de poseer a la mujer más hermosa del mundo? —Me moví un poco sobre él, y me agaché para besarlo. Como era de esperarse, respondió en el acto, ansioso, pero entre una caricia y otra murmuró —: Sé lo que deseas, princesa: así que móntame y haz lo que tú quieras de mí.

Apoderándose de mi cuerpo con sus manos, moviendo sus dedos por cada centímetro de mí, me di cuenta de que le iba a ser imposible contenerse. Pero sonreí en el interior, mientras lo dejaba adentrarse muy hondo.

Cuando acabara, quizás podría confesarle que había comenzado con la píldora hacía dos semanas.

Nico se llevó la copa a los labios mientras me miraba por encima del cristal. Javier tenía agendada una de sus citas importantes en el senado e iba a asistir en compañía de Mauricio y Mireya; por eso yo había decidido despejarme junto a Nicolás. La tarde entera de finales de mayo la habíamos pasado en el foro del periódico, donde Joaquín Guízar me explicó las cosas básicas que hacía un productor.

Aún estaba indecisa conforme a eso, pero no se lo dije al tío de Javier. Parecía muy complacido de que fuera a formar parte del *staff* en el canal que manejaban y que estaba experimentado una crisis debido a la censura de cierta noticia.

Le sonreí a Nico porque tenía mucha curiosidad por saber qué estaba pensando; él sacudió la cabeza, negando, y puso los antebrazos encima de la mesa. Alcé las cejas para hacerle saber que me tenía en ascuas su escrutinio. Un mesero trajo nuestros platillos y se retiró de inmediato; cuando comencé a picar la entrada, escuché que alguien recorría una silla y se sentaba a mi lado.

Habíamos quedado de vernos con Joel y Joaquín en este restaurante-bar, que servía, según ellos, la mejor arrachera de la ciudad; como poseían un paladar delicado y exigente les di el crédito de poder elegir.

—Ya deberían de estar aquí, ¿no? —se interesó Joel, una vez que Nico le dijo que Javier aún no llegaba.

Esa noche nos íbamos a quedar en mi departamento para no tener que volver a la villa con la oscuridad ya cernida sobre nosotros. En un principio, cuando Javier dijo que nos quedásemos en su casa, sentí que, si no me ponía firme, las cosas se me iban a salir de las manos y más pronto que tarde me vería envuelta en un compromiso sin salida bajo las garras de un hombre que no me daba tregua en lo absoluto.

Las mejillas me ardieron al recordar que no lo había visto desde la mañana, cuando me dejó en el foro junto a su tío. Lo extrañé apenas me dijo que estaría un poco ausente.

Los Guízar acabaron ordenando su cena y pronto hicieron caso omiso de la tardanza de Mau y Javier. Pero yo no pude apartar mis pensamientos de la

sensación amarga de que algo había podido ocurrir. Miré mi reloj de pulsera en más de una ocasión, y supuse que Joaquín, que estaba sentado a mi izquierda, se había percatado porque sonrió hacia mí después de beber de su tarro de cerveza.

—Puede que la conferencia se haya demorado —dijo—, a veces Javi aprovecha cuando está allí para afilar los colmillos.

Me reí ante la expresión utilizada para referirse a su sobrino y luego volví a mirarlo; Joaquín tenía la mirada clavada en mí, un gesto extraño en su rostro.

—¿Pasa algo? —me animé a preguntar a pesar de lo incómoda que me sentía.

Nicolás me observó también, pero Joel miró hacia otro lado.

No era la primera vez que notaba la atención que Joaquín me ponía, pero en realidad, también doña Carmen lo había hecho; el mirarme como si me conocieran, como si en mí estuvieran viendo cosas familiares.

—Te pareces muchísimo a una hermana de Carmen que falleció hace como diez años —dijo el hombre, mirando los reflejos dorados de su bebida—. Le decía a Joel que uno no se encuentra tan fácil con mujeres que tengan lunares alrededor de la boca ni mirada tan noble.

—De belleza clásica, como diría Carmen —atajó Joel.

Él parecía no quererse inmiscuir mucho en la plática; cuando Joaquín se levantó para ir al baño, noté que su gesto se había tornado sombrío. El dejo de amargura en su cara hubiera sido notorio a muchos metros de distancia. Confundida por su reacción, miré a Nicolás para ver si él podía explicarme.

Pero su padre fue quien se adelantó a decir—: Después de Mau, Carmen padeció de un problema interno y no pudo tener más hijos. Aunque no lo parezca, mi hermano es un sentimental. —La mirada de Joel era sugerente. Aun así, yo no podía seguirlo del todo—. Se quedaron con ganas de tener una hija, por supuesto. Y, dado el parecido casual que posees con Toña, su fallecida hermana, mi cuñada se preguntó si se habría parecido a ti.

—Es muy triste —dije.

En realidad, no tenía ni la menor idea de cómo responder. La familia Guízar me parecía inamovible. Cada pilar de su seno estaba cimentado en las columnas de la confianza, la comunicación y el soporte moral que se brindaban los unos a los otros. Allí mismo, sin embargo, comprendí que, como todas en el mundo, tenían sus fallos.

Aquel era un trago amargo no solo para Joaquín; lo supe por la manera

sutil y devocional en la que me miraban Nico y su padre.

Luego de agachar la mirada a mi plato, escuché que Nicolás decía—: No te sientas mal ni incómoda. Limítate a disfrutar de los apapachos de mi tía.

Era verdad; habíamos ido un par de veces a su casa en el centro, y siempre se había mostrado linda conmigo. Demasiado. Como si ya me conociera de antes. Y no lo comprendí hasta ahora.

Para desgracia de nosotros, o al menos de la mía, la plática sobre recuerdos bonitos en familia, se suspendió gracias a la presencia de Marisol; por mi parte, no acababa de procesar su última actitud para conmigo. Mucho menos ahora que tenía que verla cuando ella acudía al canal para que Tulio — el productor que me estaba mostrando todos los gajes del oficio— le informara sobre los *spots* que se tenían que hacer semanalmente.

Joel me lanzó una mirada para tantearme y se puso de pie, saludando, de forma ausente, a la muchacha. Nicolás también se incorporó y con el ceño fruncido, le preguntó con quién venía. Al lado de Marisol estaba una mujer madura, tal vez de unos cuarenta años; ella saludó a don Joel, a Nico y se limitó a sonreírme.

No supe si fue por cortesía o por mera vergüenza, pero como ella prolongó la charla, Joel acabó por invitarlas a sentarse a la misma mesa que nosotros.

—Le conté a Mari que me acordé mucho del cuadro que le regaló Javier por el aniversario, ¿te acuerdas? —inquirió la madre de ella.

—Un estuche de monerías —se limitó a decir Marisol.

—¿Y por qué dejar la galería? —preguntó, en ese momento, Joel, que continuó cenando sin prestar mucha atención a la charla.

Joaquín volvió del baño más fresco que nunca y regresó a sentarse junto a mí. Pero, a diferencia de Joel, que era un hombre de modales hasta las últimas consecuencias, el hermano mayor no fingió en ningún momento que le agradaba la compañía. Yo me había mantenido en silencio durante casi media hora, mientras la madre de Marisol contaba anécdotas de la universidad que Javier y su hija habían vivido juntos.

También habló acerca de los cuadros que había adquirido de la cultura mexicana en un viaje recién hecho a España. Y, aunque me interesaba el tema, era cierto que mis ganas por entablar conversación con ellas eran prácticamente nulas.

—Es lo que nosotros le aseguramos a Cassandra —espetó Nicolás, metiéndose de pronto a la charla. Él también había estado guardando silencio, salvo en ese instante cuando Marisol insistía en asegurar que Javier siempre

actuaba con seriedad; ella dijo «si no se porta serio desde el principio, es porque nunca lo hará»—. O sea, ¿de verdad es importante que esperen tanto para poder casarse?

Se hizo un silencio forzoso. Las miradas de las mujeres se clavaron en mí, impresionadas. Joaquín y Joel, cada uno por su lado, intentaban contener las sonrisas. Hice acopio de toda mi voluntad para no dejar salir la pena que me embargó al escuchar que Nicolás estaba al tanto de lo que su hermano me había dicho casi dos meses atrás.

No se me podía olvidar porque él no me dejaba; Javier no paraba de decirme que bastaba con que yo dijera «sí». Pero era demasiado pronto. Demasiado intenso. Javier era demasiado en todos los sentidos.

—¿Se van a casar? —inquirió Marisol, en tono firme.

La miré con determinación, sopesando las intenciones de Nicolás y siendo testigo de la oportunidad que tenía para plantarle cara; me decanté por dejar el tema zanjado y admitir, de una vez por todas, que Javier y yo teníamos una relación.

Es decir, dormíamos juntos, hacíamos todas las comidas juntos; nos íbamos a ir de la ciudad *juntos*. Si eso no era una relación muy seria, yo necesitaba buscar otra definición para aclararme.

—No he dicho que no quiero, solo que en este momento no me parece adecuado —terminé por decir, sonriente a mi pesar.

—Nadie puede culparla por decir que no es el momento —se quejó Joaquín, alcanzando mi hombro y dándome un leve apretón; la madre de Marisol bebió de su copa de vino y luego me miró, mientras Joaquín añadía —: Su carrera está en una etapa importante y planear una boda no es lo que se dice una cosa sencilla.

De nuevo un silencio, pero esta vez fue una voz ronca, alegre y sencilla la que turbó mis pensamientos e hizo huir la tensión.

—¿De qué me perdí? —susurró Javier muy cerca de mi oído, una vez que se sentó en medio de su padre y yo.

Era consciente de que lo había dicho nada más para que yo escuchase, pero no pude evitar lanzar una mirada fugaz en dirección de las mujeres al frente; ahora estaban menos parlanchinas y, gracias a la plática abundante de Mauricio, no volvieron a sacar a colación los *tan bonitos* recuerdos que Marisol poseía de su tiempo como novia y prometida de Javier.

Nico me sirvió otra copa de vino, y yo la acepté con más encanto que nunca. Sin embargo, sentía que me quemaba por dentro. Joel estaba hablando

acerca de las reformas del presidente del país y los demás no hacían otra cosa que seguirle la corriente; escuchándolo burlarse de las personas que apoyaban la derecha, fue que empecé a sentirme más a gusto.

Por Javier, mis conocimientos en política estaban aumentando; él me contaba todo cuanto hacía antes de escribir un artículo. Y también me relató lo que había hecho con la información obtenida gracias a la investigación de los Torales.

Últimamente no tocábamos ese tema muy seguido, pero era obvio que los dos nos tensábamos en cuanto el nombre de Vinnie se interponía en nuestras palabras.

Joel y Nico se ofrecieron para llevar a Marisol y su madre a su casa, que quedaba de paso hacia Polanco; en el interior, cuando los vi marcharse (Javier y yo nos quedamos con Joaquín y Mauricio, a la mesa y bebiendo un poco más), el alivio fue en demasía grande; estaba avergonzada de que la presencia de dos personas tan insignificantes en mi vida me amedrentara con tanta fuerza.

Al mismo tiempo, estaba enojada por permitir que me hiriera un recuerdo; por eso vagué en mi memoria hasta preguntarme si eso era lo que Javier sentía conmigo; me pregunté si le dolería el recordar, a veces, lo que había hecho en el pasado.

Se sintió como si me hubiera leído la mente; porque estiró la mano, me sujetó los dedos, muy fuerte y volvió a llevarse el tarro de cerveza a la boca. Allí descubrí que mi yo del pasado estaba completamente fuera de lugar para él. Me hacía muy fácil el quererlo; su actitud, sus ademanes y sus palabras, estaban en perfecta sincronía.

Me agradó pensar que yo era la culpable de ello.

—En lugar de tu padre, me hubiera asegurado de que no pisara un puesto más de diseño —comentó Joaquín, sin apenarse de mostrar la aversión que le causaba Marisol—. Tienen mucha paciencia con esa gente.

—No es cuestión de paciencia, Joaco —lo instó Javier, medio esbozando una sonrisa—. Si les demuestras que importan, se hacen una idea falsa de lo que sentimos por ellas. Y a mí, la verdad, me importa nada su presencia.

—También me parece una falta de respeto para Cassandra —Mauricio intervino, tras beber un gran sorbo de su copa.

Nicolás casi se atragantó con su vino y al final consiguió decir—: Es lo que yo digo. Pero, después de hoy, creo que se irá haciendo a la idea.

—Por Dios —se lamentó su hermano—. ¿Qué hiciste?

—En primera, ponerla en su lugar: me molesta que hable de ustedes como si no hubiera hecho nada —respondió Nico, indignado y apuntando a su hermano con el dedo índice—. En segunda: le dije que te le habías declarado a Cassandra y que ella te dijo que no.

—Imbécil —refunfuñó Javier.

Se bebió de tajo los restos de su cerveza y alzó la mano quizás para pedir otra; me hizo una seña preguntando si quería más, pero yo estaba hasta el tope.

Joaquín, Nico y Mauricio también eligieron repetir.

—¿Es verdad o no? —preguntó Nico, al borde de la risa.

—Sí, pero te lo conté como una confidencia —replicó Javi.

Había rubor en sus pómulos y su expresión era de fatiga. Tenía las cejas fruncidas al centro de la frente, mientras que una línea de cansancio surcaba la misma. Suspiré para saborear la dulzura de su apariencia cuando se lo veía avergonzado; me supo a la más tierna de las codicias, el saber que lo tenía para mí, y que yo estaba allí para él.

—No lo dije para joder, hermano —repuso Nicolás—, pero se quiere pavonear delante de Cassandra. Al menos yo no se lo pienso permitir.

—Si me dejas que te haga una observación —terció Joaquín—, no se le puede declarar a nadie en circunstancias que se prestan para creer que estás bromeando.

—Yo no bromeo con ese tipo de cosas —contestó Javier. Se estaban mirando cada uno, por su lado, con ganas de ganar un punto—. Si se lo pedí de manera tan inapropiada ha sido por las circunstancias. Ella sabe que hablo en serio.

Esbocé una sonrisa. Mauricio, desde lugar, sacudió la cabeza y echó la espalda en la silla.

—Si mi madre se entera de que le pediste boda sin anillo ni seriedad, te veta de su cocina, hombre —sonrió Mau, estirando más ampliamente sus labios.

Durante los siguientes minutos, los escuché hablar de cosas varias; primero siguieron el rumbo del matrimonio e incluso Joaquín me preguntó mi opinión. Le dije que no teníamos que casarnos para demostrar nada. Yo confiaba en Javier y eso era suficiente para mí, al menos por ahora; también comenté que, a pesar de que los dos éramos lo bastantes adultos como para tomar una decisión de ese calibre, no quería optar por ello como una salida a mis problemas.

Lo que omití decir fue que aún no sabía si lo mío con Javier llegaría al punto sin retorno en una relación; en cuanto a sentimientos, lo tenía clavado en el pecho y de eso nadie podía decirse ignorante, pero desde mi actual posición al altar, había un tramo muy largo. Javier lo sabía y, aunque no compartía mis pensamientos al respecto, había decidido respetarlos.

Por último, dejaron los temas sobre compromisos apresurados y empezaron a discutir sobre algo que yo ya conocía; la pobreza en el país y la falta de cumplimiento por parte del presidente.

Días atrás, Pamela me había preguntado si no sentía curiosidad por saber de mis padres. Pero por muy cruel que sonase, yo ya no los extrañaba tanto. Una vez les había visitado y, mi padre más que nada, me había hecho sentir como la más despreciable de las personas. Eso no se lo había contado a Javier ni a nadie.

No quería que supieran que ni siquiera mi familia se preocupaba por mí. Mucho menos ahora que los tenía a ellos.

*

Observé a Javi cuando salió de la ducha. Su abdomen me encantaba. Tenía la urgente necesidad, en cuanto se ponía en mi campo de visión, de abrazarlo y pasar los dedos por toda su piel. Las ondulaciones de sus músculos en el pecho, en el estómago, y los brazos, siempre me provocaban escalofríos.

Estaba preparando las sábanas de la cama para poder irnos a dormir. Mi departamento se sentía muy frío en comparación con la calidez familiar que ofrecía la casa de Sacramento. Pero el hombre que tenía al frente se había convertido en el pilar más fuerte de todo mi mundo; sí, tenía miedo de que no fuera permanente, de que aquello terminase por ser un sueño y que pronto tuviera, como había dicho Thalía, que volver a la realidad.

Él andaba solamente en un pants corto, que usaba para dormir en la temporada de calor. Luego se sentó frente a su laptop, abierta sobre la mesa de estudio que se encontraba en el rincón. Una vez que dejé las almohadas listas, caminé hasta él y lo abracé por detrás, rodeando, con mis brazos, su cuello.

—¿Por qué no dejas eso de una vez? —le susurré al oído.

Él cerró la laptop después de enviar un correo electrónico y, liberándome con delicadeza, se levantó.

Me estrechó contra sus brazos apenas encararme, y yo aproveché la caricia

para hacer lo que se me había antojado minutos atrás. Con mis dedos, tracé círculos en sus músculos oblicuos y dibujé los contornos de sus precipitaciones. Él se encargó de arrastrarme hasta la cama y se quedó de pie conmigo.

Cuando me miró a tiempo para encontrar mis ojos, una ráfaga de recuerdos me inundó el pecho; la cena no había sido del todo incómoda, pero aún tenía unas terribles ganas por hacerle varias preguntas.

—Verte interactuar con tu familia siempre me hace recordar la mía, ¿sabes? —le dije.

Javier se agachó para ayudarme a recostar en el colchón, las sábanas esperando para cobijarnos. Él aguardó mientras yo me acomodaba y, un par de minutos después de apagar la luz principal, se metió dentro, junto a mí. Me atrajo hasta poderme abrazar, y para sentirlo más cerca puse el oído en su pecho.

El sonido de su corazón latiendo funcionó como relajante; cerré los ojos sin darme cuenta de cuándo Javier apagó la luz de la mesita de noche. Al abrir de nuevo los párpados, me vi sumergida en la oscuridad.

—¿Te gustaría verlos de nuevo? —me preguntó.

Aquella era una pregunta a la que le tenía mucho miedo, pero sabía que era ese o ningún otro momento para responderle.

Aspiré profundo antes de hallar un poco de coraje.

—La verdad es que hace más de un año, cuando te conocí, fui a visitarlos; quería saber de ellos antes de marcharme —relaté, en voz baja.

—No me habías dicho —respingó él.

Sus palabras eran ahogadas; no había la típica rudeza impresa en ellas e incluso el sonido de su respiración comenzó a ralentizarse.

—Resulta que no importa tanto —sonreí en la penumbra. Javi me estrechó con más fuerza y sentí cómo depositaba un beso en mi cabeza—. Mi papá dijo que estaba muerta para él, así que no tengo intenciones de ser masoquista y volver a donde no me quieren.

—Lo siento, mi amor —susurró él. Yo me acurruqué más pegada de su cuerpo y sonreí contra su piel—. Sé que suena horrible, pero no vale la pena que te sientas culpable. Tal vez en un tiempo, cuando se lo piense mejor, podemos visitarlos. Quién sabe. A lo mejor lo que quieren es ver que te casaste con alguien de manera tradicional.

—Mi padre no es conservador, Javi —le dije, recordando muchas de las escenas que tenía grabadas en la mente—. Es machista. ¿Por qué crees que se

me da la cocina tan bien? —Fingí una risa, y él suspiró. No quise que se enfadara por saber lo que había vivido, así que traté de aligerar el peso de mis palabras—. Ya no importa, como te digo. Mucho menos ahora. —De pronto, fui más consciente de algo que había dicho él antes, y me removí para poderle espetar—: ¿Soy yo o estás dando por hecho que tarde o temprano me voy a casar contigo?

Un sonido gutural surgió desde su pecho, a través de su boca; se había reído aún en medio del sueño que estaba por vencerlo.

Y todavía dormitando, me dijo—: Estoy convencido de que puedo esperar el tiempo que sea necesario para que me des el sí. Por eso lo doy por sentado. —Volvió a suspirar y sentí que se removía para acomodarse mejor—. De cualquier manera, todo el mundo sabe que eres mi mujer. Por lo pronto, eso es suficiente.

Cuando él se quedó dormido, yo me encargué de sopesar sus palabras.

Traté de dormir varias veces y me repantigué en la cama buscando una mejor posición. Fue inútil. Me levanté para ir al baño y, al regresar, me sorprendió que Javi no hubiese apagado su móvil; lo había dejado sobre el buró; la luz estaba parpadeando de color azul claro. Me acerqué para ver la pantalla principal, por si era algo importante.

Entonces deseé no haberlo hecho.

Deseé que no fuera nada de lo que me estaba imaginando.

Con dedos temblorosos, al notar el nombre del *WhatsApp* recién recibido, lo abrí sin pensármelo dos veces. Javier no ponía bajo contraseñas ninguno de sus electrónicos; aun así, el corazón me palpitó de decepción cuando abrí el mensaje y me encontré con una larga conversación entre él y Thalía.

Lo que acabó por fulminar mis ilusiones, no obstante, fue el video que acababa de mandarle.

No duraba mucho, pero aún veinte segundos de recuerdos grabados pueden destruir toda una vida de anhelos.

Los dedos me temblaban cuando me dejé caer en el retrete, la tapa abajo. Mientras me anudaba una trenza, con el cabello demasiado largo, permití que mi mente atara un par de cabos. No podía ser que, a pesar de mis intentos por ignorar mi propio caos, mis torturadores no perdieran tiempo.

El mensaje que había recibido Javier y las fotos —a saber, si había más cosas—, eran la prueba de que no pensaban dejarme en paz; aquel video solo lo había visto una persona. El mismo que lo había tomado y, aunque no se veía mi rostro, estaba completamente convencida de que Javier habría podido reconocer mi figura donde fuera.

Clavé la mirada en la pared blanquecina del frente. Había dejado el teléfono en su sitio, pero también traté de no hacer ruido mientras me escurría al cuarto de baño para poder llorar a gusto.

Si Javier se despertaba, tendría que enfrentarlo. No sabía cómo hacerlo. No sabía cómo preguntarle los motivos por los cuales me había ocultado que mantenía charlas grotescas con Thalía (charlas donde ella le recordaba una cita u otra que tenían pendiente). Me sentía como una tonta y me hundí en mi propio veneno.

Estaba a punto de comenzar a culpar a Javi por algo que simplemente me correspondía a mí.

Si no lo dejaban tranquilo y habían estado atormentándolo con fragmentos de mi pasado, era solo porque sabían que estaba conmigo. Conmigo. Y yo era un boleto seguro para Vinnie, si lo que deseaba era dinero o Dios sabía qué cosa.

Gemí ante el recuerdo de su imagen y las palabras que Thalía me había espetado afuera del ascensor en el periódico. La garganta se me apretujó de sentimientos de impotencia, dolor y miedo.

A nada de dejar que las lágrimas abandonaran mis ojos, escuché que Javier tocaba la puerta del baño dos veces y que susurraba mi nombre. Supe que lo hacía de ese modo para comprobar si me encontraba aquí, por mis necesidades, o...

—Ahora salgo —musité, poniéndome de pie lo más pronto que pude

hacerlo.

Fui hasta el lavabo y abrí el grifo. Cuando acabé de lavarme las manos, me aseguré de que no se me veían los estragos de la contención en el rostro. Respiré profundo y me aproximé a la puerta.

Al abrir, me encontré con la imagen de Javier, fuera de la cama, con el teléfono en la mano derecha. Él no levantó la vista a mirarme, pero vi que deslizaba algo en su móvil, ayudado por su pulgar derecho.

Tras observarme por fin, el ceño arrugado, comprendí —recordé— que por mi andar atropellado y por mis ganas de encerrarme a llorar lejos de la presencia de Javi, había olvidado salir de la aplicación de mensajes, cuyo acceso directo, coloreado de verde, se dibujó en mi memoria.

Me acerqué a la cama, abrazándome de mí misma. Él puso su atención en mí, dejó el teléfono sobre la mesita de noche y, después de apretarse el puente de la nariz, negó con la cabeza.

Había encendido la luz, de manera que vi perfectamente cómo los músculos alrededor de su boca se contraían.

—Estaba sonando —dije—. Y pensé que sería algo importante...

—Eso no me interesa —exclamó Javier, caminando hasta mí—. ¿Ibas a decirme que viste eso? —preguntó, las facciones llenas de consternación.

Me encogí de hombros y él se echó para atrás, incrédulo.

Apreté los ojos para buscar un poco de compostura, pero no había nada en mi interior que pudiera ayudar a mis extremidades con sus temblores; comencé a sentir náuseas y la vista se me nubló por el agua.

Javier tragó saliva y, entonces, abrió la boca como para decir algo.

—¿Hasta cuándo pensabas decírmelo tú? —inquirí yo, no obstante.

—Una vez que estuviéramos en Guadalajara —murmuró, la voz enronquecida.

Atribuí la sequedad en sus palabras el hecho de que había estado profundamente dormido, pero algo en su mirada me hizo entender que estaba muy molesto conmigo.

Y no había una razón contundente para que quisiera escudarse en ello...

—Merezco saber cuándo te hacen este tipo de cosas, Javier —dije.

—Si no temblaras de miedo siempre que se menciona al desgraciado ese, créeme, te lo diría sin pensármelo. Pero, ahora mismo, lo único que quiero es que estés tranquila.

—¿Y tú? —pregunté, atónita.

Él dio un paso hacia mí, pero yo interpuse mi palma y evité que acabara

por llegar. Lo vi apretar la quijada. Mientras tanto, busqué un punto en el suelo para poder concentrarme y quizás analizar mejor lo que tenía al frente.

No me gustó ver que Thalía y él interactuaban, pero me gustó todavía menos el saber cuánto tenía que estar soportando. Por mí.

—¿Es que aún no te ha quedado claro? —preguntó él. Cruzó los brazos sobre el pecho, airado, pero conteniéndose—. Cassandra: me importa un bledo lo que me digan sobre ti. Y ya no quiero repetirlo. Por favor.

—¿Qué más te han dicho? —insistí.

—Déjalo ya —pidió Javi.

Una de las cosas que no me agradaba que usara conmigo, era ese tono a demanda que utilizaba con la gente a su alrededor. Como todo Guízar. Yo quería sentir que era especial para él, obviamente, y eso no ayudaba.

Que me hiciera parecer una persona incapaz de procesar aquella información, fue desgastante.

—¿Así será, entonces?

Él sonrió, y arqueó una ceja.

Su semblante se volvió inescrutable. Cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y luego, soltando los brazos, se pasó los dedos de la mano derecha por el cabello.

—Si así cuido de ti, pues, sí —dijo.

Se dio la vuelta sin decir nada más.

A continuación, decidí no empujar esa palanca en él. Lo noté al borde del enojo, casi por perder la paciencia. Me puse en su sitio y me vi a mí misma, asustada, y temblando en el baño minutos antes: Javier tenía razón.

Muchas otras veces había arruinado un par de momentos por el recuerdo de Vinnie Torales. Tiré una taza con café cuando Mireya lo nombró para un artículo, me quedé callada durante una comida con Joel y Joaquín, e ignoré varias preguntas de Carmen, la tía de Javier.

Probablemente muchos se daban cuenta de aquello, pero si nadie decía nada, era porque se preocupaban por mí.

Di varias zancadas hasta ponerme frente a Javier, que se había sentado en la cama y leía correos electrónicos en su teléfono. Tecleó algo muy rápido en él, y cuando lo regresó al buró, elevó la mirada hasta posarla en la mía.

—Lo lamento —mascullé. Él se incorporó—. No te lo mereces. Nada de esto.

De un movimiento sutil, que pretendía ser cuidadoso pero que en realidad era abrupto y caluroso, él me rodeó con sus brazos. Puse la cara en contra de

su pecho y escuché, con bastante placer, el sonido rítmico de su corazón y de sus inhalaciones.

Sentí que me apretaba contra él, y cerré los ojos para absorber la certeza que me encerraba allí: que no me estaba mintiendo por alevosía, y que ni él ni yo éramos realmente culpables por nada de esa tormenta de intrigas.

En todo ese problema, solo había un responsable. Ahora más que nunca estaba decidida a decirle que sí a Javier. Sí a todo.

*

Después de mantener lo que pudo ser una discusión sobre opiniones acerca de tonalidades en un foro, le sonreí a Mauricio y me disculpé con su padre y su tío para ir al baño. Javier y Nico estaban en una especie de conferencia aquella tarde, así que su padre y yo nos habíamos ido directo al foro.

Estaba segurísimo de que me iba a ir de maravilla en Guadalajara. Sí. Le habíamos contado que pensábamos mudarnos allá. Al principio, tras fruncir el ceño, se mostró un poco en desacuerdo, pero luego me di cuenta de que había cambiado de opinión y descubrí que quizás Javier ya le había contado los detalles de tan repentina marcha.

En el espejo del baño de mujeres, me vislumbré para acicalarme y me lavé las manos en cuanto hube acabado. Hacía un calor tremendo en la ciudad, aunque no se comparaba con el de Monterrey, mucho menos en el cenit del día.

A media tarde había prometido acompañar a Pamela al centro de Santa Fe, para que ella diera con un trabajo decente (en sus palabras). Dijo que a lo mejor no le iba a generar los mismos ingresos, pero sí podría pasar más tiempo con sus hijos (los traería a la capital en cuanto tuviera más espacio).

Salí del baño aun ajustándome la correa del reloj, y cuando levanté la vista, los ojos castaños de Thalía se posaron en mí. Me detuve de tajo, frente a ella. Mantuve el miedo a raya, las ganas inmensas de gritarle que se detuviera.

Pero, en el fondo, sabía que la chica solo estaba siguiendo órdenes.

Me acerqué, a la defensiva. Luego de entornar la mirada, buscando un atisbo de diversión en ella, fui consciente del pequeño hematoma bajo su barbilla; había intentado cubrirlo con maquillaje, pero el resultado era incluso más teatral.

Tenía la apariencia de una muñeca cuando se rompe: uno sabe que un día fue muy bonita, casi pura, pero...

—Te ahorras las preguntas —dijo, estirando la mano y dándome un móvil. Temerosa por lo que quisiera que fuera de mi conocimiento, recibí el aparato y percibí, al mismo tiempo, el ligero temblor de mis falanges—. Invítame a comer —murmuró la muchacha, echando un vistazo alrededor.

Alcé la vista hasta ella. Sus cejas delineadas perfectamente, su rostro de facciones elegantes, jóvenes y límpidas, además de todo el glamour que emanaba sin esforzarse, no le servían para acallar el ruido de dolor que surgía a través de su mirada.

Era como una daga capaz de clavarse en tu pecho.

—Estás loca —susurré.

Volví a ver la pantalla del celular y me atraganté con el rencor en cuanto vi que era otro fragmento del video que Vinnie tenía sobre mí.

La miré, cautelosa. Eché una mirada alrededor, e intenté alcanzar la terraza con los ojos; pero no pude ver la mesa en la que me esperaban los Guízar.

Me pregunté si se darían cuenta de mi tardanza.

—Invítame, o les enseño el video —dijo ella.

Agaché la mirada, perdida en mis pensamientos. Ella me pidió el celular de regreso y, luego de dudarlo por unos segundos, se lo devolví.

No tenía caso que me lo quedase: quizás no era la única copia.

—Mi rostro no se distingue —repuse.

—Bueno, al menos sabrán cuál era tu antiguo oficio antes de venir a jugar a la licenciada —sonrió.

—¿Por qué haces esto, Thalía? ¿Por qué te prestas? —pregunté, después de cerrar los ojos y abrirlos.

Una sonrisa altanera se formó en sus labios. Apreté la mandíbula y contuve el aliento.

Ella sacudió la cabeza.

—Tendrías que saber que no tengo opción —dijo.

Me ofreció una imagen completa de su perfil; era bonito, pero no dejaba de estar magullado por un golpe que comenzaba a sanar. Sin embargo, a pesar de lo que me causó saber que estaba sufriendo ese tipo de abuso, me dije que era ilógico que Vinnie abusara de ella de esa forma.

Valeria jamás permitiría que le pusieran la mano encima a una de las chicas que le generaban más ingresos. Las cuidaba como si fueran la gallina de los huevos de oro. Incluso les otorgaba una potestad que, a chicas como

Pamela, por ejemplo, nunca se había atrevido.

En ese mundo también había niveles, y Thalía estaba en lo más alto.

—La tienes —dije, en un susurro.

Thalía se aproximó más. Su olor a lavanda se introdujo en mis fosas nasales. Era más baja que yo, pero su porte, quizás por su juventud, resaltaba como un espectacular.

Mientras me miraba a los ojos, interpreté el gesto triste de su rostro.

—Vinnie está haciendo esto por su cuenta —dijo ella—. Le molestó mucho que Valeria le ordenara dejarte en paz. Y, bueno, ahora...

—¿Valeria no sabe que está haciendo todo esto? —pregunté. Thalía asintió rápidamente, bajando la mirada—. ¿Por qué me lo dices?

Suspiró.

Busqué su mirada y entrecerré los ojos, para que viera mi impaciencia.

—Porque esto no es por mí, sino por ti —dijo—. Invítame a comer. Brutus está mirando —Empecé a mirar en las mesas, buscando al lacayo de Vinnie, pero sentí el tirón de la mano de Thalía—. No seas estúpida. Vamos.

No miré atrás. Aún no cavilaba como era correcto, y dejé que ella mi guiara hacia la terraza de La Única. Al llegar a nuestra mesa, Thalía se presentó sola. Las mejillas de Joel y Joaquín, casi como si estuvieran conectados, se pusieron de un tono rojizo intenso. Me miraron en cuanto se pusieron de pie como acto de educación para que se sentara la mujer a mi lado.

Lo hizo en la silla que estaba al pie de Mauricio, que sacó su teléfono. Sabiendo sus intenciones, clavé los ojos en él y le envié una mirada suplicante. Sus párpados se entonaron, pero acabó guardando el móvil tras mirar a su padre, que asintió.

Me sentí tranquila cuando oí que la plática se desviaba bruscamente hacia Thalía, cuyo semblante era encantador, por supuesto.

Joel, que reparó en mí tan solo un segundo, enarcó una ceja.

No los había engañado.

Ellos sabían quién era.

Una parte de mí estaba avergonzada de que la familia de Javier supiera de esas cosas. Cosas que me inculpaban de muchos delitos morales. La otra parte de mi ser, la que estaba segura de sus sentimientos por uno de los Guízar, no se arredró ante la situación.

Me dije que, si me encogía, Javier seguiría sintiéndose responsable cada vez que no pudiera cuidar de mí.

Levanté la mirada y la puse sobre la muchacha al frente, que le explicaba a Joaquín la índole de nuestra relación.

—Cassandra nos había dicho que no tenía amigas —aseguró Joaquín, que parecía ser el más afectado de los tres.

Tragué saliva tan duro que percibí el movimiento de mis músculos del cuello.

—Ah, es que, es poco común que hable de la verdad con extraños —se excusó ella, y me miró—. ¿Verdad, Cass?

—No somos amigas —sentencié.

—Trabajábamos juntas —sonrió ella. Un mesero le trajo una bebida—. De hecho, Cassandra me ha enseñado mucho.

Estaba mintiendo. Apenas y habíamos mantenido una relación de cortesía. Había estado conmigo los últimos días antes de mi partida porque aquella había sido la manera de Valeria para sondearme.

Nada más.

Joaquín esbozó una sonrisa. Estaba sentado frente a su hijo, a un lado de Joel.

—¿Les cuentas tú o prefieres que lo haga yo? —inquirió la muchacha.

Su anterior amabilidad se había desvanecido. Busqué, inconscientemente, de nuevo a Brutus. No lo veía por ningún lado, así que volví la vista a Thalía. Me observaba con poca paciencia, la mirada escudriñándome y sus labios fruncidos.

Inhalé hondo.

—Señorita —recalcó Joaquín, dejando, sin delicadeza, la servilleta junto a su plato. Sonrió. Pero daba mucho miedo en ese instante—. Voy a ser claro: le doy diez minutos para que se vaya de aquí, o le pediré al capitán que llame a alguna autoridad que estará encantada de complacerme. Ya sabe, cuestión de escala social.

Muy adentro de mí, me hubiera gustado preguntar si se comportaba así con aquellas personas que venían de abajo, con los que estaban en una posición diferente de la suya. Pero lo que vi en la mirada de Joaquín Guízar cuando lo miré, fue indignación pura.

Thalía clavó los ojos en mí, de nuevo, y dijo—: Cassandra tiene cuentas pendientes.

—Pues dile a tu jefe que me pase la factura. Ahora —Joaquín hizo un ademán en dirección del marco en la terraza—, sigo teniendo hambre a pesar de la circunstancia tan desagradable.

Para ese momento, el corazón me martilleaba en el pecho. El pulso lo escuchaba en mis oídos y la sensación de ahogo no se hizo esperar. Cuando Thalía se irguió, poco a poco, la sutileza de sus facciones dio paso a una careta de estupefacción.

Vi que sacaba su móvil de la pequeña bolsita de mano que traía consigo, una vez que comenzó a caminar hacia el interior del restaurante.

Hubo un silencio antes de que Mauricio se aclarara la garganta y dijera—: ¿Le llamo a Javier?

—No tiene caso —respondió Joel. Lo miré para comprobar enojo y decepción hacia mí, en él, pero todo lo que vi fue una máscara de incertidumbre—. ¿Estás bien? —me preguntó.

Logré asentir, pero me fallaron la lengua y las cuerdas vocales.

Mauricio me estiró su bebida. Probablemente era algo más fuerte que mi limonada. Di un trago pequeño y sentí el escozor del whisky.

Es medio día, y su bebida quema más que nada que yo haya ingerido antes.

—¿Qué pretendía? ¿Intimidarte? —inquirió Joaquín.

—Papá —Mauricio dijo, para silenciar a su padre.

Vi que el aludido negaba airadamente con la cabeza.

—Aquí hay gato encerrado —replicó—. Zanjamos *todo* con los Torales. ¿Qué demonios quieren ahora? —Volvió a observarme. La indulgencia iluminó su gesto. Aun así, yo sabía que me estaba tanteando. No para presionarme. Sino para hacerme saber que todo estaba controlado—. ¿Qué te dijo? ¿Te amenazaron?

—Joaco, no la presiones —dijo Joel—. Mejor lo discutimos en un sitio más privado.

—¿Qué está haciendo Javier para ponerles un alto, si la están persiguiendo de este modo? —farfulló Joaquín una vez más.

Puse la mirada en el adorno de la mesa, con su elegancia y su sencillez. Percibí el tono amargo de Joaquín cuando pronunció el nombre de su sobrino, y eso me provocó escalofríos.

Intenté calmar mis nervios y susurré—: Estoy bien, Joaquín. No me han amenazado.

—No te creo —respondió él, en el acto.

—Javier hace lo que se puede —dijo Mauricio—. Sabes que sí, viejo.

Una sonrisa amarga surcó los labios de su padre, que se levantó al mismo tiempo que Joel. Yo titubeé antes de hacerlo también y sujeté mi bolsa,

sintiéndome apretujada en mi propia piel.

No era incomodidad o tristeza lo que me había embargado, sino un sentimiento de vacío.

—Sigue sin parecer suficiente —murmuró Joaquín, demostrando su insatisfacción al respecto. Me miró por encima del hombro y me hizo una seña para que avanzara primero que él, a la par que Mauri.

Mientras bajábamos las escaleras, recordé lo que me habían contado sobre la familia de Joaquín, sobre doña Carmen y su imposibilidad para engendrar más hijos.

Esa emoción en mi pecho, que se esponjó como si hubiera tenido levadura, atravesó mis recuerdos y los redujo a nada; no pude evitar imaginarme si así se sentiría tener un padre que se preocupara por tu integridad y felicidad, mucho antes de relegarte a ser un mueble más.

Tragué saliva sin levantar la mirada. A mi lado, escuché que Nicolás refutaba los comentarios de Marisol, que había estado poniendo sobre la mesa otro par de recuerdos sobre su relación con Javier. Esta vez había utilizado como medio —pretexto— un comentario sacado a colación por Carime, la chica de contabilidad.

La susodicha abrió los ojos en mi dirección; era obvio que me estaba instando a que dijera algo. Y, no pude evitarlo, sonreí. No porque me sintiera divertida por las expresiones tan fuera de lugar de la ex de Javi, sino porque mi humor se encontraba en declive y había estado tratando de eludir cualquier puntapié por parte del destino; estaba más que claro que la mujer no iba a dejarme tranquila.

Hasta que le pusiera un alto, que era lo que Carime, Mireya, y otros tantos esperaban de mí. Sin embargo, yo no quería decir nada porque, en el fondo, compartía la opinión de Javier al respecto de Marisol: el despecho es lo mismo que dar patadas en un lago profundo, para no ahogarse.

—Déjame ver si entendí —acabé diciendo—. Tú y Javier estuvieron encerrados allí todo ese tiempo, hasta que aceptaste salir con él; pero, tres años después de decirle que sí, tú cambiaste de opinión. —Marisol, con una sonrisa perpleja, escudriñó mi semblante. Escuché que Nico carraspeaba y que Mireya se reía por lo bajo—. Tres años después e incluso te costó mucho acabar el compromiso. —Hice una mueca, fingiendo sorpresa, y me llevé la cucharita de yogur a la boca. Marisol casi se atragantó con un bocado de su fruta; asintió en silencio—. Lo peor de todo es que tienes bien claro que aquí todo mundo sabe lo que hiciste, y te da lo mismo.

Sin pensárselo, ella se levantó. No la seguí, por supuesto. Yo no quería seguirle la corriente porque eso significaba acaparar una atención que no había pedido; otras personas se encontraban en el comedor, incluidos los ejecutivos que estaban bajo el mando de Joaquín en el foro.

Miré a Marisol desde mi postura, esbozando una sonrisa de lado, sin dejar de comer por ningún motivo.

—No creo que Javier te haya contado toda la historia —dijo ella.

—Porque no me interesa saberla —susurré.

Seguía sin querer alzar la voz, pero no era esa la intención de Marisol y, claro, levantó el mentón con orgullo. Fue una tristeza darme por enterada de que, aunque yo no la había juzgado a ella, su caso era diferente para conmigo. Se sentía muy superior a mí en aspectos que yo no podía entender —tampoco quería—. No obstante, gracias a esa resolución, los celos que pude haber albergado al oír sus relatos románticos con Javier, se convirtieron en pena genuina.

Respiré hondo, clavando la mirada en Mireya, que se encogió de hombros una vez que Marisol se dio la vuelta.

—Dudo mucho que le queden ganas de volver a mencionar nada —se rio Carime, antes de despedirse de nosotros.

Del otro lado del comedor, Javier se acababa de sentar junto a su papá y su tío. Vi que sacaba su teléfono móvil y que escribía en él. También noté que el semblante le había cambiado y que permanecía absorto, mirando la pantalla.

No tardé mucho en hacer suposiciones dolorosas.

Dos semanas las había pasado preguntándome cuántas fotos más le había enviado Thalía, de la que no tenía ninguna novedad. Ni siquiera se había aparecido por el periódico, así que, en gran parte, estaba más tranquila. Pero algo en mí me decía que el silencio tampoco podía ser buena señal. Y, desgraciadamente, muchas cosas Javier se las quedaba para sí, ya fuera para intentar protegerme o porque no me creía capaz de lidiar con ello.

Al principio, me refugié en la idea de que tenía razón; pero, cuando se lo conté a Pamela, me hizo ver una cosa muy real: no sabía lidiar con nada de aquello porque él no me lo permitía. Yo sí era vulnerable, pero ahora lo era todavía más.

Mi cuerpo se estaba acostumbrando con facilidad a su cercanía; sus miradas sobre mí, la calidez de su abrazo, su aliento en mis labios; la solidaridad de su familia que me habían otorgado con tanta parsimonia. Todo era dulce, como un bálsamo para mi alma. Por eso se sentía tan utópico, y en el fondo, seguía creyendo que era demasiado para ser real.

—¿Cuándo se van, entonces? —preguntó Mireya, en voz baja.

Nico se acababa de retirar porque tenía que preparar la entrevista de un funcionario de la cámara de diputados. Yo tenía una agenda apretada por delante, gracias a que Joaquín se había empeñado en mostrarme personalmente las áreas de las que estaba conformada su empresa.

Antes de responderle a la muchacha a mi lado, lancé otra mirada furtiva en dirección de Javier; ahora se encontraba charlando con avidez al lado de su padre, que se rio en ese momento y le palmeó la espalda a su hijo. El reloj en la pared del fondo apuntaba a que era medio día. Pronto se terminaría el lapso de desayuno. Los deberes aguardaban y mis ganas porque la jornada terminase todavía más.

—Se supone que en agosto —dije, presa del desconcierto—, pero Javi no me ha dicho nada en concreto.

—Deberías preguntarle —masculló Mireya—. No es como si se fueran a cambiar de colonia. Estamos hablando del monstruo Jalisco, belleza.

—Se lo he pedido un millón de veces —refunfuñé—. A saber, cómo le hago entender que no puede hacer todo por mí, a escondidas, como si no me tuviera la suficiente confianza.

—Estoy segura de que no es eso —replicó Mireya. Emití un gruñido—. Se preocupa por ti.

Sacudí la cabeza, de acuerdo con ese punto.

—Sí, pero a veces no me gusta el cómo lo demuestra —dije.

—Cass —repuso ella—, te lo digo porque te tengo mucho cariño, y porque Javier, además de mi jefe, es como mi hermano; recuerda que prácticamente crecimos juntos...

—Ve al grano —la reprendí, interrumpiéndola.

Ella se acomodó las mangas a las muñecas y sonrió, pero el gesto no llegó a conectar con su mirada. La vi tragar saliva en un acto que yo hacía para sujetarme de una idea que no era conciliadora.

Apreté la quijada, tensa ante la expectativa de lo que Mireya pudiera saber.

—Los Guízar agotarían sus recursos con tal de que Javier sea feliz —dijo, por fin, en un halo de misterio—. Tienes que contemplar el hecho de que, como todos aquí, Javier tiene un sueldo; puede que sea el hijo de Joel, el sobrino de Joaquín, y que gane muchísimo más que el empleado promedio gracias a ello, si tú quieres, pero tampoco puede disponer de una gran cantidad como la que se necesita para...

—No hay problema por eso —la acallé otra vez—. Si confiara en mí y no fuera tan orgulloso, llegaríamos a un acuerdo...

—¡No! *Dios mío*... —se alarmó Mireya, y se cubrió la boca con ambas manos para silenciar su propia excitación.

Con los ojos entrecerrados, esperé a que explicara por qué aquel repentino

lapsus de preocupación.

Decidí sacar conclusiones...

—Es mi vida de la que estamos hablando —resolví, clavando la mirada en la espalda de Javier, que otra vez estaba hablando por teléfono—. No quiero que lo olvide. Yo puedo con mis gastos. No lo estoy haciendo embajador de ellos.

—No se trata de eso. Sin embargo, creo que lo herirías profundamente si quisieras usar... *ese* dinero para poder irte con él —acabó diciendo Mireya.

Entonces la entendí. Puse la mirada en el vaso de yogur que ya me había terminado. Quedaba un poco de granola esparcida en las orillas. Mientras las juntaba con la cucharita, fingiendo estar concentrada en la tarea, oí que Mireya trataba de corregir lo que me había dicho; pero le agradecí internamente: porque, hasta ese momento, jamás me había detenido a pensar si acaso mi dinero era un problema para Javier.

En esta ocasión, no me iba a quedar esperando a que tuviera ánimos de hacerme consciente del hecho.

—Es dinero —dije, desdeñosa.

—Herirás el orgullo de Javi —repitió Mireya—. Yo no quiero que parezca que te estoy echando algo en cara, pero no deberías exigirle que acepte eso. Sería injusto.

—Tanto como tomar decisiones por mí —murmuré.

La tristeza se apoderó de mis palabras.

Mireya suspiró.

Mientras tanto, yo me di cuenta de que, aunque oculto, el prejuicio seguía allí, escurriéndose entre nosotros, listo para dar frutos a la menor oportunidad. A pesar de ello, a pesar de saber que no podía ignorar esto, dejé que Mireya cambiara de conversación solo porque no iba a culparla por saber sobre mis secretos.

Era una grandiosa confidente. Sabía todo sobre Javier y ahora lo sabía todo sobre mí. Yo era consciente de que siempre trataba de ser neutral, pero en este aspecto, su inclinación fue bastante clara.

—¿Te vas conmigo? —preguntó Javier, cuando nos encontramos en la salida.

—Si no te molesta, me voy con Joaquín y Mireya —le dije, en tono ausente.

Él frunció el ceño. Por supuesto que iba a notarme. Para desgracia mía, Javier me leía como si tuviera un manual de interpretaciones acerca de mí. Se

inclinó para darme un beso en la mejilla, pero no hice nada por devolvérselo.

Me limité a sonreírle, y antes de seguir a Joaco hacia el estacionamiento, vi que Javier sacudía la cabeza en negativa y se alborotaba el pelo, como hacía cada vez que se desesperaba.

*

El sonido de los cubiertos mientras cenábamos era toda la música que acompañaba el momento. La charla de Pamela —su insistencia porque dejáramos de hablar en monosílabos— había cesado minutos atrás. Al final, Pera se había levantado antes y había comenzado a recoger las cosas regadas que estuvieran fuera de lugar en la estancia.

Yo no había levantado la mirada hacia Javier. Pero sí podía sentir la suya sobre mí.

—Así que... —nos sopesó Pam, metiéndose un bocado con el tenedor—. ¿Por qué tan parlanchines hoy? ¿Sucedió algo?

—Estrés —sonrió Javier. Su tono era ronco, pero sincero.

Yo no dije nada.

—¿Qué cosa podemos esperar de nuestra amiga Thalía? —insistió Pam.

Levanté la vista entonces. Ella me conocía bien. Observé que Javier tomaba agua de su vaso y negaba un par de veces con la cabeza. Arqueé mis dos cejas, y sonreí, irónica.

De esa manera Pamela acabó por encender la mecha de mi dinamita.

—¿Cuántas fotos más crees que tenga? —sonreí.

—Muchas no, eso seguro —Pamela continuó—. Vinnie no es tan organizado como para explotar eso. Pero sé que de ti sí puede tener todo un repertorio. Estaba obsesionado contigo.

Un suspiro proveniente de Javier me obligó a mirarlo. No me devolvió el gesto ni siquiera cuando dije—: No puedo imaginarme qué quiere ahora.

—¿Tú qué opinas, príncipe? —inquirió mi compañera.

Él permaneció en un silencio casi absoluto. Luego de un par de minutos, clavó la mirada oscurecida en ella.

Dejó su tenedor, se limpió la boca con la servilleta y dijo, terminante—: No me importa lo que quiera.

—¿Aunque sea dinero? —se rio Pamela.

—Aunque sea dinero —dijo Javier.

No había vacilación en su tono.

—Pero, ¿tu familia está dispuesta a...? —prosiguió Pam.

Cuando llegamos por la tarde, le conté mi charla acerca del dinero; ella también estaba de acuerdo con que era una locura que le sugiriera a Javier utilizar el que yo tenía en la cuenta bancaria, pero en lo que se mostró en desacuerdo, fue en que me ocultara la manera en la que estaba procediendo.

No le parecía, como a mí, que hiciera partícipe a toda su familia y a mí me dejara en la espera, pendiente de sus decisiones.

—Entiendo —repuso Javier; se volvió hacia mí, una ceja enarcada—. Es esto, ¿no? —me dijo—. ¿Tanto te cuesta decirme las cosas en mi cara que tienes que buscar un emisario? Porque estuviste evitándome toda la tarde y ahora... ¿Qué demonios estás pensando?

La frustración era evidente en su rostro. No dijo nada más, pero se levantó sin mirarme y se marchó por el pasillo, hacia su habitación. Traté de no mostrarme alterada por el sentimiento de zozobra; no me gustaba hacerlo enojar y, sin embargo, yo también estaba enojada con él. No porque no quisiera usar el dinero de mi anterior trabajo, sino porque no me había incluido en la preparación completa de lo que se nos venía encima.

Cuando miré a Pamela, esta tenía una máscara de impresión en la cara.

—¿Qué estás esperando? —preguntó.

—Ni loca —dije—. Javier no está como para...

—Esto era lo que querías. Tú lo pediste. Ahora ve y dile todo lo que quieras. Habla, mujer. Deja de esperar a que todo se arregle como por obra de arte.

También se levantó y me dejó sola en el comedor. Me dispuse a recoger la mesa, pero Esperanza se abalanzó sobre mí cuando intenté levantar los platos. Me arrebató las servilletas, frunció el ceño y se marchó a la cocina. Luego volvió, trayendo una bandeja para retirar el resto de cosas. Yo estaba contemplando el pasillo por el que se había ido Javier.

No me había arrepentido de nada, pero sí tenía miedo de lo que pudiera decirme o lo que yo pudiera decirle a él.

—Mi abuela solía decir algo, Cassandra —Esperanza me acomodó el cabello hacia un lado, mirándome con cariño—, y eso es al mal paso darle prisa: los pleitos en la pareja son comunes y a veces necesarios. Tú ya le conoces el temperamento al muchachito. ¿Y él cuándo te va a conocer enojada a ti?

Sonreí.

Al final, después de erguirme con dificultad y abrazarme de mí misma, descubrí que en ninguna ocasión anterior le había mostrado a Javier la frustración que me causaba el que la gente quisiera hacer las cosas por mí. Ya había huido de la casa de mis padres a causa de ello. No pretendía huir de él.

Aunque quisiera hacerle entender que no me iba a romper en pedazos si me hablaba con sinceridad, una parte de mí no estaba segura del cómo expresar mi inconformismo.

Me adentré en la pieza pensando que me iba a encontrar con la habitación hundida en la oscuridad; pero, en cambio, vi que Javier estaba frente al clóset, quitándose la ropa del trabajo. Se hallaba con la pura camiseta, sin cinturón y descalzo; me miró por encima del hombro por breves segundos. Yo me recargué en el marco del clóset, decidida a terminar de una vez con eso.

—¿Me vas a decir qué está sucediendo? —pregunté.

Javi resopló aire, y respondió—: Sabes de sobra lo que sucede. Sé directa, por favor, que no tengo humor para rodeos.

—Si se trata de mí estás de humor para contadas cosas —dije; no estaba pensando con claridad lo que quería decir ni cómo, pero dejé que mis sentimientos afloraran sin filtro. Si iba a verme con inseguridades y defectos, no había por qué prolongar la espera.

Él dejó de rebuscar en la ropa. Se dio la vuelta por completo.

—¿Es en serio? —dijo.

—Mucho.

Al tiempo que torcía un gesto, se llevó las manos a la cabeza, para peinarse —o despeinarse— el cabello.

Cuando las bajó, tenía las cejas enarcadas y una línea de expresión surcando su frente.

—Lo que está sucediendo es que Vicente Torales no trabaja más para su hermana. De alguna manera, piensa que le pertenesces y, a menos de que tengas otra idea, no pretendo abrumarte con mis movimientos financieros para poder sacarte de aquí. —Cerró los ojos, suspirando. Era de admirar que quisiera calmarse, pero sus palabras hicieron revolotear mis pensamientos—. Son muchas cosas las que tengo que arreglar para no...

—Pudiste decirme —lo interrumpí—. Yo no necesito que te lleves todo el trámite. No quiero que te hagas cargo de mí como si yo no tuviera mis medios.

—No se trata de si tienes medios o no para cambiar de residencia una vez más —murmuró él.

Esbocé una sonrisa.

—¿Entonces? —inquirí.

—Se trata de mí, de lo que siento por ti, Cass.

—Tu orgullo, querrás decir.

Javier negó con la cabeza, incrédulo esta vez. Por mi lado, lo miré sin saber cómo explicarle que no nos quedaba de otra. Él no tenía apariencia de necesitar dinero nunca, pero yo era consciente de que había cosas que no se podían tomar a la ligera; como su trabajo y la adaptación a una nueva ciudad.

Recorrí la habitación con la mirada. Esa noche, la idea de dormir juntos se sentía incorrecta. Estábamos lejos de poder arreglar esa diferencia.

—No, no —dijo por fin—. Esto no tiene nada que ver con que uses o no tu dinero. Es por mí; quiero hacerlo. Quiero... poder, ¿sabes? De otra manera voy a...

—De otra manera vas a sentir que usaste mi dinero sucio. Claro: ¿cómo podríamos olvidarnos de ello? Es difícil para un hombre como tú aceptar la ayuda de alguien cuyos únicos medios provienen de un negocio turbio.

La mirada de Javier se tornó gélida. Algo cambió en su semblante.

Quise entender por qué el tema del dinero estaba siendo de tanta importancia; Pamela también me había sugerido que no lo mencionara. No obstante, yo tenía miedo de que pudiera significar algo más que un simple contratiempo por parte de Javier.

Una voz en mi cabeza me susurró que dejara de hacerme la tonta: *sabes que el dinero no es tu problema.*

—No confías en mí —dije, temerosa. Javier alzó la mirada a mí—. Decides en mi lugar porque piensas que no soy de fiar... En el fondo, tienes miedo de lo que fui.

—Cuida lo que dices —masculló él, en volumen tan bajo que en un inicio creí que había oído mal.

Lo miré con los ojos entrecerrados; él no se inmutó. La manera en la que me estudiaba era nueva.

—¿O qué? —le espeté—. Es la verdad.

—Puede que estés en un error. Y te vas a arrepentir.

Se agachó para, de la silla detrás de él, tomar su toalla de baño. También se llevó los pantalones de dormir que solía usar y, segundos después, desapareció detrás de la puerta de la ducha. Un nudo enorme se formó en mi garganta. Durante varios minutos permanecí de pie en el mismo lugar, mirando la hoja de madera.

No era por el dinero. Nada de aquello tenía que ver conmigo

permitiéndole correr un riesgo mayor.

Todo se debía a las cosas que no me estaba diciendo; o quizás era que estaba enojada porque estuviera soportando los acosos de Thalía. Yo me puse en sus zapatos e inmediatamente me sentí una miniatura; el solo imaginar una foto de él, con otra, un video de él, con otra, por muy pasado que fuera, me dolía.

Se sintió como si fuera una realidad paralela. Estaba vulnerable ante aquella sensación: era víctima de un miedo profundo por perderlo.

Esperanza sacudió la cabeza cuando me notó en la cocina; me senté en una silla alta, a la mesa del centro. Había estado usando la laptop para ver las noticias del canal y comprobar el talento del comentarista en turno. Joaquín me había dicho que lo observara atentamente y que tratara de decirle sus fallas.

El segundo señor Guízar parecía empeñado en enseñarme el arte de dirigir algo en lo que yo no tenía absolutamente ninguna destreza. Pero me llamaba muchísimo la atención; además, el ritmo que llevaban en el foro me gustaba al grado de que las horas pasaban desapercibidas. Aunque durante esos tres días hubiese mantenido la mente ocupada en mi trabajo, en aprender de Joaquín, mi pecho se cernía a mis huesos cada vez que cruzaba una palabra con Javier.

Estaba frío y distante conmigo. Pera me había sugerido que descansara y me sentara con ellos —Mauricio, Javier y Pamela— en el porche, la sala de descanso hecha de mimbre; habían estado bebiendo el favorito de Javi, un tequila reposado muy popular en México. Pero yo no tenía ningún ánimo de sentirme un cero a la izquierda con ellos. Porque en estos momentos Javier no ponía su atención sobre mí a pesar de que le preguntara algo.

Por nimia que fuera la cuestión, se limitaba a responder de forma educada, pero no como solía hacerlo. Su recelo y ausencia comenzaban a pasarme la factura, entre sueños caóticos y llenos de mis peores miedos.

Con una sonrisa en los labios, Mireya se adentró en la cocina y se aproximó al lavabo. Escuché que le decía algo, en voz baja, a Esperanza y después se acercó a la mesa, sentándose justo frente a mí. No levanté la mirada para ver la satisfacción de su rostro y continué mirando las noticias del último mes, en una de ellas incluso se había hablado sobre los rumores de Múgica.

Instintivamente, al escuchar el apellido del político, miré a Pamela; se encontraba mirando su teléfono. Enarcó una ceja en mi dirección.

—Qué silencio —musitó, sonriente.

Esboqué media sonrisa pero no dije nada, y ella se levantó en el acto.

Lo siguiente que oí fueron las palabras hoscas que surgían por la boca de Pera, y la manera en la que Pamela la miraba; su extrañeza flotó hasta que yo

entendí que había buscado mi mirada para poder entender por qué la mujer le hablaba de aquella forma.

Una parte de mí, fingió no saberlo. La otra estaba avergonzada.

—¿De qué me perdí? —preguntó ella.

—Pues tú nunca te pierdes nada —farfulló Pera; seguía lavando los platos de la comida—. Siempre estás al pendiente de todo.

Sin pensarlo, puse la mirada en la espalda de Pera y esperé a que se volviera para sugerirle, en un vistazo, que debía de ser prudente —o al menos explicar lo que sucedía.

No lo hice. Me quedé callada y Pamela se cruzó de brazos, mirándome con aprensión.

—¿Te pasa algo? —insistió.

Negué con la cabeza.

Por supuesto, era mentira, pero no quería decirle a nadie que me incomodaba el hecho de que Javier pudiera hablar de todo con ella y a mí me dejara siempre esperando explicaciones; como si tuviera cinco años y aún me guardaran el secreto de por qué la gente inventa cosas como el ratón de los dientes y los reyes magos.

Cerré la web del periódico, suspirando. Frente a mí, Pamela carraspeó y alzó ambas cejas.

—No pasa nada —mentí, sonriendo.

En el interior, no obstante, mis órganos sentían que alguien les había echado algún veneno.

Con la intención de marcharme, rodeé la mesa y abracé la computadora contra mi pecho. Pamela se puso de pie y me bloqueó el paso cuando intenté pasar por su lado para salir de la cocina. Entonces atisbé la mirada de Pera, detenida en el lavabo, observando con mucha atención lo que sucedía.

—Te conozco lo suficiente, y sé que estás mintiendo con todos tus dientes —señaló Pam.

Me sacaba un par de centímetros en altura. Aunque me intimidaba un poco, lo que tenía para con ella eran celos ridículos por una atención que yo misma había estado rechazando. Sin embargo, en el fondo sabía que mi exageración no iba a retroceder; de eso Javier tenía la culpa. No entendía mi posición y, sin hacerlo, jamás íbamos a llegar a ningún lado.

Fatigada por mis propios pensamientos, resoplé el aire contenido y me encogí de hombros.

—Bueno, si me acusan de algo, al menos tengo derecho de saber, ¿no? —

dijo.

—Tranquila —susurré, tomando aire—, no pasa nada. Lo juro.

—¿Entonces por qué Cerbero dice que estoy de mal tercio? —preguntó.

Esperanza gimió y se adelantó un paso, pero ahora sí me permití mirarla, llena de incomodidad. Yo no necesitaba que me defendiera de algo que solo era mi culpa. De nadie más.

Hice una mueca al tiempo que daba un paso hacia la salida.

—Javier es el que está en mal tercio —dije—, pero es obvio que él puede hacer lo que quiera.

Caminé sin detenerme hasta llegar a mi habitación. No me detuve aun cuando escuché la voz de Pamela que me llamaba desde el corredor principal; ni siquiera una vez estando en mi pieza y dejando la computadora sobre la cama fui consciente de que estaba muy enojada y decepcionada y que esos sentimientos se encontraban bullendo.

En definitiva, me negué a que mi actitud marcara un antes y un después en la relación que mantenía con las personas a mi alrededor. Si Esperanza estaba molesta con Pamela, era quizás porque yo le había dicho más temprano que a ella se le daban mejor las pláticas en las que se discutían relatos irrelevantes.

Me solté el cabello mientras observaba que Pamela se dejaba caer en una silla, los brazos todavía cruzados y la expresión demudando en varias emociones. Ninguna parecida a las que le había visto antes.

—Sería un insulto grandísimo para mí el saber que estás celosa —se rio—. Porque, sí sabes que Javier babea por ti, ¿verdad?

—Son tonterías —dije. Me quería convencer a mí misma antes que a ella—. Esperanza estaba necia con que me reuniera con ustedes, pero, si Javier lleva casi tres días evadiéndome, ¿por qué tengo que ser yo la que lo busque?

—Has estado durmiendo en tu habitación, Cass. —Ella adoptó una postura más relajada, mirándome desde su lugar; realizó un mohín que me causó más miedo (porque eso solo podía significar una cosa)—. Y según Javier, tú crees que no va en serio contigo. A pesar de todo.

—¿Él te lo contó? —inquirí, alarmada.

Era verdad. La noche del pleito, antes de que él saliera del baño, me marché a mi habitación porque estaba muy avergonzada. No quería verme más vulnerable frente a él; no quería seguir pareciendo tan necesitada de su cariño. A partes iguales; eso ensombrecía e incrementaba lo que había comenzado a crecer en mi interior para con él.

Aún podía recordar una vez que mi madre me había dicho que era mucho

peor admirar a un hombre que sentirse sexualmente atraída por él. La admiración, según ella, producía el castigo más cruel de la humanidad: decepción. Varias veces me había encontrado pensando que lo mío con Javier era pasajero, que pronto terminaría y que, como había dicho Thalía, esto era mi propio interludio para el cuento de hadas que deseaba vivir.

Cada noche en sus brazos, era como pasar una eternidad de placeres. Los que me negó la vida una vez.

—Es que ya va entonado con el tequila —sonrió Pamela—. Y le hizo un comentario a Mauricio sobre que piensa que anda a ciegas. No tengo que ser Nostradamus para saber que se refiere a ti. En dos meses no se habían separado el uno del otro, así que me imaginé el resto, contigo en tu habitación, cada uno indiferente o al menos tratando de serlo.

Ella se puso de pie y caminó hasta mí, recargando la cadera en el tocador cuando yo lo hice. Segundos después, murmuré—: Javier es de acero. No se rompe, no flaquea, hace todo con una decisión que me da miedo. —Suspiré—. Me abrumba con sus convicciones. Me hace sentir terriblemente débil.

Pensé que Pamela me diría algo respecto de mi cobardía, pero se quedó en silencio. Por primera vez desde que la conocía, sentí que podía contarle mis cosas sin obedecer a la parte de mi cerebro que me obligaba a quedarme todo para mí misma.

—Sé mucho sobre hombres y lujuria —dijo, con tono de pesar—, pero la verdad es que sé muy poco sobre hombres enamorados. O sea, tienen mucho que ver, mas supongo que se cruza una línea. ¡Ah! —Se llevó ambas manos al rostro y contra sus palmas, sofocando su voz, dijo—. Piensa bien las cosas, belleza. Piensa lo que quieres para ti, sobre todo.

Tras apretarme el hombro, Pamela salió de mi habitación y yo me dispuse a sacar mi ropa para meterme en la ducha.

*

Me había dejado suelto el cabello mientras acababa de secarse; escuché que Mauricio se iba a quedar a dormir porque, como dijo Pam, se habían pasado un poco de copas y ahora Esperanza lo había convencido de que no condujese hasta su casa. De esa manera me sentí más incómoda con mi situación.

Aunque quisiera hablar con Javi, era seguro que aún estarían en el despacho, donde Pera me había dicho que se hallaban; me serví agua y me la bebí frente a ella, dándole tiempo para que acabara de servir hielo que le acababan de pedir sus —casi— hijos. Con una mueca de fastidio e incompreensión, ella abandonó la cocina y regresó un par de minutos después, bufando y diciendo cosas entre dientes.

Arrugué la frente, confundida por su cambio de humor.

—Javier y Mauri ya no son unos niños —refunfuñó—, pero es cierto que a veces me gustaría darles un jalón de orejas. —Me reí. Ella negó con la cabeza, recargándose en contra del granito de la cocina. Mientras suspiraba, tomó la taza de la mesa y se la llevó a los labios. Sin embargo, se tomó su tiempo para decirme, antes de beber de ella—: ¿A ti ya se te pasó el enojo?

Esta vez había algo de ponzoña en su tono. Ignoré el hecho de que me sentía acorralada en contra de mis sentimientos, allí, en una casa donde nadie entendía la carrera que llevaba detrás. Desde su ángulo, era muy fácil decir *deja que él se haga cargo*, pero en mi mente, seguía estando impuesta a defenderme —dentro de mis posibilidades— yo sola.

Javier había cambiado mucho mi vida, sí. No obstante, el miedo que yo tenía estaba concentrado precisamente en él, en sus palabras y en sus acciones temerarias. Tal vez su actitud de un principio ya no era la misma, pero lo otro, sus sentimientos por mí, mis sentimientos por él, crecían y crecían como si nadie pudiera detenerlos. Yo quería refrenarlos al menos en el grado de la prudencia.

Era imposible. De otro modo, fui consciente, no me sentiría ignorada y sola.

—No estoy enojada —dije, en voz baja—. Es que...

—*Dios...* —La voz pastosa de Mauri se hizo oír, por lo que guardé silencio de inmediato—. Que alguien detenga el mundo, por favor —se quejó.

Quizás en otro momento su estado me habría parecido cómico, porque, a pesar de no haber perdido el porte, cuando tuve la oportunidad de mirarlo a los ojos y comprobar que iba ya muy profundo en tragos, sonreía sin parar y abría los ojos para mirar bien. Por el contrario, en este instante, lo único que hice fue abrazarme de mí misma, la espalda apoyada en la alacena y mirándolo con recelo.

Reprimí mis ganas de preguntarle por Javier

Aunque no hubo necesidad de que lo hiciera, porque él dijo—: Me voy a dormir. Dijo Javi que si le podías llevar un vaso de agua, muy frío, antes de

retirarte también.

—Como si eso pudiera ayudar —murmuró la mujer, entregándole a Mauri su propio vaso.

Por lo que vi, tenían experiencia en las noches como esa: si estaban bebiendo agua así, era para evitar —al menos un poco— la deshidratación y por consiguiente la resaca. Mauricio se bebió su agua rápido y luego se marchó.

Al tiempo que servía el vaso de Javier, Esperanza me miró una última vez y respiró muy hondo.

—¿No quieres llevárselo tú? —dijo.

—La verdad, no —suspiré.

Erguí la espalda para irme.

Un retintín de celos volvió a incrustarse en la parte trasera de mi garganta. Me giré en los talones y, no sabiendo si era un error, le pedí el vaso a Pera, que sonrió como si hubiera ganado una batalla.

Entorné los ojos ante su mueca.

Quise mantenerme fría, con alguna expresión que no diera a pensar que estaba nerviosa por entrar en una habitación que ya había usado —de muchas maneras— antes. Inhalé con fuerza y atravesé el corredor, hasta llegar a la pieza. La puerta estaba abierta de par en par y Javi, como de costumbre, se encontraba mirando algo en su teléfono.

Elevó un poco la vista y, sin gesto alguno al darse cuenta de mí, la bajó a la pantalla de su celular otra vez. Me adentré en el cuarto pensando que tampoco era necesario que le dirigiera la palabra. Pero cuando vi que se ponía de pie, mientras se desabotonaba la camisa de manga corta que llevaba puesta, en color blanco, todo cuanto pude hacer fue tragar saliva.

Dejé el vaso en la cómoda. Él se aproximó, clavando sus ojos en mi cara ahora sí.

Me volví, incapaz de decir nada. Al llegar a la puerta, sin embargo, escuché el tono engolado de su voz, tal vez por el tequila, tal vez por el enojo. Me dio igual. En primera, porque yo también estaba molesta, y en segunda, porque me ponía nerviosa.

—¿Es todo? —le oí decir.

Sostuve la hoja de la puerta en mi mano izquierda, de pie en el umbral.

Dije que sí con la cabeza. Y él se relamió los labios. En un susurro, alcancé a escuchar que emitía una oración que demostraba lo que sentía. Sí, estaba enojado y, al parecer, mucho; yo quería preguntarle por qué, pues a esas

alturas ya no tenía una idea exacta de cuál era nuestro problema.

Tal vez, me dije en el interior, simplemente no cuadramos juntos.

—¿Por qué no me insultas o me dices cosas hirientes para desquitarte? — preguntó, aproximándose a mí.

Como había bebido más de la cuenta, me imaginé que lo haría tambaleándose, pero supuse que eso solo pasaba a un grado alto de ingesta de alcohol. Javi iba perfecto, con cuatro botones sueltos, el pecho descubierto y limpio, salvo por algunos vellos que había en él, y el cabello revuelto —como si se hubiera pasado las manos una y otra vez por allí—. Sus labios estaban rojos por la sensibilidad del hielo.

Cuando, de un manotazo, empujó la puerta hasta que se cerró de un golpe sonoro, me quedé envarada frente a él; por lo regular, para el trabajo, yo usaba zapatos de plataforma o botines con cuña, pero en ese momento iba en sandalias; me sentí más pequeña que nunca a su lado, a merced de una situación que no tenía ni pies ni cabeza.

Aún no le ponía nombre a aquello, y se sentía demasiado raro que fuera así.

Javi puso una mano en el marco de la puerta, y aunque no me miraba, sí sentí el impulso de apoyarme en él para aspirar el aroma de su loción, que se mezcló con el caluroso olor del tequila. Me pregunté si su camisa olería igual...

—Habla, anda —me dijo.

Bajó la mirada a mí, estudiándome.

Apreté la quijada y, armándome de valor, respondí—: No quiero.

En consecuencia, Javier cerró los ojos, apretando mucho los párpados.

—No me gusta que duermas en otro sitio —murmuró, de pronto cerrándome el espacio. Acunó mi rostro en su mano izquierda mientras la otra tirada de mi cintura y me atraía hacia él; sentí su aliento tibio junto a mi mejilla (no olía tanto a tequila como yo me había imaginado)—. Tú lugar es aquí, conmigo.

Volví a tragarme la saliva. Pero en esta ocasión, decidí dejar salir las palabras.

—No fuiste a buscarme, tampoco.

—¿Eso querías que hiciera? —preguntó.

Agaché la cabeza. Aprovechando mi posición, él puso su boca contra mi frente. Dejó en evidencia la superioridad de su altura y también me permitió ver con exactitud qué era lo que más me gustaba de su cuerpo; Javier poseía un

talento innato para cobijarme, para cubrir con sus fuerzas todas y cada una de mis debilidades.

Entonces, ¿por qué no era suficiente?

—¿Me puedo ir ya? —musité.

Él dejó escapar el aire muy lento, mientras retrocedía y me dejaba espacio para marcharme.

Me pasé los dedos por el cabello, cohibida.

—Nunca te voy a obligar a quedarte —dijo—, aunque sí me gustaría que me dijeras qué carajos tengo que hacer para que hables conmigo.

—Es curioso —mascullé; sentí el regusto amargo de mis palabras. Javier empezó, como si no lo amedrentara mi tono, a quitarse la camisa por completo —; es lo mismo que yo pensaba decirte a ti.

Dándose la vuelta, arrojó la camisa hecha una bola a la cama. Se volvió de inmediato, medio desnudo ya.

—A ver —sonrió—, supongo que lo que quieres oírme decir es que Thalía me manda fotos de ti, en tus citas, con casi una docena de *sinombres*. Además, me envió el video de la noche en la que te arruinaron la vida. —Hablaba como si estuviera enumerando la lista del supermercado. Aun así, no podía engañarme. Su tono era cada vez más pesado, más tenso; de nuevo estábamos llegando al límite, el lugar en el que él decía algo que a mí me dolía—. Hace dos semanas vi una foto en la que estabas sonriendo. —Una sonrisa de pesadez se dibujó en sus labios—. Nunca me has sonreído así. El de la foto era Vicente Torales, ¿y sabes qué? —Se interrumpió, pestañeando, pero al final dijo—: Estoy haciendo todo lo que está en mis manos para demostrarte que no me importa; incluso sabiendo cuán posible es que, por lo que te hizo, no vuelvas a amar a nadie como lo hiciste con él.

Un minuto y otro y otro transcurrieron, él mirándome y yo con los ojos bien abiertos. Apenas los cerrara, no podría detener el llanto.

Sacudí la cabeza; me quedé muda.

La primera lágrima se me escapó justo a tiempo cuando él acabó por llegar hasta mí de nuevo. En esta ocasión se limitó a observarme.

—Quédate a dormir —murmuró.

Dejé que enjugara mi lágrima con su pulgar derecho.

Me envolvió en sus brazos, paciente y seguro, como siempre. Pero yo... Yo puse las manos en su pecho y traté de retirarme.

—No espero que durmamos —murmuré; Javier se agachó para besarme la mejilla; no fue una caricia sutil, sino de ansiedad—, pero estás borracho.

Un gruñido lo asaltó. No supe si era de diversión o de protesta.

De igual forma, alcé la vista a él para escucharlo cuando decía—: Todo va a funcionar perfectamente si lo dices por eso. —Con la habilidad de quien ya sabía mi peso y conocía mi figura, se inclinó y me levantó del suelo, caminando conmigo a cuestas—. Y si no me crees, vamos a probarlo.

Junto a la cama, me bajó para que mis pies tocaran el piso. Mientras se desabrocha el cinturón y miraba hacia abajo, me percaté de que tenía los labios entreabiertos y de que el pecho le subía y le bajaba con frenesí; al observar la línea marcada de su abdomen y seguir el ligero camino de vello que se perdía bajo la pretina del pantalón, me mordí el interior de la mejilla.

Aún no podía decir que me había acostumbrado a él, porque en proporciones me colmaba; no se le daba la delicadeza y me imaginé que, con la excitación que se apretó a la mezcilla de su vaquero, le sería imposible contenerse.

No obstante, una vez que me ayudó a desprenderme de la ropa, me di cuenta de que estaba haciendo las cosas con una diferencia notoria. No hizo nada por frotarse contra mí ni aumentar la tensión; tampoco me tocó más que para estimularme. Pensé que quería prolongar el momento, que algo tenía planeado. Pero se limitó a acariciarme el rostro y a besarme lento.

Con apoyo de sus manos, me recosté en la cama, deleitándome en su imagen; aún sentía la presión de mi pecho al imaginar que todo eso era efímero. Pero quería vivirlo. Quería sacar esa idea horrorosa de su mente: podía ser que tuviera razón, mas no en el concepto correcto. Porque lo que sentía por él, no se podría comparar ni en mil años a mis sentimientos extintos por Vinnie.

Se posicionó en mi centro y empujó con delicadeza. Las piernas se le marcaron más por la postura que tenía, penetrándome lento y con embestidas suaves; me calentaba mucho que quisiera mirar el cómo lo hacía, los movimientos perezosos de su propio cuerpo, aunque no tuviera idea de por qué así...

Sin embargo, cuando se agachó para abrazarme y puso las manos a los costados de mi cabeza, me di cuenta de sus intenciones...

—No dudes de mí; *te amo* —dijo.

Abrí la boca para responder...

Él me estudió unos instantes y luego se dedicó a besarme más, y más; en todas partes del rostro. Arqueé la espalda y lo recibí con la cadera levantada, solo un poco. Después me susurró *te amo* al oído otra vez. Mis paredes se

cernieron alrededor de su miembro, que palpité en mi interior cuando apreté con mis manos su espalda.

Sentí la succión que hizo en la base de mis senos, y la calidez de su aliento en su contra. Tampoco los sujetó como hacía cuando estaba al borde... Tuvo paciencia, y me probó que, con o sin miedo, ese era mi lugar preferido. Tal vez no permanente, pero sí mío. Y de él.

Me encontré con un techo blanquecino cuando abrí los ojos; removiéndome en la cama, convencida de que aquella había sido una de mis mejores noches — por haber dormido de maravilla y otras cosas—, me percaté de que Javier ya no estaba a mi lado. Miré hacia la puerta del baño justo cuando él abrió.

Iba vestido solo con un pants, y por la marca de su cadera noté que no llevaba puesto nada debajo; tampoco traía camiseta. Así que, cuando se sentó junto a mí en la cama y se agachó para besarme la coronilla de la cabeza, me permití acariciar su abdomen, donde una sensación tersa y tibia se hizo presente.

—¿Tienes resaca? —le pregunté.

—Un poco solamente —admitió, aunque vi que fruncía las cejas con escepticismo—. Tampoco bebí demasiado...

—Sí, como tú digas —me reí, levantándome de la cama y sentándome frente a él.

Me atrajo hasta que pudo esconder el rostro en el hueco de mi cuello. Aún llevaba el cabello suelto y, con seguridad, no tenía un aspecto muy agradable. Pero a él no pareció importarle y aspiró profundo en más de una ocasión.

Al separarse, me echó los cabellos hacia atrás y sonrió, como si tuviera al frente una imagen que no vería jamás.

—Voy a bañarme —dijo, tras suspirar—, ¿vienes?

Tragué saliva luego de contemplar sus bonitos ojos. Las ojeras apenas se le notaban, pero el cansancio salía a relucir por el tono apagado de su piel. Cuando se levantó, me quedé en silencio admirando su espalda; la anchura de sus hombros me hizo recordar la noche anterior, antes de que terminásemos la primera vez.

La realidad me estaba pasando la factura; bajé los pies de la cama y me incorporé. Supuse que Javier había recogido la ropa del suelo (allí se había quedado toda la noche, de eso estaba segura), por lo que fui hasta la silla del fondo y tomé una toalla. Encima traía puesta una camiseta suya.

Me detuve frente al espejo del baño —después de entrar— y me saqué la prenda. Desgraciadamente, la imagen de mi reflejo me hizo abrir los ojos con

estupefacción; tenía un par de marcas rojizas en la base de los senos; me las acaricié y, cuando vi que Javi entraba, lo miré a través. Él se acercó mientras se frotaba el mentón con una mano.

—En mi defensa —dijo, a punto de sonreír—, debo admitir que estaba más borracho de lo que creía. Con tu olor...

Me abrazó por la cintura, agachándose para depositar un beso en mi hombro derecho. Negué con la cabeza; ese día tendría que usar algo que no tuviera ningún escote pronunciado. Javier se retiró en ese instante, por lo que le dije—: Eres impulsivo cuando estás así.

—Me pones mal. Y, además, yo soy impulsivo siempre —me contradijo—. No es algo que haga con intención de joder a nadie. Mi madre decía que no se puede ser feliz sin enojarse de vez en cuando.

—Tú no es que te enojas *solo* de vez en cuando, cariño —ironicé.

Javier no respondió.

Escuché que soltaba una risa ronca y que encendía la regadera. Al tiempo que me deshacía de las bragas, recordé que quería preguntarle algo más respecto a sus impulsos.

Me di la vuelta contemplando su figura debajo del agua, a través de una puerta cristalina; antes de entrar, me imaginé si compartir la ducha con él sería contraproducente después de lo ocurrido anoche.

Sacudí la cabeza para apartar aquel pensamiento de mí. Había prometido, en silencio, que no me retractaría de nada. Ya no. Aunque seguía insegura, acababa de tomar la decisión de ignorar esa parte de mi lógica que aún permanecía bloqueada.

—Entonces, ¿a ti te molesta que sea de ese modo? —inquirió una vez que me sintió a su lado y me hizo espacio para que me enjuagase también.

Su ceja enarcada le dio un toque de soberbia a la pregunta. Me mordí el labio por la postura que había tomado.

—Bien dijo Pera que no cualquiera te soporta —sonreí—. Y bien dijiste tú que esto no puede ser una casualidad.

Otra vez se quedó en silencio, mirándome. En esta ocasión, preferí seguir con el baño a terminar en una situación incómoda dentro de la ducha; además, teníamos que ir a la casa de su padre. Me dije que era mejor así. Ya le preguntaría sobre sus declaraciones más tarde. Sin embargo, el regusto de la incertidumbre se clavó en mi pecho.

No se fue ni siquiera cuando ambos salimos de la ducha; él, en cuanto se cepilló los dientes, corrió a encontrar su móvil, que había estado timbrando

minutos atrás. Yo, en cambio, me quedé frente al espejo preparando un discurso.

Javi se vistió tan rápido que cuando yo me acabé de secar el cabello apenas, ya se había sentado a la mesa de su habitación, con la laptop abierta y el teléfono en el oído izquierdo; me coloqué la ropa de la noche anterior — tenía que ir a mi habitación por más— y recargué la cadera en la mesa, a su lado.

—Lo lamento —dijo, al tiempo que se ponía de pie—, era mi tío. — Respiró hondo. Había colocado las manos en su cadera e hizo una mueca, apartando la mirada—. Me duele la cabeza —se disculpó para explicar el mohín.

—¿Quieres café? —le pregunté.

Javi sonrió, apretó los ojos y se acercó un paso. Cuando me abrazó, lo hizo de forma que podía mirarme con detenimiento. Su rostro adoptó una seriedad preocupante. Aun así, en lo que me decía lo que fuese que estuviera pensando, le acomodé el cuello de la camisa y fingí que le ajustaba el ojal al botón.

Al levantar la mirada de nuevo, él se inclinó para besarme.

—Según parece —musitó al terminar la caricia. Se separó un poco y después de tragar saliva, dijo—: Me dejaron una caja en la casa de mi papá.

—¿Una caja? ¿Quién? —dije.

Sentí cómo mi semblante se contorsionaba. Las suposiciones no tardaron en llegar a mi mente. Javier reaccionó también y miró a mis espaldas; entonces, observando su mentón, su rostro cuya barba se había hecho más notoria (de dos días), internamente me sugerí guardar la compostura.

El horror de suponer que había más fotos allí, y que esta vez habían llegado a manos de más miembros de la familia Guízar, se incrustó en mi interior.

—No pasa nada —murmuró Javier. Alzó una mano y me acarició la mejilla con ella—. No la voy a abrir.

—Pero...

—*Dije* —abrió los ojos con impresión, añadiendo de inmediato—: que no lo voy a abrir. En lugar de perder el tiempo haciéndolo, quiero que me acompañes a ver algo. —Esbozó una sonrisa. Yo, confundida, arrugué las cejas—. Mi papá invitó a un amigo de la familia a comer. Y le prometí que le iba a dar el gusto de presentarte.

Mis mejillas se ruborizaron, las sentí arder. Javier me dio un beso en cada

una y me liberó de sus brazos.

—¿Me ibas a presentar aun cuando estabas enojado conmigo? —dije.

—Te iba a buscar anoche sin importar nada —masculló él—. Me ganaste; eso fue todo. Ahora —se relamió los labios—, ¿por qué no vas a cambiarte y así nos marchamos? De verdad quiero que veas esto.

Su repentino alborozo me provocó curiosidad. Cuando vio que enarcaba una ceja, se rio otra vez y negó con la cabeza. Le respondí con otra sonrisa salvo que la mía era de interrogación. Javier, por el contrario, se cruzó de brazos y siguió mirándome. Parecía que era un reto lo suyo: su postura me invitó a que preguntara algo.

No quería darle ese gusto.

Un pinchazo de diversión me embargó al escuchar que surgía una carcajada por su boca. Me giré en los talones, pero un segundo después sus brazos volvieron a rodearme. Ahora, sin embargo, me pegó de tal manera que me estremecí con él. Sentí que su aliento me golpeaba el oído.

—No te mentí anoche —susurró.

Tampoco pude evitarlo: sonreí por la satisfacción al escucharlo decir justamente lo que quería.

Experimenté una sensación de arrobo muy nueva; pacífica y limpia.

—Pensé que no te acordabas —dije.

—No me iré a ningún lado —se rio de nuevo—. Estoy aquí, Cass. —Antes de que él me girara, me di media vuelta y lo enfrenté. Se puso las manos en la cadera como había hecho minutos atrás y, con gesto meditabundo, dijo—: Es que te amo. Por favor, dime que me crees.

Asentí.

Como era de esperarse, él no se movió, no cambió la expresión, ni realizó ningún mohín. Solo se quedó allí, observándome. El pulso se me aceleró cuando comprobé que cualquier cosa que dijera, cualquier cosa que saliera a través de mis labios, jamás terminaría por describir lo que yo sentía por él.

—Mi intención no es decir que yo te amo más —musité—. Pero no sé cómo explicarte lo que siento.

Una mirada por su parte me confirmó lo que había dicho. Si se trataba de él, siempre me iba a quedar corta de palabras.

—Ya encontraremos una manera.

Lo miré una última vez para por fin volverme e ir a mi habitación.

*

La visita de Joel era un hombre maduro, casi de su misma compleción, pero parecía tener una carga pesada sobre los hombros. Su mirada lo decía. Y me sentí identificada con él apenas estrechar su mano una vez que Javi me indicó que era amigo de la familia desde hacía mucho tiempo y de que, además, pertenecía al club Rotario, al que Javi asistía también —últimamente, solo cuando le insistía que siguiera con sus rutinas.

Mi asombro se intensificó hasta mucho después de que terminásemos la comida; ya me habían resultado avasallantes los modales de Mariano Valencia; pero cuando nos sentamos en la sala, y Joel buscó un pretexto para sacar a Nico de allí, confirmé mi sospecha de que —aquello que Javier tenía que enseñarme— llevaba alguna relación con el sujeto frente a mí.

Él abrió su maletín de piel y lo colocó sobre la mesa de centro. Javi se sentó a mi lado, repantigado totalmente y pasando una mano por encima del reposadero para poder abrazarme. Durante un par de momentos, mientras Mariano me extendía lo que se parecía mucho a un catálogo, la sangre se me congeló en las venas.

Todo mi cuerpo fue víctima de una sensación poderosa de miedo.

—Hojéalo, cielo —pidió Javi, que apoyó su mano en mi espalda.

Ignoré mi incomodidad —tras suponer lo que significaba todo esto— y abrí el encuadernado.

Sí, era un catálogo. En cuanto me adentré en las páginas, mis dedos no resistieron la tentación de apretujarse contra el papel. Alcé la mirada y encontré la de Mariano, que me ofreció una sonrisa profunda y sincera.

Hubiera querido responderle de la misma forma, pero estaba demasiado ofuscada como para intentar hacerlo. Cerré el catálogo y bajé la mirada al suelo, hasta que, ayudada por un par de inspiraciones, reuní el valor para voltear a ver a Javier.

—Solo tienes que elegir un engarce para esto —dijo, acomodándose para quedar más cerca de mí. Entonces se extrajo, del bolsillo en el pantalón, un saco en miniatura, que parecía de terciopelo, y buscó algo en su interior con los dedos—. Dame tu mano —susurró.

Dudé unos momentos antes de obedecer.

Al instante, me puso una piedra —no muy grande— sobre la palma.

—Esto... —musité, casi sin voz.

Javier le echó un vistazo a Mariano y este se levantó. Yo no pude apartar la mirada de la piedra que tenía frente a mí. Cuando sentí el calor de la cercanía de Javi y vi cómo tomaba la piedra en sus dedos, para ponerla a la altura de mis ojos, mi pulso se había acelerado mucho más que en otras ocasiones.

La sonrisa que iluminaba el rostro de Javier también era nueva.

—Tal vez no sea la mejor manera de pedírtelo —dijo, tan seguro de sí mismo como siempre—. Pero de verdad me encantaría que dijeras que sí.

Me levanté, dejando el álbum en la mesa. Javier me siguió, claro, y me hizo girarme en los talones para que no pudiera huir de su mirada; ya que me apoyé en su pecho, la tibieza de su cuerpo me recorrió de pies a cabeza. Cerré los ojos, encaramada a él y segura de que su propuesta no era más que un efecto de lo que ambos sentíamos.

Al cabo de unos minutos en silencio, le escuché decir—: Por favor, cástate conmigo.

Hacía mucho tiempo que no recordaba tan bien a mis padres; pero fue en ese preciso momento cuando sentí que los había perdido también mucho tiempo atrás. La única vez que traté de tener contacto con ellos, mi padre se había limitado a decir que yo estaba muerta para él.

Así fue que recordé lo que era tener la necesidad de conocer tu sitio correcto. Ese lugar en el que encajas aun cuando puede ser el más defectuoso del mundo.

—Me tendiste una trampa. Esto es injusto —murmuré.

—Medidas desesperadas, mi amor —refutó él—. No sé tú, pero yo estoy seguro de lo que quiero. Y lo quiero contigo. Aquí o en marte.

Aspiré el aroma de su perfume; un olor bellísimo a madera se grabó en mi memoria. Aunque sabía que, de él, si me quisieran obligar a hacerlo, jamás podría olvidarme.

Por la mañana, habían recibido un paquete; pero como Javier aseguró, no se molestó en abrirlo. Lo tiró a la basura y lo apiló junto a un montón de cosas inservibles. Dijo que no le interesaba lo que hubiera allí. Estuve a punto de replicar, imaginándome que alguien podría sacarlo de la basura. Sin embargo, Javi me persuadió para que me olvidara del tema.

Dijo que nos quedaba muy poco tiempo aquí. Ya comenzaba a extrañar a todos en mi trabajo.

No obstante, era un paso que ya no me aterró como al principio. Ahora era solo un pequeño vestigio de miedo. Confié en que se iría pronto.

—Solo júrame una cosa —pedí. Eché la cabeza atrás para poder mirarlo. Él acarició mi mentón con sus dedos y, ante la sensación de sus yemas sobre mi piel, cerré los ojos para tomar un poco de aire; necesitaba concentrarme; necesitaba tomar una decisión—. ¿Estás haciendo esto porque piensas que voy a irme?

Escuché —y también lo sentí— que suspiraba. Me observó los labios y dijo—: Quiero esto porque te amo. Ojalá tuviera una mejor explicación —se agachó para darme un beso fugaz y lento—, pero es lo que soy. Y esto lo que creo: si te amo, me caso contigo, y paso el resto de mi vida a tu lado. Punto. Solo tienes que decir no quiero o, simplemente, elige un engarce.

—¿Y por qué no lo elegiste tú? —repliqué.

Javier entornó la mirada; tras frotar la punta de su nariz con la mía, me espetó—: Nada de lo que hay allí me parece digno de ti. Pero sé que tú eres sencilla y práctica así que...

—Algo me dice que esto es una locura —sonreí, muy a mi pesar.

—Cass, no tenemos cinco años, amor —repuso él—. Entonces, ¿sí?

Nos miramos un par de segundos.

Yo contemplé, además, la fijeza con la que me miraba. De pronto quería comérmelo a besos, abrazos y caricias.

—Sí, ¿qué? —inquirí.

Él entrecerró los ojos, torciendo una sonrisa; era preciosa. Uno de esos gestos que calman cualquier sentimiento de tragedia.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó.

Ladeé la cabeza, expectante. Al final me incliné para darle un beso suave en los labios y dije—: Sí.

Su sonrisa se hizo más ancha. Y mi corazón también se alegró de su felicidad.

Javier se agachó para besarme otra vez, pero su ansiedad fue más notoria. Aunque me dio a entender que se encontraba lleno de alegría, me pidió que esperara en lo que iba por Mariano para que pudiera elegir el engarce de la piedra.

Salimos de la casa dos horas más tarde, después de que Nico me abrumara con chistes respecto a tener que soportar a su hermano. Me recordó que cuando lo conocí y yo quise renunciar, todo mundo me preguntó si me había hecho algo; ahora comprendía a qué se estaban refiriendo. Javier era una persona difícil de tratar.

Sin en cambio, por mi parte, todo lo que hice fue encontrarme.

Él había tenido que pasar a recoger una grabadora a la oficina; yo estaba esperando en el auto y, como se tardó, me bajé para recargarme en la puerta. Aunque era domingo, varios periodistas y empleados se encontraban deambulando por allí. Escuché que un coche aparcaba justo detrás del auto de Javier así que me volví para ver.

Thalía se bajó del vehículo. No alcancé a vislumbrar a quien conducía. A pesar de eso, levanté el mentón y la miré, desafiante.

—Tenemos que hablar —farfulló ella.

Negué con la cabeza, pero quiso tirar de mi antebrazo. No se lo permití y me zafé sin decir nada.

A mis espaldas, gracias al cielo, oí que Javier saludaba a la muchacha, como si fuera cualquier persona. Vi que su rostro estaba enmascarado de furia; Thalía, por otro lado, clavó la mirada en él y sonrió.

—Entra en el auto, Cass —dijo Javier.

Incapaz de decir otra cosa, estiré la mano para abrir la puerta.

Jalé la manija y, justo en ese instante, escuché que Thalía me espetaba—: ¿Te vas a casar, entonces?

Le devolví la mirada, presa de la angustia. Solo tenía una manera de saberlo (y no podía significar nada bonito). Javier se aproximó a mí y abrió la puerta de par en par. Señaló el asiento, más exigente en esta ocasión.

Tragué saliva y me metí a mi lugar.

—Estás en problemas, Javier —gruñó Thalía.

La alarma de mi cuerpo se encendió tras escucharla.

—Tu coche está estorbando —respondió él.

Un silencio gobernó durante varios minutos, antes de que Javi entrara al coche y lo pusiera en marcha. Observó por el espejo retrovisor y, supuse, cuando el carro de Thalía salió del estacionamiento comenzó a maniobrar con el volante para alejarse de allí.

Estaba tan callado que en el primer semáforo me entretuve mirando cada facción de su rostro. Su preocupación era evidente. Y de cualquier forma se las arregló para devolverme la mirada y sonreír.

—Todo va a estar bien —dijo; alcanzó mi mano con la suya y se reclinó hacia mí un poco, llevándose mis yemas a los labios—. Es una promesa.

Asentí.

Decidí creerle porque era todo lo que tenía. Si no confiaba en él, en lo que éramos juntos, mi vida quedaba resumida a ser una gran y dolorosa nada.

El semáforo no había cambiado al verde; la calle se encontraba parcialmente vacía. Javier echó un vistazo hacia atrás y le hizo una seña al guardia de seguridad que rodeaba el edificio del periódico —que estaba a unos cincuenta metros—; una vez que se percató de que ningún otro vehículo transitaba por ahí, condujo a vuelta de rueda por el pavimento y giró hacia la calle que tomaría para ir a la villa.

Más adelante, vislumbré el coche al que se había subido Thalía minutos atrás. No quise mirar hacia Javi porque no pensaba ponerlo nervioso o preocupado por mi culpa, pero fui consciente de cómo la sangre se esfumó de mis mejillas y un frío polar se colaba por mi cuerpo. Me sudaron las manos; apreté la tela de mi blusa en ellas para controlarme.

—Da la vuelta —musité.

No me volví a mirarlo. Por el rabillo del ojo vi que él movía la palanca de cambios y trataba de poner reversa, pero un golpe en la defensa trasera del coche nos lo impidió. Entonces, sí, lo observé, alarmada. Él se inclinó sobre su costado derecho y frunció las cejas; el auto recibió un nuevo empujón.

Abrí los ojos ante la perspectiva de aquello, de lo que significaba.

El otro auto, el que yo miraba con los ojos entrecerrados, retrocedió tan rápido que emití un gemido de terror al imaginar que impactaría contra la parrilla del de Javier; sí se estampó contra nosotros, pero el daño fue minúsculo.

Yo conocía al tipo que se bajó de él. Quería salir para correr de regreso al edificio, a salvo donde había más personas. Pero el otro sujeto, el que se había hecho pasar por portero de mi edificio, tocó la ventanilla de mi lado, con sus nudillos; alcé la mirada a él, presa del miedo y el desconcierto, aunque gran parte de mí ya sabía lo que iba a pasar.

Javier tenía la mirada clavada en la persona de su lado; cuando miré hacia allá, me di cuenta de por qué no se movía ni un centímetro. El otro tipo volvió a tocar mi puerta.

—Quédate dentro —me dijo Javi.

Una punzada de dolor se incrustó en mi pecho.

Negué con la cabeza, asustada.

—No, no —susurré, el escándalo en mi voz. Así mi palma del brazo de Javier en el momento en el que él sujetó la manija para abrir su puerta—. No lo hagas.

—Cassandra, te acabo de prometer algo, ¿te olvidaste? —replicó él.

Volví a sacudir la cabeza y lo agarré con las dos manos.

—No vayas —supliqué.

Él no dijo nada y, despacio, se liberó de mi agarre. En cuanto puso un pie en el asfalto, tras abrir la puerta, el alma se me salió del cuerpo. El sonido de los toques en el vidrio se abrió paso en mis pensamientos; oí que Javier le explicaba algo sobre las leyes de la ciudad y lo llena que estaba de cámaras aquella zona.

Pero el sujeto solo le exigió que se moviera.

Lo vi asomarse al interior del auto y, cuando vi el arma que colocaba en el respaldo del asiento del conductor, supe que en esta ocasión Javi no podría hacer nada por mí. En este momento, me tocaba a mí hacer algo por él.

—Necesito que me acompañes —murmuró la bestia, que me miró con aprensión y cero emociones.

No respondí.

—Te dije que la dejaras tranquila —espetó Javier; el ruido que provocó su voz en mi interior, me obligó a tomar una decisión apresurada.

—Y yo te pedí que te quedaras al margen —sentenció el tipo.

No me hice esperar. Abrí la puerta y bajé tan rápido que no me di cuenta de que el segundo gorila ya no se encontraba de mi lado, sino que estaba justo detrás de Javier. Me obligué a no mirarlo.

Respiré por en medio de mis labios y me abracé a mí misma.

—¿Y si te digo que no me quiero ir con ustedes? —dije.

El hombre frente a mí, que también le apuntó a Javier a la cara, sonrió y enarcó una ceja. Tenía el aspecto de una persona que nunca dormía. Ojeras, arrugas por doquier, y un atractivo oscuro; era corpulento de manera hosca y descuidada, con proporciones que me causaron un asco inaudito.

Dio un paso hacia nosotros; hizo un movimiento con el arma y, sin un titubeo, puso el cañón en la frente de Javi.

—Súbete en el auto por las buenas, o quédate a mirar cómo le vuelo la tapa de los sesos.

Agaché la mirada y busqué cómo explicarme. Quería tener el valor de mirar hacia Javier y que él entendiera. Quería que supiera que aquello era

nada para mí, si eso significaba la paz para él.

Asentí, a pesar de que tenía ganas de hacer muchas cosas contrarias.

—Cassandra... —murmuró Javier.

Tragué saliva y, una vez que apreté las manos en puños y solté los brazos a los lados de mi cuerpo, esboqué una sonrisa que le dirigí, fingiendo que no me iba a morir por dentro si de verdad *esa* era la última vez que nos veíamos.

Pestañeeé varias veces antes de poder mirarlo por fin a los ojos, que estaban engurrñados.

Me encogí de hombros, incapaz de hablar por el nudo de dolor que se había formado en mi garganta.

—No dudes de mí —le pedí.

Una mueca de horror desfiguró sus facciones. Él intentó dar un paso en mi dirección, pero de inmediato los dos tipos que nos rodeaban se lo impidieron. Uno tiro de mí hacia adelante y el otro le pegó más el arma a Javier. Mi corazón, al ver aquel ademán, palpitó con tanta fuerza que pensé que en cualquier momento se detendría.

No hubiera sido extraño que, por separarme de Javier, la vida dejara de tener sentido.

Tal vez jamás me atrevería a renunciar a ella, pero saberlo lejos, era lo mismo que renunciar a mí misma. A lo que era de verdad, a lo que siempre quise ser.

—No voy a dejar que te vayas —gruñó.

Se me deslizaron dos lágrimas por las mejillas. Lo cierto era que no teníamos opción. Y él era consciente de ello. Pero me amaba y yo entendí su postura. Entendí que es difícil renunciar a algo que te hace tan feliz.

Lo supe porque yo me sentía igual.

—Tiene que ser así —dije.

Miré al frente y, dejando que el sujeto me guiara, comencé a caminar hacia el coche que había aprisionado al de Javier. Oí que él gritaba mi nombre y que alguien soltaba una carcajada a mis espaldas. Apreté los párpados para reprimir el llanto. Obedecí al ademán del gorila y entré en el vehículo sin poner ninguna objeción.

Thalía estiró su mano para tocarme, pero lancé su muñeca a un lado.

—Ni siquiera lo pienses —le dije.

—Esto no es mi culpa, Cassandra —musitó ella.

Su voz tenía un ligero dejo de dolor. No le hice caso. Escondí la cara entre mis manos y aspiré profundo. En realidad, busqué el aroma de Javi en mis

dedos, pero no lo encontré. Las ganas de llorar se hicieron nudo en mi pecho conforme sentía más cercana mi cárcel. Apoyé la cabeza en el espaldar del asiento y cerré los ojos.

La puerta del conductor se abrió.

—Un recuerdo —se burló el hombre y me arrojó, acomodándose en su lugar, algo en el regazo.

Levanté las llaves y las observé. Eran las del coche de Javi.

Oí cómo Thalía murmuraba algo, pero no le puse atención.

—Por lo visto, te gusta generar líos —dijo el sujeto.

Tampoco le respondí. No tenía nada que decirles. Ya me había hecho a la idea de que no se irían de mi vida tan fácilmente. Pero esto... se salía de mis estándares.

—Los jefes tienen algo que decirte —señaló el hombre otra vez.

Volví la vista al frente, extrañada por lo que había dicho.

—¿Los jefes? —pregunté.

Él me aseguró que tenía órdenes específicas de arrastrarme de nuevo a Monterrey. Pero...

Javier dijo que Vinnie no estaba trabajando más para Valeria. Y me pregunté quién se lo habría dicho. Recorrí el interior del auto con la mirada mientras se movía a toda velocidad por una avenida solitaria.

Miré hacia Thalía, que me hizo una seña; comprendí su movimiento y me recargué de nueva cuenta en mi lugar. El gorila no tenía idea de que Vinnie y Valeria estaban separados, pero el coche no era un buen lugar para decírselo.

El miedo, conforme me imaginé lo que tendría que hacer una vez llegáramos a donde quiera que estuviera dirigiéndose, se convirtió en otra cosa; al descubrir que Javier ya tenía idea de que aquello podría pasar, me sentí defraudada y al mismo tiempo presa de una idea terrible respecto a él: por eso su prisa por casarse conmigo.

Porque ya había recibido este tipo de amenazas.

Entonces las advertencias de Thalía cobraron sentido. Me di cuenta de que se me daba fácil juzgar a las personas que estaban en la misma situación que yo.

*

—Tienes que esperar para hacerlo —dijo Thalía, que se sentó frente a mí en la cama—. Vinnie tiene que estar presente.

—No me va a dejar ir —musité.

—No le quedará de otra —respondió—. Mira, le dije a Javier que esta era la única forma, pero se negó a pedirle ayuda a Valeria en ese sentido.

—Porque no sabemos lo que le hará —contradije.

Estaba de acuerdo con la opinión de Javier. Me imaginé que se hubiera sentido fatal de recurrir a la persona que nos causó muchos problemas en un inicio. Aun así, era, como bien decía Thalía, la única opción.

De cualquier manera, aunque Javi tuviera las mejores intenciones para proceder, el mundo jamás iba a permitirnos actuar sin corrupción.

—Si quieres tener una vida fuera de todo esto —susurró Thalía—, tienes que hacerlo. Ojalá tu novio no fuera tan obstinado.

Clavé la mirada en ella. Desde este ángulo, parecía muchísimo más joven que yo.

Nunca le había preguntado cuántos años tenía ni cuál era su historial con ellos. Pero en ese momento, me dieron ganas de saberlo todo sobre ella; la visualicé en un ambiente pobre, lleno de miseria, donde lo único que tenía para sobresalir era su belleza.

—No sé por qué haces esto por mí —dije—, pero gracias.

Ella suspiró y de inmediato dijo—: Es bonito ver que alguien se puede salir de esto. Yo no me lo puedo permitir ahora, así que...

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Cosas familiares que hacen que esto valga la pena —sonrió, su gesto lleno de nostalgia—. Se gana muy bien y no tengo que aparentar nada, salvo sonreír y conservar un poco la belleza. Mientras dure... Lo que te hizo Vicente a ti, en cambio.

Guardé un silencio prudente. Entendía que ella no quisiera tocar temas íntimos sobre su familia (nunca me imaginé que tendría una). A mí me pasaba lo mismo: porque en este mundo es lo único que tienes. Tus sentimientos. Si los entregas a la persona equivocada, estás perdida.

Abrí la boca para preguntarle algo más, pero el chirrido de la puerta abriéndose interrumpió mis intenciones. Thalía y yo nos miramos. Ella se puso de pie y, con gesto lastimero, miró a Vinnie, que se guardó las manos en los bolsillos del pantalón de lino que llevaba puesto.

Sí, tenía una elegancia enorme. Pero por experiencia sabía que era el ser más repugnante del mundo.

—Ve afuera —le dijo a Thalía.

No había dejado de mirarme. Cuando la chica le obedeció, yo me puse de

pie y adopté mi postura más indiferente. Algo que le mostrara que, en cuanto a él, no había guardado ningún recuerdo bueno. Todo lo había tirado a la basura. Todo se había ido.

Ni siquiera podía odiarlo.

Solo tenía un par de minutos para hacerle saber que de mí no obtendría nada.

Mientras observaba su rostro, intenté evocar cada una de las memorias que atesoraba en mí como lo máspreciado. Al principio, creí que solo recordaría a Javier, que su imagen sería todo lo que podría ponerme en la cabeza para actuar sin miedo, pero, en cambio, sonreí ante la noción de saber que también Nico, Mireya y los demás, eran importantes para mí.

Habían transcurrido solo un par de horas, y yo sentí que pasaban siglos enteros mientras trataba de jurarme que iba a enfrentar a Javi. Para decirle cuán malo era guardarme secretos.

Y después asegurarle que, conmigo, no tenía que ser un héroe. Yo iba a salvarme sola para poder estar con él.

—Creí haberte dicho que eras mía, y de nadie más —dijo Vinnie.

Se ajustó los gemelos de la camisa.

—Lo siento —musité—, me olvidé de ti apenas dejé Monterrey.

—Sí —se rio él—, se nota.

Quizás podía ver que mi cuerpo temblaba ante su presencia. Pero no me importó.

En cualquier momento, Thalía les diría a los gorilas que aquella no había sido una orden de Valeria, y entonces el infierno se desataría frente a mis ojos. Tendría pocos minutos para salir de allí y evitar ver... cómo ejecutaban las instrucciones de la verdadera patrona de ese negocio.

A pesar de que quería mostrarme impávida, Vinnie hizo que se me erizara la piel. No como cuando mis emociones rebosaban alegría, sino miedo.

—Tenemos mucho de qué hablar, *Glory* —dijo—, pero no aquí.

Él miró su reloj de pulsera y sacudió la cabeza. Lo observé caminar hacia la maleta que estaba en el rincón del cuarto y, al ver que no se percataba de la presencia del gorila más grande, al que le decían Brutus, yo me senté en la cama otra vez. Estaba lista para presenciar el mejor número teatral de toda mi vida.

Ver cómo el diablo le cobraba sus facturas, me provocó un placer que no quería experimentar. Pero, como todo ser humano, me fue inevitable.

—¿Jefe? —lo llamó su guarura.

Vinnie se volvió, sorprendido.

—Les dije que no nos molestaran —exclamó.

—La señora está al teléfono —insistió Brutus y se acercó de dos pasos a Vicente, que palideció.

Recuperándose en el acto, hizo un aspaviento y siguió buscando algo en su maleta. Sacó un bulto negro y, sin dejar de mirar al guardia, alzó las cejas.

—Dile que estoy ocupado —refunfuñó.

—Ella dice que es importante —replicó el hombre.

Cuando Vinnie sujetó el teléfono por fin, vi que el guardia se sacaba el arma del cinturón. Me miró, enarcando una ceja.

—Sal —me exigió.

Por única vez en mi vida, me permití sentir lástima por aquellas personas, por todos los que, de alguna manera, se habían involucrado en ese mundo de sangre y venganza, donde los escrúpulos no se usaban en lo absoluto. Fui mucho más consciente de lo afortunada que yo era cuando la mirada de Vicente se ensombreció, y luego se posó sobre mí.

Entonces me erguí lentamente y di un par de pasos hacia él.

—No quería hacerlo, pero me temo que necesito perdonarte —dije. El guardia le hizo algo al arma porque emitió un chasquido. Lo miré de soslayo, pero, mirando a Vinnie, proseguí—: No vas a ser una sombra en mi vida. No voy a dejarte.

Su silencio fue toda la respuesta. No estaba arrepentido de casi haberme destruido. Al contrario, se mostró orgulloso de saber que, hasta ese instante, siempre había ocupado gran parte de mis pensamientos.

Eché una última mirada a su semblante e, ignorando al gorila, salí de la habitación sin volver a verlo.

Afuera, Thalía se levantó de golpe, después de haber estado en una silla. Se aproximó a mí y me extendió las llaves de Javier y una caja envuelta en lona negra. El otro tipo me abrió la puerta y me señaló la salida. No hubo necesidad de que dijera nada más. Quería marcharme antes de oír lo peor.

En cuanto crucé el umbral, y salí al pasillo, respiré hondo. No miré atrás ni pensé de nuevo en la mirada de Vinnie. De hecho, sentí que un aire caliente me cubría desde los pies hasta la cabeza; era algo que había experimentado varias veces. Solo con unas cuantas personas.

Presioné, cada minuto que pasaba sintiéndome más nerviosa, el botón del elevador. Mientras acudía a mi llamado, busqué una distracción en el suelo, preguntándome qué estaría haciendo Javier en estos instantes y cómo le iba a

explicar lo sucedido. Me visualicé frente a él, segura de que estaría enojado y preocupado a partes iguales.

Aún no lo veía y ya quería pegarme a sus brazos para que supiera cuánto lo amaba.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero en ese instante, quizás por obra del destino o tal vez porque yo también tenía una factura pendiente con el demonio, escuché que Thalía gritaba mi nombre. Por acto reflejo, solté la caja y me giré sobre los talones; Vinnie se dirigía hacia mí con grandes zancadas.

Thalía corrió detrás de él; tenía una mancha de sangre en la cara, y un hilo recorría su cuello. Retrocedí dos pasos y cerré los ojos cuando noté que Vicente Torales, el hombre del que me enamoré por primera vez, me apuntaba con un arma.

Supe bastantes cosas al tiempo que pensaba en lo que hubiera hecho de no estar aquí; me dije que en estos momentos probablemente estaría acurrada al lado de Javier, o quizás estaría manteniendo uno de esos pleitos que a él se le daban muy bien y que, por lo general, nos hacían terminar en la cama.

Había elegido un corte princesa para la piedra.

—Abre los ojos, Cassandra —susurró Vinnie.

Lo hice. Pero no para obedecer a su exigencia, sino porque, escucharlo decir mi nombre, convirtió aquella escena en mi realidad.

No fui Gloria al mirarlo ni fui Gloria la primera vez que estuvimos juntos, supuse que quería mirarme a los ojos antes de quitarme todo por completo. Sin importar ese hecho, no me moví ni intenté hacer otra cosa para defenderme.

Él sonrió; acompañando su mueca, el sonido de un disparo que surcó el aire.

Deseé tantas cosas antes de abrir los ojos otra vez: lo más cercano a mi mayor anhelo era, sin duda, aceptar que el pasado no me dolía como sí lo hacía el presente, con sus imposibilidades, con sus trabas y todas esas personas que se encargan de utilizarte como pantalla para encubrir sus propios demonios.

Pero me dije que esa era la naturaleza del mundo. Me dije que tenía que ser como Javi y adaptarme, aunque la solución a mis problemas no fuera la más blanca ni la más pura de todas.

Tenía la espalda pegada al metal del elevador, el corazón palpitándome lento, con pereza, y la mirada clavada en las dos personas al frente; el segundo gorila se aproximó a ellos y, antes de que Vinnie lograra accionar de nueva cuenta el arma, el hombre le aplicó una torcedura a su brazo y lo obligó a soltarla.

Thalía había sujetado la mano de Vicente justo a tiempo para que el disparo saliera en otra dirección, lejos de mí. En ese momento, cuando el guardia sometió a Vinnie, ella se movió hacia mí y levantó la caja. Dos guardias de la seguridad del hotel alzaron sus armas y le apuntaron a la segunda bestia, que tenía una herida sangrante en el hombro; seguramente Vinnie les había disparado antes de que saliera para buscarme.

Parpadeé al tiempo que me acomodaba el cabello, y resolvía quedarme callada mientras los tipos me preguntaban si todo estaba bien. Aunque no estaba herida, no podía describir mis emociones. Pensé en Javier porque eso me provocaba tranquilidad en el alma; pensé en él porque era lo único bueno de mi vida que Vicente, como me lo propuse, nunca logró manchar con su inmundicia.

Jamás en la vida tuve tantas ganas de abrazar a nadie.

Ni siquiera a mis padres, que habían sido mi forma de conocer los sentimientos. Sin embargo, fui consciente de que mi concepto cambió radicalmente por él, por Javier y su manera de demostrarme que no tienes que ser un santo y estar lleno de perfecciones para poseer la capacidad de amar a una persona con todas tus fuerzas.

Incluso las mías, exiguas en ese instante, se me antojaron insulsas. Él se

merecía más que las migajas de una mujer a la que le habían quitado todo. Se merecía que no tuviera más miedo y que, de una vez por todas, me dedicara por entero a vivir al lado de las personas que dejaron atrás mi pasado, mi antiguo nombre, los errores cometidos.

Cuando un hombre tiró de mí en dirección contraria del elevador, no puse objeción alguna. En compañía de Thalía, que se agazapó, temerosa, a mí, me arrastraron hacia una habitación del final del corredor, donde nos encerraron y yo me senté en la cama.

—Sacó el arma de su maleta —dije, recordando el ademán misterioso de Vinnie antes de que respondiera la llamada de su hermana (quizás porque supuso la orden que tenía el gorila)—. Iba a matarme. —Miré hacia la chica de aspecto tembloroso que se había recargado en el muro frente a mí. Ella me devolvió la mirada—. Iba a... Gracias, Thalía.

Me puse de pie y caminé hacia ella, que recibió mi abrazo luego de titubear varias veces. Vislumbré en su mirada una emoción particular. Era miedo. Ella negó con la cabeza y se peinó el fleco con los dedos. Se movió por la habitación mientras se abrazaba a sí misma. Había dejado caer la mirada al suelo e incluso alcancé a ver cómo le temblaban las piernas.

—Te juro que no tengo cómo pagarte esto.

—No pasa nada —admitió ella, en voz baja, pero no se dio la vuelta—. Igual y ya era hora de buscar otra cosa que hacer, ¿verdad?

—Tal vez —susurré, dudosa.

Aunque acababa de sonreír, había un dejo de preocupación en su tono. No le dije nada más y regresé a la cama para sentarme, los codos en el regazo y el rostro cubierto con mis manos. Al erguirme otra vez, Thalía se encontraba mirando por la ventana. A través de las rendijas entraba un chorro de luz que iluminó la alfombra del piso.

Admiré la sombra de la muchacha, formada en contra de la luz del sol.

—¿Cuántos años tienes, Thalía? —pregunté.

—Veinte —señaló, sonriendo de nuevo.

Era un gesto de pesadez, como si le avergonzara aceptarlo. Saqué cuentas en un pensamiento rápido y resolví que ella tendría que estar estudiando en ese momento. Hice lo mejor que pude cuando intenté pensar qué cosas le preguntaría Javier si, en unas cuantas palabras, quisiera saber su historia.

Recordé lo que me había preguntado a mí. Recordé lo que había escrito sobre mí.

En sus notas, Javier destacó que mi vida se podía resumir en que yo, como

persona, era una víctima más de un sistema en decadencia. Igual que Thalía e igual que Pamela, igual que Mireya, incluso, viviendo con alguien que no valoraba su cercanía.

Entre Thalía y yo no había muchas diferencias.

Salvo una: *Javier*.

—¿Te obligaron a entrar? —insistí.

Ella negó, aturdida.

Pasados unos minutos, ahora sí mirándome, los ojos llenos de lágrimas, dijo—: Como a ti, no, al menos. Mi papá es alcohólico y lo que gana lo invierte en su vicio. Lo demás alcanza para malcomer. —Gimoteó. Yo sabía que la excitación por lo ocurrido lo tenía en shock, pero de verdad quería saber más sobre ella antes de que las autoridades llegaran y no pudiéramos vernos más. Por fortuna, no se calló aún a pesar de sus lágrimas—. Dejé el bachillerato porque mi hermana tiene lupus y, pues, el resto es bastante obvio.

—Yo te entiendo —dije (porque era verdad)—. Sé muy bien lo que sientes.

—Por eso es bonito saber que existen los príncipes —lloriqueó, dándose la vuelta a la ventana—. Una se cansa de besar sapos.

Hubiera querido decirle que era demasiado joven para decirlo. Pero yo apenas le llevaba cuatro o cinco años. Resolví que tal vez no se tomaría en serio mis consejos. Aun así, no me gustó que creyera que Javi había arreglado mi vida. Porque en parte no era así. La decisión de dejar todo había sido mía y, a pesar de que él influyó en mí lo bastante como para que tuviera otras ambiciones, mi mundo entero se podía resumir en una cosa: mi cenit.

El punto más álgido de mi vida, el momento en el que me di cuenta de que no quería ser un objeto.

—¿Qué va a pasar, Cassandra? —preguntó ella, ansiosa.

—Seguramente nos van a hacer muchas preguntas —respondí.

—Pero, ¿yo qué voy a decir? —se alarmó.

Permanecí en silencio varios segundos, sopesando aquel temor. Yo podía decir cualquier cosa, pero ella...

—La verdad —dije—. Que tú trabajas para Valeria y que yo era la novia de Vicente. Lo dejé y él vino a buscarme.

Thalía enarcó una ceja, pestañeando varias veces. Cuando se recompuso, se sentó junto conmigo en la cama y, sin mirarme, espetó—: ¿Va a funcionar? Quiero decir, ¿qué hay de Valeria?

—No te preocupes por ella ahora. Eso fue lo que sucedió, por lo pronto.

Ella acabó por asentir y se echó en la cama, los ojos cerrados.

Mientras tanto, fui hasta la mesa donde Thalía había dejado la caja y la abrí. En el interior, había un puñado de fotografías. Las revisé con atención, sin sentir nada en lo absoluto por las imágenes proyectadas allí. Una por una, las pasé hasta que llegué a una memoria USB. No tenía que ser un genio para saber lo que había allí.

Cargué con la caja y fui al baño. La memoria, luego de ponerla en el suelo, la hice pedazos con la suela de mi calzado y una vez que recogí los trozos, me encargué de romper todas las fotografías. Eran alrededor de unas veinte, que quedaron reducidas a añicos; las eché en la basura y cerré el contenedor.

Más tarde tendría que hacer de una y otra manera para volver por la bolsa. No podía dejar a la deriva la prueba de que lo que Thalía iba a decir no era del todo cierto.

Escuché que la puerta se abría y que varias voces se adentraban en la habitación. Traté de ignorar el golpeteo de mi corazón y el cómo las manos me sudaban frío. No obstante, al oír que uno de los hombres se presentaba como un agente del ministerio público, aquello ya no fue tan posible.

Me obligué a levantar el mentón y a salir del baño, decidida a que *Gloria* no hiciera más estropicios en mi vida.

*

Dos horas más tarde de hacerme un círculo vicioso de preguntas, el agente del ministerio me entregó su móvil para que hiciera una llamada, Solo una. A Thalía le fue negada porque según los hombres, su implicación en el evento — la muerte del gorila en la habitación de Vinnie— era más confusa de lo que ellos creían.

Yo figuraba como empleada de un sitio desde hacía siete meses y eso había inclinado la balanza de mi lado.

Antes de teclear el número de don Joel, me planteé la idea de llamar a Javi, pero sabía que si era él quien se enteraba primero de esto, iba a perder los estribos. Solo su familia lograría ponerlo en su lugar y hacer que actuara con la mente en blanco, casi con la cabeza fría —en el caso de Javier, lograr que se tranquilizara ya era pedir mucho y solo su padre tenía ese poder sobre él—. Tenía que ser de ese modo, frente a la policía.

Al principio, no paré de recibir miradas de desconfianza por parte del agente, pero una hora después de que mi relato coincidió con el de Thalía, sus

preguntas se desviaron por el lado del negocio de Vicente. Fui redundante en ese aspecto. Fui tan poco concreta que el hombre se rindió y, con una advertencia de que no podía abandonar en lo absoluto la ciudad, me dejó sola en la habitación otra vez.

Me pegué al muro de la ventana y miré la ciudad, el centro histórico que se observaba desde aquí. No tenía ganas de hacerme la fastidiosa pregunta, pero mi cerebro no tardó en darle vueltas a lo mismo, por casi media hora: Vinnie caería preso, eso seguro, y su hermana tendría que encontrar la manera de silenciarlo.

Por mi parte, estaba decidida a recompensar a Thalía. Era una chiquilla aún, con muchas cosas por vivir, con un anhelo y una esperanza, gracias a mí.

Todavía con la mente sumergida en ese pensamiento, oí que alguien discutía afuera de la habitación. Intenté sonreír, por la emoción que eso me causaba, pero una parte de mí se preocupó por la forma en la que Javier se iba a ver envuelto en aquello. Tragué saliva, poco antes de que él, por fin, abriera la puerta y, sin cerrarla, caminara hasta mí como hacía siempre: sin pensarlo, sin tener miedo de abrazarme ni dudar un segundo de quién era yo.

Sus brazos me rodearon con tanta fuerza, que me embargaron su olor y su calor en cuestión de un minuto. Cuando se separó, acunó mi rostro en sus manos y me besó las mejillas, los labios y el mentón, quizás buscando una manera de demostrarme que aquello era de verdad y que, gracias al cielo, no tendríamos que pasarlo otra vez.

Al menos, no tendríamos que enfrentar nada solos. Nos teníamos y eso era lo más importante.

—Me estaba volviendo loco —susurró, contra mis labios.

—Ya me hago una idea —dije, a punto de sonreír.

—El idiota del ministerio público quería que fueras a la delegación, pero está mal, muy mal —me espetó—. Lo que yo quiero es que tú estés a salvo lejos de todo esto, así que le di la dirección de la casa de mi papá.

Javi me buscó con la mirada, para tantearme. Me limité a sacudir la cabeza. No me iba a negar a seguirlo, no ahora, nunca más.

Miré hacia el pasillo. Había un par de policías allí.

Le puse la mano en el pecho a Javier y negué con la cabeza, comprendiendo que me tenía que ajustar a él en ese sentido. Ya me comenzaba a divertir su carácter. Tenía un brío muy especial, único, algo que nunca le había visto a nadie: porque ganas de defender lo que se quiere es lo que a muchas personas les falta para aprender a vivir.

—Tenemos que encontrar la forma de que alguien recoja algo que dejé en el bote de basura —musité, después de depositarle un beso en los labios.

—¿Algo? —se preocupó Javier—. Amor, date cuenta de lo que me estás dicie-...

—Son fotografías. Los restos —lo interrumpí.

El agente del ministerio entró en la habitación. Al plantarse frente a nosotros, sentí el amago que hizo Javier para atraerme contra sí. Dejé que rodeara mi cintura y que fuera él quien dirigiera la charla con el policía; nos explicó que Vicente sería llevado a un encierro preventivo, pero que él aseguraba que yo tenía mucho que ver en el asunto.

Javier, que no se dejó amedrentar por la actitud altanera del sujeto con placa, le preguntó si era todo. También le recordó dónde podía localizarlo —a él— si quería hablar conmigo.

En el estacionamiento del hotel, uno de los más prestigiosos del centro en la ciudad, nos esperaba Mauricio, dentro de su coche; no pude pasar saliva al imaginarme que el de Javier había sufrido un daño severo en partes importantes. Me subí en el asiento del pasajero y cerré los ojos para evitar evocar recuerdos que ya no valían la pena.

No dejé de pensar en Thalía mientras Mauricio conducía hacia la casa de los Guízar y una vez allí, cuando Joel me explicó lo que seguía —estaban muy bien informados en el aspecto legal—, me pidió que no me negara a quedarme allí al menos por unos días. No pude decir nada para, en efecto, negarme.

Me sentí en la necesidad de permanecer en la ciudad a todas horas; aún quería saber sobre Thalía y lo que iba a ocurrir con ella.

—Voy a matar dos pájaros de un tiro —dije.

Javier se volvió a mirarme. Estaba sentado en una silla, en el fondo de su habitación. Yo acababa de salir de bañarme. Mientras me secaba las puntas del pelo y cavilaba muy bien cuáles palabras usar para explicarle a Javi lo que decidí, recordé el pleito sobre el dinero que yo tenía guardado.

Él dejó su teléfono a un lado y caminó hasta mí.

La noche se había cernido por completo. Aunque estaba vestida solo con un bóxer de él y una camisa suya, de igual modo no tenía frío. La camiseta se me pegaba a los senos, rígidos por la tensión de todos mis músculos.

—Te escucho —me impelió Javi.

Suspiré, ya fatigada, pero dije—: Tengo una cuenta bancaria con todos mis ahorros. Pero ahora que tu tío está empeñado en enseñarme todo lo referente a comunicaciones en el periódico, creo que no voy a necesitar tanto de ellos. —

Lo miré. Él también tenía la vista clavada en mí, y parecía más cansado que yo —. Sé que en el fondo no quieres que lo use. Y con esto, te complazco un poco y me siento mejor conmigo misma.

—Tú puedes hacer lo que quieras con tu dinero —sonrió él.

—Dime algo —musité. Puse la toalla a un lado y me moví para pegarme a su cuerpo. Me abrazó, estudiando a conciencia mi rostro—. ¿Tenías miedo de que algo te pasara y por eso querías casarte tan rápido?

No me había respondido, y yo ya había podido leer sus gestos. Me dijo que sí con la mirada, cuando estudió la mía y acarició, con toda su palma izquierda, mi cabello húmedo. Y me dijo que sí con la boca, cuando depositó un pequeño beso en mi nariz.

Ante sus caricias, siempre me estremecía, pero en esta ocasión, sentí que al fin podía respirar profundo y decirle lo que de verdad me causaba estar con él.

—Esto —sujetó mi mano y se la llevó al pecho; mi palma y dedos resintieron el sonido suave de sus latidos; mi corazón palpitaba al mismo ritmo que el suyo—. Es todo lo que tengo para ofrecerte. A pesar de lo que la gente se imagina, no soy un hijo de papá ni mi familia la más rica del mundo. —A él, que nada parecía hacerlo flaquear, se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero no me lo pensaría dos veces antes de protegerte por encima de mi vida, Cass. —Sonrió con pesadez, agachando la mirada—. Hubiera querido hacerlo y, sin embargo, fuiste tú quien me demostró que estoy en lo correcto —añadió.

En cambio a él, yo no pude contener el llanto. Me apretó apenas notar que lloraba como una niña.

Dejé salir la frustración de aquel día, mi dolor, la impotencia. Y dejé salir mi necesidad de su protección.

Él me ayudó a levantarme y me sentó en su regazo. Escondí el rostro en el hueco de su cuello y su hombro, aspirando profundamente su olor y llenándome los pulmones con la realidad más dulce de mi vida; Javier estaba en lo correcto, sí: aún si era demasiado para ambos, yo también haría lo que fuera para proteger su integridad.

—Necesito que le pidas a Nico algo por mí —le dije, cuando me puse de pie.

Javier me ayudó a preparar la cama para meternos en ella.

—Es por Thalía, ¿verdad? —se interesó.

—Quiero saber todo sobre ella —dije, metiéndome en la cama—. Me

salvó la vida, Javi.

Desde el clóset, mientras sacaba prendas para dormir (antes se iba a meter a bañar), Javier me lanzó una mirada. Gran parte de la noche la habíamos invertido hablando sobre lo nervioso e impotente que él se sentía.

Le dije que no era importante ya.

Le dije que, desde que llegué a su vida, no había hecho más que cambiarla. Por supuesto, yo noté en su mirada que no se podía sacar la culpa —por haberme dejado ir con los gorilas—. Tampoco cuando se metió en la cama a mi lado sentí que se tranquilizara. Yo quería que me tocara, que me buscara más y más, que me desnudara el alma como sabía hacer; pero solo me hizo preguntas. Preguntas sobre mí, sobre si Vinnie me había tocado.

—No se lo permití —le aseguré, subiéndome a horcajadas en él, la luz del cuarto apagada—. En cuanto me subí al auto supe que las bestias no tenían idea de que Vinnie estaba por su cuenta...

Tras un suspiro y un silencio muy largo, Javier dijo—: No sé qué hubiera sido de mí si... si tú...

Lo besé. Nos acurrucamos juntos y, pegada a él, le espeté—: No me voy a ningún lado, príncipe. Estoy aquí, por ti y solo por ti.

Como ninguno podíamos dormir, le conté que Thalía me había dicho su proceder. Javier no quería que yo tirara mi dinero a la basura, así que me aseguró que él personalmente se encargaría de buscar si la historia de la muchacha era verdadera. También me juró que iba a hacer algo por ella en la delegación.

Dijo que le debía la vida.

O sea, la mía, pero yo ya sabía que ambas eran lo mismo.

—Dale tiempo —murmuró Mauricio, que se sentó en la sala y se repantigó, demostrando cansancio.

La jornada de trabajo había terminado; él me acababa de decir que había ido a por un encargo de Javier; en realidad, lo habían tenido desde la semana pasada. Sin embargo, hasta la noche anterior uno de los peritos encargados del caso de Vinnie no se había dignado a entregarle cierta evidencia que me involucraba en la escena donde arrestaron al susodicho.

Yo no sabía por qué Vicente Torales había accedido a no mencionarme. Pero estaba segura de que los Guízar tenían que ver en ello. Aunque, por el semblante de Javier los últimos días —después de que yo regresara a mi departamento—, tenía mis dudas: también me planteé la idea de que le hubieran pedido ayuda a Valeria.

En el trabajo, que era todo lo que me distraía de los horribles acontecimientos, Javier también se mostraba enojado, impaciente, y tal vez incapaz de comprenderme.

—Ha malinterpretado mi postura —me reí.

—Ya sé —dijo Mauri—, pero entiéndelo.

—Yo lo entiendo, Mau —respondí, y le di un vaso de agua—. Es solo que no voy a ser una carga para ellos y mucho menos a vivir en casa de Joel. —Me senté al lado de Mauricio antes de negar con la cabeza—. Javi piensa que eso significa que no quiero seguir adelante con el compromiso.

—Tamaño idiota mi primo —se carcajeó él—. Pero, insisto, dale tiempo; cuando vea que no es así, se le va a pasar.

Alcé las cejas al notar su escepticismo.

—No es un idiota, está preocupado por mí —dije. Le di un sorbo a mi té—. Yo ya le advertí que me siento bien. De hecho —sonreí, para mí misma—, nunca en mi vida me había sentido tan liviana.

—Entonces —suspiró tras beberse el agua de un sorbo largo—, te dejo las pruebas del delito y tú te encargas de desaparecerlas, ¿cierto?

Asentí. Cuando Mauricio salió del departamento, me di cuenta de que aparte de las fotos rotas de la habitación, también había una carpeta con

documentos. Inhalé muy hondo para darme valor antes de examinar lo que el ministerio público había recabado sobre mí.

En las noticias no figuraba mi nombre, tal y como Javier me había prometido. A la fecha no sabía si sentirme culpable por los métodos de la familia o segura gracias a que no habría manera alguna de implicarme en ello. Tampoco a Thalía. A ella, al parecer, le habían ofrecido cierta discreción (por sus nexos con autoridades elevadas).

A mí, sin embargo, me faltaba averiguar qué pensaba Valeria de todo el asunto: porque si su nombre salía a relucir, adiós a la privacidad que nos había prometido.

Abrí la caja y saqué el contenido, depositándolo en el sofá. Solo me quedó una opción cuando leí las declaraciones de Thalía y Vicente; ella no había dicho mi nombre, pero Vinnie... Torcí una mueca, guardé la carpeta otra vez y envolví todo en la misma bolsa. Busqué un contenedor de aluminio, me metí en el baño y le prendí fuego al interior del bote; mientras observaba cómo consumía las fotos y los papeles, me acerqué un par de utensilios para limpiar el desastre.

Al acabar, oí cómo la puerta de entrada se abría y se cerraba simultáneamente. Me limpié las manos, segura de que Pamela había vuelto de su entrevista de trabajo; referente a ella, también había tomado una decisión.

—Cass... —su voz irrumpió en el baño.

Como la puerta estaba abierta, ella se quedó recargada en el marco y entornó la mirada, curiosa. Le sonreí. Tras ponerme de pie, comencé a recoger los estragos de la destrucción abajo en el piso; dejé a un lado el bote de basura, Pam observándome como si estuviera viendo la hazaña más impresionante del mundo.

Negué con la cabeza, y me recargué en el lavabo detrás de mí.

—Javier está enojado otra vez. Conmigo. —Me pasé los dedos por el fleco, divertida.

Era verdad que no distinguía una realidad más allá de mi vida, compartida al lado de ese hombre; lo que sí había cambiado gracias al desastre anterior, eran mis ganas de ser fuerte. Ya no sabía si solo por él o por todas esas veces que fui débil.

Quizás lo que Javi me ofrecía era una seguridad que muchos envidiarían, pero, al fin y al cabo, esa salvación no se sentía del todo mía si no empezaba a tomar decisiones sola. Decisiones como la que tomé al querer investigar sobre la vida de Thalía, a la que no había visto desde la habitación del hotel.

A eso, claro, Javier se opuso al principio: no a que quisiera saber de su vida, sino a que quisiera remunerar lo que había hecho por mí. Aunque no sabía si ella iba a aceptar, en mis pensamientos no había otra manera de empezar a agradecerle.

Sin decirme más, con su trabajo a cuestas, Javier le ordenó a Nico que me ayudara en eso.

—Pensó que ya te había amarrado —se rio Pamela, echando un vistazo al interior quemado del bote de basura—. Ya se le va a pasar.

—¡Pero si yo no he roto el compromiso! —dije, con fingida indignación.

—Tampoco llevas el anillo —replicó Pamela.

Se sentó en el retrete con la tapa baja, cruzándose de piernas. Ya no había rastros notorios de la paliza que le habían dado; su mirada lucía cansina y sincera después de todo ello: aun así, noté que me evadía unos instantes.

—A ti te pasa algo, ¿cierto? —inquirí.

Pamela se encogió de hombros.

Sacudí la cabeza para hacerle saber que esa artimaña no iba a funcionar conmigo.

—Es que...

—No me digas que no te dieron el trabajo —dije.

Ella sonrió, pero no hizo nada más; pasados unos cuantos minutos, al tiempo que yo me hacía un moño con el pelo, ella continuó—: Me encontré a Javier en la imprenta. —La escuché suspirar. Por su tono lacónico, supe que lo siguiente que dijera no me gustaría escucharlo, así que me preparé mentalmente—. No se veía tan enojado como dices.

A través del espejo del tocador, le lancé una mirada suspicaz. Me hice como la que no entendía bien a dónde quería llegar, pero me bastó ver sus cejas arqueadas y la mueca de pena en su rostro para comprender a qué se refería. Fruncí los labios en un gesto de despreocupación y, cruzándome de brazos, me giré hacia ella.

—¿Qué estaba haciendo en la imprenta? —pregunté.

—No sé —dijo Pam; decía la verdad y de eso yo era muy consciente—. Fue con su papá. Y con su ex, que por cierto se me hace muy simple, nada que ver contigo...

—Marisol es una mujer hermosa y tú no tienes por qué decir mentiras para hacerme sentir bien —musité; fingí una sonrisa, pero lo cierto era que casi en el acto me había ardido el pecho; una sensación desagradable hizo mella en mi garganta, hasta que me obligó a carraspear—. ¿Te dijo algo?

—Me dieron la bienvenida —respondió ella.

Hice un asentimiento y atravesé el umbral del baño. Cuando llegué a la cocina, oí que Pamela decía—: No tiene que significar nada, pero quiero que sepas que Javi no se veía entusiasmado con ella. Solo iba casual, como si no hubiera rencores entre ellos.

—Y eso es bueno, ¿no? —le espeté.

Luego de que me serví agua, me senté al comedor, un puñado de revistas de comunicaciones frente a mí. Tenía mucho que aprender con Joaquín de ahí en adelante, así que no iba a perder mi tiempo en cosas como celos sin sentido.

Pamela me miró al sentarse, a un lado de mí.

—Eso depende de cuán segura estés de ti misma —susurró—. La tipa no trabaja en un área cercana. Me da la impresión de que se está metiendo en tus terrenos a propósito.

—Yo no le he dado motivos —dije.

—Le robaste al galán —suspiró Pamela.

Puse los ojos en blanco, hojeé la revista y me detuve en una página que ni siquiera era de mi interés.

—No le robé a nadie —mascullé—. Tampoco sé qué es lo que le sucede.

—Y tampoco sabemos por qué Javier no le pone un alto —murmuró Pam.

Ante su comentario no pude hacer otra cosa que tragar saliva; la cuestión importante no era si yo estaba celosa de que Marisol rondara a Javier siempre que tuviera oportunidad. No. Lo extraño era el por qué él lo permitía.

Tendría que estarse haciendo una idea de lo mucho que a mí me disgustaría el saber que él no marcaba un límite entre su exnovia y su vida laboral.

—Javier no es tan infantil como para querer provocarme a celos, ¿verdad?

Pamela se mordió un labio.

—Eso también depende —dijo ella, levantándose de su silla.

—¿De qué?

La vi suspirar y después me espetó—: De qué tan enojado esté contigo.

Se marchó hacia su habitación y desde el corredor me gritó que se daría una ducha. No conseguí poner atención a las revistas de modo que me levanté y me fui a la cocina, decidida a preparar la cena. Pronto caería la noche y me iría a la cama, ansiosa porque el nuevo día diera inicio (ansiosa por enfrentar a Javier).

Comencé a buscar un sartén y un cuchillo, pero mis pensamientos lejanos a la comida fueron interrumpidos por los toques en la puerta. Al abrir, me

encontré con la mirada fulminante de Javi y la misma expresión que le había visto todos estos días.

A diferencia suya, yo mostré mi sonrisa más deliberada y estiré la mano para tocar su pecho.

—¿Mucho trabajo? —le pregunté.

Él hizo una mueca de fastidio y se abrió paso en el departamento, con caminar pausado, como si tuviera duda de entrar. Cerré la puerta y lo seguí, igual de silenciosa. Apoyó la cadera en la parte trasera de un sofá y sacó su móvil.

Me lo extendió en cuanto me planté frente a él.

—Nico averiguó esto —dijo Javier.

Leí lo que había escrito en las notas del teléfono; era una dirección, varios nombres y algunas anotaciones sobre las personas que figuraban allí. Mientras leía, me acomodé unos cabellos detrás de la oreja izquierda. Javier se cruzó de brazos.

Torcí un gesto al percatarme de que los datos no me eran suficientes.

—Es que yo quiero saber el estado de la hermana de Thalía —musité, en tono de disculpa—. Igual, mañana le puedo explicar a Nico que...

—Hasta ahora es lo que tenemos —me interrumpió Javi. Su semblante se contorsionó y me quedó claro que su presencia, y lo que había visto Pam, no eran una casualidad. Le devolví el teléfono justo cuando él dijo—: Y la verdad es que vine porque estoy seguro de que Pamela ya te contó.

Quise evitar sonreírle, porque la mueca no sabía a nada más que amargura. Sí, el retintín en la voz de Javi me produjo un aire de suficiencia, como si sus ganas de explicar algo que yo no pensaba reclamar fueran un mero acto delator.

Lo insté a hablar enarcando una ceja, pero él frunció los labios y cerró los ojos.

—Me contó que te vio en la imprenta, sí —dije—. Aunque me sentí incómoda, no me imaginé nada malo; hasta ahora. Porque estás preocupado por lo que Pam me hubiera podido decir. Lo cual resulta más... extraño viniendo de ti.

—Marisol creció conmigo, prácticamente —se excusó él, al tiempo que se rascaba la frente—. Es su cumpleaños.

—Cómo no me lo dijiste antes —susurré, Javi abrió los ojos, impresionado por mi tono—; le habría preparado un pastel.

Eché la cabeza atrás, poniéndome las manos en la cadera.

A él lo escuché resoplar.

—Mili y ella son muy amigas. —Javi dio un paso hacia mí—. Mi papá y yo íbamos a comer, Milagros se añadió e invitó a Marisol.

—¡Qué bien!

Me di media vuelta, ignorando el cómo había tratado de sujetar mi brazo.

No estaba enojada. No, el sentimiento que rumiaba mi mente era una incógnita; a lo mejor Pamela no había visto a Milagros, lo que explicaba su escepticismo. Sin embargo, me parecía más rara la actitud de Javier. Él hacía demasiado obvio el hecho de que me estaba ocultando algo.

En la cocina, sentí que se aproximaba a mí por la espalda; dejé que me diera un beso en el hombro y cerré los ojos cuando me abrazó por la cintura.

—Estoy aquí. Planté a mi papá porque no tengo idea de en qué cabeza le cabe a mi tía que puedo comer con Marisol sin sentir pena —susurró.

De igual manera, mis nervios no se aplacaron. Yo quería saber por qué él estaba pensando que una situación como esa, a mí me echaría para atrás en nuestra relación.

Me giré en los talones, mirándolo con fijeza.

—¿Por qué estabas tan preocupado? —le pregunté.

—No me gusta la idea de que pienses mal de mí. No de nuevo. Mucho menos ahora.

Su rostro se envolvió en una máscara que me dolió mucho. Era extrañísimo verlo a él tan vulnerable.

Fue fácil sentirme como una estúpida al darme cuenta de que yo lo vulneraba con mis decisiones. Y gracias a ello, me eché a reír; la confusión de minutos atrás se marchó al momento de que él también sonriera.

—No te olvides del engarce —le pedí, después de ponerme en puntitas y darle un beso en la nariz—. Luego me olvido que estoy comprometida con el ser más gruñón del planeta.

Oí que Javier gruñía y cuando levanté la mirada, me encontré con sus facciones todavía ensombrecidas por la pena. Deposité un beso en sus labios y me retiré un poco hacia la alacena.

—Sinceramente —respingó él a mis espaldas—, dudo mucho que vayamos a tener un compromiso corto. Pero no es eso lo que me tiene preocupado.

—¿Entonces? —pregunté, sin darme la vuelta.

Me podía imaginar su reacción; podía verlo apretarse el puente de la nariz, suspirar muy hondo hasta hacer que sus hombros se ensanchasen, y luego pude dibujar su mirada en mi mente, esa mirada que congelaba mis malos

pensamientos.

La incomodidad por Marisol aún repiqueteaba en mi pecho, pero no era más fuerte que los problemas actuales ni la incomprensión que giraba en torno de Vicente y Valeria Torales, cuyos destinos desconocía.

—Si quise casarme contigo fue para que estuvieras cien por ciento protegida —dijo—. Y, ahora que el sátrapa de Vicente está encerrado, aún tenemos que resolver algo. No quisiera exponerte. No quisiera que tuvieras que pasar por ello.

—¿Qué es eso? —inquirí.

Lo miré de frente al notar que él se acercaba a la alacena. Yo había puesto la mano sobre el granito, así que sentí cuando Javier tiró de mis dedos y los apretó muy fuerte entre los suyos.

Si bien pagarle a un perito para que omitiera ciertos detalles de la investigación y rescatar de una manera subrepticia la basura escondida que dejé en el cuarto —todo el piso había estado lleno de policías—, serían cargas pesadas para mí, fui consciente de que Javier tenía razón; todavía no me decía nada. No obstante, supuse a lo que se refería por su mención a Vinnie.

Ladeé la cabeza, mirándolo.

—No le tengo miedo a Valeria, cariño —murmuré—. Si tenemos que verla para saber cómo terminará esto, lo entiendo. Hagámoslo.

—Qué valiente, princesa —sonrió él, atrayéndome para abrazarme—. Lo siento mucho. Y siento también estar tan de mal humor, pero...

—Ya sé que estás pensando que no me voy a casar contigo un día y que ahora que estoy prácticamente libre todo serán largas. Pero te juro que lo único que quiero es ser alguien profesionalmente. No tiene nada de malo buscar el orgullo; llevo muchos años perdiéndolo y tirándolo por la borda.

Javier, con una ceja enarcada y su sonrisa más ufana, me dijo—: Pues lo siento de nuevo: mi intención no era que tú pensases que necesito de un papel para poder amarte.

—No te confundas —lo reprendí, más divertida que nunca, aunque el corazón me tembló por el vaticinio de saber que nos teníamos que meter en la boca del lobo—; yo anhele una boda como Dios manda, solo que en este momento necesito concentrarme en aprenderle todos los métodos a tu tío.

—¡Justo me preguntaba cuándo tendría oportunidad de hablarte en privado! —Pamela gritó desde la sala, al ver a Javi.

Él, disculpándose con la mirada, se recargó en la alacena para observar

cómo la muchacha se acercaba a nosotros, en la cocina.

Sacudí varias veces la cabeza; preferí volver a mi tarea de prepararnos algo de cenar.

—Y yo me preguntaba cuánto te tardarías en contarle a Cass —dijo Javier, desdeñoso.

A pesar de su tono, no había ningún dejo de recriminación. En cambio, lo sentí más relajado.

Incluso cuando Pamela masculló—: De haber querido, y si fuera mala amiga, le habría tergiversado la situación a la princesa. Piénsatelo.

Por el contrario a lo que creí que sucedería, Javi no respondió y se volvió a mí, para preguntarme si ocupaba ayuda. Le dije que prefería que bajara a comprar algo para beber —algo fuerte—, y apenas nos dejó solas, dejé el cuchillo y la tabla de picar sobre los cuadros de pimientos.

—Javi dice que tenemos que ver a Valeria —susurré.

Pamela se atragantó con su bocado de durazno; abandonó la silla en la que estaba y se plantó frente a mí.

—Espero que estés bromeando —dijo.

—Para nada.

Ella se tapó la boca con la mano derecha.

—Estaba pensando que tal vez deberías aprovechar para ir con nosotros y traer a tus hijos —le expliqué.

Sus ojos se aguaron de inmediato; evadió mi mirada y luego se peinó el cabello. Repitió la acción tantas veces que tuve que interrumpirla.

—Tengo ahorros —dijo—, pero todavía no creo poder...

—Por eso ni te preocupes —sonreí—. Ya decidí qué hacer con el dinero que Javier no quiere que use para que vivamos juntos.

—No, Cass, yo no podría —replicó la mujer, la voz quebrada.

Tras acariciar su mejilla y volverme para seguir con el salteado de pollo, le aseguré—: Ya tomé una decisión. Javi y yo vamos a Monterrey a encontrarnos con esa arpía, y tú recoges las cosas de tus hijos. Pienso estar un tiempo más en el departamento, en lo que me adapto al trabajo y consigo ahorrar un poco, luego tú te quedas aquí. Con tus hijos.

Ella había vivido el infierno por mí. Sin dudarlo ni un segundo, solo porque creía que yo era merecedora de una oportunidad de la que ella no gozaba.

Pues bien, si estaba en mis manos, yo iba a darle esa oportunidad.

Ahora solo me faltaba cerrar el ciclo más horrible de mi vida. Esa sería

mi manera de alejarme de la oscuridad para, finalmente, aprender a caminar en la luz.

En su modo profesional, Javier había logrado dejarme a la deriva, muy curiosa de saber cómo lograba ignorar la tensión, el arrebató del momento y el calor de la ciudad: porque, todo junto, a mí me tenía en una posición bastante incómoda. Una porque aquella no era una cena que fuésemos a compartir con una vieja amiga, otra porque al fin entendí la primera reacción de él, antes de emprender el viaje hacia Monterrey.

La cita se trataba de finiquitar un chisme. Así de sencillo: Javi me contó cosas superfluas. Dijo que su padre prefería que habláramos en persona con "la señora", ya que el trato que mantuvieron siempre fue por medio de llamadas celulares. Sin embargo, aunque yo quería enfrentarla y saber qué pensaba sobre lo que había hecho su hermano, mi corazón daba vuelcos al recordar lo fría que era Valeria y lo poco que le importaba todo lo que estuviera ajeno a sus negocios.

También tenía pensado preguntarle qué había planeado para Thalía. Ella, que era apenas una niña —creí que merecía una segunda oportunidad— y que había pasado ya un par de años en aquel sórdido mundo, aún estaba en la Ciudad de México, esperando a que el caso de Vicente Torales avanzara.

Desde su lugar, Javi me observó unos segundos y, al siguiente, se puso de pie; Valeria Torales se colocó frente a él; a primera vista era una mujer cualquiera. Pero me recordé a mí misma que estábamos en sus terrenos, en uno de sus tantos restaurantes: por eso se la veía como pez en el agua. Yo me limité a mirarla con decisión, sin ganas de apartar la mirada ni de demostrarle que me temblaban las piernas.

A decir verdad, no temblaba por miedo; temblaba porque quería decir muchas cosas y no sabía cuál de todas elegir.

—Pero qué ojeras, Cassandra —musitó la mujer, sentándose al tiempo que el mesero que se había aproximado recorría la silla.

Javier se sentó entonces, mirándome.

La aversión en su gesto era demasiado perceptible. Yo me imaginé que para él era difícil escuchar mi nombre en sus labios; lo supe porque a mí me causó repulsión. Así fue que me di cuenta de cuánto hubiera preferido que me

llamase Gloria. Gloria era el lado que Valeria tenía derecho de señalar.

No a mí; esta parte de mi vida estaba fuera de su alcance.

A pesar del agravio en su tono, hice lo que pude para sonreír. Meforcé a mantener la vista sobre ella y apreté las quijadas. *Más tarde*, me dije, *me podré enredar en los brazos del hombre que amo*.

—Tengo un trabajo que me cansa mucho, la verdad —dije, bajando la mirada a la copa que tenía frente a mí.

—Esclava del sistema —sonrió la mujer, y le lanzó una mirada rápida a Javier—, o de un hombre. Da lo mismo: puedo entenderlo.

Hice una mueca de advertencia y alcé mis dos cejas oscuras; en ese momento, después de analizarnos con algo más que diversión, Valeria le hizo una seña a un mesero, que acudió rápido a nuestra mesa y nos ofreció una carta. Como Javi y yo quedamos, pedimos un plato ligero. Valeria, por su lado, pidió el más extravagante del menú.

Era muy típico de ella que quisiera demostrar cuán superior en cuentas bancarias podía llegar a ser. Por alguna razón, ese detalle se me antojó divertido. Nada me parecía mejor para demostrar la pobreza de una persona que esa.

—Hablemos de cosas importantes —atajó Javier, una vez que el mesero se retiró. Le dirigió una mirada calculadora a Valeria—. ¿Qué hizo que tu hermano guardara silencio?

—A los cobardes se les calla con una advertencia, Javier —respondió ella—. Mi hermano perdió el norte hace tiempo, ¿verdad, Cass?

—Lo suyo no es cuestión de cordura —dije, a punto de sonreír.

Algo en la mirada de Javier me advirtió que tal vez no era sensato por mi parte hablar con tanto recelo hacia Vinnie. Al fin y al cabo, si ya no me importaba él, no tenía motivo alguno para prestarle tanta de mi atención. Me limité a entornar la mirada y a alcanzar mi copa para beberme el último sorbo de vino.

Valeria no ocultó su desdén ante las miradas que habíamos compartido Javi y yo.

—Cass tiene razón —dijo él—. El problema que tiene tu hermano es la falta de testículos. —La mueca que hizo a continuación dejó a la vista de ambas un nuevo aspecto que yo no le conocía: ya muchas personas me lo habían dicho y, de antemano, yo era consciente de que conmigo Javier siempre dejaba todo de lado; allí mismo, no obstante, era el periodista que me había entrevistado a mí también—. Ya se los van a enseñar allí dentro.

—Me voy a ocupar de que así sea —dijo Valeria; a ella le sirvieron de un vino blanco, indicado para el plato que le sirvieron después—. Suficiente tengo con los deslices de esos periódicos locales.

Javier y ella continuaron el hilo de la conversación, no sin que a mí me provocara náuseas el ver cómo él ignoraba todos los detalles fraudulentos de un negocio del que no quería volver a saber nada. Aun así, hice acopio del valor que me infundía el conocimiento de saberme a salvo de todo ello, lejos de la sangre que dejaba trabajar para personas así.

Aunque en el fondo me sentía culpable por aceptar las circunstancias tan fácilmente, por las noches seguía diciéndome que a veces no se puede salvar todo luego de un naufragio.

—Nuestro acuerdo persiste, siempre y cuando ustedes lo cumplan — señaló Valeria.

—Tengo los puntos muy claros —dijo Javier, como respuesta.

Volví a beber de mi vino y miré al plato de postre que el mesero había dejado en lugar de mi platillo anterior. Nadie se dio cuenta de cómo piqué el pastelito con el tenedor y de cómo el plato emitió un ligero chirrido cuando los dientes del trinche se clavaron en la cerámica; ellos estaban aún envueltos en ese trato que los Guízar hicieron cuando le saqué la agenda a Vicente.

Le oí decir a Valeria que desde entonces entre su hermano y ella había existido un contacto muy pobre, sino es que nulo.

—Thalía es una chica inteligente —suspiró la mujer—. De no ser por su llamada en este momento ustedes no estarían aquí, cerrando un trato con el diablo.

Su mofa era genuina e impasible. Sabía que en ese aspecto llevaba una ventaja sobre nosotros. Por eso yo no quería mover un dedo ni decir más de la cuenta. Todo llegaría a su debido tiempo.

—Hay una cosa más —dijo Javier, que me retiró la silla para que me levantara. Luego, poniendo la mano en mi cintura, continuó, Valeria mirándonos a los dos—: ¿Podemos estar seguros de que Vinnie no mencionará a Cassandra?

Ella nos guio hacia la salida del restaurante, pero se detuvo en el vestíbulo del enorme lugar. Reparó en un par de personas que entraban y, después de revisar algo en su bolsa de mano, nos miró a cada uno, deteniéndose un tiempo considerable en mí.

—Estará ahí una buena temporada. Y no, no va a mencionar a Cass.

Tal vez no comprendí algo en su tono o tal vez nunca llegué a conocerla

bien, pero supe que se me había pasado algo cuando Javier me sujetó la mano con fuerza y me atrajo hasta sí. Seguimos caminando con dirección al *parking*; el último tramo del pasillo se encontraba considerablemente oscuro.

Javier sacó las llaves del auto que había rentado y también extrajo su celular del bolsillo interno de la chaqueta americana que llevaba puesta. Alguien importante le llamaba, supuse, porque me hizo una seña para que nos detuviéramos. Valeria también lo hizo; posó su mirada gélida sobre mí. No la recordaba ser tan analítica conmigo ni tan paciente.

Siempre que estuve en su presencia, hizo abuso de su poder en mi vida. Me pregunté si se estaría pensando todo, si ya no querría continuar con el trato que tenían ella y los Guízar.

Mi vida por sus secretos.

Mi alivio, aunque todo eso era tan mórbido como la peor de las pesadillas, fue que yo ya sabía cómo iba a actuar y solo estaba esperando el momento en el que sacara las uñas. Le tenía preparada una sorpresa; casi mi seguro de vida mucho más fiable que la palabra de la familia de Javier, a la que nunca hubiera querido meter en ese charco de mentiras y corrupción.

—Era Pamela —dijo Javi, guardándose el teléfono en su bolsillo otra vez—. Dijo que tienes tu celular apagado.

Busqué en el interior de mi bolsa mientras comenzaba a caminar; en realidad, no tenía mi móvil dentro. Recordé haberlo dejado en el baño de la habitación, en el hotel. Se lo expliqué a Javier y él me hizo favor de enviarle un mensaje a Pam para indicarle lo sucedido.

Cuando levanté la mirada para observar a Valeria, dos hombres más se apostaron a sus lados. Ambos eran hombres corpulentos, que incluso superaban a Javier tanto en altura como en masa muscular.

Tragué saliva al comprender que, como había supuesto, Valeria había sacado las uñas por fin.

—Me preguntaba, Javier, si podrías dejarnos un momento a solas —espetó ella.

Él y yo nos miramos.

Traté de decirle, con una mirada, todo lo que sentía en su favor; cosas buenas me habían sucedido gracias a su familia, a su cariño desinteresado, pero lo cierto era que, para mí, en ese momento, lo más importante era dejarle muy claros mis sentimientos.

Como era de esperarse, Javier esbozó una sonrisa agria y se acarició el mentón con firmeza.

—Te juro que no la llevaré a ningún lado —se burló Valeria—. Ya la vendí al mejor precio que puede valer alguien de su tipo.

Otra mueca de acritud surcó las facciones de Javier. Me puse frente a él y, poniéndole una mano en el pecho, le dije—: No tardo.

Le clavé las uñas en los pectorales, aún por encima de la tela de su camisa, para que supiera que ese era el instante que yo le había advertido.

Mientras rodeaba a Valeria y veía cómo uno de sus guaruras lo seguía hacia el estacionamiento, rebusqué de nueva cuenta en mi bolsa; saqué el cuaderno fotocopiado, se lo entregué a Valeria y recibí la mirada angustiada de su parte.

Por fin abandonó la careta de superioridad y me mostró una de susto, incluso de miedo.

—A Vinnie no solo le faltan el alma y los testículos. También es un idiota; no usa el cerebro más que para meterte en problemas y eso lo sabes bien.

Como si no pudiera dar crédito de lo que veía, volvió a leer las primeras páginas del encuadernado; era la copia de la agenda de Vinnie, que nosotros teníamos guardada bajo llave. Javier también había decidido que esta era la única manera de alejar para siempre a la sabandija corrupta de Valeria.

Si sonreía como hasta hacía unos minutos, era porque me creía en sus manos, incapaz de hacer nada por mí misma.

—Está claro que algo aprendiste de nosotros —dijo ella—. No me extraña en lo absoluto. —Levantó la mirada, poniéndola en mis ojos pero con un aire de suficiencia—. Eres el mejor negocio que he concretado en mi vida, Cassandra. —Negó con la cabeza y se llevó la mano derecha a la boca, en la izquierda todavía sujetaba el cuaderno—. Espero que no se le olvide a tu galán de dónde saliste.

En esta ocasión, aunque lo intenté con todas mis fuerzas, no pude contener la risa. Alcé el mentón y eché un vistazo a la parte oscura del estacionamiento. No podía ver a Javi por ningún lado. El corazón me palpitaba muy aprisa y empezaba a notar el escabroso sentimiento de dolor en las sienas. Esa noche me prometí que me dormiría acurrucada en los brazos de Javier y que, al despertar, lo admiraría durante largos minutos para estar segura de que él formaba parte de mi vida.

Con Valeria frente a mí, me fue imposible no tener miedo. Miedo de sus palabras, claro; mi interior me decía que esa era su intención seguramente. Pero la situación era digna de los Torales.

Para enfrentarlos, había que estar seguros de muchas cosas: entre ellas,

una que a mí me preocupó siempre y que, aun estando tan cerca de atravesarlo todo, se convirtió en mi cruz. Si Javier aceptó sus chantajes, fue nada más por mí; si su padre y su tío aceptaron dejar de perseguir a Múgica fue por el amor que Javier me profesaba.

Valeria tampoco podía contestar mis preguntas, pero de todos modos quise humanizar su postura a pesar de saber sus bajos escrúpulos.

—Me rebajé a ser como tú —le dije y apunté con el índice el cuaderno—. Decidí que no quiero ser víctima tuya nunca más: eres mi pasado y quiero que permanezcas así hasta que te mueras o hasta que alguien consiga detenerte. No los odio: ni a ti ni a Vicente; me dan demasiado asco como para sentir otra cosa por las dos personas que más me han hecho daño en esta vida. —Di un par de pasos hacia ella; vi cómo apretaba la mandíbula y alzaba una ceja, petulante; tampoco importó; si hubiera querido cambiar de parecer, era muy tarde—. Si algo le sucede a Javier, a su familia o cualquiera que esté a mi alrededor, puedes contar con que esto llegará a las manos indicadas.

—Estás jugando con fuego —me amenazó.

—Lo sé —indiqué, al tiempo que daba un paso lejos de ella; el guardia que la esperaba ni siquiera me miró—. Pero tú te metiste conmigo primero. Supongo que estamos a mano. —Empecé a caminar y, justo cuando ella se giraba también, el rostro lívido por la novedad, le aseguré—: Sé de lo que eres capaz. Sé que si quisieras harías una llamada y mi vida no valdría nada. —Le sonreí y ella vaciló antes de hacer lo mismo—. Pero también sé que amas mucho tu dinero como para arriesgarte a perder un centavo.

—Vaya —dijo, caminando hasta mí—. Parece que ya nos entendimos.

Me rebasó sin decir nada más. En cuanto el guardia la siguió y me dejaron sola en el umbral, vi que el otro gorila les daba alcance y que Javier se aproximaba a mí con mucha prisa. Me jaló por la mano para guiarme al auto; le agradecí que no quisiera saberlo todo en ese momento. Ya lo compensaría en el hotel, y esperaba que Pamela hubiera vuelto de hablar con su madre para comunicarle que se llevaría a sus hijos.

Era verano de modo que el tiempo para la escuela se les acomodaba muy bien.

Dentro del automóvil, dejé la bolsa en el suelo y apoyé la cabeza en el espaldar; Javier encendió el motor, sin mirarme. Le escuché suspirar más de dos veces, por lo que, a sabiendas de lo que le ocurría, quise extender mi mano y acariciar la suya encima de la palanca de velocidades. Una vez más me dije que aquello no podía ser una casualidad simple y sencilla de la vida,

que tenía que haber algo del destino allí.

Admiré su perfil mientras conducía, silencioso; apenas llegar al *parking* de nuestro hotel, recargó la frente en el volante y luego se volvió a mirarme. Las pupilas le titilaron cuando un auto atravesó el estacionamiento.

Nos sonreímos en medio de la poca iluminación que nos otorgaba el tablero del coche.

—Eres mi heroína —dijo él.

Emití un gruñido de placer al oírlo con ese tono templado, tranquilo y a la vez emocionante; si se lo proponía, Javi podía ser incluso más altruista que Nicolás. Sus sonrisas eran siempre conciliadoras y en mi pecho se sentían como un colapso, un derrumbe, algo destruido para ser levantado de nueva cuenta, pero a su modo.

Me bajé del auto dispuesta a ir a la habitación y a no interrumpirme si él quería hacer uso de los privilegios de pareja que ya teníamos. Pero, después de que subimos en el elevador y comprobamos que Pamela había vuelto con sus dos ruidosos —y felices— hijos, comprobamos que no era ni el momento ni el lugar para descargar la tensión de la cena.

Pam nos contó que su madre estaba mitad triste y mitad feliz. Y Javier, como buen intermediario, le preguntó si el papá de los muchachos ya estaba al tanto de que se marchaban de la ciudad.

—Pues, sí —dijo—. Pero yo lo liberé de sus responsabilidades monetarias cuando se casó otra vez. —Estaba sentada en una silla, bebiendo whisky, igual que Javi—. Si no sentía amor del bueno por mis niños, no entiendo por qué habría de obligarlo a dar una manutención que no desea.

—Puede que se arrepienta —le dije.

A diferencia de ellos, yo estaba bebiendo agua fría.

Suspiré al notar la mirada de Pamela y el ligero titubeó que realizó antes de lograr proseguir—: Puede que se arrepienta algún día. No digo que no. Ya los niños decidirán si lo aceptan de vuelta o lo rechazan por completo; yo tengo todos los derechos, papel firmado por el juez de lo familiar. Así que no hay por qué preocuparse.

Nos fuimos a dormir pasada la medianoche. Partiríamos al día siguiente sin premura ya que todos teníamos compromisos laborales. Sin embargo, lo que yo más quería era ver por fin a Joel y a Joaquín para hablarles de lo que acababa de hacer.

Quizás no les había quitado todo el peso de su trato con Valeria, pero al menos no se verían obligados a pagarle algo más adelante por mi culpa.

Protegidos ellos, con mi vida en este punto tan incierto, no me quedaba más que aferrarme a la idea de que no es necesario haberse enamorado de alguien para tener deseos de cambiar.

Si ese era mi caso, tenía que agradecerlo; estaba convencida de ello, mucho más si Javier me abrazaba y me hacía sentir que, aunque independiente, mi cuerpo se amoldaba con el suyo. Como si algo divino lo hubiera predestinado así.

Marisol cerró la puerta en cuanto Joaquín se lo indicó, quedándose de pie a mi lado; no parecía tener ganas de sentarse. Pero el segundo señor Guízar, sin levantar la mirada desde la carpeta que estaba revisando, le ordenó que por favor tomara asiento en la silla desocupada también frente a su escritorio.

La oficina que ocupaba era enorme, un piso arriba de donde se encontraba la de Javi. También Nicolás se hallaba allí, en la reunión que su tío nos había pedido hacía como una hora. Dijo que quería ajustar unas ideas y necesitaba de la presencia de quien investigaba la veracidad de las noticias y la persona que las adornaba.

En mi caso, como era su aprendiz, estaba presente para oír cómo se ocupaba de todo; o más bien de cómo tenía que hacerlo yo en cuanto me sintiera lista. En mi interior, seguía sintiéndome incómoda alrededor de la exnovia de Javier, pero permanecí sonriente, descubriendo que los colmillos periodísticos de él no disminuirían nunca: en la nota que estaba leyendo mientras Joaquín ponía a los demás al tanto de sus planes —dejarme un poco de sus obligaciones en el foro—, fue que me percaté de que mi novio, o lo que fuésemos en estos momentos, había destrozado la yugular y la reputación de otro funcionario con un sueldo mayor del necesario.

Algo típico de mi país, era que cosas como esas se olvidaran rápido por las cortinas de humo; pero por personas como Javi, las mismas cortinas de humo acababan disolviéndose. Ese era el motivo principal de que su trabajo también tuviera ese tono tan violento si se le ponía la suficiente atención.

—Bien —sentenció Joaco, al escuchar que Nico obedecía a su anterior orden—. Por favor, Mari —repuso, todavía sin molestarse en mirar a la chica—, ya sabes qué hacer.

La muchacha a mi lado me miró por el rabillo del ojo, y después se puso de pie. También la imité. Sin embargo, no nos encontramos a la salida porque escuché que Joaquín me llamaba; me detuve en el umbral, agarrando la puerta y mirándolo a los ojos, a través de los lentes que él usaba si tenía que trabajar con letras durante mucho.

Su trabajo principal era decidir qué cosas transmitían; para ellos, no todas

las noticias tenían que pasarse por la televisión, mucho menos si pertenecían solo a la farándula.

—¿Qué tal, entonces? —inquirió, irguiéndose.

—Aprenderé —me encogí de hombros.

Llevaba conmigo la carpeta que tenía que usar toda la tarde para revisar los nombres de los periodistas y las notas a las que se las debía de dar seguimiento; en ello, habría que englobar además el marketing y si le convenía al periódico gastar para hacer de ojo público una posible noticia importante o el siguiente chisme.

Cuando vio que no tenía intenciones algunas de continuar hablando, Joaquín cerró sus carpetas, agarró unas llaves del escritorio y me indicó la salida. En el corredor, caminando hacia el ascensor y escuchando otra de las diatribas de cómo debía de enfrentarme a la veintena de hombres que trabajaban en el foro, vi que Marisol todavía estaba de pie frente a las puertas del elevador.

Joaquín se despidió y entró en la oficina de su hermano, a tan solo un par de puertas de distancia.

A pesar de que no me agradaba la presencia de Marisol, le sonreí al internarnos en el aparato; ella sacó su móvil y tecleó algo en él, pero cuando lo guardó sentí que me miraba directamente, así que me volví para observarla.

Hubo algo en su manera de estudiarme que me causó repelús, quizás algo mucho peor que la incomodidad. O tal vez era que ya había empezado a caerme tan mal como yo le caía a ella, y que el motivo fuera Javi me parecía ridículo.

—Pensé que eras una de esas pueblerinas asustadizas y que no sacarías provecho de nada en lo absoluto —susurró ella, tan bajo que casi no la escuché.

Aun así, enarqué ambas cejas y, convencida de que había oído muy mal y a lo mejor hasta malinterpretado sus palabras, entreabrí ligeramente los labios.

—Soy pueblerina —dije, por lo bajo; la sonrisa de ella se intensificó. La sentí como una luz verde para mis malos pensamientos—. Asustadiza no lo creo. Al menos no de personas que tratan de intimidarme con alevosía y ventaja.

Lo dije en serio: ese tiempo había terminado para mí. También me sentía muy en mi elemento como para darle permiso a una total desconocida para venir a desequilibrarme. Las puertas del ascensor se cerraron en ese momento;

respiré hondo y miré el metal lustrado que me permitió admirar mis propios ojos.

Estaba totalmente en lo correcto: yo no me dejaba asustar por personas que, sabiendo mis debilidades, se aprovechaban de ellos.

Pueblerina o no, Marisol merecía conocerme.

—Tal vez lo que necesitas es que Javier te aclare un par de cosas —dije y presioné el botón para bajarme en el tercer piso. La miré de frente una vez que las puertas se abrieron—. Con confianza. Cualquiera día de estos, le comento que te sientes minimizada por lo que su familia pudo o no hacer por mí.

—No pretendía...

—Claro que sí —la interrumpí, al ver su tono lívido y el titubeo que llevaba a cabo—. Pero vamos a dejarlo en que tú te arrepientes de juzgarme tanto y yo hago como que no existes.

Me di la vuelta, resuelta a contarle a Javi que tal vez había cruzado una que otra línea. En cuanto a los celos y al hastío, no conocía los límites; pensé que si le confesaba a él las cosas que acababa de decir, el peso de las mismas disminuiría. No obstante, cuando me asomé al interior de su oficina y vi que levantaba la mirada, con la misma afición por verme y revisarme desde los pies hasta la cabeza, me olvidé incluso del ardor en el pecho.

Javier se levantó en el acto, con el teléfono pegado de su oído izquierdo; me hizo una seña para que fuera hasta él y, luego de cerrar la puerta, apartó el móvil de su rostro. Tiró de mi brazo sin preguntarme nada. Con la nariz trazó una caricia a la altura de mi cuello. En esa posición, vi que tenía el procesador de textos abierto y que en él estaba escribiendo una nota, la cual yacía incompleta aún.

Busqué su mirada para hacerle la pregunta de si se encontraba muy ocupado o si esa tarde podríamos comer juntos.

—Nico me dijo que ya resolviste cómo ayudar a la familia de Thalía —murmuró él, después de depositar un beso sobre mis labios.

—Es mejor que Thalía no sepa que el dinero vino de mi bolsa —sentenció.

Nico, con su cerebro brillante, me ayudó a conseguir que una clínica se prestara para llevar a cabo el tratamiento de la hermana de Thalía; él mismo se iba a encargar de que todo pareciera una casualidad tremenda —de esas que solían rondar a mi alrededor.

—Tal vez deje su trabajo si se lo cuentas —repuso Javier.

—Tal vez —le dije—, pero me quedó claro que por el momento no quería

hablar conmigo.

Era así: me comuniqué con ella luego de nuestra cita con Valeria. Y no quiso encontrarse con nosotros; a Pamela le explicó que era mucho mejor que no volviéramos a vernos. Aparentar que éramos piezas de un rompecabezas diferente había sido lo más sano. Yo no sabía si era un pensamiento correcto o no. Sin embargo, lo acepté porque era su decisión y no pensaba obligarla a agradecerme nada.

Recargué la cadera en el escritorio de Javier; él me dio la espalda unos instantes y hurgó algo en su maletín. Al darse la vuelta, se había soltado los botones del chaleco. Su expresión no admitía que pudiera interpretar si estaba cansado, triste o tenía miedo de algo. Me crucé de brazos y quise poner mi mejor cara ante el mal presentimiento que se cernió a mí, como un parásito.

—Puedes usarlo hoy, mañana o cuando tú quieras —dijo.

Al hablar así, con ese tono de sueño y lucidez al mismo tiempo, descubrí que mi independencia lo hacía sentir más tranquilo; si yo no tenía miedo de algo, como hice en más de una ocasión, él pensaba con mayor claridad. Se volvía valiente otra vez; parecía haber llegado a su meta, a la cúspide de todo lo que se propuso un día.

Ni siquiera cuando Javier me puso el anillo en la palma de la mano derecha, sujetándola para que no la quitara en ningún momento, tuve miedo por mis emociones; por las cosas que sentía cuando él no estaba a mi alrededor, por los años que perdí sin conocerlo, por todas esas veces que me perdí en mí misma al imaginar que no me merecía otra cosa que la podredumbre del mundo.

Ese fue mi mayor problema con los Torales: me creí sus palabras. Me creí que era un objeto y que, más allá de la posesión, no iba a obtener nada más. Aun así, de un arrebató nocturno, nació el deseo de entregarme a lo desconocido. Y allí comenzó la historia de cómo redimí a Gloria para enterrarla por toda la eternidad.

—Es precioso —susurré; yo sí que me lo puse en el anular y alcé la mirada para comprobar que Javier estaría observándome. Coloqué la mano en su pecho y tiré de su corbata, para acercarlo a mi rostro. No lo besé hasta que dije—: Tengo que ser yo: de otro modo nadie va a tolerar ese carácter tuyo, mi amor.

—La más inteligente —murmuró él, recibiendo la caricia de mis labios.

Envolví mis brazos en su cuello y lo besé otra vez.

Alguien tocó a su puerta en ese instante. Javier se inclinó para besarme de

nuevo y, en cuanto espetó que podían pasar, empecé a acomodarle su corbata. Estiró su cuello un poco para que yo lograra un nudo perfecto. Como no pudo ver a Mireya en la entrada de su oficina, yo le sonreí a modo de comprensión.

La asistente de Javier, que aún no había dejado a su novio maltratador, se aproximó a él y le entregó una carpeta.

Él la recibió y se marchó a sentarse en su asiento de nuevo. Antes de salir de la oficina, Mireya hizo una mueca, indicándome que tenía que pasar por su oficina cuando terminara. Seguro que había visto el anillo y quería exprimirme los detalles. Aunque estos eran prácticamente nulos, me di cuenta de que quería contarle cómo me había tomado la propuesta de Javier al hacerla hacía más de un mes.

Él me tendió la nota que Mireya le había traído.

Pero no era una nota...

—Es... —titubeé.

Javi, desde su lugar, analizándome con la mayor atención posible, esbozó una sonrisa; parpadeé hasta que sentí que los ojos me escocían.

—Te lo dije; no era un simple artículo, cielo —respondió antes de que lograra articular algo coherente.

En realidad, quería ponerme a llorar por el orgullo que me provocó el saberme su inspiración.

—¿O sea que lo de escribir un libro sobre esto iba en serio? —le pregunté ahora sí.

Lo que Mireya le había entregado —y corregido—, era el primer capítulo de esa historia que comenzó en un hotel. Javier me lo había dicho, sí, pero supuse que, como varias de las cosas que me contó entonces, era solo una de sus maneras de expresarse.

Pues no había sido así.

Negué con la cabeza, sin dar crédito a lo que sentiría si un día él lograba terminarlo. El final probablemente estaba más lejos de lo que podíamos imaginar, pero si él lo escribía, yo estaba dispuesta a acompañarlo en el trayecto.

Volví a leer el título: rezaba Cenit.

Epílogo

Nicolás se despidió de mí dándome un beso en la mejilla; habíamos dejado a Mireya en la casa de una tía con la que mantenía mayor comunicación que con ningún otro pariente. Además, nos acababa de jurar que todo saldría bien. Estaba embarazada de tres meses. Según sus propias palabras, aquella era la última que le permitía a Rubén ponerle una mano encima.

Aunque me dio gusto que por fin se atreviese a dejarlo, no pude evitar preguntarme si el efecto nocivo posterior a la ruptura le causaría un mal al bebé. Solo me quedaba confiar en ella y darle todo mi apoyo.

Caminé hacia el auto de Javi, que me esperaba en el estacionamiento; no me miró cuando me senté en mi lugar ni tampoco lo hizo una vez que arrancó el coche. Yo ya sabía que su ensimismamiento se debía a la decepción y el enojo que le provocaba que Mireya no quisiera poner una denuncia.

Tenía la necesidad amplia de explicarle que, como sus amigos, el papel que jugábamos no era el de un juez, sino el de un soporte. Pero conocía tan bien a Javier que supe que, si intentaba persuadirlo de cambiar de opinión, también se molestaría conmigo.

Además, otro imprevisto había surcado su carrera; dos días antes, Múgica había sido asesinado, frente a un público que presenciaba uno de sus escandalosos mítines. Por lo tanto, el trabajo en el periódico y el foro lo llevábamos al tope, lo que nos dejaba poco tiempo para pasarlo juntos. Mucho más ahora que Joaquín quería dejarme más de sus obligaciones.

Mauricio estaba encantando porque, a pesar de que le pedí que dejara de hacerlo, él juraba que gracias a mí su papá había aceptado a su novia. Era una chica inocente, aunque se hubiera equivocado una vez; yo la entendía y me enojó bastante que los padres de Mau se opusieran en un inicio a su relación. Pero sí, cuando comenzamos a tratarla más profundamente, a los Guízar se les iluminó el entendimiento.

Con el control, Javier abrió el garaje de la casa; aparcó el auto y, antes de bajarse, me lanzó una mirada de cansancio. Me sonrió apenas. Yo lo seguí al ver que abandonaba el carro y se adentraba en el recibidor de nuestro hogar. Todo estaba en silencio y bajo una calidez asombrosa, algo que me daba alivio

en cuanto ponía un pie dentro.

Afuera el mundo dejaba de existir, porque este era el espacio que él y yo compartíamos.

—¿Quieres cenar? —le pregunté, dejando mi bolsa en uno de los sofás.

Él se sentó en el de una plaza y echó la cabeza atrás. Mirándome, susurró —: No tengo apetito.

Yo suspiré y caminé hacia él para sentarme en su regazo. Me recibió con calidez y tranquilidad, acunándome en sus brazos y apretándome quizás para reconfortarse.

—Estaba pensando que este año podríamos empezar a planear cierto evento —le dije.

Nos miramos un par de segundos, y cuando él apartó la mirada y la clavó en el techo, me di cuenta de que estaba más estresado de lo que creía.

Todavía no nos casábamos. En parte porque no habíamos tenido el tiempo suficiente y en parte porque a mí me había llevado cerca de dos años equiparar el paso de Joaquín.

—No sé —murmuró Javi, cerrando los ojos—. ¿Qué dirá tu papá?

Emití un gruñido y le di un ligero puñetazo en el pecho. Él se llevó mis nudillos izquierdos a los labios y, después de besar cada uno, se quedó admirando el anillo de compromiso que resplandecía en mi dedo anular.

Luego él volvió a mirarme, esta vez con algo de curiosidad en el gesto.

—Estoy muy agradecida con tu tío por todo lo que hace por mí —dije—, pero esta decisión es mía así como decidí que viviéramos juntos sin habernos casado.

—Te adora —musitó Javier—. Por eso estaba enojado conmigo; a lo mejor pensaba que nunca me iba a atrever a comprometerme en serio.

—Nunca te obligaría a tomar la dirección —refuté.

Javier esbozó una sonrisa irónica. Al enarcar su ceja derecha, vi que se le ensombrecían las facciones. Quizás algo de su estrés llevara esos rumbos, por lo que tomé la decisión más sensata en cuanto a ello.

Le acaricié el mentón con la mano y me incliné para dejar un pequeño beso sobre sus labios.

—Nos hacen falta vacaciones. Así podemos escaparnos a cualquier sitio con el pretexto de la boda.

Otra sonrisa surcó sus facciones. Me apretó más contra sí y dijo—: Lo que tú quieras.

Le di otro beso antes de levantarme y él me siguió.

Lo observé marcharse hacia la segunda planta de la casa, al tiempo que se quitaba la camisa que llevaba puesta. Mientras tanto, yo me metí en la cocina para prepararme algo de cenar; a Javi a veces se le llenaban demasiado los pensamientos de cosas negativas. Pero conmigo nunca cruzaba la raya: eso desde que le pedí que no involucrara su trabajo ni el mío en la casa.

Hizo una promesa y la cumplió.

Seguía reacio a sentarse en el lugar de su padre, y yo confiaba en que siguiera así. Porque, si bien el periodismo lo estresaba mucho, todos éramos conscientes de que le apasionaba su carrera tanto como le había gustado escribir el libro que contaba mi vida.

Nadie lo había leído, salvo yo.

Mientras picaba un par de peras para comerlas con yogur, pasados ya varios minutos, sentí que Javier me abrazaba por la cintura. Él depositó un beso en mi cuello y luego se retiró a sentarse al desayunador. Escuché cómo removía la silla y, cuando me giré, puse el plato de peras al frente; me senté con él, pendiente de los movimientos de sus dedos sobre el teléfono.

Cuando levantó la mirada, se llevó un trozo de pera a la boca y musitó—: Me voy a tomar la mañana libre. Para ir al registro civil.

—Perfecto —dije, también comiendo.

Hice un conteo mental de las cosas que tendría que hacer para prepararlo todo. Hubo una que hizo que se me erizara la piel.

—Sé que estás pensando lo mismo que yo —susurró Javi.

Lo miré por un segundo y, después de encogerme de hombros, suspiré tanto como me dejaron los pulmones.

—Sí —acabé aceptando—. Es hora de visitar a mis padres.

En lugar de esconderme en mi interior, alcé la mirada y encontré la de Javier, que estiró su mano por encima de la mesa y apretó mis dedos entre los suyos. El confort de su caricia se esparció por todas mis terminaciones nerviosas, causándome una sensación inevitable de confianza.

A lo mejor a mis progenitores no les daría gusto verme; pero era otro ciclo que había dejado incompleto y pendiente. Aun así, ellos se merecían saber lo feliz que su hija era, por si algún día llegaban a preguntárselo.

Agradecimientos

Hay muchas personas que participaron en la creación de esta novela. Pero a quien primero tengo que agradecerle, es a Dios. Porque sin su amor no soy nada y sin su guía, aún estaría preguntándome qué hay más allá de los libros.

Vi un documental hace un tiempo, sobre las prostitutas, y una de ellas dijo «también somos personas»; con Cenit, quiero que eso no se nos olvide nunca. Además, también quería recordar un poco mis raíces mexicanas, la corrupción, dejar plasmado lo que ocurre en los años que corren actualmente, por si algún día hay mejores tiempos.

Club Betha lo ha vuelto a hacer; pero principalmente, un grupo de personas que me han impulsado. Gracias; a Dania, Fatty, Aracely, Bella, Diana, Ayme, Pilar, Monse, Has, Perla, Mayra, Nicol; en fin, a todas las chicas que forman parte de mi club de lectura, las bethas; esas que me alegran el día, son mis propulsores.

Finalmente, de nuevo y no por ser el último el menos importante, al Ángel que no se amedrenta nunca, no importa cuánto demore en terminar una novela y en decirle que me siento satisfecha. Te amo, y gracias.

Sobre la autora

Autora mexicana de novelas de distintos géneros, pero inspirada, mayormente en la temática de romance rosa; entre sus gustos, se encuentra el fruncir el ceño cuando alguien dice un disparate y abusar un poco de la palabra *ok*, mucho más si no tiene nada mejor que decir.

Seriéfila, cinéfila, amante de la buena música, y del frío. Lectora por afición. Escritora amateur. Esposa, amiga y consejera. Siempre se desvela y cada dos días da a luz a una nueva historia, al menos a la idea.

Fundadora del Club Betha, un grupo de lectura dedicado a sus obras. Sean bienvenidas. Hay mucho de lo que charlar ahí.

